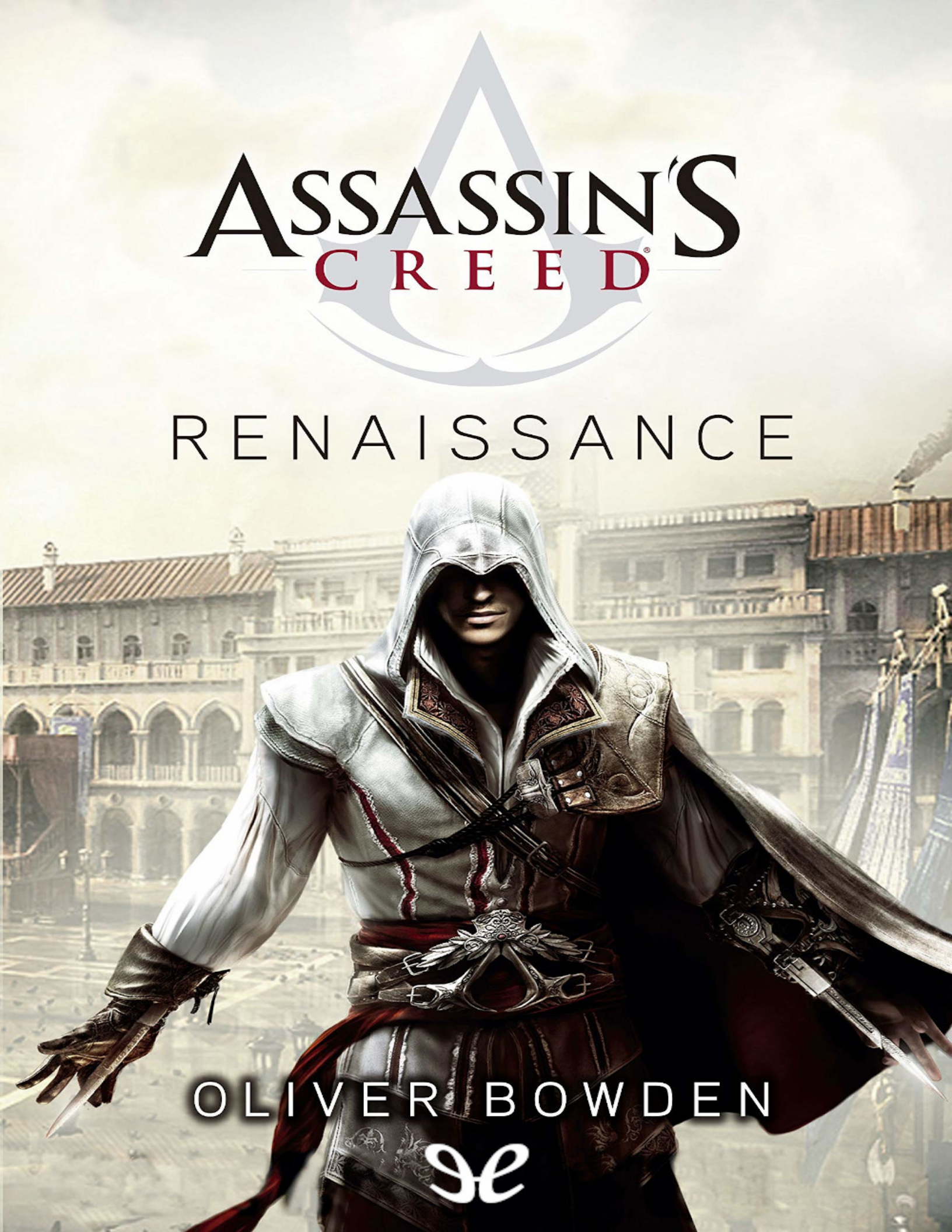
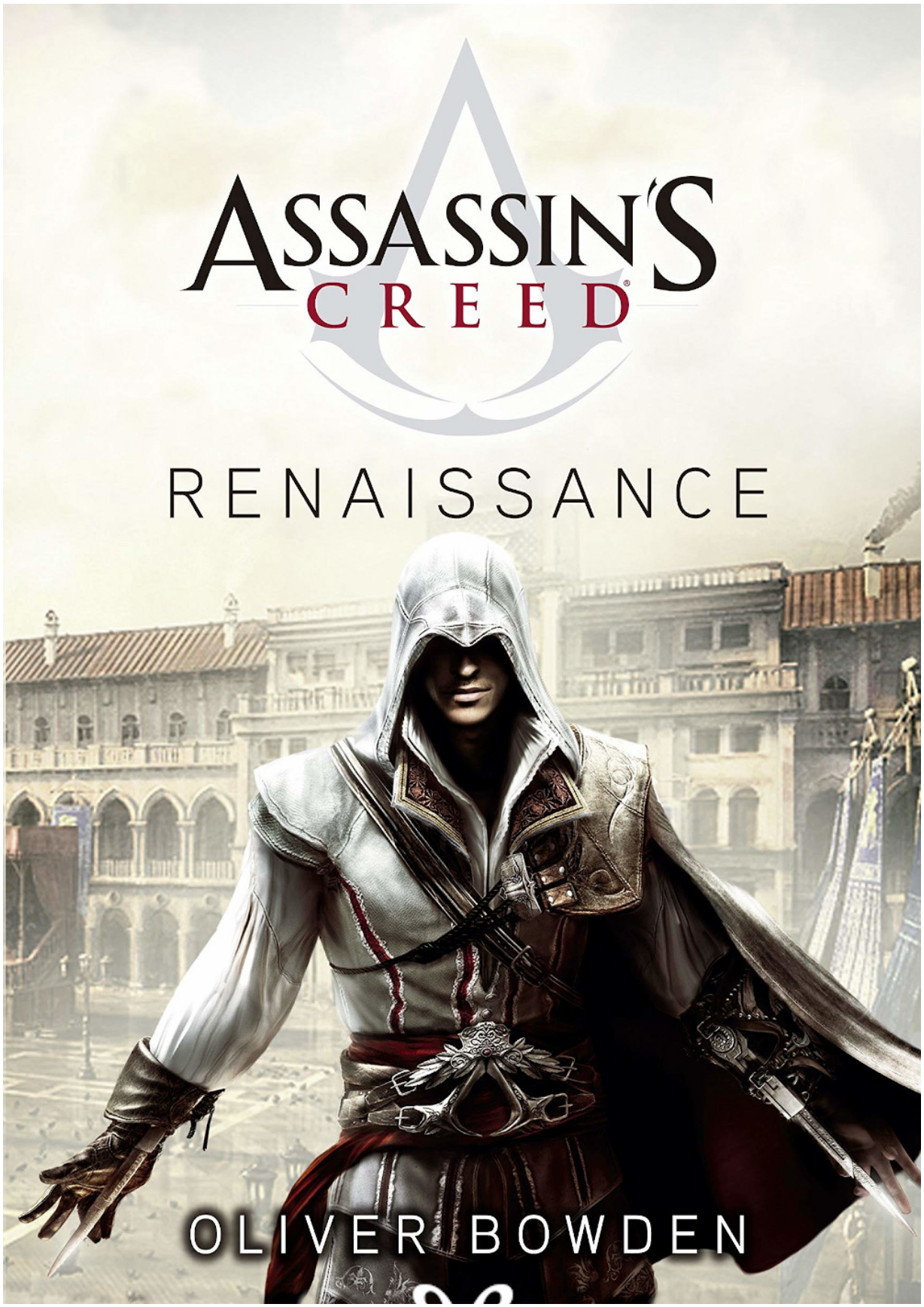
ASSASSIN'S CREED

RENAISSANCE



OLIVER BOWDEN


ASSASSIN'S
CREED
RENAISSANCE
OLIVER BOWDEN

«Buscaré la venganza contra aquellos que traicionaron a mi familia. Soy Ezio Auditore di Firenze. Soy un Asesino…».

Tras sufrir la traición de las familias que gobiernan Florencia, Venecia y Roma en la Italia del Renacimiento, el joven Ezio Auditore se embarca en una épica lucha para poner fin a la corrupción y restaurar el honor de su familia. Para ello deberá aprender el arte de la muerte.

En su camino de venganza y lucha se encontrará con las grandiosas mentes de Leonardo da Vinci y Maquiavelo; deberá decidir entre el amor y su destino, y descubrirá que este último es mucho más complejo y elevado de lo que nunca imaginó.

Para sus aliados, Ezio se convertirá en la fuerza que les guiará en la búsqueda de la libertad y la justicia. Para sus enemigos, en una amenaza consagrada a la destrucción de los tiranos que abusan del pueblo italiano. Una historia épica de poder y venganza en la que la verdad se escribirá con sangre.

Oliver Bowden

Assassin’s Creed: Renaissance

Assassin’s Creed - 1

ePub r1.6
Titivillus 27.11.2022

Título original: *Assassin's Creed: Renaissance*
Oliver Bowden, 2009
Traducción: Isabel Murillo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Mientras creía que aprendía a vivir
había estado aprendiendo a morir.

LEONARDO DA VINCI

N
Pordenone
Milán
Venecia
Padua
Ducado
de Milán
República de Venecia
Rep. of Génova
Rávena
Forli
Florencia
Ancona
Siena
Estados
Pontificios
Mar Adriático
Córsega
Roma
Reino
de
Nápoles
Nápoles
Reino de
Cerdeña
Mar Tirreno
Reino
de Sicilia
Ducado de
Módena
Estados
Pontificios
Rávena
Forli
Lucca
Careggi
Florencia
Rep. de Florencia
San Gimignano
Volterra
Monteriggioni
Siena
Monticiano
Rep. de
Siena
Estados
Pontificios
0
100 miles

CAPÍTULO 1

Las antorchas brillaban y titilaban en lo alto de las torres del Palazzo Vecchio y el Bargello, y tan solo unos pocos farolillos destellaban en la plaza de la catedral, algo más hacia el norte. Algunos más iluminaban los muelles a lo largo de las orillas del río Arno donde, por tarde que fuera para una ciudad en la que la mayoría de la gente se retiraba a su casa con la llegada de la noche, se distinguían entre la penumbra unos cuantos marineros y estibadores. Algunos de los marineros trabajaban aún en sus barcas y botes, apremiados para llevar a cabo las últimas reparaciones de los aparejos y enrollar debidamente los cabos sobre las cubiertas oscuras y recién fregadas, mientras que los estibadores se apresuraban arrastrando o cargando bultos para encerrarlos en la seguridad de los almacenes cercanos.

También en las tabernas y los burdeles centelleaban las luces, pero muy poca gente rondaba por las calles. Habían transcurrido siete años desde que Lorenzo de Medici, que por aquel entonces contaba veinte años, fuera elegido para gobernar la ciudad, trayendo con él al menos cierta sensación de orden y tranquilidad a la intensa rivalidad reinante entre las principales familias de banqueros y mercaderes que habían convertido Florencia en una de las ciudades más ricas del mundo. A pesar de ello, la ciudad no había dejado de estar en constante ebullición, pues las facciones luchaban sin cesar por hacerse con el control, algunas de ellas cambiando sus alianzas, otras manteniéndose siempre como enemigos eternos e implacables.

Florencia, en el año del Señor de 1476, incluso en una noche de primavera impregnada por el dulce olor del jazmín, cuando casi era posible

olvidar el hedor del Arno si el viento soplaba en la dirección adecuada, no era el lugar más seguro para pasear después de la caída del sol.

La luna había aparecido en un cielo azul cobalto, dominándolo por encima de una multitud de estrellas que lo acompañaban. Derramaba su luz sobre la plaza donde el Ponte Vecchio, sus abarrotadas tiendas a oscuras y en silencio ahora, se unía con la orilla norte del río. Su luz descubrió también una figura vestida de negro, de pie sobre el tejado de la iglesia de Santo Stefano al Ponte. Un joven, de tan solo diecisiete años, pero alto y orgulloso. Examinando con concentración la vecindad, se llevó una mano a la boca y silbó, un sonido leve pero penetrante. Como respuesta, primero uno, luego tres, después una docena, y por fin un mínimo de veinte hombres, jóvenes como él, vestidos de negro en su mayoría, algunos con capuchas o sombreros de color rojo sangre, verde o azulón, todos con espadas y dagas al cinto, emergieron de las oscuras calles y arcadas para congregarse en la plaza. La banda de jóvenes de peligroso aspecto se desplegó en abanico, sus movimientos seguros y arrogantes.

El joven bajó la vista hacia las caras de impaciencia, pálidas bajo la luz de la luna, que lo miraban. Levantó el puño por encima de la cabeza a modo de desafiante saludo.

—¡Permaneceremos unidos! —gritó, y también ellos levantaron el puño, algunos desenfundando sus armas y blandiéndolas, y vitorearon:

—¡Unidos!

El joven descendió a toda velocidad, como un gato, por la fachada inacabada, desde el tejado al pórtico de la iglesia, y desde allí saltó, su capa volando, para aterrizar de cuclillas y sin problemas en medio de todos ellos. Se congregaron a su alrededor, expectantes.

—¡Silencio, amigos míos! —Levantó la mano para acallar un único y solitario grito. Sonrió con gravedad—. ¿Sabéis por qué os he congregado aquí esta noche, a vosotros, mis más íntimos aliados? Para pediros ayuda. He permanecido demasiado tiempo en silencio mientras nuestro enemigo, ya sabéis a quién me refiero, Vieri de Pazzi, ha recorrido esta ciudad difamando a mi familia, arrastrando nuestro nombre por el fango e intentando a su patética manera degradarnos. En condiciones normales no

me rebajaría a arrearle un puntapié a un perro callejero sarnoso como ese, pero…

Se vio interrumpido en el momento en que una piedra grande, dentada, lanzada desde el puente, aterrizó a sus pies.

—Acaba ya con tus tonterías, *grullo* —gritó una voz.

El joven se volvió junto con su grupo, como si fueran una única persona, en dirección a la voz. Ya sabía a quién pertenecía. Cruzando el puente desde el sur se acercaba otra banda de jóvenes. Su líder pavoneándose en cabeza, su capa roja, sujeta por un broche adornado con delfines dorados y cruces sobre un fondo azul, cubriendo el traje de terciopelo negro, la mano en la empuñadura de su espada. Era un hombre aceptablemente atractivo, su aspecto desfigurado por una boca cruel y una débil barbilla, y aun estando algo grueso, la fuerza de sus brazos y piernas quedaba fuera de toda duda.

—*Buona sera*, Vieri —dijo el joven sin alterarse—. Justo en este momento estábamos hablando de ti. —Y realizó una reverencia con exagerada cortesía, adoptando simultáneamente una expresión de sorpresa —. Pero debes perdonarme. No te esperábamos personalmente. Creía que los Pazzi siempre contrataban a otros para que les hiciesen el trabajo sucio.

Vieri, acercándose, se enderezó cuando él y su tropa se detuvieron a unos metros de distancia.

—¡Ezio Auditore! ¡Eres un cachorrillo mimado! Yo diría más bien que es tu familia de chupatintas y contables la que siempre acude corriendo a la guardia en cuanto atisba el más débil signo de problemas. *Codardo!* — Sujetó con fuerza la empuñadura de la espada—. Te da miedo tratar la situación, diría yo.

—Qué quieres que te diga, Vieri, *accione*. La última vez que la vi, tu hermana Viola parecía bastante satisfecha con el trato que le di. —Ezio Auditore regaló a su enemigo una amplia sonrisa, feliz al oír las risillas disimuladas de sus compañeros a sus espaldas.

Pero sabía que había ido demasiado lejos. Vieri estaba ya rojo de rabia.

—¡Ya es suficiente, gilipollas! ¡Veamos si sabes pelear tan bien como farfullas! —Giró la cabeza en dirección a sus hombres, levantó la espada y vociferó—: ¡Matad a estos bastardos!

Acto seguido otra piedra empezó a dar vueltas por el aire, pero esta vez no era un desafío. Le dio a Ezio un golpe oblicuo en la frente, abriéndole una herida sangrante. Ezio se tambaleó por un instante mientras los seguidores de Vieri lanzaban una tormenta de piedras. Sus hombres apenas tuvieron tiempo de reponerse antes de tener encima a la banda de Pazzi, que corrió por el puente para abalanzarse sobre Ezio y sus hombres. Tuvieron la pelea encima tan de repente que apenas les dio tiempo a blandir las espadas, y mucho menos las dagas, de modo que ambas bandas se enfrentaron de entrada solo con los puños.

La batalla fue dura e inexorable: brutales patadas y puñetazos conectados con el mareante sonido de huesos rotos. Durante un rato podría haberse decantado en cualquiera de los dos sentidos, pero entonces Ezio, su visión ligeramente afectada por la sangre que manaba de su frente, vio a dos de sus mejores hombres dar un paso en falso, caer y ser pisoteados por los matones de Pazzi. Vieri se echó a reír y, cerca de Ezio, se dispuso a atizarle un nuevo golpe en la cabeza con una piedra de gran tamaño. Ezio se puso en cuclillas y esquivó el golpe, pero el peligro había estado demasiado cerca como para sentirse tranquilo y ahora la banda de Auditore estaba llevándose la peor parte. Ezio consiguió, antes de incorporarse del todo, extraer su daga y acuchillar, ciegamente pero con éxito, el muslo de un robusto secuaz de Pazzi que lo amenazaba con su espada y su daga desenfundadas. La daga de Ezio atravesó tejido, músculo y tendón y el hombre exhaló un aullido de agonía y cayó doblegado, soltando sus armas y llevándose ambas manos a una herida de la que no cesaba de brotar sangre.

Luchando desesperadamente por ponerse en pie, Ezio miró a su alrededor. Vio que los Pazzi habían rodeado a sus hombres, que los habían acorralado contra una pared de la iglesia. Notando que sus piernas recuperaban las fuerzas, se encaminó hacia sus compañeros. Esquivó el filo cortante de otro esbirro de Pazzi y consiguió conectar un puñetazo a la barbuda mandíbula de aquel tipo. Tuvo la satisfacción de ver volar unos cuantos dientes y a su oponente caer de rodillas, aturdido por el golpe. Gritó a sus hombres dándoles ánimos, aunque en realidad sus pensamientos estaban centrados en encontrar la manera de batirse en retirada con la máxima dignidad posible. En aquel momento, superando el estruendo de la

pelea, escuchó una voz potente, jovial y muy familiar que le llamaba desde detrás de la banda de Pazzi.

—Hola, *fratellino*, ¿en qué demonios te has metido?

El corazón de Ezio dio un vuelco de alivio y consiguió decir, con voz entrecortada:

—¡Hola, Federico! ¿Qué haces aquí? ¡Creía que estarías de juerga, como siempre!

—¡Tonterías! Sabía que tenías algo planeado y he decidido venir a ver si mi hermanito había aprendido por fin a cuidarse solo. ¡Pero me parece que aún te quedan por aprender un par de lecciones!

Federico Auditore, unos años mayor que Ezio y el mayor de los hermanos, era un hombre grande con un gran apetito… de bebida, de amor y de batalla. Esquivó golpes mientras hablaba, hizo chocar un par de cabezas de los Pazzi y levantó el pie para atizarle una patada en la mandíbula a un tercero mientras se abría paso entre la multitud para acercarse a su hermano, insensible a la violencia que reinaba a su alrededor. Sus hombres, animados, redoblaron esfuerzos. Los Pazzi, por otro lado, estaban desconcertados. Unos cuantos trabajadores de los muelles se habían congregado a cierta distancia para mirar, y en la penumbra reinante los Pazzi los confundieron con refuerzos de los Auditore. Eso, junto con los rugidos y los puños voladores de Federico, sus acciones rápidamente emuladas por Ezio, que aprendía a toda velocidad, acabó provocando el pánico entre ellos.

La voz furiosa de Vieri de Pazzi se alzó por encima del tumulto general.

—¡Retirada! —gritó a sus hombres, su voz rota por el agotamiento y la rabia.

Captó la mirada de Ezio y gruñó una inaudible amenaza antes de desaparecer en la oscuridad, de camino hacia el Ponte Vecchio, seguido por aquellos de sus hombres que aún podían caminar, y perseguido acaloradamente por los ahora triunfantes aliados de Ezio.

Ezio a punto estuvo de seguirlo también, pero la carnosa mano de su hermano lo retuvo.

—Espera un momento —dijo.

—¿Qué quieres decir? ¡Están huyendo!

—Tranquilízate.

Federico, con mala cara, tocó con delicadeza la herida de la frente de Ezio.

—No es más que un rasguño.

—Me parece que es más que eso —decidió su hermano, una expresión seria en su rostro—. Mejor que te vea un médico.

—No tengo tiempo que perder visitando médicos —le espetó Ezio y añadió—: Además… —Se interrumpió aun sin quererlo—. No tengo dinero.

—¡Ja! Lo has desperdiciado en vino y mujeres, supongo. —Federico sonrió y le dio una cariñosa palmada a su hermano en el hombro.

—No lo he desperdiciado exactamente, diría. Y mira el ejemplo que tú acabas de darme. —Ezio sonrió, pero a continuación vaciló. De pronto se dio cuenta de que la cabeza le latía con fuerza—. Me imagino que no pasa nada si me miran la herida. ¿Me puedes prestar unos cuantos *fiorini*?

Federico acarició su bolsa. No emitió ningún tintineo.

—La verdad es que en estos momentos voy un poco escaso —dijo.

Ezio sonrió ante la timidez vergonzosa de su hermano.

—¿Y en qué te lo has gastado? En misas e indulgencias, me imagino.

Federico se echó a reír.

—De acuerdo. Ya veo por dónde vas —asintió Ezio.

Miró a su alrededor. Al final, solo tres o cuatro de los suyos habían resultado lo bastante malheridos como para seguir todavía en el campo de batalla y estaban incorporándose, refunfuñando un poco, pero sonriendo también. Había sido una pelea dura, pero nadie se había roto ningún hueso. Por otro lado, más de media docena de esbirros de Pazzi yacían completamente noqueados, y como mínimo un par de ellos iban vestidos con caros ropajes.

—Veamos si nuestros enemigos caídos tienen alguna riqueza que compartir —sugirió Federico—. Al fin y al cabo, nuestra necesidad es mayor que la suya. ¡Y te apuesto lo que quieras a que no puedes aligerarles la carga sin despertarlos!

—Eso ya lo veremos —dijo Ezio, y se puso manos a la obra con bastante éxito.

En cuestión de pocos minutos había recogido monedas de oro suficientes como para llenar sus dos bolsas. Ezio miró triunfante a su hermano e hizo tintinear su recién cosechada fortuna para subrayar su gesta.

—¡Ya hay bastante! —gritó Federico—. Mejor que les dejemos algo para que vuelvan cojeando a su casa. De hecho, no somos ladrones… Esto no es más que un botín de guerra. Y sigue sin gustarme la pinta de esta herida. Tenemos que ir volando a que te la miren.

Ezio asintió y se giró para ver una última vez el terreno donde los Auditore acababan de conseguir una victoria. Perdiendo la paciencia, Federico posó una mano en el hombro de su hermano menor.

—Vamos —dijo, y sin más dilación echó a andar a un ritmo que a Ezio, debilitado por la batalla, le costaba seguir, aunque cuando se quedaba muy retrasado o tomaba el callejón equivocado, Federico esperaba o corría para dirigirlo en la dirección correcta—. Lo siento, Ezio. Lo único que quiero es llegar al médico lo antes posible.

Y, de hecho, no estaba lejos, pero Ezio se sentía más cansado a cada minuto que pasaba. Al final llegaron a una estancia en penumbra, decorada con instrumentos misteriosos y frascos de latón y cristal, dispuestos encima de mesas de roble oscuro y colgados del techo junto con racimos de hierbas secas, donde el médico de la familia tenía su consulta. Ezio ya no podía tenerse en pie.

Al *dottore* Ceresa no le gustaba que lo despertaran en plena noche, pero su mal humor se tornó en preocupación en cuanto acercó lo bastante una vela para examinar con detalle la herida de Ezio.

—Hmmm… —dijo muy serio—. Vaya desastre que tenemos aquí, joven. ¿Acaso tu gente no tiene nada mejor que hacer que andar por ahí peleando constantemente?

—Era una cuestión de honor, buen doctor —intervino Federico.

—Ya entiendo —dijo el doctor sin alterarse.

—En realidad no es nada —dijo Ezio, aún sintiéndose débil.

Federico, que como siempre disimulaba con la ayuda de buen humor su preocupación, dijo:

—Hacedle un parche de lo mejorcito, amigo. Esa cara tan linda es lo único que tiene.

—¡Oye, *fottiti*! —replicó Ezio, levantando el dedo medio en dirección a su hermano.

El doctor les ignoró, se lavó las manos, exploró con cuidado la herida y empapó un paño con un líquido transparente de una de las muchas botellas que tenía. Limpió la herida con la solución y escocía de tal manera que Ezio a punto estuvo de saltar de la silla, su cara contorsionada por el dolor. A continuación, con la herida ya limpia, el doctor cogió una aguja y la enhebró con hilo fino de tripa.

—Muy bien —dijo—. Esto dolerá de verdad, un poco.

Una vez realizados los puntos de sutura y vendada la herida de tal modo que Ezio parecía un turco con turbante, el médico sonrió para animarlo.

—Serán tres *fiorini*, por ahora. Iré a tu *palazzo* en unos días y te quitaré los puntos. Eso serán tres *fiorini* más a pagar entonces. Tendrás un dolor de cabeza terrible, pero pasará. Intenta descansar… ¡aunque no sea lo tuyo! Y no te preocupes: la herida parece peor de lo que es en realidad. Y hay incluso un beneficio añadido: no tendría que quedarte cicatriz, de modo que en el futuro no creo que defraudes mucho a las damas.

De nuevo en la calle, Federico rodeó con el brazo a su hermano menor. Extrajo una petaca del bolsillo y se la ofreció a Ezio.

—No te preocupes —dijo, percatándose de la expresión de Ezio—. Es la mejor *grappa* de padre. Mejor que la leche materna para un hombre en tu estado.

Bebieron los dos, el potente líquido calentando su interior.

—Vaya nochecita —dijo Federico.

—Ni que lo digas. Solo me gustaría que fuesen todas tan divertidas como… —Pero Ezio se interrumpió al ver que su hermano empezaba a sonreír de oreja a oreja—. ¡Oh, espera! —se corrigió, riendo—. ¡Lo son!

—Incluso así, me parece que un poco de comida y bebida no estaría mal para que te repusieses antes de volver a casa —dijo Federico—. Es tarde, lo sé, pero por aquí cerca hay una taberna que no cierra hasta la hora de desayunar y…

—¿Y tú y el *oste* sois *amici intimi*?

—¿Cómo lo has adivinado?

Cerca de una hora después, tras una comida a base de *ribollita* y *bistecca*, regada con una botella de Brunello, Ezio se sentía como si no hubiera resultado herido. Era joven y estaba en forma, y tenía la sensación de haber recuperado toda la energía perdida. La adrenalina de la victoria sobre la banda de los Pazzi contribuyó sin lugar a dudas a la rapidez de su recuperación.

—Hora de volver a casa, hermanito —dijo Federico—. Seguro que padre estará preguntándose dónde estamos, y tiene decidido que seas tú quien le ayude con el banco. Por suerte para mí, no tengo cabeza para los números, razón por la cual me imagino que se muere de ganas de meterme en política.

—En política o en el circo… por tu manera de comportarte.

—¿Cuál es la diferencia?

Ezio sabía que Federico no le guardaba rencor por el hecho de que su padre confiara más en él que en su hijo mayor para llevar el negocio familiar. Federico se moriría de aburrimiento si tuviera que enfrentarse a una vida en la banca. El problema estaba en que Ezio tenía la sensación de que a él podría sucederle lo mismo. Pero de momento, la hora de enfundarse el traje de terciopelo negro y la cadena de oro de los banqueros florentinos quedaba aún bastante lejos, y estaba decidido a disfrutar al máximo sus días de libertad e irresponsabilidad. Poco se imaginaba lo breves que iban a ser esos días.

—Mejor que nos demos prisa —estaba diciendo Federico—, si queremos evitar una bronca.

—Debe de estar preocupado.

—No…, sabe que nos apañamos muy bien solos. —Federico lanzó a Ezio una mirada inquisitiva—. Pero mejor que fuéramos tirando. —Hizo una pausa—. ¿No te apetece una apuesta? ¿Una carrera, quizás?

—¿Hasta dónde?

—¿Qué te parece…? —Federico cruzó con la mirada la ciudad iluminada por la luz de la luna hasta alcanzar una torre no muy alejada—. El tejado de Santa Trinitá. Si no es demasiado para ti… y no queda lejos de casa. Pero solo una cosa más.

—Dime.

—No correremos por las calles, sino por los tejados.

Ezio respiró hondo.

—De acuerdo. Ponme a prueba —dijo.

—De acuerdo, pequeño *tartaruga*. ¡Vamos!

Sin decir ni una palabra más, Federico se puso en marcha y escaló un muro enlucido con la misma facilidad con la que lo habría hecho una lagartija. Se detuvo al llegar arriba, balanceándose casi entre las tejas rojas, rio y continuó su marcha. Cuando Ezio llegó a los tejados, su hermano le había sacado veinte metros de ventaja. Inició la persecución, su dolor olvidado gracias a la excitación y a la adrenalina. Vio que Federico daba un todopoderoso salto por encima de un vacío negro como boca de lobo y aterrizaba sin problemas en el tejado plano de un *palazzo* gris que quedaba algo por debajo del nivel del tejado anterior. Corrió un poco más y esperó. Ezio experimentó un destello de miedo al ver el abismo que se abría ante él, con la calle ocho pisos más abajo, pero tenía claro que antes morir que vacilar frente a su hermano, de modo que, armándose de valor, dio un impresionante salto de fe viendo, mientras volaba, los adoquines de duro granito brillar bajo la luz de la luna mucho más allá de sus pies agitándose en el aire. Durante una décima de segundo se preguntó si habría calculado bien, pues la dura pared gris del *palazzo* parecía estar elevándose delante de él, pero entonces, sin saber muy bien cómo, el muro se hundió y se encontró en el otro tejado, espatarrado, eso sí, pero todavía en pie, y eufórico, aunque respirando con dificultad.

—Hermanito, aún te queda mucho que aprender —bromeó Federico, poniéndose de nuevo en movimiento, una sombra veloz entre las chimeneas y bajo las nubes dispersas. Ezio echó a correr, vencido por el desenfreno del momento. Se abrían bajo sus pies otros abismos, algunos de ellos simples callejones, otros, amplias vías públicas. A Federico no se le veía por ningún lado. De pronto se alzó ante él la torre de Santa Trinitá, erigiéndose por encima de la superficie roja del tejado en ligera pendiente de la iglesia. Pero al aproximarse recordó que la iglesia estaba situada en medio de una plaza, y que la distancia entre su tejado y los de los edificios cercanos era mucho mayor que cualquiera que hubiera superado hasta el momento. Se atrevió a no dudar ni a perder velocidad; su única esperanza era que el tejado de la

iglesia estuviera más bajo que aquel desde el que tuviera que saltar. Si conseguía coger la carrerilla suficiente, y lanzarse de verdad en el aire, la gravedad haría el resto. Volaría como un pájaro durante un par de segundos. Alejó de su mente cualquier idea relacionada con las consecuencias de un posible fallo.

El extremo del tejado en el que se encontraba se acercaba deprisa, y entonces… nada. Surcó los cielos, escuchando el aire silbando en sus oídos, haciéndole llorar los ojos. El tejado de la iglesia parecía estar a una distancia infinita, nunca conseguiría llegar a él, nunca volvería a reír, ni a luchar, ni a tener una mujer entre sus brazos. No podía respirar. Cerró los ojos, y entonces…

Su cuerpo se dobló, estaba estabilizándose con las manos y los pies, pero los tenía de nuevo en suelo firme. ¡Lo había conseguido, a escasos centímetros del borde, pero había conseguido plantarse en el tejado de la iglesia!

Pero ¿dónde estaba Federico? Se encaramó a la base de la torre y se volvió para observar el camino por donde había venido, justo a tiempo para ver a su hermano volando por los aires. Federico aterrizó con firmeza, pero el peso de su cuerpo desplazó un par de tejas de arcilla roja y a punto estuvo de perder el equilibrio cuando las tejas resbalaron tejado abajo hasta caer y hacerse añicos unos segundos después sobre los duros adoquines del suelo. Pero Federico recuperó enseguida el equilibrio y se enderezó, jadeando, evidentemente, pero con una amplia sonrisa de orgullo reflejada en su rostro.

—Veo que al final no eres un *tartaruga* —dijo, acercándose para darle a Ezio una palmada en el hombro—. Me has adelantado como un rayo.

—Ni siquiera me había enterado de que lo había hecho —dijo Ezio, intentando recuperar el aliento.

—Pero no me ganarás hasta lo más alto de la torre —replicó Federico, empujando a Ezio a un lado, y empezó a trepar por la achaparrada torre que las autoridades municipales pensaban sustituir por algo de diseño más moderno. Esta vez Federico llegó primero, e incluso tuvo que echarle una mano a su hermano herido, que empezaba a pensar que meterse en la cama no sería mala cosa.

Estaban los dos sin aliento y permanecieron un rato recuperándose contemplando su ciudad, serena y silenciosa bajo la luz del amanecer, un resplandor similar al brillo de una ostra.

—Llevamos una buena vida, hermano —dijo Federico con una solemnidad poco propia de él.

—La mejor —concedió Ezio—. Y que no cambie nunca.

Se quedaron los dos callados, ninguno de ellos deseoso de romper la perfección del momento, pero pasado un rato Federico habló en voz baja:

—Que tampoco cambiemos nunca nosotros, *fratellino*. Ven, tenemos que regresar. Allí está el tejado de nuestro *palazzo*. Rézale a Dios para que padre no se haya pasado la noche despierto, o lo sentiremos de verdad. Vámonos.

Se acercó al borde de la torre para descender hacia el tejado, pero se paró al ver que Ezio no se había movido de donde estaba.

—¿Qué sucede?

—Espera un momento.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Federico, volviendo con él. Siguió la mirada de Ezio y a continuación se dibujó una sonrisa en su cara—. ¡Eres un picarón! No pensarás ir ahora allí, ¿no? ¡Deja dormir a la pobre chica!

—No…, creo que es hora de despertar a Cristina.

Hacía muy poco tiempo que Ezio había conocido a Cristina Calfucci, pero parecían ya inseparables, a pesar de que sus respectivos padres los consideraban aún demasiado jóvenes para establecer una alianza formal. Ezio no estaba de acuerdo con eso, pero Cristina tenía solo diecisiete años y los padres de la chica confiaban en que Ezio controlara sus desenfrenadas costumbres antes incluso de empezar a mirarlo con mejores ojos. Naturalmente, esto solo servía para hacerlo más impetuoso si cabe.

El día que se conocieron, Federico y él estaban holgazaneando por el mercado principal después de comprarle unos abalorios a su hermana con motivo de su onomástica, viendo cómo las hermosas chicas de la ciudad revoloteaban de puesto en puesto con sus *accompagnatrice*, examinando unos encajes aquí, unas cintas y unos cierres de seda allá. Una chica, sin

embargo, destacaba por encima de las demás, la más bella y elegante que Ezio había visto en su vida. Ezio nunca olvidaría aquel día, el día en que por primera vez posó sus ojos en ella.

—¡Oh! —había gritado sin quererlo—. ¡Mira! Es preciosa.

—Sí —dijo su hermano, siempre tan práctico—. ¿Por qué no te acercas a saludarla?

—¿Qué? —Ezio se quedó sorprendido—. Y después de saludarla… ¿qué más le digo?

—Podrías intentar entablar conversación con ella. Sobre lo que tú has comprado, sobre lo que ella ha comprado, da lo mismo. Mira, hermanito, los hombres suelen tener tanto miedo de las chicas bonitas que cualquiera que se arme del valor suficiente para charlar con ella se sitúa de inmediato en una situación ventajosa. ¿Qué? ¿Te crees que no quieren que se fijen en ellas, que no quieren disfrutar de un poco de conversación con un hombre? ¡Por supuesto que quieren! Además, tú no eres feo, y eres un Auditore. Así que ve a por ella… y yo me encargaré de distraer a la carabina. Pensándolo bien, tampoco está tan mal.

Ezio recordó encontrarse a solas con Cristina, clavado en su sitio, sin saber qué decir, emborrachándose de la belleza de sus ojos, su larga y suave melena castaña, su nariz respingona…

Ella se quedó mirándolo.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—¿A qué os referís? —espetó él.

—¿Qué hacéis aquí plantado?

—Oh…, ejem…, es que quería preguntaros una cosa.

—¿Qué cosa?

—¿Cómo os llamáis?

Ella puso los ojos en blanco.

«Maldita sea —pensó él—. Seguro que ya ha oído lo mismo un montón de veces».

—Ni os importa, ni tenéis necesidad de saberlo —dijo.

Y dio media vuelta. Ezio se quedó un momento mirándola, y echó a andar tras ella.

—¡Esperad! —dijo, poniéndose a su altura, jadeando más que si hubiera corrido un kilómetro—. No estaba preparado. Tenía pensado ser realmente encantador. ¡Y cortés! ¡E ingenioso! ¿No me daréis una segunda oportunidad?

Lo miró sin dejar de andar, pero le regaló un débil indicio de sonrisa. Ezio estaba desesperado, pero Federico, que había estado observándolo, le dijo en voz baja:

—¡No te des por vencido ahora! ¡He visto que te sonreía! Se acordará de ti.

Envalentonado, Ezio la siguió discretamente, procurando que ella no se diera cuenta. En tres o cuatro ocasiones tuvo que esconderse a toda prisa detrás de un puesto del mercado o, después de que ella abandonara la plaza, agazaparse en el umbral de una puerta, pero consiguió seguirla con éxito hasta la puerta de su mansión familiar, donde un hombre al que reconoció enseguida le bloqueó a ella el paso. Ezio se quedó rezagado.

Cristina miró al hombre enfadada.

—Ya os lo he dicho, Vieri, no me interesáis. Y ahora, dejadme pasar.

Ezio, escondido, cogió aire. ¡Vieri de Pazzi! ¡Naturalmente!

—Pero *signorina*, yo sí estoy interesado. Muy interesado, de hecho —dijo Vieri.

—Entonces, poneos en la cola.

Intentó pasar por su lado, pero él se le plantó delante.

—Me parece que no, *amore mio*. He decidido que estoy cansado de esperar a que os abráis de piernas por voluntad propia. —Y la agarró bruscamente por el brazo, acercándola a él, rodeándola con su otro brazo mientras ella luchaba por liberarse.

—No estoy muy seguro de que estés captando el mensaje —dijo Ezio, adelantándose y mirando a Vieri a los ojos.

—Ah, el pequeño cachorro de los Auditore. *Cane rognoso!* ¿Qué demonios tienes tú que ver con esto? Al diablo contigo.

—Y *buon' giorno* también a ti, Vieri. Siento mucho entrometerme, pero tengo la clara impresión de que estás estropeándole el día a esta joven dama.

—¿Ah, sí? ¿De verdad? Disculpad, querida mía, mientras hago papilla a este advenedizo. —Y con esto, Vieri empujó a Cristina a un lado y arremetió contra Ezio con su puño derecho. Ezio lo esquivó sin problemas y saltó para ponerle la zancadilla a Vieri en el momento en que la inercia de su embestida lo arrastraba hacia delante, enviándolo de bruces al suelo.

—¿Has tenido bastante, amigo? —dijo en tono burlón Ezio.

Pero Vieri se incorporó en un instante y se abalanzó sobre él rabioso, agitando los puños. Le atizó un fuerte golpe a Ezio en la mandíbula, pero este repelió un gancho de izquierda y consiguió que dos suyos impactaran con éxito, uno en el estómago y, mientras Vieri se doblegaba de dolor, otro en la mandíbula. Ezio se volvió hacia Cristina para ver si estaba bien. Sin aliento, Vieri retrocedió, pero en el mismo instante su mano se desplazó velozmente hacia su daga. Cristina captó el movimiento y articuló involuntariamente un grito de alarma al ver que Vieri hacía descender la daga sobre la espalda de Ezio, que, alertado por el grito, se giró justo a tiempo para agarrar con firmeza a Vieri por la muñeca y arrebatarle la daga. El arma cayó al suelo. Los dos jóvenes se quedaron frente a frente, respirando con dificultad.

—¿Es eso lo mejor que puedes hacer? —dijo Ezio apretando los dientes.

—¡Cierra el pico o juro por Dios que te mato!

Ezio se echó a reír.

—Supongo que no debería sorprenderme verte intentando imponerte a la fuerza sobre una chica bonita que evidentemente te considera una boñiga de estiércol… ¡si tengo en cuenta cómo tu papá intenta imponer a la fuerza sus intereses bancarios sobre Florencia!

—¡Eres imbécil! ¡Es tu padre el que necesita una buena lección de humildad!

—Ha llegado la hora de que los Pazzi dejéis ya de calumniarnos. Aunque claro, eres todo boca y nada de puños.

A Vieri le sangraba la boca de mala manera.

—Pagarás por esto… tú y todos los de tu casta. ¡No pienso olvidar esto, Auditore!

Escupió a los pies de Ezio, se agachó para recoger la daga, dio media vuelta y echó a correr. Ezio se quedó mirando hasta verlo desaparecer.

Recordó todo esto en la torre de la iglesia, contemplando la casa de Cristina. Recordó la euforia que sintió al volverse hacia Cristina y ver un nuevo calor en sus ojos al darle las gracias.

—¿Os encontráis bien, *signorina*? —le dijo.

—Ahora sí… gracias a vos. —Dudó, su voz temblando aún de miedo—. Me preguntasteis antes cómo me llamaba… Me llamo Cristina. Cristina Calfucci.

Ezio hizo una reverencia.

—Es un honor conoceros, *signorina* Cristina. Ezio Auditore.

—¿Conocéis a ese hombre?

—¿A Vieri? Nuestros caminos se han cruzado alguna que otra vez. Pero nuestras familias no tienen motivo alguno para llevarse bien.

—No quiero volver a verlo jamás.

—Si en mis manos está evitarlo, así será.

Ella sonrió tímidamente y dijo:

—Ezio, tenéis toda mi gratitud… y debido a eso, estoy dispuesta a daros una segunda oportunidad, después de vuestro mal comienzo.

Se echó a reír delicadamente y a continuación le dio un beso en la mejilla antes de desaparecer en el interior de su mansión.

La pequeña multitud que de forma inevitable se había congregado obsequió a Ezio con una salva de aplausos. Hizo una reverencia, sonriendo, pero en el mismo instante en que se marchaba de allí supo que, aunque tal vez había hecho una nueva amiga, también había hecho un enemigo implacable.

—Deja dormir a Cristina —volvió a decir Federico, despertando a Ezio de su ensoñación.

—Ya habrá tiempo para eso… más tarde —replicó—. Tengo que verla.

—De acuerdo, si tienes que hacerlo… intentaré buscarte una coartada con padre. Pero vigila…, es muy posible que los hombres de Vieri sigan rondando por aquí.

Y con eso, Federico trepó por la torre hasta alcanzar el tejado y saltó desde allí a una carretilla de heno estacionada en la calle que llevaba a su

casa.

Ezio lo vio marchar y entonces decidió emular a su hermano.

La carreta de heno parecía estar muy lejos, pero recordó lo que había aprendido, controló la respiración, se relajó y se concentró.

Y voló por los aires, dando el mayor salto que había dado en su vida. Por un instante creyó haber calculado mal su objetivo, pero consiguió calmar su pánico momentáneo y aterrizó sano y salvo en el heno. ¡Un auténtico salto de fe! Algo jadeante, pero jubiloso por su éxito, Ezio se lanzó a la calle.

El sol empezaba a asomar por encima de las montañas del este pero aún había poca gente por las calles. Ezio estaba a punto de poner rumbo a la mansión de Cristina cuando escuchó el retumbar de unos pasos e, intentando desesperadamente esconderse, se agazapó entre las sombras del porche de la iglesia y contuvo la respiración. Eran precisamente Vieri y dos de los hombres de seguridad de los Pazzi los que doblaban la esquina.

—Mejor que lo dejemos correr, jefe —dijo el hombre de más edad—. Hace ya rato que se han ido.

—Sé que andan por aquí —espetó Vieri—. Casi los huelo.

Junto con sus hombres recorrió la plaza de la iglesia pero no mostró signos de querer ir más allá. La luz del sol iba encogiendo las sombras. Ezio se arrastró de nuevo con cautela hasta el refugio del carro de heno y permaneció allí durante un tiempo que le pareció una eternidad, impaciente por ponerse en marcha. En una ocasión, Vieri pasó tan cerca que fue Ezio quien casi lo olió a él, aunque finalmente Vieri indicó a sus hombres con un gesto de enfado que siguieran adelante. Ezio permaneció sin moverse todavía un rato más, bajó de un salto del carro y exhaló un largo suspiro de alivio. Se sacudió y rápidamente cubrió la corta distancia que lo separaba de Cristina, rezando para que nadie en su casa se hubiera levantado ya.

La mansión seguía en silencio, aunque Ezio se imaginaba que los criados estarían preparando los fuegos de la cocina en la parte de atrás. Sabía cuál era la ventana de Cristina y arrojó un puñado de gravilla a las contraventanas. El ruido fue ensordecedor y esperó, el corazón en un puño. Las contraventanas cedieron enseguida y ella apareció en el balcón. Su

camisón dejaba entrever los deliciosos contornos de su cuerpo. El deseo se apoderó de él al instante.

—¿Quién es? —dijo ella sin alzar la voz.

Él se colocó de manera que pudiera verle.

—¡Yo!

Cristina suspiró, aunque no de un modo desagradable.

—¡Ezio! Debería habérmelo imaginado.

—¿Puedo subir, *mia colomba*?

Ella miró por encima del hombro antes de responder con un susurro:

—De acuerdo. Pero solo un minuto.

—Es todo lo que necesito.

Cristina sonrió.

—¿De verdad?

Él se quedó confuso.

—No…, lo siento…, ¡no quería decir eso! Deja que te enseñe…

Miró a su alrededor para asegurarse de que la calle seguía desierta, afianzó el pie en uno de los grandes aros de hierro para atar a los caballos clavados en la mampostería gris de la casa, y se impulsó hacia arriba, encontrando con relativa facilidad asideros y puntos de apoyo en el almohadillado del muro. En un abrir y cerrar de ojos se había encaramado a la balaustrada y la tenía entre sus brazos.

—¡Oh, Ezio! —suspiró ella, y se besaron—. Mira tu cabeza. ¿Qué has hecho esta vez?

—No es nada. Un rasguño. —Ezio hizo una pausa, sonriendo—. A lo mejor ahora que estoy arriba, podría también pasar.

—¿Pasar dónde?

Era todo inocencia.

—A tu alcoba, naturalmente.

—Bueno, quizás… si estás seguro de que lo único que necesitas es un minuto…

Abrazados, cruzaron las puertas dobles y se adentraron en la cálida luz de la habitación de Cristina.

Una hora después, los despertaba la luz del sol que entraba por las ventanas, el alboroto de los carros y la gente en la calle y, lo peor de todo, el sonido de la voz del padre de Cristina al abrir la puerta del dormitorio.

—Cristina —estaba diciendo—. ¡Es hora de levantarte, hija! Tu tutor estará aquí en cualquier… ¿Qué demonios? ¡Hijo de puta!

Ezio dio un beso a Cristina, rápido pero apasionado.

—Es hora de irme, me parece —dijo, recogiendo su ropa y corriendo hacia la ventana. Se deslizó pared abajo y estaba ya poniéndose el traje cuando Antonio Calfucci apareció arriba en el balcón. Estaba blanco de rabia.

—*Perdonate, messere* —propuso Ezio.

—Ya te daré yo a ti *perdonate, messere* —vociferó Calfucci—. ¡Guardias! ¡Guardias! ¡Perseguid a ese *cimice*! ¡Traedme su cabeza! ¡Y quiero también sus *coglioni*!

—He dicho que lo siento… —empezó a decir Ezio, pero las verjas de la mansión acababan de abrirse y los guardaespaldas de los Calfucci habían hecho su aparición, empuñando sus espadas. Más o menos vestido, Ezio echó a correr calle abajo, esquivando carretillas y abriéndose paso a empujones entre los ciudadanos, ricos hombres de negocios vestidos de negro solemne, mercaderes vestidos en tonos marrones y rojos, gente más humilde con túnicas de sencillos tejidos e, incluso, una procesión eclesiástica con la que chocó tan inesperadamente que cayó dando tumbos sobre la estatua de la Virgen que transportaban unos monjes con capirotes negros. Por fin, después de escabullirse por callejones y superar muros, se detuvo a escuchar. Silencio. Ya no se oían siquiera los gritos y las palabrotas de la población que lo habían seguido constantemente. Y en cuanto a los guardias, se los había quitado de encima, de eso estaba seguro.

Solo confiaba en que el *signor* Calfucci no lo hubiera reconocido. Cristina nunca lo traicionaría, seguro. Además, se camelaría a su padre, que la adoraba. Y aun en el caso de que lo descubriera, reflexionó Ezio, no sería un mal enlace. Su padre dirigía uno de los bancos más grandes de la ciudad,

y llegaría el día en que sería más grande que el de los Pazzi o incluso…, ¿quién sabía?…, que el de los Medici.

Utilizando callejuelas secundarias, acabó llegando a casa. Con quien primero se tropezó fue con Federico, que lo miró muy serio y sacudió la cabeza dándole una sensación de mal agüero.

—De esta no te escapas —dijo—. No digas que no te avisé.

CAPÍTULO 2

El despacho de Giovanni Auditore estaba en el primer piso y dominaba los jardines de la parte trasera del *palazzo* a través de dos juegos de dobles ventanas que se abrían a un amplio balcón. La estancia estaba cubierta con oscuros paneles de madera de roble, cuya severidad quedaba apenas mitigada por el revoque ornamental del techo. Había dos escritorios colocados el uno frente al otro, el mayor de los cuales pertenecía a Giovanni, y las paredes estaban flanqueadas por estanterías abarrotadas de libros de contabilidad y rollos de pergamino de los que colgaban pesados sellos de lacre rojos. La estancia estaba diseñada para decirle a cualquiera que entrara en ella: aquí encontrarás opulencia, respetabilidad y confianza. Como director del Banco Internacional Auditore, especializado en préstamos a los reinos germánicos dentro de lo que, al menos hipotéticamente, era un Sacro Imperio Romano, Giovanni Auditore era muy consciente del puesto de poder y responsabilidad que ocupaba. Confiaba en que sus dos hijos mayores se apresuraran a entrar en razón y le ayudaran a soportar las cargas que él había heredado a su vez de su propio padre, pero no veía indicios de ello por el momento. Todo y con eso…

Desde su asiento detrás de la mesa, miró echando chispas por los ojos a su hijo mediano. Ezio estaba de pie junto a la otra mesa, que el secretario de Giovanni había dejado vacante para proporcionarles a padre e hijo la privacidad necesaria para lo que Ezio temía que iba a ser una entrevista muy dolorosa. Era primera hora de la tarde. Llevaba temiendo la convocatoria toda la mañana, aunque había aprovechado también ese

tiempo para hacerse con un par de horas de un muy necesario sueño y asearse. Se imaginaba que su padre había querido darle tiempo precisamente para eso antes de echarle la bronca.

—¿Me tienes por ciego y sordo, hijo mío? —bramaba Giovanni—. ¿Te crees que no me he enterado de la pelea de anoche con Vieri de Pazzi y su camarilla allá abajo en el río? A veces, Ezio, pienso que no eres mucho mejor que él, y los Pazzi son enemigos peligrosos. —Ezio estaba a punto de hablar, pero su padre levantó una mano para acallarlo—. ¡Te ruego amablemente que me dejes terminar! —Respiró hondo—. Y por si eso no fuera ya malo de por sí, te has empeñado en ir detrás de Cristina Calfucci, la hija de uno de los mercaderes de mayor éxito de toda Toscana y, no satisfecho con eso, ¡revolcarte con ella en su propia cama! ¡Es intolerable! ¿Acaso no piensas jamás en la reputación de nuestra familia? —Hizo una pausa, y a Ezio le sorprendió ver la chispa de un fulgor en los ojos de su padre—. Te das perfecta cuenta de lo que todo esto significa, ¿verdad? —prosiguió Giovanni—. Sabes a quién me recuerdas, ¿verdad?

Ezio inclinó la cabeza, y se sorprendió de nuevo cuando su padre se levantó, cruzó la estancia hacia él y le pasó un brazo por el hombro, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Eres un diablillo! ¡Me recuerdas a mí cuando tenía tu edad! —Pero Giovanni volvió a ponerse serio de inmediato—. No creas, sin embargo, que no te castigaría sin piedad de no tener la enorme necesidad de tu presencia. De no ser así, recuerda mis palabras, te enviaría con tu tío Mario para que te alistara en su escuadrón de *condottieri*. ¡Así sentarías un poco la cabeza! Pero necesito contar contigo, y aunque me parece que no tienes la inteligencia necesaria para verlo, tienes que saber que en nuestra ciudad estamos viviendo un momento crucial. ¿Cómo va tu cabeza? Veo que te has quitado el vendaje.

—Mucho mejor, padre.

—Por lo que supongo que nada interferirá el trabajo que te tengo preparado para el resto del día.

—Te lo prometo, padre.

—Más te vale mantener tu promesa. —Giovanni volvió a su mesa y, de un compartimento, extrajo una carta con su sello y se la pasó a su hijo, junto

con dos pergaminos protegidos por una funda de cuero—. Quiero que le entregues esto, sin demora, a Lorenzo de Medici en su banco.

—¿Puedo preguntar de qué se trata, padre?

—Por lo que a los documentos se refiere, no. Pero estaría bien que supieras que la carta pone a Lorenzo al corriente de nuestros asuntos en Milán. He pasado la mañana entera preparándola. Esto no debe salir de aquí, pero si no deposito en ti mi confianza, nunca aprenderás a ser responsable. Hay rumores de una conspiración contra el duque Galeazzo… Un asunto desagradable, te lo aseguro, pero Florencia no puede permitirse que Milán se desestabilice.

—¿Quién está implicado?

Giovanni miró a su hijo entrecerrando los ojos.

—Dicen que los principales conspiradores son Giovanni Lampugnani, Gerolamo Olgiati y Carlo Visconti; pero al parecer está implicado también nuestro querido Francesco de Pazzi, y sobre todo, hay un plan en marcha que al parecer abarca algo más que las cuestiones políticas de dos ciudades-estado. De momento, nuestro *gonfaloniere* ha arrestado a Francesco y eso a los Pazzi no les ha gustado nada. —Giovanni se interrumpió—. Bien, ya te he contado demasiado. Asegúrate de que esto llega rápidamente a Lorenzo… Me han dicho que está a punto de partir hacia Careggi para disfrutar un poco del aire del campo, y ya se sabe que cuando el jefe está lejos…

—Lo llevaré lo más rápidamente posible.

—Buen chico. ¡Vete ya mismo!

Ezio partió solo, utilizando calles secundarias siempre que le fue posible, sin pensar en ningún momento que Vieri pudiera andar todavía buscándolo. Pero de pronto, en una calle tranquila a escasos minutos del Banco Medici, apareció allí, bloqueándole el paso a Ezio. Intentó dar media vuelta pero se encontró con los hombres de Vieri bloqueándole la retirada. Volvió a girarse.

—Lo siento, cerdito —le gritó a Vieri—, pero ahora no tengo tiempo para darte otra paliza.

—No soy yo quien va a recibir una paliza —le gritó Vieri a modo de respuesta—. Estás acorralado; pero no te preocupes, enviaré una corona

preciosa para tu funeral.

Los hombres de Pazzi se acercaban. Sin duda alguna Vieri se había enterado ya de que su padre había sido hecho prisionero. Ezio miró desesperado a su alrededor. Las casas y los altos muros de la calle lo tenían cercado. Después de asegurar contra su cuerpo la saca que contenía los valiosos documentos, eligió la casa que tenía más próxima y se abalanzó hacia su pared, aferrándose con pies y manos a la piedra tallada antes de iniciar su escalada hasta el tejado. Una vez allí, se detuvo un instante para contemplar desde arriba la cara iracunda de Vieri.

—No tengo ni siquiera tiempo para mearme encima de ti —dijo, y echó a correr a toda prisa por el tejado, saltando de nuevo al suelo con su recién descubierta agilidad en cuanto se supo libre de sus perseguidores.

Unos momentos después, se encontraba frente a las puertas del banco. Entró y reconoció a Boetio, uno de los criados de más confianza de Lorenzo. Un golpe de suerte. Ezio corrió hacia él.

—¡Hola, Ezio! ¿Qué te trae por aquí con tantas prisas?

—Boetio, no hay tiempo que perder. Traigo aquí unas cartas de mi padre para Lorenzo.

Boetio se puso serio y abrió las manos.

—¡Ahimé, Ezio! Llegas tarde. Se ha marchado a Careggi.

—En este caso, debes asegurarte de que recibe esto lo antes posible.

—Estoy seguro de que no estará ausente más de un día. Con los tiempos que corren…

—¡Empiezo a descubrir cómo son estos tiempos! Asegúrate de que lo recibe, Boetio. ¡Y con confidencialidad! ¡Lo antes posible!

De regreso a su *palazzo*, fue directamente al despacho de su padre, ignorando tanto el amigable comentario impertinente por parte de Federico, que estaba en el jardín holgazaneando bajo un árbol, como los intentos del secretario de su padre, Giulio, de impedirle que cruzara la puerta cerrada del santuario de Giovanni. En el interior descubrió a su padre enfrascado en una conversación con el presidente del tribunal supremo de Florencia, el *gonfaloniere* Uberto Alberti. No le sorprendió, pues los dos hombres eran viejos amigos, y Ezio trataba a Alberti como si fuera su tío. Pero captó una expresión de intensa seriedad en sus caras.

—¡Ezio, mi chico! —dijo Uberto, alegremente—. ¿Cómo estás? Sin aliento, como es habitual, por lo que veo.

Ezio miró apresuradamente a su padre.

—He estado intentando tranquilizar a tu padre —continuó Uberto—. Está habiendo muchos problemas, ya sabes; pero… —se volvió hacia Giovanni y su tono se hizo más vehemente—… la amenaza ha terminado.

—¿Has entregado los documentos? —preguntó Giovanni, sucintamente.

—Sí, padre. Pero el duque Lorenzo ya se había ido.

Giovanni frunció el entrecejo.

—No esperaba que se marchase tan pronto.

—Se los he dejado a Boetio —dijo Ezio—. Se los hará llegar lo antes posible.

—Tal vez no sea lo bastante pronto —dijo Giovanni, misteriosamente.

Uberto le dio unos golpecitos en la espalda.

—Mira —dijo—. Tal vez no sea más que un par de días. Tenemos a Francesco bajo llave. ¿Qué podría pasar en un periodo tan breve de tiempo?

Giovanni dio la impresión de sentirse medianamente aliviado, pero era evidente que ambos hombres tenían más temas que discutir y no en presencia de Ezio.

—Vete a ver a tu madre y a tu hermana —dijo Giovanni—. ¡Ya sabes que deberías pasar más tiempo con el resto de tu familia, no solo con Federico! Y deja descansar esa cabeza… Más tarde volveré a necesitarte.

Y con un gesto, su padre despidió a Ezio.

Deambuló por la casa, saludando a un par de criados de la familia, y a Giulio, que corría hacia la oficina del banco procedente de alguna parte, un pliego de papeles en la mano y, como era habitual en él, ensimismado en sus asuntos. Ezio saludó con la mano a su hermano, que seguía ganduleando en el jardín, pero no le apeteció sumarse a él. Además, le habían dicho que fuera a hacer compañía a su madre y su hermana y sabía que era mejor no desobedecer a su padre, sobre todo después de la discusión que habían tenido a primera hora del día.

Encontró a su hermana sentada sola en la *loggia*, un libro de Petrarca en las manos, desatendido. O eso se imaginó. Sabía que estaba enamorada.

—*Ciao*, Claudia —le dijo.

—*Ciao*, Ezio. ¿Dónde has estado?

Ezio abrió las manos.

—He estado haciendo un recado para padre.

—Eso no ha sido todo, según me han dicho —replicó ella, pero con una sonrisa débil y automática.

—¿Dónde está madre?

Claudia suspiró.

—Se ha ido a ver a ese joven pintor del que todos hablan. Ya sabes, el que acaba de finalizar su aprendizaje con Verrocchio.

—¿De verdad?

—¿Acaso no prestas atención a nada de lo que pasa en esta casa? Le ha encargado algunas pinturas. Cree que con el tiempo serán una buena inversión.

—¡Ya ves cómo es nuestra madre!

Pero Claudia no dijo nada, y por primera vez se dio Ezio realmente cuenta de la tristeza de su rostro. Parecía mucho mayor de los dieciséis años que tenía.

—¿Qué te pasa, *sorellina*? —le preguntó, sentándose en el banco de piedra a su lado.

Suspiró, y lo miró con una sonrisa compungida.

—Es Duccio —dijo por fin.

—¿Qué le sucede?

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—He descubierto que me es infiel.

Ezio puso mala cara. Duccio estaba prácticamente prometido con Claudia, pese a que no se había producido aún ningún tipo de anuncio formal.

—¿Quién te ha dicho eso? —le preguntó, rodeándola con el brazo.

—Las otras chicas. —Se secó los ojos y le miró—. Creía que eran mis amigas, pero me da la impresión de que disfrutaron contándomelo.

Ezio se levantó, enfadado.

—¡En ese caso son unas arpías! Mejor estarás sin ellas.

—¡Pero yo le quería!

Ezio tardó un momento en replicar.

—¿Estás segura? A lo mejor solo creías quererle. ¿Cómo te sientes ahora?

A Claudia se le habían secado los ojos.

—Me gustaría verlo sufrir, aunque solo fuera un poco. Me ha hecho daño de verdad, Ezio.

Ezio miró a su hermana, vio la tristeza reflejada en sus ojos, una tristeza en absoluto teñida de rabia. Se le heló el corazón.

—Creo que le haré una visita.

Duccio Dovizi no estaba en casa, pero el ama de llaves le explicó a Ezio dónde encontrarlo. Ezio cruzó el Ponte Vecchio y emprendió camino en dirección oeste siguiendo la orilla sur del Arno hasta llegar a la iglesia de San Jacopo Soprano. En las cercanías había unos jardines apartados, donde los amantes solían citarse. Ezio, cuya sangre hervía en nombre de su hermana, pero que aun así necesitaba más pruebas de la infidelidad de Duccio que unos simples rumores, empezó a pensar que estaba a punto de encontrarlas.

Muy pronto localizó al joven rubio, vestido con sus mejores galas, sentado en un banco con vistas al río, rodeando con el brazo a una chica de pelo oscuro que no reconoció. Avanzó con cautela.

—Es precioso, querido —estaba diciendo la chica, extendiendo la mano. Ezio vio el destello de un anillo de diamantes.

—Para ti solo lo mejor, *amore* —ronroneó Duccio, atrayéndola hacia él para besarla.

Pero la chica retrocedió.

—No tan rápido. No se trata de comprarme. No llevamos mucho tiempo viéndonos, y he oído decir que estás comprometido con Claudia Auditore.

Duccio escupió.

—Se ha acabado. De todos modos, dice mi padre que puedo aspirar a algo mucho mejor que una Auditore. —La cogió por el trasero—. ¡A ti, por ejemplo!

—*Birbante!* Paseemos un poco.

—Se me ocurre algo que podría ser mucho más divertido —dijo Duccio, poniéndole la mano entre las piernas.

Aquello fue la gota que colmó el vaso para Ezio.

—¡Oye, tú, *lurido porco*! —gritó.

Pilló a Duccio completamente por sorpresa. Este se giró de repente y soltó a la chica.

—Hola, Ezio, amigo mío —dijo, pero su voz transparentaba nerviosismo. ¿Qué habría visto Ezio?—. Me parece que no conoces a mi… prima.

Ezio, rabioso por la traición, dio un paso al frente y le dio un puñetazo en la cara a su antiguo amigo.

—¡Duccio, deberías avergonzarte de tu conducta! Has insultado a mi hermana, alardeando por ahí con esta… ¡esta *puttana*!

—¿A quién llamas tú *puttana*? —chilló la chica, pero se levantó y se retiró.

—Me imaginaba que incluso una chica como tú podría encontrar algo mejor que este tonto del culo —le dijo Ezio—. ¿De verdad piensas que tiene intención de convertirte en una dama?

—No le hables así —dijo entre dientes Duccio—. Al menos es más generosa con sus favores que la estrecha de tu hermana. Aunque me imagino que anda más necesitada que una monja. Una pena, podría haberle enseñado un par de cosas. Aunque por otra parte…

Ezio lo interrumpió con frialdad.

—Le has partido el corazón, Duccio.

—¿Yo? Qué lástima.

—Razón por la cual yo voy a partirte a ti un brazo.

La chica chilló al oír aquello y salió corriendo. Ezio agarró a Duccio, que había empezado a gimotear, y dobló el brazo derecho del joven galán por encima del borde del banco de piedra donde había estado sentado con una buena erección hacía tan solo unos instantes. Presionó el antebrazo contra la piedra hasta que los gemidos de Duccio se convirtieron en lágrimas.

—¡Para, Ezio! ¡Te lo suplico! ¡Soy el único hijo de mi padre!

Ezio lo miró con desprecio y lo soltó. Duccio cayó al suelo y rodó sobre sí mismo, sujetándose su brazo herido y sollozando, sus elegantes ropajes rasgados y sucios.

—No te mereces mi esfuerzo —le dijo Ezio—. Pero si no quieres que cambie de idea respecto a ese brazo, mantente alejado de Claudia. Y mantente alejado de mí.

Después del incidente, Ezio volvió a casa siguiendo el camino más largo, paseando por la orilla del río hasta llegar a las huertas. Cuando dio media vuelta, las sombras empezaban a alargarse, pero su mente estaba más tranquila. Nunca acabaría de convertirse en un hombre, se dijo, si permitía que su furia lo controlase por completo.

Cerca de su casa, vio a su hermano menor, a quien no había visto desde la mañana del día anterior, y le saludó cariñosamente.

—*Ciao*, Petruccio. ¿Qué te traes entre manos? ¿Le has dado esquinazo a tu tutor? Y, de todas maneras, ¿no tendrías que estar ya en la cama?

—No seas tonto. Ya soy casi un adulto. ¡En pocos años te dejaré hecho polvo! —Los hermanos se sonrieron. Petruccio sujetaba una caja de madera tallada de peral contra su pecho. Estaba abierta y Ezio vio en su interior un montón de plumas blancas y marrones—. Son plumas de águila —explicó el niño. Señaló el extremo de la torre de un edificio próximo—. Allá arriba hay un antiguo nido. Las crías deben de haber cambiado el plumaje y ya se han ido. He visto muchas más plumas pegadas a la mampostería. —Petruccio miró a su hermano con ojos suplicantes—. Ezio, ¿te importaría cogerme unas cuantas más?

—¿Y para qué las quieres?

Petruccio bajó la vista.

—Es un secreto —dijo.

—¿Entrarás en casa si te las consigo? Es tarde.

—Sí.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Entonces, de acuerdo.

Ezio pensó: «Hoy le he hecho un favor a Claudia, no hay razón por la que no podría también hacerle otro a Petruccio».

Subir a la torre fue delicado, pues el muro estaba resbaladizo y tuvo que concentrarse en encontrar asideros y puntos de apoyo en las juntas entre las piedras. En lo más alto, se ayudó también de las molduras ornamentales. Al final, tardó media hora, pero consiguió reunir quince plumas más —todas las que pudo encontrar— y se las entregó a Petruccio.

—Te has dejado una —dijo Petruccio, señalando hacia arriba.

—¡A la cama! —gruñó su hermano. Petruccio se fue volando.

Ezio esperaba que su madre se alegrara de recibir aquel regalo. No costaba mucho adivinar los secretos de Petruccio. Sonrió al entrar en casa.

CAPÍTULO 3

A la mañana siguiente Ezio se despertó tarde y para alivio suyo descubrió que su padre no le había preparado nada urgente que hacer. Salió al jardín, donde encontró a su madre supervisando los trabajos que estaban llevando a cabo con sus cerezos, cuyas flores justo empezaban a marchitarse. Le sonrió al verlo y lo llamó con señas para que se acercara. María Auditore era una mujer alta y elegante que acababa de entrar en la cuarentena, su larga melena negra trenzada bajo una cofia de muselina blanca inmaculada ribeteada con los colores negro y dorado de la familia.

—¡Ezio! *Buon' giorno*.

—Madre.

—¿Cómo estás? Mejor, espero. —Le tocó con cuidado la herida de la cabeza.

—Estoy bien.

—Ha dicho tu padre que descansaras todo lo que pudieras.

—¡No tengo ninguna necesidad de descansar, *mamma*!

—Pues, en cualquier caso, esta mañana no te espera nada excitante. Tu padre me ha pedido que me ocupe de ti. Sé perfectamente los líos que te traes entre manos.

—No sé a qué te refieres.

—No pretendas engatusarme, Ezio. Sé lo de tu pelea con Vieri.

—Anda por ahí contando historias inmundas sobre nuestra familia. No podía permitir que quedara impune.

—Vieri está bajo presión, sobre todo desde que su padre fue arrestado. —Hizo una pausa, pensativa—. Es posible que Francesco de Pazzi sea muchas cosas, pero nunca me lo habría imaginado capaz de apuntarse a una confabulación para asesinar a un duque.

—¿Qué le pasará?

—Habrá un juicio. Me imagino que tu padre será un testigo clave cuando regrese el duque Lorenzo.

Ezio se sentía inquieto.

—No te preocupes, no tienes nada que temer. Y no voy a pedirte hacer ninguna cosa que no te guste… De hecho, quiero que me acompañes a hacer un recado. No nos llevará mucho tiempo, y me parece que incluso te gustará.

—Encantado de ayudarte, *mamma*.

—Vamos entonces. No es muy lejos.

Salieron del *palazzo* a pie, cogidos del brazo, y pusieron rumbo hacia la catedral, hacia el pequeño barrio próximo a la misma donde la mayoría de los artistas florentinos tenían sus talleres y estudios. Algunos, como los de Verrocchio y la joven promesa Alessandro di Moriano Filipepi, que ya había adquirido el apodo de Botticelli, eran locales grandes y abarrotados donde ayudantes y aprendices se afanaban en triturar colorantes y mezclar pigmentos; otros eran más humildes. Fue ante la puerta de uno de estos donde María se detuvo para llamar. Casi de inmediato apareció un joven atractivo y bien vestido, casi peripuesto pero de aspecto atlético, con una mata de cabello castaño oscuro y barba tupida. Sería seis o siete años mayor que Ezio.

—¡Madonna Auditore! ¡Bienvenida! Estaba esperándoos.

—Leonardo, *buon'giorno*. —Intercambiaron besos formales.

«Hay que ver cómo se codea este artista con mi madre», pensó Ezio, pero le gustó el aspecto que tenía el joven.

—Te presento a mi hijo, Ezio —continuó María.

El artista le saludó con una reverencia.

—Leonardo da Vinci —dijo—. *Molto onorato, signore*.

—Maestro.

—Todavía no —dijo Leonardo sonriendo—. Pero ¿en qué estaré yo pensando? ¡Pasad, pasad! Esperad aquí, voy a pedirle a mi ayudante que sirva un poco de vino mientras voy a buscar vuestros cuadros.

El estudio no era grande, pero el hecho de que estuviera tan atiborrado de cosas lo hacía parecer aún más pequeño de lo que era en realidad. Había mesas repletas de esqueletos de aves y de pequeños mamíferos, frascos con un líquido incoloro llenos de objetos orgánicos de todo tipo que a Ezio le costaba reconocer. En un amplio banco de trabajo situado al fondo había algunas estructuras curiosas realizadas minuciosamente en madera, y encima de dos caballetes había pinturas inacabadas de tonos más oscuros de lo habitual y con contornos escasamente definidos. Ezio y María se acomodaron y acto seguido, procedente de una habitación interior, apareció un atractivo joven con una bandeja con vino y pastelitos. Sirvió el aperitivo, sonrió tímidamente y se retiró.

—Leonardo tiene mucho talento.

—Si tú lo dices, madre… Yo de arte sé poca cosa.

Aunque Ezio pensaba que su vida consistiría en seguir los pasos de su padre, en el fondo poseía una vena rebelde y aventurera que resultaba muy incómoda para el carácter de un banquero florentino. En cualquier caso, al igual que su hermano mayor, se consideraba un hombre de acción, no un artista ni un erudito.

—Sabes muy bien que la expresión de los propios sentimientos forma parte vital de la comprensión de la vida y de cómo disfrutarla en su plenitud. —Se quedó mirándolo—. Tendrías que encontrar tu propia válvula de escape, querido.

Ezio se picó.

—Tengo muchas válvulas de escape.

—Me refiero a otras cosas aparte de las fulanas —replicó su madre en tono prosaico.

—¡Madre! —Pero la única respuesta de María fue encogerse de hombros y hacer una mueca—. Estaría muy bien que pudieses cultivar la amistad de un hombre como Leonardo. Creo que tiene por delante un futuro prometedor.

—Por el aspecto de este lugar, siento no estar muy de acuerdo contigo.

—¡No seas impertinente!

La reaparición de Leonardo, cargado con dos cajas, interrumpió su conversación. Depositó una de ellas en el suelo.

—¿Te importaría cargar con esta? —le preguntó a Ezio—. Se lo habría pedido a Agniolo, pero tiene que quedarse a vigilar el taller. Además, no creo que el pobre sea lo bastante fuerte como para realizar este tipo de trabajo.

Ezio se agachó para coger la caja, y se quedó sorprendido al comprobar su peso. A punto estuvo de dejarla caer de nuevo al suelo.

—¡Con cuidado! —le alertó Leonardo—. ¡Las pinturas que hay dentro son delicadas y tu madre acaba de pagar un dineral por ellas!

—¿Nos vamos? —dijo María—. Me muero de ganas de colgarlas.

Después, dirigiéndose a Leonardo, añadió:

—He seleccionado los lugares y espero tu aprobación.

Ezio se mostró internamente un poco reacio a la idea: ¿se merecía realmente una deferencia así un artista novato?

Mientras caminaban, Leonardo empezó a charlar amigablemente y Ezio, muy a pesar suyo, quedó vencido por el encanto de aquel hombre. Y aunque había alguna cosa en él que le resultaba turbadora, no conseguía identificarla. ¿Cierta frialdad? ¿Una sensación de desapego respecto a los demás seres humanos? Tal vez fuera simplemente que tenía la cabeza en las nubes, como solía suceder con los artistas, o eso era al menos lo que a Ezio le habían contado. Ezio, no obstante, sintió un inmediato e instintivo respeto hacia aquel hombre.

—Y tú, Ezio, ¿a qué te dedicas? —le preguntó Leonardo.

—Trabaja para su padre —respondió María.

—Ah. ¡Un financiero! ¡Naciste en la ciudad adecuada para eso!

—También es una buena ciudad para los artistas —dijo Ezio—. Hay muchos clientes ricos.

—Pero somos muchos —refunfuñó Leonardo—. Destacar es complicado. Por eso me siento tan en deuda con tu madre. ¡A decir verdad, tiene un criterio muy exigente!

—¿Te concentras en la pintura? —preguntó Ezio, pensando en la diversidad que había visto en el estudio.

Leonardo se quedó pensativo.

—Una pregunta difícil de responder. Si quieres que te diga la verdad, me resulta complicado centrarme en una única cosa, ahora que me he instalado por mi cuenta. Adoro pintar, y sé que puedo hacerlo, pero… veo el final antes de llegar a él, y a veces me resulta difícil terminar las cosas. ¡Tienen que empujarme! Pero eso no es todo. A veces tengo la sensación de que a mi obra le falta…, no sé…, un propósito. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Tendrías que tener más fe en ti, Leonardo —dijo María.

—Gracias, pero hay momentos en los que pienso que tendría que hacer un trabajo más práctico, un trabajo que tenga una relación real con la vida. Quiero comprender la vida: cómo funciona, cómo funciona todo.

—En este caso, tendrías que ser cien hombres en uno —dijo Ezio.

—¡Ojalá pudiera ser así! Sé qué quiero explorar: arquitectura, anatomía, ingeniería incluso. No quiero solo captar el mundo con mi pincel. ¡Quiero cambiarlo!

Su pasión impresionó a Ezio más que fastidiarlo. Era evidente que aquel hombre no era un fanfarrón; en cualquier caso, parecía casi atormentado por las ideas que bullían en su interior. «¡Ahora nos dirá que también se dedica a la música y a la poesía!», pensó Ezio.

—¿Quieres dejar esto y descansar un momento, Ezio? —preguntó Leonardo—. Tal vez pese demasiado para ti.

Ezio apretó los dientes.

—No, *grazie*. De todas maneras, ya casi hemos llegado.

Cuando llegaron al *palazzo* Auditore, metió la caja en el vestíbulo y la depositó en el suelo con toda la lentitud y la delicadeza que sus doloridos músculos le permitieron, y se sintió más aliviado de lo que le habría gustado reconocer, incluso ante sí mismo.

—Gracias, Ezio —dijo su madre—. Creo que a partir de ahora ya podemos arreglárnoslas sin ti, aunque, naturalmente, si deseas venir y ayudarnos a colgar los cuadros…

—Gracias, madre… Pienso que es mejor que os deje este trabajo a vosotros dos.

Leonardo le tendió la mano.

—Ha sido un placer conocerte, Ezio. Espero que nuestros caminos vuelvan a cruzarse pronto.

—*Anch'io*.

—Llama, por favor, a uno de los criados para que le eche una mano a Leonardo —le dijo María.

—No —dijo Leonardo—. Prefiero ocuparme del tema yo solo. ¡Imaginaos si a alguien se le cae alguna caja! —Y agachándose, cargó la caja que llevaba Ezio y la acomodó en el arco de su codo—. ¿Vamos? —le dijo a María.

—Por aquí —dijo María—. Adiós, Ezio. Nos vemos esta noche en la cena. Ven, Leonardo.

Ezio los vio salir del vestíbulo. Aquel tal Leonardo era un tipo al que respetar.

Después de comer, ya entrada la tarde, se le acercó Giulio apresuradamente (como siempre) para decirle que su padre solicitaba su presencia en su despacho. Ezio tuvo que esforzarse para seguir al secretario por el pasillo con paredes forradas de madera de roble que conducía a la parte trasera de la mansión.

—¡Hola, Ezio! Pasa, hijo mío.

El tono de Giovanni era serio y formal. Estaba de pie detrás de su mesa de trabajo, sobre la que había dos abultadas cartas, envueltas en vitela y selladas.

—Dicen que el duque Lorenzo estará de vuelta mañana o pasado, como muy tarde —dijo Ezio.

—Lo sé. Pero no hay tiempo que perder. Quiero que entregues esto a un par de socios míos aquí en la ciudad. —Empujó las cartas por encima de la mesa.

—Sí, padre.

—Necesito además que recojas un mensaje que una paloma mensajera tiene que haber depositado en el palomar de la *piazza* que hay al final de la calle. Intenta que nadie te vea recogerlo.

—Me aseguraré de que así sea.

—Bien. Vuelve aquí de inmediato en cuanto hayas acabado. Tengo asuntos importantes que discutir contigo.

—Señor.

—Y esta vez, compórtate. Nada de peleas.

Ezio decidió ocuparse en primer lugar del palomar. Pronto anochecería y sabía que ahora habría menos gente; un poco más tarde la plaza estaría abarrotada de florentinos dando su *passeggiata*. Cuando llegó a su objetivo vio unas pintadas en la pared de detrás y por encima del palomar. Le sorprendió: ¿sería aquello reciente o ya estaba allí y no se había fijado en ello? Escrito con esmero aparecía una frase que reconoció como perteneciente al Libro del Eclesiastés: «QUIEN AUMENTA SUS CONOCIMIENTOS AUMENTA SU DOLOR». Un poco más abajo, alguien había añadido un comentario jocoso: «¿DÓNDE ESTÁ EL PROFETA?».

Pero volvió a pensar enseguida en la tarea que tenía entre manos. Al instante reconoció la paloma que andaba buscando: era la única con una nota sujeta a la pata. La cogió rápidamente y devolvió el ave a la barra donde estaba posada. Le asaltó entonces la duda. ¿Debería leer la nota? No estaba lacrada. Con rapidez desenrolló el pequeño pergamino y descubrió que lo único que contenía era un nombre, el de Francesco de Pazzi. Ezio se encogió de hombros. Se imaginó que para su padre aquello tendría algo más de sentido que para él. Se le escapaba por completo por qué el nombre del padre de Vieri, uno de los posibles conspiradores de una trama para derrocar al duque de Milán, hechos que Giovanni ya conocía, tenía que tener alguna relevancia. A menos que se tratara de una especie de confirmación.

Pero tenía que apresurarse y continuar con su trabajo. Guardó a buen recaudo la nota en la bolsa de su cinturón y se encaminó hacia la dirección que aparecía en el primer sobre. La ubicación le sorprendió, pues estaba en el barrio de los burdeles. Había estado a menudo por allí con Federico —antes de conocer a Cristina, claro está— y nunca se había sentido a gusto. Cuando empezó a aproximarse al siniestro callejón que su padre le había indicado, acercó la mano a la empuñadura de su daga para tranquilizarse. La dirección resultó ser una humilde taberna, escasamente iluminada, en la que servían Chianti barato en jarras de barro.

Cuando más perdido estaba sobre cómo actuar a continuación, pues no parecía haber nadie, escuchó una voz a su lado:

—¿Eres el hijo de Giovanni?

Se giró y se encontró delante de un hombre de aspecto rudo cuyo aliento olía a cebolla. Iba acompañado por una mujer que en su día debió de ser guapa, aunque parecía como si los últimos diez años que se había cargado a la espalda hubieran acabado con todo su encanto. Si alguna belleza quedaba, la tenía en sus ojos, claros e inteligentes.

—Pareces idiota —le dijo la mujer al hombre—. Si es clavado a su padre.

—Traes algo para nosotros —dijo el hombre, haciendo caso omiso del comentario—. Entréganoslo.

Ezio dudó. Verificó la dirección. Era la correcta.

—Entréganoslo, amigo —dijo el hombre, acercándose más a él.

Ezio recibió una oleada de su aliento. ¿Viviría aquel hombre solo de cebolla y ajo?

Depositó la carta en la mano abierta del hombre, que la cerró de inmediato para transferir el documento a una bolsa de cuero que llevaba atada al costado.

—Buen chico —dijo, y sonrió.

Ezio observó que, sorprendentemente, la sonrisa otorgaba a su cara cierta nobleza. Pero no sus palabras.

—Y no te preocupes —añadió—. No somos contagiosos.

Hizo una pausa para mirar de soslayo a la mujer y añadió:

—¡O al menos yo no lo soy!

La mujer se echó a reír y le pellizcó el brazo al hombre. Y acto seguido desaparecieron.

Ezio salió aliviado al callejón. La dirección de la segunda carta le condujo a una calle situada justo al oeste del baptisterio. Un barrio mucho mejor, aunque muy tranquilo a aquella hora del día. Atravesó corriendo la ciudad.

Esperándolo bajo un arco que abarcaba la anchura de la calle había un hombre corpulento que parecía un soldado. Iba vestido con prendas de cuero típicas del campo, pero olía a limpio e iba recién afeitado.

—Por aquí —le indicó con un gesto.

—Tengo algo para ti —dijo Ezio—. De…

—¿… de Giovanni Auditore? —El hombre habló en un susurro.

—Sí.

El hombre miró a su alrededor, a un lado y a otro de la calle. Solo se veía un farolero, a cierta distancia.

—¿Te han seguido?

—No… ¿Por qué deberían haberlo hecho?

—No importa. Entrégame la carta. Rápido.

Ezio se la entregó.

—La situación está caldeándose —dijo el hombre—. Dile a tu padre que esta noche habrá algún tipo de actuación. Que haga planes para estar en lugar seguro.

Aquello dejó atónito a Ezio.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—He dicho ya demasiado. Vuelve corriendo a tu casa.

Y el hombre se fundió con las sombras.

—¡Espera! —gritó Ezio—. ¿Qué quieres decir con esto? ¡Vuelve!

Pero el hombre se había ido.

Ezio subió rápidamente la calle en dirección a donde estaba el farolero.

—¿Qué hora es? —le preguntó.

El hombre entornó los ojos, miró el cielo y dijo:

—Debe de haber pasado una hora desde que he empezado a trabajar. Estaremos en torno a la hora veinteava.

Ezio hizo enseguida sus cálculos. Debía de hacer un par de horas que había salido del *palazzo*, tardaría quizás unos veinte minutos en volver de nuevo a su casa. Echó a correr. Tenía una terrible premonición.

En cuanto tuvo al alcance de su vista la mansión Auditore, supo que algo iba mal. No había luces encendidas y la impresionante puerta principal de entrada estaba abierta. Aceleró el paso, gritando:

—¡Padre! ¡Federico!

El amplio vestíbulo del *palazzo* estaba a oscuras y vacío, pero había luz suficiente para que Ezio pudiera alcanzar a ver mesas volcadas, sillas rotas, piezas de vajilla y cristalería hechas añicos. Alguien había arrancado de las paredes las pinturas de Leonardo y las había rajado con un cuchillo. En la oscuridad escuchó un llanto…, el llanto de una mujer: ¡su madre!

Empezaba a avanzar hacia el sonido cuando una sombra se movió por detrás de él y alguna cosa se levantó por encima de su cabeza. Ezio se giró en redondo y agarró un pesado candelabro de plata que alguien estaba haciendo descender encima de él. Dio un potentísimo tirón y el atacante soltó el candelabro con un chillido de alarma. Arrojó el candelabro lejos del alcance de su atacante, lo agarró acto seguido del brazo y tiró de la persona hacia la escasa luz reinante. En su corazón anidaba un instinto asesino y había sacado ya la daga.

—¡Oh! ¡Ezio! ¡Eres tú! ¡Gracias a Dios!

Ezio reconoció la voz, y luego la cara, del ama de llaves de la familia, Annetta, una campesina llena de energía que llevaba años al servicio de la familia.

—¿Qué ha *pasado*? —le preguntó a Annetta, cogiéndole ambas muñecas y sacudiéndola por la angustia y el pánico que sentía.

—Han venido… los guardias de la ciudad. Han arrestado a tu padre y a Federico… Se han llevado incluso al pequeño Petruccio, ¡lo arrancaron de los brazos de tu madre!

—¿Dónde está mi madre? ¿Dónde está Claudia?

—Estamos aquí —dijo una voz temblorosa desde las sombras.

Apareció Claudia, su madre cogida del brazo. Ezio colocó bien una silla para que su madre pudiera sentarse. En la penumbra, vio que Claudia sangraba, que sus vestidos estaban sucios y rasgados. María no lo reconocía. Se sentó en la silla, sollozando y balanceándose de un lado a otro. Sujetaba entre sus manos la cajita de madera de peral con las plumas que Petruccio le había regalado ni siquiera haría dos días… Una eternidad, ahora.

—¡Dios mío, Claudia! ¿Te encuentras bien? —La miró y la rabia se apoderó de él—. ¿Te han…?

—No…, estoy bien. Me maltrataron un poco porque creían que podría decirles dónde habías ido. Pero madre… ¡Oh, Ezio, se han llevado a padre y a Federico y a Petruccio al Palazzo Vecchio!

—Tu madre está en estado de *shock* —dijo Annetta—. Cuando opuso resistencia, la… —Se interrumpió—. *Bastarda*.

Ezio empezó a pensar con rapidez.

—Este lugar no es seguro. ¿Puedes llevártelas a alguna parte, Annetta?

—Sí, sí…, a casa de mi hermana. Allí estarán seguras. —Annetta apenas podía hablar, el miedo y la angustia ahogaban su voz.

—Tenemos que movernos rápido. Estoy seguro de que los guardias volverán a por mí. Claudia, madre…, no hay tiempo que perder. No cojáis nada, simplemente marchaos con Annetta. ¡Ahora mismo! Claudia, deja que *mamma* se apoye en ti.

Las escoltó hasta el exterior de su hogar saqueado, conmocionado aún, y las ayudó a salir antes de dejarlas en las capaces manos de la fiel Annetta, que había empezado a recuperar la compostura. La cabeza de Ezio maquinaba a toda velocidad sobre las implicaciones, su mundo convulsionado por aquel terrible vuelco de los acontecimientos. Desesperado, intentó evaluar todo lo sucedido, y lo que debía hacer a continuación, lo que debía hacer para salvar a su padre y a sus hermanos… Lo que sabía seguro era que tenía que encontrar la manera de ver a su padre, averiguar qué era lo que había provocado aquel ataque, aquella atrocidad contra su familia. ¡Pero el Palazzo Vecchio! Habrían encerrado a sus familiares en las dos pequeñas celdas de la torre, de eso estaba seguro. A lo mejor existía la posibilidad de… Pero aquel lugar estaba fortificado como un castillo; y habría una vigilancia temible protegiéndolo, precisamente esa noche.

Obligándose a tranquilizarse y a pensar con claridad, se deslizó por las calles hasta alcanzar la Piazza della Signoria, se pegó a sus muros y levantó la vista. En las almenas y en lo alto de la torre ardían antorchas, iluminando la gigantesca flor de lis roja que era el emblema de la ciudad y el gran reloj de la base de la torre. En lo más alto, forzando la vista, creyó distinguir Ezio la tenue luz de una candela detrás de la pequeña ventana con barrotes. Delante de las enormes puertas dobles de acceso al *palazzo* había guardas apostados, y muchos más en las almenas. Pero Ezio no vio ninguno en lo alto de la torre, cuyas almenas, de todos modos, quedaban por encima de la ventana a la que tenía que llegar.

Rodeó la plaza para alejarse del *palazzo* y se adentró en la callejuela que partía de allí y seguía el muro norte del edificio. Por suerte, había aún bastante gente por las calles, paseando y disfrutando de la brisa del

atardecer. De pronto, Ezio tuvo la impresión de estar viviendo en un mundo distinto al de esa gente, de haber quedado aislado de la sociedad en la que había estado nadando como un pez hasta hacía tan solo tres o cuatro horas. Se le pusieron los pelos de punta al pensar que la vida podía aún continuar su rutina habitual para toda aquella gente, mientras que la vida de su familia se había visto violentamente sacudida. Sintió de nuevo en su corazón una oleada abrumadora de rabia y de miedo. Pero decidió concentrarse en la tarea que tenía entre manos y su rostro adoptó una expresión fría como el acero.

La pared que se alzaba delante de él era completamente vertical y vertiginosamente alta, pero estaba oscuro y eso jugaría a su favor. Además, el *palazzo* estaba construido con piedra toscamente tallada, lo que le proporcionaría abundantes asideros y puntos de apoyo en su escalada. Tendría que enfrentarse al problema de los centinelas que pudieran estar apostados en las almenas del lado norte, pero ya se ocuparía de ellos cuando llegara el momento. Esperaba que estuvieran agrupados en su mayoría en la fachada principal del edificio.

Respiró hondo, miró hacia arriba —no había nadie más que él en aquella calle oscura— y dio un salto. Se agarró con fuerza a la pared, adhiriéndose con los dedos de los pies protegidos por sus suaves botas de cuero, e inició la escalada.

Al llegar a las almenas se puso en cuclillas, los tendones de sus pantorrillas tensos. Había dos centinelas, pero estaban de espaldas a él, contemplando la plaza iluminada a sus pies. Ezio permaneció inmóvil un instante hasta que tuvo claro que cualquier ruido que pudiera haber hecho no los había alertado de su presencia. Sin enderezarse, corrió a toda velocidad hacia ellos y los golpeó, echándolos hacia atrás, rodeando sus cuellos con ambas manos y utilizando el peso de los propios hombres y el elemento sorpresa para hacerlos caer de espaldas. En apenas un segundo, les había quitado el casco y había hecho chocar sus cabezas con violencia: se quedaron inconscientes antes de poder incluso poner cara de sorpresa. De no haberle funcionado aquello, Ezio sabía que habría tenido que cortarles el cuello sin dudarlo ni un instante.

Hizo una nueva pausa, jadeante. Ahora a por la torre. Estaba construida con una piedra de labrado más suave e iba a ser complicado. Además, tenía que trepar desde el lado norte hacia el oeste, donde estaba ubicada la ventana de la celda. Rezó para que nadie en la plaza o las almenas levantara la vista. No le apetecía ser derribado por el disparo de una ballesta después de haber llegado tan lejos.

La esquina donde se encontraban las paredes norte y oeste era complicada y poco prometedora, y por un momento Ezio se quedó allí aferrado, paralizado, buscando un asidero que parecía inexistente. Miró hacia abajo, y vio mucho más allá de él que uno de los centinelas de las almenas levantaba la vista. Vio con claridad su pálido rostro. Vio los ojos de aquel hombre. Se pegó a la pared. Con su vestimenta oscura resultaba tan llamativo como una cucaracha sobre un mantel blanco. Pero, inexplicablemente, el hombre bajó la vista y continuó su guardia. ¿Le habría visto? ¿Y si había sido incapaz de creerse lo que acababa de ver? Le latía la garganta de la tensión que sentía. Solo consiguió relajarse transcurrido un largo minuto, solo entonces pudo volver a respirar.

Después de un esfuerzo monumental, alcanzó su objetivo, agradeciendo la existencia de la estrecha repisa sobre la que pudo posarse para atisbar qué había en la estrecha celda más allá de la ventana. «Dios es misericordioso», pensó al reconocer la figura de su padre, su espalda vuelta hacia él, leyendo alguna cosa bajo la escasa luz de una fina vela.

—¡Padre! —gritó sin levantar mucho la voz.

Giovanni se giró enseguida.

—¡Ezio! En nombre de Dios, ¿cómo has…?

—No importa, padre.

A medida que Giovanni se aproximaba, pudo ver Ezio que tenía las manos ensangrentadas y llenas de moratones, su semblante pálido y ojeroso.

—Dios mío, padre, ¿qué te han hecho?

—Una pequeña tunda, pero estoy bien. Lo que más importa: ¿cómo están tu madre y tu hermana?

—A salvo.

—¿Con Annetta?

—Sí.

—Alabado sea Dios.

—¿Qué sucedió, padre? ¿Te esperabas esto?

—No tan rápidamente. Han arrestado también a Federico y a Petruccio. Creo que están en la celda contigua a esta. Si Lorenzo hubiera estado aquí todo habría sido distinto. Debería haber tomado medidas.

—¿De qué estás hablando?

—¡Ahora no hay tiempo para eso! —Giovanni alzó la voz hasta casi gritar—. Y, escúchame bien: tienes que volver a casa. En mi despacho hay una puerta secreta. En la cámara que hay detrás de esa puerta encontrarás un arcón escondido. Coge todo lo que hay en su interior. ¿Me has oído? ¡Todo! Te parecerá extraño en su mayoría, pero todo es importante.

—Sí, padre.

Ezio varió ligeramente el peso de su cuerpo, aferrándose aún con todas sus fuerzas a los barrotes que cruzaban la ventana. No se atrevía a mirar abajo y no sabía cuánto tiempo más podría permanecer sin moverse.

—Entre el contenido encontrarás una carta y con ella algunos documentos. Debes llevárselo todo sin demora, ¡esta misma noche!, a *messer* Alberti…

—¿Al *gonfaloniere*?

—Exactamente. ¡Y ahora vete!

—Pero, padre… —Ezio luchó para que le salieran las palabras, y, deseoso de hacer algo más que simplemente transportar documentos, tartamudeó—: ¿Están los Pazzi detrás de todo esto? Leí la nota de la paloma mensajera. Decía…

Pero Giovanni le hizo callar. Ezio escuchó la llave introduciéndose en la cerradura de la puerta.

—Van a interrogarme —dijo apesadumbrado Giovanni—. Vete antes de que te descubran. Dios mío, eres un chico valiente. Eres merecedor de tu destino. Y ahora, por última vez te lo digo: ¡vete!

Ezio se movió con cautela por la repisa y se colgó a la pared para que no lo vieran mientras oía cómo se llevaban a su padre. Escuchar aquello era insoportable. A continuación se armó de valor para bajar. Sabía que los descensos son casi siempre más duros que los ascensos, pero en las últimas

cuarenta y ocho horas había adquirido mucha experiencia escalando y bajando edificios. Gateó torre abajo, resbalando un par de veces pero recuperando siempre el equilibrio, hasta que alcanzó de nuevo las almenas, donde los dos centinelas seguían tendidos donde los había dejado. ¡Otro golpe de suerte! Había hecho chocar sus cabezas con todas sus fuerzas, pero si por casualidad hubieran recuperado el conocimiento mientras él estaba en lo alto de la torre y hubieran dado la voz de alarma… No merecía la pena pensar en cuáles habrían sido las consecuencias.

La verdad es que no había tiempo para pensar en esas cosas. Se abalanzó sobre las almenas y miró hacia abajo. El tiempo era un factor esencial y si identificaba algo abajo que pudiera interrumpir su caída, se atrevería a saltar. A medida que sus ojos fueron adaptándose a la penumbra, vio el toldo de un tenderete vacío pegado a la pared, mucho más abajo. ¿Se la jugaba? De conseguirlo ganaría unos minutos preciosos. Si fallaba, acabar con una pierna rota sería el más leve de sus problemas. Pero tenía que tener fe en sí mismo.

Respiró hondo y se sumergió en la oscuridad.

Desde tanta altura, el toldo cedió bajo su peso, pero estaba firmemente sujeto y le proporcionó la resistencia suficiente como para cortar su caída. Se había quedado sin aliento y a la mañana siguiente tendría algunas costillas magulladas, ¡pero estaba abajo! Y no había disparado ninguna alarma.

Se sacudió y salió corriendo en dirección a lo que solo unas horas atrás había sido su hogar. Al llegar allí se dio cuenta de que con las prisas su padre se había olvidado de explicarle cómo localizar la puerta secreta. Giulio lo sabría, pero ¿dónde estaba Giulio?

Por suerte no había guardias merodeando cerca de la casa y pudo acceder a ella sin que nadie le interceptara. Se había detenido un minuto ante su hogar, casi incapaz de cruzar la oscuridad del umbral de la puerta: le daba la impresión de que la casa había cambiado, de que su santidad había sido profanada. Ezio se forzó nuevamente a poner orden en sus pensamientos, consciente de que sus acciones eran críticas. Ahora su familia dependía de él. Se adentró en el hogar familiar, en la oscuridad.

Poco después se encontraba en el despacho de su padre, tétricamente iluminado por una única vela, mirando a su alrededor.

Los guardias habían revuelto la estancia y era evidente que habían confiscado numerosos documentos bancarios. El caos general reinante, estanterías caídas, sillas volcadas, cajones por el suelo y papeles y libros por todas partes, no facilitaba en absoluto el trabajo de Ezio. Pero conocía bien el despacho, disfrutaba de muy buena vista y decidió utilizar su ingenio. Las paredes eran gruesas, cualquiera de ellas podía esconder una cámara en su interior, pero se dirigió a la pared en la que estaba instalada la gran chimenea, donde los muros eran más gruesos, e inició allí su búsqueda. Acercando la vela, y buscando a tientas, manteniendo en todo momento el oído alerta por si los guardias regresaban, creyó distinguir finalmente, en el lado izquierdo de la repisa labrada, el débil perfil de una puerta marcado en el artesonado. Tenía que haber por allí algo que sirviera para abrirla. Estudió con atención las esculturas de los *colossi* que sostenían sobre sus espaldas la chimenea de mármol. La nariz del de la izquierda daba la impresión de estar rota y de haber sido posteriormente reparada, pues tenía una pequeña raja en su base. Tocó la nariz y vio que estaba un poco suelta. Con el corazón en un puño, la movió con delicadeza y la puerta se abrió hacia dentro rodando sobre silenciosas bisagras de muelle y descubriendo un pasillo con suelo de piedra que giraba hacia la izquierda.

Al entrar, su pie derecho se tropezó con una losa que se movió debajo de él y, con el movimiento, las lámparas de aceite colgadas en los muros del pasadizo cobraron vida. El recorrido era corto, con una ligera pendiente hacia abajo, y finalizaba en una cámara circular decorada con un estilo que recordaba más a Siria que a Italia. El cerebro de Ezio recordó el cuadro que colgaba en el despacho privado de su padre en el castillo de Masyaf, el que fuera en su día la sede de la antigua Orden de los Asesinos. Pero no disponía de tiempo para reflexionar sobre si aquella curiosa decoración podía tener algún significado especial. No había muebles, y en el centro de la estancia había un arcón de hierro de gran tamaño cerrado con dos voluminosos candados. Miró a su alrededor para ver si encontraba una llave, pero la estancia, exceptuando su ornamentación, estaba vacía. Ezio estaba preguntándose si tendría que regresar al despacho de su padre para

buscarla allí, y si tendría tiempo de hacerlo, cuando por casualidad su mano rozó uno de los candados, que se abrió de repente. El otro se abrió con la misma facilidad. ¿Le habría dado su padre algún tipo de poder que él desconocía? ¿Estarían los candados programados para responder al contacto de una determinada persona? Los misterios se amontonaban, pero no había tiempo para adentrarse ahora en ellos.

Abrió el arcón y vio que contenía una capucha blanca, evidentemente antigua, hecha con algún tipo de tejido de lana que no reconoció. Algo lo llevó a ponérsela y sintió de inmediato un extraño poder. Se bajó la capucha, pero no se la quitó.

El arcón contenía además una muñequera de cuero, una daga rota que en lugar de a una empuñadura normal estaba conectada a un curioso mecanismo cuyo funcionamiento no alcanzaba a comprender, una espada, una hoja de vitela con símbolos y letras y lo que parecía parte de un plano, y la carta y los documentos que su padre le había dicho que debía entregar a Uberto Alberti. Lo cogió todo, cerró el arcón y regresó al despacho de su padre, cerrando con cuidado la puerta secreta a sus espaldas. En el despacho encontró una bolsa para portar documentos que pertenecía a Giulio, guardó en ella los documentos del arcón y se la colgó cruzada sobre el pecho. Se abrochó la espada. Sin saber qué hacer con aquel extraño conjunto de objetos y sin tiempo para reflexionar sobre por qué su padre guardaba aquellas cosas en una cámara secreta, regresó con cautela hacia la puerta principal del *palazzo*.

Pero justo en el momento en que iba a salir al antepatio, vio que entraban dos guardias de la ciudad. Era demasiado tarde para esconderse. Lo habían visto.

—¡Alto! —gritó uno de ellos, y ambos empezaron a avanzar rápidamente hacia él.

No había forma de iniciar la retirada. Ezio vio que habían sacado ya las espadas.

—¿Para qué estáis aquí? ¿Para arrestarme?

—No —dijo el que había hablado antes—. Tenemos órdenes de matarte.

Y al oír aquello, el segundo guardia corrió hacia él.

Ezio sacó su espada al ver que se aproximaban. Era un arma con la que no estaba familiarizado, pero la sentía ligera y competente en su mano, como si la hubiera utilizado toda la vida. Esquivó las primeras embestidas, a derecha e izquierda, ambos guardias abalanzándose sobre él al mismo tiempo. Las tres espadas soltaban chispas, pero Ezio notó que su nueva arma se mantenía firme, su filo mordiente y afilado. Justo en el momento en que el segundo guardia hacía descender su espada con la intención de separar el brazo de Ezio de su hombro, este hizo una finta a la derecha, por debajo del filo. El guardia perdió el equilibrio cuando el brazo con el que sujetaba la espada cayó pesadamente, aunque sin provocar daños, sobre el hombro de Ezio.

El muchacho utilizó su inercia para levantar su nueva espada y atravesó directamente el corazón de su oponente. Irguiéndose, Ezio giró sobre sus talones, levantó el pie izquierdo y empujó al guardia muerto para retirar la espada de su cuerpo con el tiempo justo para volverse en redondo y enfrentarse a su compañero. El otro guardia se abalanzó rugiendo y empuñando una potente espada.

—¡Prepárate para morir, *traditore*!

El guardia se lanzó sobre él, rasgó su manga izquierda y la sangre empezó a brotar. Ezio hizo una mueca de dolor, que se prolongó solo un segundo. El guardia siguió presionando al ver que llevaba ventaja y Ezio le permitió arremeter una vez más. Entonces, dando un paso atrás, le puso la zancadilla, agitó la espada resueltamente y la clavó con fuerza en el cuello de su oponente en el momento en que este caía, separándole la cabeza de los hombros antes de que tocara el suelo.

Ezio se quedó un instante temblando ante el repentino silencio que siguió a la confusa pelea, respirando con dificultad. Era la primera vez en su vida que mataba a alguien —¿lo era de verdad?—, aunque sentía otra vida en su interior, más antigua, una vida que parecía tener años de experiencia en el trato con la muerte.

La sensación le asustó. Aquella noche había visto cosas que iban mucho más allá de lo que podría haber visto cualquier chico a su edad, pero aquella nueva sensación empezaba a despertar en lo más profundo de su ser una fuerza oscura. Se trataba de algo más que el simple efecto de las

desgarradoras experiencias que había vivido en las últimas horas. Recorrió alicaído las oscuras calles en dirección a la mansión de Alberti, sobresaltándose ante el mínimo sonido y volviendo la vista atrás con frecuencia. Por fin, al borde del agotamiento pero capaz aún de seguir adelante, llegó a casa del *gonfaloniere*. Levantó la vista y vio una débil luz detrás de una de las ventanas de la fachada. Llamó con fuerza a la puerta con la empuñadura de su espada.

Al no recibir respuesta, nervioso e impaciente, volvió a llamar, más fuerte esta vez. Nada.

Pero, al tercer intento, se abrió una rendija en la puerta que se cerró acto seguido. La puerta se abrió por completo un instante después y un receloso criado armado le invitó a entrar. Explicó qué le traía por la casa y fue conducido a una habitación en el primer piso donde encontró a Alberti sentado junto a una mesa llena de papeles. Detrás de él, medio de lado y sentado en una silla junto a un fuego mortecino, Ezio creyó ver otro hombre, alto y robusto, aunque solo podía verle un poco el perfil, y con escasa claridad.

—¿Ezio? —Alberti se incorporó, sorprendido—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

—No… no lo…

Alberti se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—Espera, chico. Respira hondo. Pon en orden tus ideas.

Ezio asintió. Se sentía más seguro ahora, aunque también más vulnerable. Empezaba a asimilar los acontecimientos de la tarde y de la noche, desde que se había propuesto entregar las cartas de Giovanni. Vio en el reloj de latón que había en el escritorio, sobre una peana, que era casi medianoche. ¿Era posible que solo hubieran transcurrido doce horas desde que Ezio, el chico, había acompañado a su madre a recoger unos cuadros en el estudio de un artista? Muy a su pesar, se dio cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar. Pero se serenó y fue Ezio, el hombre, quien tomó la palabra:

—Mi padre y mis hermanos han sido hechos prisioneros —no sé en nombre de qué autoridad—, mi madre y mi hermana se han escondido y el

banco de nuestra familia ha sido saqueado. Mi padre me ha mandado que os entregue esta carta y estos documentos…

Ezio extrajo los documentos de su bolsa.

—Gracias.

Alberti se puso un par de gafas y acercó la carta de Giovanni a la luz de la vela que ardía sobre su mesa. En la estancia no se oía nada excepto el tictac del reloj y el apagado crujido de la leña en el fuego. Si había otra presencia en la habitación, Ezio la había olvidado por completo.

A continuación, Alberti volcó su atención en los documentos. Pasó un tiempo consultándolos y al final guardó discretamente uno de ellos en el interior de su casaca negra. Los demás los dejó con cuidado a un lado, separados de los otros papeles que había sobre la mesa.

—Se ha producido un terrible malentendido, mi querido Ezio —dijo, quitándose las gafas—. Cierto es que se han presentado acusaciones —acusaciones graves— y que para mañana por la mañana hay programado un juicio. Pero al parecer alguien se ha mostrado, tal vez por razones propias, excesivamente extremista. Pero no te preocupes. Lo aclararé todo.

Ezio no podía creerlo.

—¿Cómo?

—Los documentos que me has dado contienen pruebas de una conspiración contra tu padre y contra la ciudad. Presentaré estos papeles en la audiencia de mañana y Giovanni y tus hermanos serán puestos en libertad. Te lo garantizo.

El joven experimentó un enorme alivio. Le estrechó la mano al *gonfaloniere*.

—¿Cómo puedo agradecéroslo?

—Mi trabajo consiste en administrar justicia, Ezio. Me lo tomo muy en serio y… —dudó durante una fracción de segundo—… tu padre es uno de mis más apreciados amigos. —Alberti sonrió—. Pero ¿dónde han ido a parar mis modales? Ni siquiera te he ofrecido una copa de vino. —Hizo una pausa—. ¿Y dónde pasarás la noche? Aún tengo asuntos urgentes que atender, pero mis criados se encargarán de que tengas comida, bebida y una cama caliente.

Ezio no sabía por qué acabó rechazando una oferta tan amable.

Cuando abandonó la mansión del *gonfaloniere* ya era más de medianoche. Se cubrió de nuevo la cabeza con la capucha y dio vueltas por las calles tratando de poner en orden sus pensamientos. De hecho, sabía muy bien hacia dónde le conducían sus pasos.

Una vez allí, se encaramó al balcón con más facilidad de la que se imaginaba —tal vez la necesidad otorgaba fuerza a sus músculos— y llamó con delicadeza a las contraventanas. Dijo en voz baja:

—¡Cristina! *Amor el* ¡Despierta! Soy yo.

Esperó, silencioso como un gato, y permaneció a la escucha. La oyó desperezándose, levantándose. Y a continuación su voz, asustada, al otro lado de las contraventanas.

—¿Quién es?

—Ezio.

Abrió rápidamente las contraventanas.

—¿Qué sucede? ¿Algo va mal?

—Déjame entrar. Por favor.

Sentado en su cama, le explicó toda la historia.

—Sabía que algo iba mal —dijo ella—. Esta noche mi padre estaba preocupado. Pero por lo que dices todo acabará bien.

—Necesito que me dejes quedarme aquí esta noche… No te preocupes, me iré mucho antes de que amanezca. Y tengo que darte una cosa para que la guardes bajo custodia. —Se descolgó la bolsa y la colocó entre los dos—. Necesito confiar en ti.

—Oh, Ezio, por supuesto que puedes confiar en mí.

Y cayó en un sueño inquieto entre los brazos de ella.

CAPÍTULO 4

Hacía una mañana gris y encapotada y la ciudad se sentía oprimida por un calor bochornoso que las nubes tenían atrapado. Ezio llegó a la Piazza della Signoria y vio, tremendamente sorprendido, que ya se había congregado en el lugar una densa multitud. Habían construido una plataforma sobre la que se alzaba una mesa cubierta con un paño bordado con el escudo de la ciudad. Sentado a la misma estaban Uberto Alberti y un hombre alto y robusto, con nariz ganchuda y unos ojos atentos y calculadores, vestido con ricos ropajes de color carmesí. Un desconocido, al menos para Ezio. Pero lo que le llamó enseguida la atención fueron los demás ocupantes de la plataforma: su padre y sus hermanos, encadenados; y justo más allá de ellos, una construcción alta con una gran viga transversal de la que colgaban tres sogas.

Ezio había llegado a la *piazza* con ansiedad y optimismo. ¿Acaso no le había dicho el *gonfaloniere* que todo estaría solucionado aquel mismo día? Pero sus sentimientos cambiaron al instante. Algo iba mal…, muy mal. Intentó abrirse camino entre la multitud, pero resultaba imposible. La claustrofobia amenazaba con superarlo. Intentando con desesperación tranquilizarse, racionalizar sus acciones, se detuvo, se cubrió la cabeza con la capucha y ajustó la espada a su cinto. ¿Le fallaría Alberti? Y no podía dejar de mirar a aquel hombre alto, español por su vestimenta, su cara y su tez, que recorría constantemente la multitud con su penetrante mirada. ¿Quién era? ¿Por qué despertaba alguna cosa en la memoria de Ezio? ¿Lo habría visto antes en alguna parte?

El *gonfaloniere*, resplandeciente con la vestimenta típica de su cargo, levantó los brazos para acallar al gentío, y al momento se hizo el silencio.

—Giovanni Auditore —dijo Alberti en un tono imperativo que, para el agudo oído de Ezio, no conseguía esconder una nota de miedo—. Tú y tus cómplices estáis acusados del crimen de traición. ¿Dispones de alguna prueba que rebata esta acusación?

Giovanni parecía a la vez sorprendido e incómodo.

—Sí, está todo en los documentos que se te entregaron anoche.

Pero dijo entonces Alberti:

—No tengo noticias de ningún documento, Auditore.

Ezio se dio cuenta enseguida de que aquello era un juicio amañado, y no podía comprender lo que parecía una traición de gran calibre por parte de Alberti. Gritó:

—¡Es mentira!

Pero su grito quedó sofocado por el rugido de la multitud. Intentó acercarse más, abriéndose paso a empujones entre los airados ciudadanos, pero eran muchos y estaba atrapado en medio de todos ellos.

Alberti había vuelto a tomar la palabra.

—Se han reunido y examinado las evidencias que hay contra ti. Son irrefutables. En ausencia de cualquier prueba que demuestre lo contrario, mi cargo me obliga a declararte a ti y a tus cómplices, Federico y Petruccio, e —*in absentia*— a tu hijo Ezio, culpables del crimen del que estáis acusados. —Hizo una pausa mientras la multitud se quedaba de nuevo en silencio—. En consecuencia, os sentencio a todos a muerte. ¡La sentencia será llevada a cabo de inmediato!

La multitud volvió a rugir. Cuando Alberti dio la señal, el verdugo preparó las sogas, mientras dos de sus ayudantes cogían al pequeño Petruccio, que luchaba por reprimir sus lágrimas, y lo conducían al cadalso. Le colocaron la soga al cuello mientras el niño rezaba apresuradamente y el sacerdote rociaba su cabeza con agua bendita. El verdugo tiró entonces de una palanca situada a un lado del patíbulo y el pequeño quedó colgando, pataleando en el aire hasta quedarse inmóvil.

—¡No! —pronunció Ezio, sin poder creer lo que veían sus ojos—. ¡No, Dios mío, por favor, no!

Pero sus palabras quedaron ahogadas en su garganta, la sensación de pérdida superándolo todo.

Federico fue el siguiente, vociferando su inocencia y la de su familia, luchando en vano para tratar de liberarse de los guardias que lo conducían hacia la soga. Ezio, fuera de sí, intentando desesperadamente poder moverse, vio una solitaria lágrima cayendo por la demacrada mejilla de su padre. Horrorizado, Ezio observó cómo su hermano mayor y mejor amigo se convulsionaba colgado de la cuerda. Tardó más tiempo que Petruccio en abandonar este mundo, pero también él acabó quedándose finalmente inmóvil, balanceándose en la soga…, el crujido de la viga de madera el único sonido que rompía el silencio. Ezio trató de combatir la incredulidad que crecía en su interior. ¿Podía ser verdad que esto estuviera pasando?

La multitud empezó a murmurar, pero una voz firme la hizo callar. Estaba hablando Giovanni Auditore:

—Eres tú quien es un traidor, Uberto. ¡Tú, uno de mis más queridos amigos y socios, a quien le confié mi vida! Y yo soy un estúpido. ¡No supe ver que tú eras uno de ellos! —Y para decir esto levantó la voz hasta convertirla en un grito de angustia y de rabia—. Tal vez hoy nos robes la vida, pero ten en cuenta lo siguiente: ¡nosotros nos llevaremos a cambio la tuya!

Inclinó la cabeza y se quedó en silencio. Un silencio profundo, interrumpido tan solo por el murmullo de las oraciones del sacerdote, que seguía a Giovanni Auditore mientras este caminaba con dignidad hacia el cadalso y encomendaba su alma a su última gran aventura.

Ezio estaba demasiado conmocionado para sentir dolor. Era como si le hubiera impactado un gran puño de hierro. Pero cuando se abrió la trampilla bajo los pies de Giovanni, no pudo evitarlo.

—¡Padre! —gritó, su voz rota.

Los ojos del español se clavaron al instante en él. ¿Tendría algo sobrenatural la visión de aquel hombre, para encontrarlo entre una multitud como aquella? Como si fuera en cámara lenta, Ezio vio que el español se inclinaba hacia Alberti, le susurraba alguna cosa, y lo señalaba.

—¡Guardias! —vociferó Alberti, señalando también—. ¡Allí! ¡Es otro de ellos! ¡Capturadle!

Antes de que la muchedumbre pudiera reaccionar y atraparlo, Ezio se abrió paso a la fuerza entre ella, arreando puñetazos a cualquiera que se interpusiera en su camino. Un guardia estaba esperándolo ya. Se abalanzó sobre Ezio, tirándole de la capucha. Con un impulso instintivo, Ezio consiguió liberarse de él, agarró la espada con una mano y cogió al guardia por el cuello con la otra. La reacción de Ezio había sido mucho más rápida de lo que el guardia se esperaba antes de que le diera tiempo a levantar los brazos para defenderse, Ezio presionó con más fuerza tanto el cuello como la espada, y en un veloz movimiento punzante, recorrió el cuerpo del guardia, clavándole la espada. Al retirarla, los intestinos de su víctima asomaron por debajo de su túnica y se derramaron sobre el suelo adoquinado. Apartó el cuerpo de un puntapié y se volvió hacia la tribuna, clavándole la mirada a Alberti.

—¡Te mataré por esto! —gritó, su voz tensa por el odio y la rabia.

Pero se acercaban más guardias. Ezio, gobernado por su instinto de supervivencia, corrió para alejarse de ellos hacia la aparente seguridad de las callejuelas de detrás de la plaza. Para su consternación, vio dos guardias más, veloces, dispuestos a interceptarlo.

Se enfrentaron en un extremo de la plaza. Tenía delante los dos guardias, bloqueando su retirada, los demás acercándose por detrás. Ezio combatió contra los dos primeros de forma frenética. Un quite desafortunado por parte de uno de ellos le arrancó la espada de la mano. Temiendo que se acercaba el final, Ezio dio media vuelta para huir de sus atacantes… pero antes de que echara a correr, sucedió algo asombroso. Procedente del callejón al que se dirigía, y a escasos metros de él, apareció un hombre toscamente vestido. Con la velocidad de un rayo, sorprendió a los dos guardias por atrás con una daga larga, segó por las axilas los brazos con los que sujetaban sus espadas, cortándoles los tendones y dejándolos inservibles. Se movió con tanta rapidez que Ezio apenas pudo seguir con la vista cómo retiraba la espada a uno de los caídos y se la lanzaba a él. Ezio lo reconoció de pronto, y olió una vez más aquel fuerte hedor a cebollas y ajos. En aquel momento, ni las rosas damascenas le habrían olido mejor.

—Vete de aquí —dijo el hombre; y también él se fue.

Ezio echó a correr por la calle y se sumergió en los pasadizos y callejones que tan bien conocía de sus salidas nocturnas con Federico. El revuelo y el griterío fueron poco a poco desvaneciéndose. Se encaminó hacia el río, y encontró refugio en la cabaña abandonada de un centinela situada detrás de uno de los almacenes propiedad del padre de Cristina.

En el transcurso de aquella hora Ezio dejó de ser un chico para convertirse en un hombre. El peso de la responsabilidad que suponía vengar y corregir aquel mal atroz cayó sobre sus espaldas como un pesado manto.

Tumbado sobre un montón de sacos, notó que su cuerpo empezaba a temblar. Su mundo acababa de quedar destrozado. Su padre…, Federico… Dios, no, el pequeño Petruccio… Todos desaparecidos, todos muertos, todos asesinados. Sujetando su cabeza entre las manos, rompió a llorar, incapaz de controlar aquel derramamiento de dolor, miedo y odio. Solo después de varias horas fue capaz de apartar las manos de su cara: sus ojos estaban inyectados en sangre y llenos de inquebrantable venganza. En aquel momento supo Ezio que su anterior vida había acabado: Ezio, el chico, se había ido para siempre. A partir de ahora, su vida giraba en torno a un objetivo, un único objetivo: la venganza.

Mucho más tarde, perfectamente consciente de que la guardia estaría aún buscándolo de manera implacable, se dirigió a la mansión de la familia de Cristina siguiendo callejuelas secundarias. No quería ponerla en ningún peligro, pero necesitaba recoger su bolsa y su precioso contenido. Esperó en un hueco oscuro que apestaba a orina, sin moverse siquiera cuando las ratas correteaban entre sus pies, hasta que la luz de su ventana le dijo que se había retirado para ir a dormir.

—¡Ezio! —exclamó ella al verlo en su balcón—. ¡Gracias a Dios que estás vivo! —Su rostro reflejó el alivio que sentía, pero la expresión duró poco, el dolor apoderándose de ella—. Tu padre, tus hermanos…

No pudo terminar la frase y dejó caer la cabeza. Ezio la tomó entre sus brazos y pasaron varios minutos simplemente abrazados.

Al final, fue ella quien rompió el abrazo.

—¡Estás loco! ¿Qué haces todavía en Florencia?

—Aún tengo asuntos de que ocuparme —dijo apesadumbrado—. Pero no puedo permanecer aquí mucho tiempo, es un riesgo demasiado grande para tu familia. Si supieran que estás encubriéndome…

Cristina permaneció en silencio.

—Dame mi bolsa y me iré.

Ella fue a buscarla, pero antes de dársela le dijo:

—¿Y tu familia?

—Ese es mi primer deber. Enterrar a mis muertos. No pienso permitir que los echen a una fosa con cal como si fuesen criminales comunes.

—Sé dónde los han llevado.

—¿Cómo lo sabes?

—En la ciudad no se ha hablado de otra cosa en todo el día. Pero ahora no habrá nadie por allí. Están cerca de Porta San Niccoló, junto con los cadáveres de los indigentes. Hay una fosa preparada, y están esperando a que por la mañana lleguen los carros con la cal. ¡Oh, Ezio!

Ezio habló manteniendo la calma pero muy serio:

—Debo ocuparme de que mi padre y mis hermanos tengan la partida de este mundo que se merecen. No puedo ofrecerles una misa de réquiem, pero puedo salvar sus cuerpos de la indignidad.

—¡Iré contigo!

—¡No! ¿Te das cuenta de lo que significaría que te sorprendiesen conmigo?

Cristina bajó la vista.

—Debo ocuparme también de que mi madre y mi hermana estén a salvo, y le debo a mi familia una muerte más. —Dudó—. Entonces me marcharé. Quizás para siempre. La pregunta es: ¿vendrás conmigo?

Ella dio un paso atrás y Ezio vio en su mirada una multitud de emociones en conflicto. Había amor, profundo y duradero, pero en el tiempo que había transcurrido desde el primer día que la tuvo entre sus brazos, él había madurado mucho más que ella. Cristina era aún una niña. ¿Cómo podía pretender que hiciera un sacrificio como aquel?

—Quiero hacerlo, Ezio, no sabes cuánto…, pero mi familia… Esto mataría a mis padres…

Ezio la miró con amabilidad. Pese a ser de la misma edad, sus recientes experiencias lo habían hecho madurar mucho más que a ella. Él ya no tenía familia de la que depender, solo responsabilidad y deber, y aquello era muy duro.

—Me he equivocado preguntándotelo. Y quién sabe, quizás, algún día, cuando todo esto quede atrás… —Se llevó las manos al cuello y entre los pliegues de sus ropajes localizó un medallón de plata colgado de una fina cadena dorada. Se lo quitó. El medallón tenía un dibujo sencillo, la letra «A» de su apellido—. Quiero que lo tengas tú. Cógelo, por favor.

Cristina lo aceptó con manos temblorosas, llorando. Lo miró y a continuación lo miró a él, para darle las gracias, para darle alguna excusa más.

Pero Ezio se había ido.

En la orilla sur del Arno, cerca de la Porta San Niccoló, Ezio localizó el desolado lugar donde yacían los cuerpos junto a una gran fosa excavada en la tierra. Dos guardias de aspecto lastimero, simples reclutas a tenor de su aspecto, patrullaban por las cercanías, arrastrando sus alabardas más que portándolas con garbo. Ver sus uniformes excitó la ira de Ezio y su primer instinto fue matarlos, pero después pensó que ya había presenciado suficientes muertes aquel día y que no eran más que chicos de campo obligados a vestir aquel uniforme en busca de una vida mejor. Se le encogió el corazón al ver los cuerpos de su padre y sus hermanos al borde de la fosa, aún con la soga rodeando sus abrasados cuellos. Comprendió que en cuanto los guardias se quedaran dormidos, podría transportar sin problema los cadáveres hasta la orilla del río, donde tenía preparada una barca descubierta que había cargado previamente con rastrojos.

Eran casi las tres, y cuando terminó su tarea la débil luz del amanecer empezaba ya a blanquear el cielo por el este. Se encontraba a orillas del río, contemplando cómo la barca cargada con los cuerpos de su familia, en llamas, se dejaba arrastrar lentamente por la corriente rumbo al mar. Y siguió contemplándola hasta que la luz del fuego desapareció en la distancia.

Regresó entonces a la ciudad, su dolor reemplazado por una implacable determinación. Aún le quedaba mucho que hacer. Pero ante todo, necesitaba descansar. Volvió a la cabaña del centinela y se acomodó como pudo. Un sueñecito no le iría mal; pero ni siquiera durmiendo consiguió que Cristina abandonara sus pensamientos, o sus sueños.

Conocía aproximadamente el paradero de la casa de la hermana de Annetta, aunque nunca había estado allí, ni siquiera conocía a Paola; pero Annetta había sido su nodriza y sabía que, de poder confiar en alguien, tenía que ser en ella. Se preguntó si conocería ya el destino de su padre y sus hermanos de ser así, si se lo habría explicado a su madre y su hermana.

Se acercó a la casa con mucho sigilo, dando un rodeo en la medida de lo posible, cubriendo la distancia a la carrera y agachado por encima de los tejados para evitar las calles donde, con toda seguridad, Uberto Alberti tendría a sus hombres buscándolo. Ezio no podía dejar de pensar en la traición de Alberti. ¿A qué facción se referiría su padre cuando habló en el patíbulo? ¿Qué pudo haber inducido a Alberti a llevar a la muerte a uno de sus más íntimos aliados?

Ezio sabía que la casa de Paola estaba en una calle justo al norte de la catedral. Pero cuando llegó allí, no pudo adivinar cuál era. En las fachadas de los edificios había escasos carteles que los identificaran, y no podía permitirse el lujo de andar merodeando por allí porque podían reconocerle. A punto estaba de irse cuando vio a Annetta en persona acercándose desde la Piazza San Lorenzo.

Se bajó la capucha para que su rostro quedara camuflado por las sombras y se aproximó a ella, caminando a paso normal, intentando mezclarse con los demás ciudadanos que circulaban por la calle. Pasó al lado de Annetta, y se alegró al ver que ni siquiera ella daba muestras de haberlo reconocido. Unos metros más adelante, dio media vuelta y aceleró el paso hasta quedarse a su lado.

—Annetta…

Tuvo ella la agudeza de no volver la cabeza.

—Ezio. Estás a salvo.

—No exactamente. ¿Están mi madre y mi hermana…?

—Están protegidas. Oh, Ezio, tu pobre padre. Y Federico. Y… —sofocó un sollozo— el pequeño Petruccio. Vengo justo ahora de San Lorenzo. Le he puesto una vela a San Antonio por ellos. Dicen que el duque regresará muy pronto. Tal vez…

—¿Están mi madre y Claudia al corriente de lo sucedido?

—Hemos pensado que era mejor no decírselo.

Ezio reflexionó un instante.

—Es mejor así. Se lo diré cuando llegue el momento. —Hizo una pausa —. ¿Me llevarás hasta ellas? No he podido identificar la casa de tu hermana.

—Ahora voy hacia allí. Sígueme.

Se retrasó un poco, pero sin perderla de vista.

El lugar donde entró tenía la fachada sobria y con el aspecto de fortaleza de la mayoría de los edificios grandiosos de Florencia, pero una vez dentro, Ezio se quedó atónito. No era precisamente lo que se esperaba.

Se encontró en un salón de gran tamaño y techos altos ricamente decorado. Estaba oscuro, un ambiente cerrado. Las paredes estaban cubiertas con festones de terciopelo en tonos granates y marrones oscuros intercalados con tapices orientales que describían escenas de inequívoco lujo y placer sexual. La estancia estaba iluminada por la luz de las velas y en el aire flotaba un aroma a incienso. El mobiliario estaba integrado principalmente por mullidos sofás cama cubiertos con cojines de valioso brocado y mesillas bajas sobre las que había bandejas con jarras de plata con vino, copas de cristal veneciano y recipientes dorados con dulces. Pero lo más sorprendente era la gente que ocupaba la estancia. Una docena de bellas chicas, vestidas con sedas y rasos de tonos amarillos y verdes, al estilo florentino pero con faldas con cortes hasta lo más alto del muslo y con profundos escotes que poco dejaban a la imaginación excepto la promesa de dónde no debería aventurarse. En las tres paredes de la sala, por debajo de festones y tapices, había diversas puertas.

Ezio miró a su alrededor, en cierto sentido sin saber dónde mirar.

—¿Estás segura de que es este el lugar? —le preguntó a Annetta.

—*Ma certo!* Y aquí está mi hermana que viene a recibirnos.

Vio acercarse hacia ellos una mujer elegante, que debía de rozar los cuarenta pero que parecía diez años más joven, tan bella como cualquier *principessa* y mejor vestida que la mayoría. Su mirada escondía una velada tristeza, aumentada en cierta manera por la carga sexual que transmitía su persona, y Ezio, con todo lo que tenía en la cabeza, se sintió conmovido.

Le tendió una mano de dedos largos y cargada de joyas.

—Encantada, Ezio. —Le lanzó una mirada de evaluación—. Annetta habla muy bien de ti. Y ahora entiendo por qué.

Ezio, sonrojándose sin poder evitarlo, replicó:

—Aprecio tan amables palabras, *madonna*…

—Llámame Paola, por favor.

Ezio hizo una reverencia.

—No sé cómo expresar mi gratitud por haber dado protección a mi madre y a mi hermana, *mado*…, quiero decir, Paola.

—Es lo mínimo que podía hacer.

—¿Están aquí? ¿Podría verlas?

—No están aquí…, no es lugar para ellas, y algunos de mis clientes ocupan lugares muy destacados en el gobierno de la ciudad.

—¿Es este lugar entonces, si me disculpas, lo que me imagino que es?

Paola se echó a reír.

—¡Por supuesto! ¡Pero espero que sea algo distinto de esos tugurios que hay en los muelles! Es pronto para que haya trabajo, pero nos gusta estar preparadas…, siempre puede haber algún que otro visitante ocasional de camino al trabajo. Llegas en el momento perfecto.

—¿Dónde está mi madre? ¿Dónde está Claudia?

—Están a salvo, Ezio, pero es demasiado arriesgado llevarte ahora a que las veas, y no debemos comprometer su seguridad.

Lo arrastró hacia un sofá y se sentó con él. Annetta, mientras tanto, desapareció en las entrañas de la casa para dedicarse a sus cosas.

—Creo que lo mejor será —continuó Paola— que abandones Florencia con ellas en cuanto tengas oportunidad. Pero primero necesitas descansar. Tienes que recuperar fuerzas, pues te espera por delante un camino largo y complicado. Tal vez te gustaría…

—Muy amable, Paola —dijo interrumpiéndola educadamente—, y tienes razón con tu sugerencia. Pero en estos momentos no puedo quedarme.

—¿Por qué? ¿Dónde tienes que ir?

Durante la conversación, Ezio había ido tranquilizándose a medida que sus pensamientos acelerados iban encontrándose. Finalmente había sido capaz de quitarse de encima su conmoción y su miedo, pues había tomado una decisión y encontrado un objetivo, irrevocables ambos.

—Voy a matar a Uberto Alberti —dijo.

Paola adoptó una expresión de preocupación.

—Comprendo tu deseo de venganza, pero el *gonfaloniere* es un hombre poderoso, y tú no eres un asesino por naturaleza, Ezio…

«El destino está convirtiéndome en ello», pensó, pero dijo en cambio, con toda la educación posible:

—Ahórrate el discurso.

Estaba convencido de su misión.

Paola hizo caso omiso y finalizó su frase.

—… pero yo puedo convertirte en uno.

Ezio reprimió su recelo.

—¿Y por qué querrías enseñarme a matar?

Ella movió la cabeza de un lado a otro.

—Para enseñarte a sobrevivir.

—No estoy muy seguro de que necesite ningún tipo de formación por tu parte.

Ella sonrió.

—Sé cómo te sientes, pero permíteme, por favor, ayudarte a pulir esas habilidades que estoy segura de que posees de forma natural. Considera mis enseñanzas como un arma adicional en tu arsenal.

Paola inició la formación aquel mismo día, reclutando a las chicas que estaban libres y a los criados de confianza para que la ayudaran. En el jardín de detrás de la casa, rodeado de altos muros, organizó a veinte personas a su servicio en cinco grupos de cuatro. Empezaron entonces a dar vueltas por el

jardín, cruzándose entre ellas, hablando y riendo, algunas de las chicas lanzando atrevidas miradas a Ezio y sonriéndole. Ezio, que seguía con su preciosa bolsa colgada a un lado, se mostró inmune a sus encantos.

—Bien —le dijo Paola—, la discreción es crucial en mi profesión. Tenemos que poder caminar libremente por las calles…, vistos, pero sin ser vistos. Debes aprender a mezclarte con los demás como nosotras y a convertirte en uno más entre el gentío de la ciudad. —Ezio estaba a punto de protestar pero ella levantó la mano—. ¡Lo sé! Annetta me ha dicho que no lo haces del todo mal, pero tienes que aprender más cosas. Quiero que elijas un grupo e intentes mezclarte con sus componentes. El objetivo es que yo no pueda distinguirte. Recuerda lo que estuvo a punto de ocurrirte durante la ejecución.

Aquellas duras palabras incitaron a Ezio, aunque era una tarea que de entrada no le parecía complicada, siempre y cuando utilizara su discreción. Pero aun así, bajo la mirada implacable de Paola, le resultó más difícil de lo que se imaginaba. Se dio torpes empujones contra los demás, tropezó alguna que otra vez, haciendo que las chicas o los criados del grupo que había elegido se apartasen de él, dejándolo al descubierto. A pesar de que el jardín era un lugar agradable, soleado y exuberante, y de que los pájaros gorjeaban en sus decorativos árboles, para Ezio acabó convirtiéndose en un laberinto de calles hostiles de la ciudad, todos sus transeúntes, enemigos en potencia. Y estaba exasperado con las incesantes críticas de Paola.

—¡Cuidado! —decía—. ¡No puedes ir por ahí dando esos empujones! ¡Muestra un poco de respeto hacia mis chicas! ¡Anda con cuidado cuando estés cerca de ellas! ¿Cómo piensas confundirte entre el gentío si no paras de dar empujones? ¡Oh, Ezio, esperaba algo mejor de ti!

Pero por fin, al tercer día, los comentarios mordientes disminuyeron y a la mañana del cuarto, consiguió pasar por delante de las narices de Paola sin que ella se diera ni cuenta. De hecho, después de quince minutos sin pronunciar palabra, Paola gritó:

—¡Está bien, Ezio, me doy por vencida! ¿Dónde estás?

Satisfecho, apareció entre un grupo de chicas convertido en la perfecta imitación de uno de los jóvenes criados de la casa. Paola sonrió y aplaudió, y todos los demás se sumaron al aplauso.

Pero el trabajo no acababa ahí.

—Ahora que has aprendido a confundirte con la multitud —le dijo Paola a la mañana del día siguiente—, voy a enseñarte cómo utilizar tus recién adquiridas habilidades… para robar.

Ezio puso reparos, pero Paola se explicó:

—Es una habilidad básica de supervivencia que podrías necesitar en tu viaje. Un hombre no es nada sin dinero y es posible que no siempre te encuentres en posición de ganarlo honestamente. Sé que nunca le robarías nada a nadie que no pudiese permitirse perderlo, ni a un amigo. Considéralo como la hoja de un cortaplumas, que rara vez se utiliza, aunque es bueno saber que está ahí.

Aprender a convertirse en carterista fue mucho más complicado. Conseguía acercarse sigilosamente a las chicas con bastante éxito, pero en cuanto aproximaba la mano al bolsito que llevaban en el fajín, todas gritaban: «*Al ladro!*» y huían de él. Cuando por primera vez logró hacerse con unas cuantas monedas, se quedó plantado donde estaba durante un momento, triunfante, pero acto seguido sintió caer una pesada mano sobre sus hombros.

—*Ti arresto!* —dijo sonriendo el criado que representaba el papel de vigilante de la ciudad; pero Paola no sonreía.

—En cuanto consigas robar algo, Ezio —dijo—, no puedes quedarte allí plantado.

Pero aprendía con rapidez y empezaba a valorar la necesidad de adquirir las habilidades que le enseñaban y que eran necesarias para culminar su misión. Cuando consiguió desplumar con éxito a diez chicas, las cinco últimas sin que ni siquiera Paola se diera cuenta de ello, esta le anunció que el entrenamiento había terminado.

—Volved al trabajo, chicas —dijo—. Se ha acabado la hora de juegos.

—¿De verdad? —murmuraron a regañadientes las chicas cuando se despidieron de Ezio—. Es tan mono, tan inocente…

Pero Paola se mostró implacable. Pasearon después a solas por el jardín. Como siempre, él sin despegar la mano de su bolsa.

—Ahora que ya has aprendido a abordar al enemigo —dijo Paola—, tenemos que encontrarte el arma adecuada…, algo mucho más sutil que una

espada.

—¿Y qué quieres que utilice?

—¡La respuesta la tienes ya!

Y sacó el cuchillo roto y la muñequera que Ezio había encontrado en la caja fuerte de su padre y que hasta aquel momento creía seguir llevando en su bolsa. Sorprendido, la abrió y hurgó en su interior. Habían desaparecido de allí.

—¡Paola! ¿Cómo demonios…?

Paola se echó a reír.

—¿Lo he conseguido? Utilizando las mismas habilidades que acabo de enseñarte. Pero aún queda otra pequeña lección que aprender. Ahora que sabes comportarte como un buen ratero, tienes también que aprender a protegerte de otros que posean tu misma habilidad.

Ezio miró apesadumbrado el cuchillo roto que ella acababa de devolverle junto con la muñequera.

—Se manejan con algún tipo de mecanismo. Ni una cosa ni la otra funcionan debidamente —dijo Ezio.

—Ah —dijo ella—. Cierto. Pero creo que ya conoces a *messer* Leonardo.

—¿Da Vinci? Sí, lo conocí justo antes de… —Su voz se quebró, pero no quiso recrearse en recuerdos dolorosos—. ¿Y cómo puede ayudarme con todo esto un pintor?

—Es mucho más que un simple pintor. Llévale estas piezas. Ya verás.

Ezio, viendo que lo que le estaba diciendo tenía sentido, movió afirmativamente la cabeza como muestra de conformidad y dijo:

—Antes de irme, ¿podría formularte una última pregunta?

—Por supuesto.

—¿Por qué me has ayudado tan de buena gana… siendo yo un desconocido?

Paola sonrió con tristeza. A modo de respuesta, se subió ligeramente una de las mangas de su vestido, dejando al descubierto un antebrazo pálido y delicado cuya belleza estaba mancillada por unas horribles cicatrices largas y oscuras que lo atravesaban. Ezio vio aquello y comprendió al instante. En algún momento de su vida, aquella dama había sido torturada.

—También yo he conocido la traición —dijo Paola.
Y Ezio supo sin la menor duda que había conocido un alma gemela.

CAPÍTULO 5

La lujosa Mansión del Placer de Paola no estaba lejos de las concurridas callejuelas donde se encontraba el taller de Leonardo, pero para llegar hasta él Ezio tenía que cruzar la amplia y ajetreada Piazza del Duomo, donde sus recién adquiridas habilidades para camuflarse entre la multitud le resultaron especialmente útiles. Habían transcurrido diez días desde las ejecuciones, y era probable que Alberti se imaginara que Ezio había huido hacía ya tiempo de Florencia, pero Ezio no quería correr riesgos por la cantidad de guardias apostados en la plaza y sus alrededores, tampoco Alberti estaba dispuesto a correrlos. Estaba seguro, además, de que en la plaza había también agentes vestidos de paisano. Ezio caminó con la cabeza gacha, sobre todo cuando pasó entre la catedral y el baptisterio, el punto donde la plaza estaba más concurrida. Pasó por delante del *campanile* de Giotto, que llevaba casi ciento cincuenta años dominando la ciudad, y junto a la gran masa de color rojo de la cúpula de la catedral de Brunelleschi, finalizada hacía tan solo quince años, sin ver a dichos agentes, aunque se percató de la presencia de grupos de visitantes franceses y españoles levantando la cabeza con sincero asombro y admiración, y sintió en el corazón una pequeña oleada de orgullo hacia su ciudad. Pero ¿seguía siendo todavía su ciudad?

Reprimiendo cualquier pensamiento lóbrego, avanzó rápidamente hacia el lado sur de la *piazza* y llegó al taller de Leonardo. El maestro estaba en casa, le dijeron, en el patio trasero. El estudio mostraba un aspecto más caótico aún que en la otra ocasión que lo había visitado, aunque aquella locura parecía esconder algún tipo de método. Los artefactos que Ezio había

visto en su anterior visita habían aumentado en número y del techo colgaba un extraño artefacto de madera, que le recordó enseguida el esqueleto de un murciélago a gran escala. En uno de los caballetes había una tela de gran tamaño clavada a una tabla, y pintado en ella un motivo de nudos terriblemente intrincado en una esquina, unos garabatos indescifrables escritos por Leonardo. A Agniolo se le había sumado otro ayudante, Innocento, y los dos estaban intentando poner un poco de orden en el estudio, catalogando el material para poder realizar su seguimiento.

—Está en el patio de atrás —le dijo Agniolo a Ezio—. Pasad. No le molestaréis.

Ezio encontró a Leonardo enfrascado en una curiosa actividad. En Florencia se podían comprar pájaros enjaulados en cualquier sitio. La gente los colgaba en la ventana por puro placer y cuando morían, simplemente los sustituían. Leonardo estaba rodeado por docenas de jaulas. Cuando llegó Ezio, acababa de seleccionar una de ellas, abrió a continuación la puertecilla de mimbre, levantó la jaula y observó cómo el pardillo (en este caso) encontraba la salida, la cruzaba y quedaba en libertad. Leonardo observó la partida del pájaro con interés y cuando se giró dispuesto a coger otra jaula, se percató de la presencia de Ezio.

Le sonrió de una manera encantadora mientras liberaba uno tras otro a tordos, camachuelos, alondras y caros ruiseñores, observándolos a todos con gran atención.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó perplejo Ezio.

—Toda forma de vida es preciosa —respondió simplemente Leonardo —. No soporto ver a seres vivos como yo encarcelados de esta manera, por el simple hecho de tener buena voz.

—¿Es el único motivo por el que los dejas en libertad? —Ezio sospechaba un motivo oculto.

Leonardo sonrió, pero no le ofreció una respuesta directa.

—Tampoco voy a comer más carne. ¿Por qué tiene que morir un pobre animal porque nos guste su sabor?

—En este caso los granjeros se quedarían sin trabajo.

—Podrían dedicarse todos a cultivar maíz.

—Imagínate lo aburrido que sería. Y habría un exceso.

—Ah, olvidaba que eres un *finanziatore*. Y estaba olvidando también mis modales. ¿Qué te trae por aquí?

—Necesito un favor, Leonardo.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Hay algo…, algo que he heredado de mi padre y que me gustaría que reparases, si puedes.

La mirada de Leonardo se iluminó.

—Por supuesto. Ven por aquí. Utilizaremos la sala interior… Estos chicos me están desordenando el estudio, como es habitual. ¡A veces me pregunto por qué me molesto en darles un trabajo!

Ezio sonrió. Empezaba a comprender por qué, pero al mismo tiempo intuía que el primer amor de Leonardo era, y siempre sería, su trabajo.

—Ven por aquí.

El estudio interior de Leonardo, más pequeño, estaba aún más desordenado que el otro, pero entre las montañas de libros y especímenes, y entre papeles cubiertos de garabatos indescifrables, el artista, como siempre impecablemente (e incongruentemente) vestido y perfumado, fue apilando una cosa sobre otra hasta conseguir despejar una gran mesa de dibujo.

—Perdona el lío —dijo—. ¡Pero ahora al menos hemos conseguido un oasis! Veamos qué me has traído. A menos que te apetezca primero una copa de vino.

—No, no.

—Bien —dijo impaciente Leonardo—. ¡Veámoslo entonces!

Ezio sacó con cuidado el cuchillo, la muñequera y el mecanismo, que previamente había envuelto con la misteriosa hoja de vitela que acompañaba los objetos. Leonardo intentó en vano unir las piezas de la maquinaria y por un momento pareció caer en la desesperación.

—No sé, Ezio —dijo—. Este mecanismo es antiguo…, muy antiguo, pero por otro lado es muy sofisticado, y su fabricación está por delante incluso de nuestro tiempo. Fascinante. —Levantó la vista—. La verdad es que nunca había visto nada igual. Pero me temo que poco puedo hacer sin los planos originales.

Prestó atención entonces a la hoja de vitela, que había cogido para envolver de nuevo los objetos de Ezio.

—¡Espera un momento! —gritó, estudiándola con minuciosidad.

Después dejó el cuchillo roto y la muñequera a un lado, extendió la hoja consultándola, empezó a revolver entre una hilera de libros viejos y manuscritos que tenía en una estantería. Encontró los dos que buscaba, los dejó sobre la mesa y empezó a hojearlos.

—¿Qué haces? —preguntó Ezio, algo impaciente.

—Esto es muy interesante —dijo Leonardo—. Parece la página de un Códice.

—¿De un qué?

—Es una página de un libro antiguo. No está impresa, es un manuscrito. Es muy antigua, de hecho. ¿Tienes alguna más?

—No.

—Lástima. La gente no debería arrancar de esta manera las páginas de los libros. —Leonardo hizo una pausa—. A menos, quizás, que todo junto…

—¿Qué?

—Nada. Mira, el contenido de esta página está cifrado; pero si mi teoría es correcta… basándonos en estos dibujos podría muy bien ser que…

Ezio se quedó a la espera, pero Leonardo estaba perdido en su propio mundo. Tomó asiento y esperó pacientemente mientras Leonardo revolvía y examinaba con detalle más libros y rollos de pergamino, comprobando referencias y tomando notas, empleando aquella curiosa escritura de derecha a izquierda e invertida. Ezio no era el único, se imaginaba, que vivía la vida vigilando siempre sus espaldas. Por lo poco que había visto en el estudio, no le cabía la menor duda de que si la Iglesia se enteraba de las cosas que Leonardo tenía entre manos, este se llevaría una buena reprimenda.

Leonardo levantó finalmente la vista. Pero cuando lo hizo Ezio ya se había adormilado.

—Extraordinario —murmuró Leonardo para sus adentros, y acto seguido, subiendo el tono de voz—: ¡Extraordinario! Si trasponemos las letras y después seleccionamos la tercera de cada…

Se puso de nuevo a trabajar, cogió el cuchillo, la muñequera y el mecanismo. Sacó de debajo de la mesa una caja de herramientas, montó un tornillo de banco y en silencio se concentró en su trabajo. Pasó una hora,

dos… Ezio se había quedado plácidamente dormido, acunado por la atmósfera cargada y cálida de la estancia y los discretos sonidos de Leonardo, que seguía dando pequeños golpes y rascando. Y por fin…

—¡Ezio! ¡Despierta!

—¿Eh?

—¡Mira!

Leonardo señaló encima de la mesa. Había encajado la daga, restaurada por completo, en aquel extraño mecanismo, que a su vez estaba ahora fijado a la muñequera. El conjunto estaba pulido, como si estuviera recién hecho, aunque no brillaba.

—Un acabado mate, he decidido —dijo Leonardo—. Como una armadura romana. Cualquier cosa que brille bajo la luz del sol es un delator mortal.

Ezio cogió el arma y la sopesó. Era ligera, pero el robusto cuchillo estaba perfectamente equilibrado. Ezio nunca había visto nada parecido. Una daga con resorte que podía esconder en su muñeca. Bastaba con flexionar la mano y aparecía el cuchillo, listo para rajar o apuñalar según su usuario decidiera.

—Te tenía por un hombre de paz —dijo Ezio, recordando los pájaros.

—Las ideas por delante de todo. Sean las que sean. Veamos —dijo, sacando de su caja de herramientas un martillo y un cincel—. Eres diestro, ¿verdad? Bien. Ahora hazme el favor de colocar el dedo anular derecho encima de este bloque.

—Pero ¿qué haces?

—Lo siento, pero tengo que hacerlo así. El cuchillo está diseñado para garantizar el compromiso total de quienquiera que lo empuñe.

—¿Qué quieres decir?

—Solo funcionará si te quitamos este dedo.

Ezio pestañeó. Por su cabeza pasaron un montón de imágenes: recordó la supuesta amistad de Alberti con su padre, cómo Alberti le había dado confianza después del arresto de su padre, las ejecuciones, el que se había convertido en su objetivo. Apretó la mandíbula.

—Hazlo.

—A lo mejor debería utilizar un cuchillo de carnicero. Sería un corte más limpio. —Leonardo sacó uno de un cajón de la mesa—. Ahora, solo tienes que poner el dedo… *così*.

Ezio se preparó mentalmente mientras Leonardo levantaba el cuchillo de carnicero. Cerró los ojos al oírlo caer —¡chunc!— sobre la tabla de madera. Pero no sintió dolor. Abrió los ojos. El cuchillo estaba clavado en la tabla, a escasos centímetros de su mano, que estaba intacta.

—¡Cabrón! —Ezio estaba pasmado, y furioso también por aquella broma de mal gusto.

Leonardo levantó las manos.

—¡Tranquilízate! ¡Era solo para añadir un poco de diversión! Cruel, lo admito, pero no he podido resistirme. Quería ver hasta dónde llegaba tu determinación. ¿Sabes? El uso de esta máquina requería originalmente este sacrificio. Algo que ver con un antiguo rito de iniciación, creo. Pero he hecho un par de apaños. Para que puedas conservar tu dedo. ¡Mira! El cuchillo sale ahora perfectamente, y le he añadido una empuñadura que aparece automáticamente cuando el cuchillo está abierto. ¡Lo único que tienes que hacer es recordar mantenerlo extendido cuando sale! De modo que puedes conservar tu dedo. Aunque tal vez prefieras llevar guantes cuando lo utilices… La hoja está muy afilada.

Ezio se sentía demasiado fascinado —y agradecido— como para mantener su enfado mucho tiempo.

—Es extraordinario —dijo, abriendo y cerrando la daga varias veces hasta comprender a la perfección cómo utilizarla—. Increíble.

—¿A que sí? —coincidió Leonardo—. ¿Estás seguro de que no tienes más páginas como esta?

—Lo siento pero no.

—Si por casualidad encontrases alguna más, tráemela, por favor.

—Te doy mi palabra. ¿Y cuánto te debo por…?

—Ha sido un placer. De lo más instructivo. No hay…

Fueron interrumpidos por un golpeteo en la puerta del estudio que daba a la calle. Leonardo corrió hacia la parte delantera del edificio mientras Agniolo e Innocento lo miraban espantados. La persona que había al otro lado de la puerta había empezado a gritar:

—¡Abrid, por orden de la guardia florentina!

—¡Un momento! —respondió gritando también Leonardo, y en voz baja le dijo a Ezio—: Quédate aquí.

Entonces abrió la puerta y se situó bajo su arco bloqueando el paso del guardia.

—¿Sois Leonardo da Vinci? —preguntó el guardia empleando una de esas voces oficiales fuertes y autoritarias.

—¿En qué puedo ayudaros? —dijo Leonardo, saliendo a la calle, obligando con ello al guardia a dar un paso atrás.

—Estoy autorizado para formularos unas preguntas.

Leonardo se había colocado de tal manera que el guardia había quedado de espaldas a la puerta del estudio.

—¿Qué problema hay?

—Nos ha llegado un informe de que acababais de ser visto relacionándoos con un conocido enemigo de la ciudad.

—¿Quién, yo? ¿Relacionándome? ¡Descabellado!

—¿Cuándo fue la última vez que visteis o hablasteis con Ezio Auditore?

—¿Quién?

—No me vengáis ahora con gilipolleces. Sabemos que manteníais una relación estrecha con la familia. Que le vendisteis a la madre un par de esos pintarrajos vuestros. ¿Necesitáis tal vez que os refresque un poco la memoria?

Y el guardia le atizó en el estómago con la culata de su alabarda. Leonardo, lanzando un grito agudo de dolor, se doblegó y cayó al suelo, donde el guardia empezó a atizarle puntapiés.

—¿Estamos ya dispuestos a charlar? No me gustan los artistas. Sois un puñado de maricones.

Pero la escena le había dado a Ezio tiempo para deslizarse sin hacer ruido por la puerta y colocarse detrás del guardia. La calle estaba desierta. Tenía justo delante de él el cogote desnudo del hombre. Era una oportunidad ideal para poner a prueba su nuevo juguete. Levantó la mano, desencadenando con ello la liberación del mecanismo, y apareció al instante el silencioso cuchillo. Con un diestro movimiento de su mano derecha abierta, Ezio clavó el cuchillo una sola vez en la parte lateral del cuello del

guardia. El filo recién afilado era tremendamente peligroso y penetró la yugular del guardia sin la menor resistencia. El hombre cayó, muerto incluso antes de llegar al suelo.

Ezio ayudó a Leonardo a incorporarse.

—Gracias —dijo el tembloroso artista.

—Lo siento…, no pretendía matarlo…, no ha habido tiempo…

—A veces no tenemos otra alternativa. Aunque a estas alturas ya tendría que estar acostumbrado.

—¿A qué te refieres?

—Estuve implicado en el caso Saltarelli.

Ezio lo recordó enseguida. Hacía escasas semanas, un joven modelo artístico, Jacopo Saltarelli, había sido denunciado de forma anónima por practicar la prostitución, y Leonardo, junto con tres hombres más, había sido acusado de ser uno de sus clientes habituales. El caso había quedado desestimado por falta de pruebas, pero ya no era posible quitarse de encima la mala fama adquirida.

—Aquí no procesamos a los homosexuales —dijo Ezio—. Es por eso, creo recordar, que los alemanes utilizan cierto apodo para ellos: los llaman *florenzer*.

—Oficialmente sigue siendo una actividad ilegal —dijo secamente Leonardo—. Pueden todavía multarte por ello. Y con hombres como Alberti en el poder…

—¿Y qué hacemos con el cuerpo?

—Oh —dijo Leonardo—. Es un regalo caído del cielo. Ayúdame a arrastrarlo dentro antes de que alguien nos vea. Lo pondré con los demás.

—¿Un regalo caído del cielo? ¿Los demás?

—La bodega es fresca. Se mantienen una semana. De vez en cuando recupero un par de cadáveres del hospital, los que no reclama nadie. Todo extraoficial, claro está. Los abro, los examino un poco… Sirven para mi investigación.

Ezio miró a su amigo con enorme curiosidad.

—¿Qué?

—Creía que te lo había contado. Me gusta averiguar el funcionamiento de las cosas.

Apartaron el cuerpo de la vista de la gente y los dos ayudantes de Leonardo lo arrastraron de cualquier manera por los peldaños de piedra para esconderlo.

—¿Y si envían a alguien a buscarlo, para saber qué ha sido de él?

Leonardo se encogió de hombros.

—Diré que no sé nada. —Le guiñó el ojo—. Tengo amigos poderosos aquí, Ezio.

Ezio estaba perplejo. Dijo:

—Te veo muy confiado…

—Tú limítate a no mencionarle a nadie el incidente.

—No lo haré… y gracias, Leonardo, por todo.

—Ha sido un placer. Y no lo olvides… —Sus ojos brillaban con una mirada hambrienta—. Si encuentras más páginas de este Códice, tráemelas. Quién sabe qué otros nuevos dibujos podrían contener.

—¡Te lo prometo!

Ezio regresó triunfante a casa de Paola aunque, a lo largo de todo su recorrido hacia el norte de la ciudad, no olvidó en ningún momento perderse en el anonimato de la multitud.

Paola lo recibió aliviada.

—Has estado ausente más tiempo del que me esperaba.

—A Leonardo le gusta hablar.

—Pero espero que no se haya dedicado solo a eso.

—Oh, no. ¡Mira! —Y le mostró la daga de muñeca, extendiéndola desde el interior de la manga con una floritura extravagante y una sonrisa de chiquillo.

—¡Impresionante!

—Sí. —Ezio contempló con admiración el arma—. Necesitaré practicar un poco. Quiero conservar todos los dedos.

Paola se puso seria.

—Bien, Ezio, me parece que ya estás a punto. Te he proporcionado las habilidades que necesitabas, Leonardo ha reparado tu arma. —Respiró hondo—. Todo lo que necesitas ahora es llevar a cabo tu hazaña.

—Sí —dijo Ezio en voz baja, su expresión ensombreciéndose de nuevo —. La pregunta ahora es cómo acceder a *messer* Alberti.

Paola se quedó pensativa.

—El duque Lorenzo está ya de vuelta. No está de acuerdo con las ejecuciones que Alberti autorizó en su ausencia, pero carece del poder necesario para desafiar al *gonfaloniere*. Mañana por la noche se celebrará el estreno de la última obra del maestro Verrocchio para el claustro de Santa Croce. La alta sociedad florentina estará presente, incluyendo Alberti. —Se quedó mirándolo—. Creo que deberías asistir.

Ezio descubrió que la escultura que iba a presentarse era una estatua de bronce de David, el héroe bíblico con quien se asociaba Florencia, una ciudad situada entre dos Goliat: Roma en el sur y los reyes de Francia, siempre ansiosos por conquistar territorio, en el norte. La familia Medici era la promotora del encargo, que se erigiría en el Palazzo Vecchio. El maestro había empezado a trabajar en la escultura hacía tres o cuatro años y corrían rumores de que la cabeza había sido modelada por el que fuera uno de los más atractivos y jóvenes aprendices de Verrocchio en aquel momento, un tal Leonardo da Vinci. En cualquier caso, la excitación ante el acontecimiento era grande y todo el mundo andaba pensando qué se pondría para la ocasión.

Pero Ezio tenía otros temas sobre los que reflexionar.

—Cuida de mi madre y mi hermana en mi ausencia —le pidió a Paola.

—Como si fueran las mías.

—Y si me pasara cualquier cosa…

—Ten fe, no te pasará nada.

La tarde siguiente, Ezio se dirigió a Santa Croce con la suficiente antelación. Había pasado las horas previas preparándose y afinando sus habilidades con la nueva arma hasta quedar satisfecho y con la sensación de que dominaba su utilización. Estuvo pensando en la muerte de su padre y sus hermanos, y el tono cruel de la voz de Alberti al pronunciar la sentencia resonó claramente en su cabeza.

Cuando se acercaba a Santa Croce vio a dos figuras que reconoció enseguida. Caminaban por delante de él y algo distanciadas de un pequeño pelotón de guardaespaldas cuyo uniforme exhibía una insignia con cinco

bolas rojas sobre un campo dorado. Estaban discutiendo, y se apresuró para acercarse y oír la conversación. Se detuvieron delante del pórtico de la iglesia y él se quedó dando vueltas, cerca de ellos pero sin que pudieran verlo, para escuchar qué decían. Los hombres hablaban sin apenas mover los labios. Uno era Uberto Alberti, el otro un hombre delgado, de entre veinticinco y treinta años, con nariz prominente y expresión resuelta, ricamente vestido con gorro y manto de color rojo, una túnica de color gris plata debajo. El duque Lorenzo, *Il Magnifico*, como lo llamaban sus súbditos, para indignación de los Pazzi y sus partidarios.

—No puedes acusarme de esto —estaba diciendo Alberti—. Actué en base a la información recibida y a pruebas irrefutables. ¡Actué dentro de la ley y dentro de los límites de mi cargo!

—¡No! Sobrepasaste tus límites, *gonfaloniere*, y te aprovechaste de mi ausencia para hacerlo. Estoy tremendamente contrariado.

—¿Quién eres tú para hablar de límites? ¡Te has hecho con el poder de la ciudad, te has autoproclamado su duque, sin el consentimiento formal ni de la *Signoria* ni de nadie!

—¡Yo no he hecho eso!

Alberti se permitió la licencia de una carcajada irónica.

—¿Y qué ibas a decir si no? ¡Tú siempre tan inocente! Qué oportuno por tu parte. En Careggi te rodeas de hombres que la mayoría consideramos peligrosos librepensadores: Ficino, Mirándola, ¡y ese asqueroso de Poliziano! Pero al menos ahora hemos tenido la oportunidad de ver hasta dónde llega en realidad tu radio de acción…, que es lo mismo que decir que a ninguna parte, hablando en términos prácticos. Ha sido una lección muy valiosa para mis aliados y para mí.

—Sí. Tus aliados los Pazzi. En realidad todo versa en torno a lo mismo, ¿no?

Alberti se estudió detenidamente las uñas antes de responder.

—Cuidado con lo que dices, *duce*. Podrías atraer la atención de quien no corresponde. —Aunque no habló completamente seguro de sí mismo.

—El único que debería vigilar lo que dice eres tú, *gonfaloniere*. Y te sugiero que transmitas este consejo a tus socios… Tómalo como una advertencia de amigo.

Y con eso, Lorenzo dio media vuelta y se dirigió con sus guardaespaldas hacia el claustro. Pasado un instante, maldiciendo para sus adentros, Alberti siguió sus pasos. A Ezio le dio la impresión de que aquel hombre estaba maldiciéndose a sí mismo.

Los claustros habían sido engalanados para la ocasión con tejidos bordados en oro que reflejaban de forma deslumbrante la luz de centenares de velas. En una tribuna situada junto a la fuente central, tocaba un grupo de músicos, mientras que en otra tribuna se alzaba la escultura de bronce, una figura de exquisita belleza cuyo tamaño alcanzaría aproximadamente la mitad de la altura de un hombre. Cuando Ezio entró, aprovechando columnas y sombras para esconderse, vio a Lorenzo felicitando al artista. Ezio reconoció también a la misteriosa figura encapuchada que acompañaba a Alberti en la plataforma el día de la ejecución.

A cierta distancia, vio a Alberti rodeado por sus admiradores, miembros de la nobleza local. Por lo que pudo escuchar, Ezio entendió que estaban felicitando al *gonfaloniere* por haber liberado a la ciudad de la lacra de la familia Auditore. Nunca se habría imaginado que su padre pudiera tener tantos enemigos, además de amigos, en la ciudad, pero se dio cuenta también de que solo se habían atrevido a situarse contra él en ausencia de su principal aliado, Lorenzo. Ezio sonrió cuando una mujer de la nobleza le dijo a Alberti que confiaba en que el duque valorara su integridad. Vio que la insinuación no había sido en absoluto del agrado de Alberti. Y siguió oyendo más cosas.

—¿Y qué se sabe del otro hijo? —estaba preguntando un noble—. Ezio, ¿no? ¿Ha conseguido escapar?

Alberti logró esbozar una sonrisa.

—El chico no supone ningún tipo de peligro. Manos blandas y una cabeza más blanda aún. Lo capturarán y será ejecutado antes de que acabe la semana.

Todos los que estaban a su alrededor estallaron en carcajadas.

—Y bien…, ¿qué es lo que te aguarda a continuación, Uberto? —preguntó otro hombre—. ¿La silla de la *Signoria*, quizás?

Alberti abrió las manos.

—Todo es voluntad de Dios. Mi único interés reside en continuar sirviendo a Florencia, con fidelidad y diligencia.

—Sea lo que fuere lo que eligieras hacer, tienes nuestro apoyo.

—Muy halagüeño por tu parte. Veremos lo que el futuro nos depara. —Alberti estaba radiante, aunque aparentaba modestia—. Y ahora, amigos míos, sugiero que dejemos la política de lado y nos entreguemos al placer de esta sublime obra de arte, tan generosamente donada por los nobles Medici.

Ezio esperó a que la compañía de Alberti se alejara en dirección al *David*. Por su parte, Alberti cogió una copa de vino y examinó la escena, una mezcla de cautela y satisfacción en su mirada. Ezio sabía que era su oportunidad. Los ojos de todo el mundo estaban fijos en la escultura, cerca de la cual Verrocchio se atascaba ofreciendo un breve discurso.

—Realizar este último cumplido te debe de haber sentado como una patada en el estómago —dijo Ezio entre dientes—. Pero me parece correcto que seas poco sincero al final.

A Alberti se le salieron los ojos de las órbitas al reconocerlo.

—¡Tú!

—Sí, *gonfaloniere*. Soy Ezio. He venido a vengar la muerte de mi padre —tu amigo— y de mis inocentes hermanos.

Alberti oyó el clic apagado de un muelle, un sonido metálico, y vio de inmediato el cuchillo pegado a su garganta.

—Adiós, *gonfaloniere* —dijo Ezio con frialdad.

—¡Detente! —gritó de forma sofocada Alberti—. Tú habrías hecho lo mismo de haber estado en mi situación: proteger a tus seres queridos. Perdóname, Ezio…, no me quedó otro remedio.

Ezio se inclinó sobre él, ignorando sus súplicas. Sabía que aquel hombre había tenido otra alternativa —una alternativa honorable— y que se había mostrado excesivamente pasivo para decantarse por ella.

—¿Y te crees que yo no estoy protegiendo a mis seres queridos? ¿Qué misericordia serías capaz de mostrar con mi madre y mi hermana, de poder ponerles la mano encima? Y ahora dime: ¿dónde están los documentos de mi padre que te entregué? Tienes que tenerlos guardados en algún lugar seguro.

—Nunca los conseguirás. ¡Siempre los llevo encima! —Alberti intentó empujar a Ezio y cogió aire para llamar a los guardias, pero Ezio acercó el cuchillo un poco más a su garganta y deslizó el filo por encima de su arteria yugular. Incapaz ni siquiera de borbotar, Alberti cayó de rodillas, sus manos agarrándose instintivamente al cuello en un vano intento de detener la sangre que se derramaba sobre la hierba como una cascada. En cuanto cayó tendido por completo al suelo. Ezio se encorvó rápidamente sobre él y cortó la cinta que unía su bolsa con el cinturón. Miró en su interior. El engreimiento final había llevado a Alberti a decir la verdad. Los documentos estaban allí.

Se dio cuenta entonces de que lo rodeaba el silencio. El discurso de Verrocchio se había interrumpido y todos los invitados se habían girado hacia él y estaban mirándolo, sin abarcar todavía el alcance de lo sucedido. Ezio se incorporó y se enfrentó a todos ellos.

—¡Sí! ¡Lo que veis es real! ¡Lo que veis es venganza! La familia Auditore sigue con vida. ¡Yo sigo aquí! ¡Ezio Auditore!

Cogió aire en el mismo momento en que una voz de mujer gritaba:

—*Assassino!*

Reinó al instante el caos. Los guardaespaldas de Lorenzo lo rodearon inmediatamente, sus espadas en alto. Los invitados corrieron a esconderse aquí y allá, algunos intentando huir, los más valientes haciendo al menos el ademán de intentar capturar a Ezio, aunque ninguno de ellos se atreviera a hacerlo de verdad. Ezio vio que la figura encapuchada se perdía entre las sombras. Verrocchio se había quedado protegiendo su escultura. Las mujeres chillaban, los hombres gritaban y los guardias de la ciudad corrían por los claustros, sin saber muy bien a quién perseguir. Ezio aprovechó la coyuntura, se encaramó al tejado de la columnata del porche y saltó a otro patio interior, cuya puerta se abría a la plaza de delante de la iglesia, donde empezaba a congregarse ya una multitud de curiosos, atraída por los sonidos de la conmoción que se vivía en el interior del edificio.

—¿Qué sucede? —le preguntó alguien a Ezio.

—Se ha hecho justicia —respondió Ezio, antes de echar a correr por la ciudad en dirección noroeste en busca de la seguridad que le ofrecía la mansión de Paola.

Hizo un alto en el camino para verificar el contenido de la bolsa de Alberti. Al menos, sus últimas palabras habían sido sinceras. Todo estaba allí. Y había algo más. Una carta no entregada escrita de puño y letra de Alberti. Tal vez información nueva para Ezio, que rompió el lacre y desplegó el pergamino.

Pero era una nota personal de Alberti a su esposa. Mientras la leía, Ezio pudo al menos comprender qué tipo de fuerzas habían empujado a aquel hombre a romper su integridad.

Amor mío:

Plasmo mis pensamientos en papel con la esperanza de que quizás llegue un día en el que reúna el valor suficiente como para compartirlos contigo. Con el tiempo, te enterarás sin duda de que traicioné a Giovanni Auditore, lo taché de traidor y lo sentencié a muerte. Probablemente la historia juzgará, este acto como una cuestión de política y avaricia. Pero tienes que comprender que no fue el destino lo que me forzó a hacerlo, sino el miedo.

Cuando los Medici robaron a nuestra familia todo lo que poseíamos, tuve miedo. Por ti. Por nuestro hijo. Por el futuro. ¿Qué esperanza le queda en este mundo a un hombre sin medios ni posibilidades? En cuanto a los demás, me ofrecieron dinero, tierras y títulos a cambio de mi colaboración.

Y así fue como acabé traicionando a mi íntimo amigo.

Por inexplicable que sea ese acto, me pareció necesario en su momento.

E incluso ahora, mirando atrás, no consiga ver otra manera de...

Ezio dobló con cuidado la carta y la guardó de nuevo en la bolsa. Le pondría de nuevo el lacre y se encargaría de que fuera entregada. Estaba decidido a no doblegarse jamás ante la mezquindad.

CAPÍTULO 6

—Ya está hecho —le dijo simplemente a Paola.

Lo abrazó ella un momento y se separó a continuación.

—Lo sé. Me alegro de que estés a salvo.

—Creo que ha llegado el momento de abandonar Florencia.

—¿Dónde irás?

—Mario, el hermano de mi padre, tiene una finca cerca de Monteriggioni. Iremos allí.

—Estás ya en busca y captura, Ezio. Están colgando carteles por todas partes con tu imagen y la frase «Se busca». Y los oradores públicos empiezan a hablar contra ti. —Se interrumpió, pensativa—. Ordenaré a mis criados que salgan y arranquen todos los carteles que puedan, y podemos sobornar a los oradores para que hablen de otras cosas. —Se le ocurrió entonces otra idea—. Y mejor que haga preparar documentos para que podáis viajar los tres.

Ezio movió la cabeza de un lado a otro, pensando en Alberti.

—¿En qué mundo vivimos? Resulta tan fácil manipular las creencias…

—Alberti se encontró en una posición que consideraba imposible, pero debería haberse mantenido firme. —Suspiró—. La verdad se comercia a diario. Tienes que acostumbrarte a ello, Ezio.

Ezio cogió las manos de Paola entre las suyas.

—Gracias.

—Florencia será a partir de ahora un lugar mejor, sobre todo si el duque Lorenzo consigue que uno de sus hombres salga elegido *gonfaloniere*. No

hay tiempo que perder. Tu madre y tu hermana están aquí. —Se volvió y dio una palmada—. ¡Annetta!

Apareció Annetta procedente de la parte trasera de la casa, acompañada por María y Claudia. Fue un encuentro muy emotivo. Ezio se dio cuenta de que su madre no estaba muy recuperada y de que seguía guardando entre sus manos la cajita con plumas de Petruccio. Le devolvió el abrazo, aunque ausente, mientras Paola contemplaba la escena con una triste sonrisa.

Claudia, por otro lado, le dio un fuerte abrazo.

—¡Ezio! ¿Dónde has estado? Paola y Annetta han sido muy amables, pero no nos dejan volver a casa. Y madre no ha pronunciado ni una sola palabra desde… —Se interrumpió, luchando por contener las lágrimas y después, recuperándose, añadió—: Bien, tal vez ahora padre pueda solucionarnos las cosas. Tiene que haber sido un terrible malentendido, ¿verdad?

Paola lo miró.

—Es el momento —dijo en voz baja—. Tarde o temprano tienen que conocer la verdad.

La mirada de Claudia pasó una y otra vez de Ezio a Paola. María había tomado asiento al lado de Annetta, que la rodeaba con el brazo. María tenía la mirada perdida, una débil sonrisa, acariciaba la caja de madera de peral.

—¿Qué sucede, Ezio? —preguntó Claudia, el miedo reflejado en su voz.

—Ha pasado una cosa.

—¿A qué te refieres?

Ezio se quedó en silencio, sin encontrar las palabras adecuadas, pero su expresión habló por él.

—Oh, Dios mío…, ¡no!

—Claudia…

—¡Dime que no es verdad!

Ezio agachó la cabeza.

—¡No, no, no, no, no! —chilló Claudia.

—Shhh. —Intentó calmarla—. Hice todo lo que pude, *picana*.

Claudia hundió la cabeza en el pecho de su hermano y lloró, sollozos largos y brutales, mientras Ezio intentaba consolarla. Miró a su madre por

encima de la cabeza de Claudia, pero daba la impresión de no haber oído nada. Tal vez, a su manera, lo sabía ya. Después de toda la confusión en la que se había sumido la vida de Ezio, ver cómo su hermana y su madre se arrojaban al abismo de la desesperación estuvo a punto de desmoronarlo por completo. Pero se mantuvo firme, abrazando a su hermana, durante un tiempo que le pareció una eternidad, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. De él dependía a partir de ahora la protección de su familia, era él quien debía devolver el honor al apellido Auditore. Ezio, el chico, había dejado de existir… Intentó poner en orden sus pensamientos.

—Escucha —le dijo a Claudia en cuanto esta se tranquilizó un poco—. Lo que importa ahora es irnos de aquí. Irnos a un lugar seguro, donde tú y *mamma* podáis estar a salvo. Pero para conseguirlo necesito que seas valiente. Tienes que ser fuerte por mí, y cuidar de nuestra madre. ¿Me has entendido?

Claudia lo escuchó, tosió para aclararse la garganta y lo miró.

—Sí.

—Entonces tenemos que poner ya en marcha los preparativos. Coge todo lo que necesites, pero poca cosa…, tendremos que huir a pie. Organizar un carruaje sería demasiado peligroso. Ponte la ropa más sencilla que tengas, no debemos llamar la atención. ¡Y corre!

Claudia se fue con su madre y Annetta.

—Deberías bañarte y cambiarte —le dijo Paola—. Te sentirás mejor.

Dos horas después tenían ya lista su documentación de viaje y estaban listos para partir. Ezio verificó una última vez el contenido de su saca. Tal vez su tío pudiera explicarle el sentido de los documentos que le había arrebatado a Alberti y que tan vitales parecían para él. Llevaba su nuevo cuchillo atado al antebrazo derecho, fuera de la vista. Se apretó el cinturón. Claudia salió con María al jardín y se quedó junto a la puerta por la que tenían que partir en compañía de Annetta, que intentaba reprimir sus lágrimas.

Ezio se volvió hacia Paola.

—Adiós. Y gracias de nuevo por todo.

Ella lo abrazó y le dio un beso muy cerca de la boca.

—Mantente a salvo, Ezio, y ve con mucho cuidado. Me imagino que el camino que tienes por delante va a ser muy largo.

Él asintió muy serio, se puso la capucha y se sumó a su madre y a su hermana, cogiendo la bolsa con sus pertenencias. Se despidieron de Annetta con un beso y momentos después salieron a la calle y emprendieron camino rumbo norte, Claudia del brazo de su madre. Permanecieron un rato andando en silencio, Ezio reflexionando sobre la gran responsabilidad que estaba obligado a cargar sobre sus hombros. Rezó para estar a la altura de las circunstancias, porque sabía que iba a ser muy complicado. Tendría que mantenerse fuerte, pero lo conseguiría por el bien de Claudia y de su pobre madre, que parecía haberse retraído por completo en sí misma.

No fue hasta que llegaron al centro de la ciudad que Claudia empezó a hablar… y todo eran preguntas. Ezio se dio cuenta aliviado, sin embargo, de que su voz era firme.

—¿Cómo es posible que nos haya pasado esto? —dijo.

—No lo sé.

—¿Crees que podremos regresar algún día?

—No lo sé, Claudia.

—¿Y qué será de nuestra casa?

Ezio movió la cabeza de un lado a otro. No había tenido tiempo para disponer nada en aquel sentido aunque, de todos modos, ¿con quién podría haberlo hecho? Tal vez el duque Lorenzo pudiera cerrarla, mantener la casa protegida, pero eso no era más que una débil esperanza.

—¿Tuvieron…? ¿Tuvieron un funeral adecuado?

—Sí…, lo arreglé todo yo mismo. —Estaban cruzando el Arno y Ezio se permitió mirar río abajo.

Vieron por fin las puertas del sur de la ciudad y Ezio se sintió satisfecho por haberlas alcanzado pasando desapercibidos. Pero se acercaba un momento peligroso, pues las puertas estaban fuertemente vigiladas. Por suerte, los documentos con nombres falsos que Paola les había proporcionado superaron la prueba, pues los guardias andaban buscando un joven solo y desesperado, no una pequeña familia modestamente vestida.

Pasaron el día entero caminando hacia el sur, deteniéndose únicamente cuando estuvieron lo suficientemente alejados de la ciudad como para poder

comprar pan, queso y vino en una granja y descansar una hora a la sombra de un roble, junto a un maizal. Ezio se vio obligado a controlar su impaciencia, pues la distancia que separaba Florencia de Monteriggioni era de casi cincuenta kilómetros y tenían que viajar siguiendo el ritmo de su madre. Era una mujer fuerte de apenas cuarenta años, pero el *shock* que había sufrido la había envejecido de repente. Rezó para que su madre se recuperase en cuanto llegaran a casa de su tío Mario, aunque sabía que la recuperación, si la había, sería lenta. Confiaba en que, salvo que se produjera algún contratiempo, llegaran a la finca de Mario a la tarde del día siguiente.

Pasaron la noche en un granero vacío, donde al menos había heno caliente y limpio. Cenaron los restos de la comida y acomodaron en todo lo posible a María. Su madre no se quejó en absoluto, de hecho parecía no darse cuenta de dónde estaba; pero cuando Claudia intentó quitarle la cajita de Petruccio para poder acostarse, protestó con violencia y apartó a su hija de un empujón, maldiciéndola como una pescadera. Los dos hermanos se quedaron sorprendidos.

Pero durmió plácidamente y a la mañana siguiente tenía buen aspecto. Se lavaron en un riachuelo, bebieron un poco de agua fresca del torrente a modo de desayuno y prosiguieron su camino. Hacía un día espléndido, algo caluroso pero con una brisa agradable, y avanzaron a buen ritmo, cruzándose solo con unas pocas carretillas y sin ver a nadie excepto un grupo de trabajadores del campo y los huertos. Ezio compró un poco de fruta, la suficiente al menos para que Claudia y su madre pudieran comer algo, pues él no tenía hambre: los nervios le impedían comer.

Por fin, a media tarde, se sintió animado cuando vio en el horizonte la pequeña ciudad amurallada de Monteriggioni en lo alto de la colina, bañada por el sol. Mario gobernaba con eficiencia el distrito. Dos o tres kilómetros más y estarían en su territorio. Alentado, el pequeño grupo aceleró el paso.

—Ya casi estamos —le dijo a Claudia con una sonrisa.

—*Grazie a Dio* —replicó ella, devolviéndosela.

Acababan de empezar a relajarse cuando, en un recodo del camino, una figura que enseguida les resultó familiar, acompañada por una docena de hombres con libreas en azul y dorado, les bloqueó el paso. Uno de los

guardias portaba un estandarte con el odiado y conocido emblema de los delfines y las cruces doradas sobre un campo azul.

—¡Ezio! —le dijo la figura—. *Buon' giorno!* Y también a tu familia… o, como mínimo, ¡a lo que queda de ella! ¡Qué sorpresa más agradable!

Hizo un gesto a sus hombres, que se dispusieron en el camino en formación de abanico, sus alabardas a punto.

—¡Vieri!

—El mismo. En cuanto mi padre fue puesto en libertad, decidió financiarme esta pequeña excursión de caza. Estaba herido. Además, ¿cómo se te ha ocurrido dejar Florencia sin despedirte debidamente?

Ezio avanzó hacia él, indicándoles a Claudia y a su madre que se quedaran atrás.

—¿Qué quieres, Vieri? Me imaginaba que estarías satisfecho con lo que los Pazzi habéis conseguido.

Vieri abrió las manos.

—¿Qué quiero, me preguntas? No sé muy bien por dónde empezar. ¡Tantas cosas! Veamos…, me gustaría un *palazzo* más grande, una esposa bonita, mucho más dinero y… ¿qué más?… ¡Oh, sí! ¡Tu cabeza! —Sacó la espada, indicando a sus guardias que se prepararan y avanzó hacia Ezio.

—Estoy sorprendido, Vieri… ¿De verdad piensas desafiarme tú solo? ¡Aunque, naturalmente, tienes detrás a tus matones!

—No te considero merecedor de mi espada —replicó Vieri, enfundándola de nuevo—. Creo que acabaré contigo con mis puños. Siento si todo esto te incomoda, *tesora* —añadió, dirigiéndose a Claudia—, pero no te preocupes…, no tardaré mucho. Después veré qué puedo hacer para consolarte. ¿Y quién sabe? ¡Quizás también para consolar a tu pequeña *mamma*!

Ezio dio un rápido paso al frente y conectó el puño con la mandíbula de Vieri, dejando a su enemigo tambaleándose. Lo había pillado desprevenido. Pero poniéndose de nuevo en pie, Vieri indicó con un gesto a sus hombres que no se movieran y se abalanzó sobre Ezio con un rugido, arreándole un golpe tras otro. Tan feroz fue el ataque de Vieri que, a pesar de que Ezio consiguió esquivarlo con destreza, fue incapaz de descargar un solo golpe certero. Ambos hombres se enzarzaron en una lucha por controlar la

situación, tambaleándose de vez en cuando para volver a arremeter a continuación con vigor renovado. Finalmente, Ezio consiguió que la rabia de Vieri acabara jugando en su contra: nadie lucha de forma efectiva cuando se siente rabioso. Vieri se disponía a lanzar un fuerte derechazo, cuando Ezio se adelantó y el puñetazo aterrizó sin causar efecto más allá de su hombro, la inercia de Vieri arrastrando hacia delante y de forma incontrolada el peso de su cuerpo. Ezio le puso entonces la zancadilla a su oponente, que acabó mordiendo el polvo. Ensangrentado y vencido, Vieri trató de protegerse detrás de sus hombres y se incorporó, sacudiéndose con unas manos llenas de arañazos.

—Estoy cansado de esto —dijo, y gritó a los guardias—: ¡Acabad con él, y también con las mujeres! ¡Tengo cosas mejores que hacer que ocuparme de este renacuajo escuálido y de la *carcassa* de su madre!

—*Coniglio!* —gritó Ezio, jadeando y desenfundando la espada, pero los guardias habían formado un círculo a su alrededor y extendido sus alabardas. Sabía que le costaría mucho poder con todos ellos.

El círculo se estrechó. Ezio continuó dando vueltas sobre sí mismo, intentando mantener en todo momento a las mujeres a sus espaldas, pero la situación pintaba muy mal y la desagradable risa de Vieri sonaba triunfante.

De pronto se oyó un sonido sibilante brusco y casi etéreo y dos de los guardias cayeron de rodillas primero y hacia delante después, soltando simultáneamente sus armas. En sus respectivas espaldas, un cuchillo clavado, enterrado hasta la empuñadura y lanzado con una puntería mortal. La sangre brotaba de sus camisas como una flor encarnada.

Los demás se retiraron alarmados, pero no antes de que uno más de los suyos cayera también al suelo, otro cuchillo en su espalda.

—¿Qué tipo de brujería es esta? —gañó Vieri, el terror limitándole la voz, desenfundando la espada y mirando como un loco a su alrededor.

Fue respondido por una carcajada profunda y atronadora.

—Esto no tiene nada que ver con la brujería, chico…, ¡y todo que ver con la destreza!

La voz provenía de un bosquecillo próximo.

—¡Déjate ver!

Entre los matorrales apareció un hombre alto, con larga barba, vestido con botas altas y un peto ligero. Detrás de él aparecieron varios hombres más, vestidos de manera similar.

—Como desees —dijo con ironía.

—¡Mercenarios! —gruñó Vieri, y se volvió hacia sus guardias—. ¿A qué esperáis? ¡Matadlos! ¡Matadlos a todos!

Pero el hombre alto se aproximó, le arrancó la espada a Vieri con tremenda elegancia y partió la hoja golpeándola contra su rodilla como si fuera un palillo.

—No creo que sea muy buena idea, pequeño Pazzi, aunque debo decir que estás a la altura del apellido de tu familia.

Vieri no respondió, sino que animó a sus hombres a seguir adelante. No muy convencidos, rodearon a los desconocidos mientras Vieri, haciéndose con la alabarda de uno de los guardias muertos, arremetió contra Ezio, haciendo saltar la espada de su mano y dejándola fuera de su alcance.

—¡Ten, Ezio, utiliza esto! —dijo el hombre alto, lanzándole otra espada, que voló por los aires para aterrizar sobre su punta y, temblorosa, quedarse clavada en el suelo a sus pies.

La recogió en un abrir y cerrar de ojos. Era un arma pesada y, aunque tuvo que utilizar ambas manos para sujetarla, consiguió cortar la empuñadura de la alabarda de Vieri. Este, viendo que sus hombres estaban siendo superados con facilidad por los *condottieri*, y que había habido ya dos bajas más, suspendió el ataque y, entre maldiciones, emprendió la huida. El hombre alto se acercó dirigiendo una amplia sonrisa a Ezio y las mujeres.

—Me alegro de haber venido a recibirte —dijo—. Me parece que he llegado justo a tiempo.

—Te doy las gracias, quienquiera que seas.

El hombre rio de nuevo, y su voz le sonó entonces familiar.

—¿Te conozco? —preguntó Ezio.

—Desde hace mucho tiempo. ¡Pero sigue sorprendiéndome que no reconozcas ni a tu propio tío!

—¿Tío Mario?

—¡Ese soy yo!

Le dio un apretujón a Ezio y se acercó a continuación a María y Claudia. Una expresión de angustia empañó su cara al ver el estado en que se encontraba María.

—Escúchame, niña… —le dijo a Claudia—. Voy a llevarme a Ezio al *castello* y voy a dejar aquí a mis hombres para que os protejan. Os darán algo de comer y beber. Enviaré un jinete por delante y regresará con un carruaje para que os lleve lo que queda de trayecto. Ya habéis caminado bastante por hoy y veo que mi pobre cuñada está… —Hizo una pausa antes de añadir con delicadeza—: Agotada.

—Gracias, tío Mario.

—Todo arreglado, pues. Nos vemos enseguida. Se giró y dio órdenes a sus hombres, rodeó a Ezio con un brazo y lo guio hacia su castillo, que dominaba la pequeña ciudad.

—¿Cómo supiste que estaba en camino? —preguntó Ezio.

Mario respondió con evasivas.

—Oh…, un amigo de Florencia envió un mensajero a caballo que llegó antes que tú. Pero ya estaba al corriente de lo sucedido. No he tenido fuerzas para desplazarme a Florencia, pero ahora que Lorenzo está de vuelta rezaremos para que pueda mantener a raya a los Pazzi. Infórmame sobre el destino de mi hermano… y de mis sobrinos.

Ezio se detuvo. El recuerdo de la muerte de su familia seguía siendo un oscuro y obsesivo recuerdo.

—Fueron… fueron ejecutados por traición… —Se interrumpió—. Yo escapé por pura casualidad.

—Dios mío —dijo Mario, su rostro contorsionado por el dolor—. ¿Sabes por qué ha sido?

—No…, pero espero que puedas ayudarme a encontrar las respuestas.

Y Ezio empezó a explicarle a su tío lo del arcón escondido en el *palazzo* familiar y el contenido del mismo, la venganza que se había tomado con Alberti y los documentos que le había cogido.

—Lo que más importante parece es una lista de nombres —añadió, y dejó de hablar, dolorido—. ¡No puedo creer que haya caído sobre nosotros todo esto!

Mario le dio unos cariñosos golpecitos en el brazo.

—Conozco un poco los negocios de tu padre —dijo, y entonces Ezio se dio cuenta de que Mario no se había mostrado muy sorprendido cuando le había contado lo del arcón escondido en la cámara secreta—. Le encontraremos el sentido a todo esto. Pero, por otro lado, debemos asegurarnos también de que tu madre y tu hermana estén atendidas. Mi castillo no es un lugar para mujeres de su clase, y los soldados como yo nunca acabamos de sentar la cabeza; pero a un par de kilómetros de aquí hay un convento donde estarán perfectamente a salvo y bien cuidadas. Si estás de acuerdo, las enviaré allí. Porque tú y yo tenemos mucho que hacer.

Ezio asintió. Las acomodaría allí y convencería a Claudia de que era la mejor solución temporal, pues no la veía queriendo permanecer mucho tiempo recluida de aquella manera.

Estaban aproximándose a la pequeña ciudad.

—Creía que Monteriggioni era enemiga de Florencia —dijo Ezio.

—No tanto de Florencia como de los Pazzi —le explicó su tío—. Ya eres lo bastante mayor como para conocer las alianzas que se establecen entre ciudades-estado, sean grandes o pequeñas. Un año eres amigo de una y al siguiente, enemigo; y luego, al otro, vuelves a ser amigo. Y así eternamente, como un juego de ajedrez que se ha vuelto loco. Pero te gustará esto. La gente es honesta y trabajadora, y nuestros productos son sólidos y resistentes. El sacerdote es un buen hombre, no bebe demasiado y nunca mete las narices en nada que no sean sus propios asuntos. Y a mí me importan los míos… con él, aunque nunca he sido un devoto de la Iglesia. Lo mejor de todo es el vino, el mejor Chianti que probarás en tu vida procede de mis viñedos. Vamos, un poco más y ya llegamos.

El castillo de Mario era la antigua sede de los Auditori y había sido construido hacia 1250, aunque el lugar estaba previamente ocupado por una construcción mucho más antigua. Mario había refinado y reformado el edificio, que en la actualidad, a pesar de sus muros altos y de varios metros de espesor, tenía el aspecto de una villa opulenta y fortificada. Delante de ella, y en el lugar que ocuparía habitualmente el jardín, había un gran campo de prácticas donde Ezio vio un par de docenas de jóvenes armados realizando diversos ejercicios para mejorar su técnica de combate.

—*Casa, dolce casa* —dijo Mario—. No habías estado aquí desde que eras pequeño. Ha habido algunos cambios desde entonces. ¿Qué te parece?

—Es impresionante, tío.

El resto del día estuvo repleto de actividad. Mario le enseñó a Ezio el castillo, organizó su alojamiento y se aseguró de que María y Claudia quedaban acomodadas sanas y salvas en el convento cercano, cuya abadesa era una vieja y querida amiga de Mario (y, se rumoreaba, una antigua amante). A la mañana siguiente fue citado a primera hora en el despacho de su tío, una estancia amplia de techos altos con paredes decoradas con mapas, armaduras y armas, y amueblada con una robusta mesa y sillas de madera de roble.

—Mejor que vayas enseguida a la ciudad —le dijo Mario un día poco después, con un tono de voz formal—. Equípate como es debido. Ordenaré a uno de mis hombres que te acompañe. Vuelve aquí en cuanto estés y empezaremos.

—¿Empezaremos qué, tío?

Mario se quedó sorprendido.

—Creía que habías venido a entrenarte.

—No, tío…, no era esa mi intención. Fue el primer lugar seguro que me pasó por la cabeza cuando nos vimos obligados a huir de Florencia. Pero mi intención es llevarme a mi madre y a mi hermana más lejos aún.

Mario se puso serio.

—¿Y tu padre? ¿No piensas que le habría gustado que terminaras su trabajo?

—¿Qué trabajo? ¿El de banquero? El negocio familiar ya no existe…, la Casa de los Auditore tampoco, a menos que el duque Lorenzo haya conseguido que los Pazzi no metan mano en ella.

—No me refería a eso —empezó a decir Mario, pero entonces se interrumpió—. ¿Estás diciéndome que Giovanni nunca te lo contó?

—Lo siento, tío, pero no tengo ni idea de qué me hablas.

Mario movió la cabeza de un lado a otro.

—No sé en qué estaría pensando tu padre. A lo mejor creyó que no era el momento oportuno. Pero los acontecimientos han superado cualquier opinión previa. —Miró directamente a Ezio—. Debemos hablar, largo y

tendido. Déjame los documentos que guardas en la bolsa. Tengo que estudiarlos mientras tú vas a la ciudad a equiparte. Te doy la lista con lo que necesitas, y dinero para pagarlo.

Totalmente confuso, Ezio partió hacia la ciudad en compañía de uno de los sargentos de Mario, un veterano entrecano llamado Orazio, y siguiendo sus consejos adquirió en la armería una daga de batalla, una armadura ligera y, en casa del médico, vendas y un botiquín básico. Cuando regresó al castillo, Mario lo esperaba con impaciencia.

—*Salute* —dijo Ezio—. He hecho todo lo que me has pedido.

—Y rápido, por lo que veo. *Ben fatto!* Y ahora, nos toca enseñarte a luchar como es debido.

—Tío, perdóname, pero como te he dicho, no tengo intención de quedarme.

Mario se mordió el labio.

—Escúchame, Ezio, vi que apenas sabías defenderte frente a Vieri. De no haber llegado cuando lo hice… —Se interrumpió a mitad de la frase—. Bien, vete si quieres, pero al menos aprende antes las habilidades y los conocimientos necesarios para defenderte. De lo contrario, no durarás ni una semana en el camino.

Ezio se quedó en silencio.

—Si no lo haces por mí, hazlo por el bien de tu madre y tu hermana —insistió Mario.

Ezio consideró sus alternativas, y se vio obligado a reconocer que su tío llevaba la razón.

—De acuerdo, entonces —dijo—. Ya que has tenido la amabilidad de equiparme…

El rostro de Mario se iluminó y le dio a su sobrino una palmadita en el hombro.

—¡Buen chico! ¡Vivirás para agradecérmelo!

Las siguientes semanas estuvieron ocupadas con una instrucción intensiva sobre el uso de las armas, pero a la vez que Ezio aprendía nuevas habilidades para la lucha, descubría también más detalles sobre sus

antecedentes familiares y sobre los secretos que su padre no había tenido tiempo de revelarle. Y como Mario había puesto la biblioteca a su entera disposición, empezó poco a poco a descubrir que era muy posible que estuviera al borde de un destino mucho más importante de lo que jamás se hubiera imaginado.

—¿Dices que mi padre era más que un simple banquero? —le preguntó a su tío.

—Mucho más —respondió muy serio Mario—. Tu padre era un asesino con una formación excelente.

—Esto no puede ser… Mi padre fue siempre un financiero, un hombre de negocios… ¿Cómo quieres que fuera un asesino?

—No, Ezio, era mucho más que eso. Nació y se crio para matar. Era miembro superior de la Orden de los Asesinos. —Mario dudó un instante—. Sé que habrás descubierto algo de todo esto en la biblioteca. Tenemos que hablar de los documentos que te confió tu padre y que tuviste el ingenio de recuperar, a Dios gracias, de Alberti. Aquella lista de nombres… no es un listado de acreedores, ¿sabes? Son los nombres de todos los responsables del asesinato de tu padre, hombres que forman parte de una conspiración aun mayor.

A Ezio le estaba costando asimilar aquello: todo lo que creía sobre su padre y su familia resultaba ser ahora una verdad a medias. ¿Cómo era posible que su padre se lo hubiera ocultado? Era todo tan inconcebible, tan extraño… Ezio eligió con cuidado sus palabras, pues creía que su padre debió de tener sus motivos para mantener su secretismo.

—Acepto que mi padre fuera mucho más de lo que nunca podría haber llegado a imaginarme, y perdóname por haber dudado de tu palabra, pero ¿a qué viene tanto secretismo?

Mario tardó un poco en responder.

—¿Conoces la Orden de los Templarios?

—He oído hablar de ellos.

—La Orden se fundó muchos siglos atrás, poco después de la Primera Cruzada, y se convirtió en una fuerza de combate de élite integrada por guerreros al servicio de Dios; de hecho, eran monjes con armadura. Hacían promesa de abstinencia y voto de pobreza. Pero pasaron los años y su

situación cambió. Con el tiempo empezaron a implicarse en las finanzas internacionales y con mucho éxito, por cierto. Las demás órdenes de caballeros —los Hospitalarios y los Teutones— los miraban con recelo, y su poder empezó a ser causa de preocupación, incluso para los reyes. Establecieron su base en el sur de Francia y en sus planes estaba constituir su propio estado. No pagaban impuestos, tenían su propio ejército privado y empezaron a subyugar a todo el mundo. Finalmente, hará unos doscientos años, el rey Felipe el Hermoso de Francia decidió actuar contra ellos. Hubo una purga terrible, los Templarios fueron arrestados, expulsados, masacrados y acabaron siendo excomulgados por el Papa. Pero fue imposible erradicarlos por completo, pues poseían en torno a quince mil cabildos repartidos por toda Europa. Todo y con eso, con sus fincas y sus propiedades anexadas, dio la impresión de que los Templarios desaparecían, de que su poder estaba roto.

—¿Y qué fue de ellos?

Mario movió la cabeza.

—Naturalmente, planearon una estratagema que garantizara su supervivencia. Pasaron a la clandestinidad, atesoraron las riquezas que pudieron retener, conservaron su organización y, más que nunca, se concentraron en su verdadero objetivo.

—¿Y cuál era?

—¡Cuál es, querrás decir! —Mario echaba chispas por los ojos—. Su intención no es otra que dominar el mundo. Y solo existe una organización consagrada a desbaratar sus planes. La Orden de los Asesinos, a la que tu padre y yo tenemos el honor de pertenecer.

Ezio necesitó un momento para captar todo aquello.

—¿Y Alberti era un Templario?

Mario asintió con solemnidad.

—Sí. Igual que todos los demás nombres que aparecen en la lista de tu padre.

—¿Y… Vieri?

—Lo es también, y su padre, Francesco, y el clan entero de los Pazzi.

Ezio reflexionó sobre lo que acababa de contarle su tío.

—Esto explica muchas… —dijo—. Pero hay algo que todavía no te he enseñado.

Se subió la manga para enseñarle su daga oculta.

—Ah —dijo Mario—. Has sido muy inteligente no mostrándome esto hasta estar seguro de que podías confiar plenamente en mí. Me preguntaba qué habría sido de ella. Y veo que la has hecho reparar. Era de tu padre, se la regaló nuestro padre, y a él el suyo. Se rompió en… una confrontación en la que estuvo implicado tu padre hace muchos años, pero nunca logró encontrar un artesano lo bastante habilidoso o de la suficiente confianza como para repararla. Has hecho bien, chico.

—Eso parece —dijo Ezio—. Pero toda esta conversación sobre Asesinos y Templarios me parece un cuento de la antigüedad… Parece de fantasía.

Mario sonrió.

—¿Como un viejo pergamino repleto de escritura arcana, tal vez?

—¿Conoces la página de ese Códice?

Mario se encogió de hombros.

—¿Acaso lo has olvidado? Estaba con los documentos que me entregaste.

—¿Puedes decirme qué es? —Ezio se sentía reacio a implicar a su amigo Leonardo en todo aquello a menos que fuera estrictamente necesario.

—Quienquiera que reparó tu daga tiene que haber sido capaz de leer al menos una parte de la página —dijo Mario, pero levantó la mano cuando Ezio estaba a punto de abrir la boca—. No pienso formularte preguntas. Veo que quieres proteger a alguien y lo respetaré. Pero en esa página hay otras cosas, además de las instrucciones de funcionamiento de tu arma. Las páginas del Códice están actualmente repartidas por toda Italia. Es una guía del funcionamiento interno de la Orden de los Asesinos, sus orígenes, objetivos y técnicas. Es, si quieres llamarlo así, nuestro Credo. Tu padre creía que el Códice contenía un poderoso secreto. Algo que cambiaría el mundo. —Hizo una pausa para reflexionar—. Tal vez por eso fueron a por él.

Ezio se sentía abrumado con toda aquella información, demasiada para asimilarla de una vez. «Asesinos, Templarios, aquel extraño Códice…».

—Seré tu guía, Ezio. Pero antes debes aprender a abrir tu mente, y a recordar siempre lo siguiente: nada es verdad. Todo está permitido.

Mario no le contó nada más por el momento, por mucho que Ezio tratara de presionarlo. Su tío continuó con su riguroso proceso de formación militar. Desde el amanecer hasta la caída del sol se ejercitaba con los jóvenes *condottieri* en el campo de prácticas y por las noches caía en la cama tan agotado que no podía pensar en otra cosa que en dormir. Y entonces, un día…

—¡Bien hecho, sobrino! —le dijo su tío—. Me parece que ya estás a punto.

Ezio se sintió satisfecho.

—Gracias, tío, por todo lo que me has dado.

La respuesta de Mario fue darle un achuchón al chico.

—¡Formas parte de la familia! ¡Esto no es más que mi deber y mi deseo!

—Me alegro de que me convencieras para quedarme.

Mario lo miró con interés.

—Y bien, ¿te has replanteado tu decisión de marcharte? Ezio le devolvió la mirada.

—Lo siento, tío, pero la decisión está tomada. Por la seguridad de *mamma* y de Claudia, tengo todavía intención de llegar a la costa y partir en barco rumbo a España.

Mario no escondió su disgusto.

—Perdóname, sobrino, pero no te he enseñado todo lo que te he enseñado ni para divertirme ni para tu único y exclusivo beneficio. Te lo he enseñado para que estés mejor preparado para enfrentarte a tus enemigos.

—Y así lo haré si dan conmigo.

—Y bien —dijo con amargura Mario—. ¿Quieres irte? ¿Tirar por la borda todo aquello por lo que tu padre luchó y murió? ¿Negar tu verdadera herencia? ¡De acuerdo! No puedo fingir que no estoy decepcionado…, tremendamente decepcionado. Pero que así sea. Orazio te llevará al convento cuando juzgues que es el momento adecuado para que tu madre pueda emprender viaje y cuidará de ti en el camino. Te deseo *buona fortuna*.

Y con eso, Mario le dio la espalda a su sobrino y se marchó.

Pasó más tiempo, pues Ezio comprendió que su madre necesitaba paz y tranquilidad para su recuperación. Y él, mientras, inició los preparativos para la marcha con el corazón compungido. Cuando por fin partió para realizar la que se imaginaba que sería su última visita al convento antes de llevarse de allí a su madre y a su hermana, las encontró mejor de lo que se había atrevido a imaginar. Claudia había entablado amistad con alguna de las monjas más jóvenes y Ezio comprendió, para su sorpresa aunque no tanto para su satisfacción, que empezaba a sentirse atraída por aquel tipo de vida. Mientras, su madre iba recuperándose a paso firme pero lento y la abadesa, al enterarse de sus planes, puso reparos, informándole de que seguía necesitando descanso por encima de todo y que no debería pensar todavía en un traslado.

Cuando regresó al castillo de Mario, por lo tanto, estaba lleno de dudas, y se daba cuenta, además, de que estas habían ido aumentando con el paso del tiempo.

Durante todo aquel periodo, por otro lado, se habían estado llevando a cabo en Monteriggioni diversos preparativos militares que ahora alcanzaban su punto crítico. Observarlos le servía de distracción. No encontró a su tío por ningún lado, pero consiguió localizar a Orazio en la sala de mapas.

—¿Qué sucede? —le preguntó—. ¿Dónde está mi tío?

—Preparándose para la batalla.

—¿Qué? ¿Con quién?

—Oh, esperaba que os lo hubiera contado de haber pensado que ibais a quedaros. Pero todos sabemos que no es vuestra intención.

—Bueno…

—Vuestro viejo amigo, Vieri de Pazzi, se ha instalado en San Gimignano. Ha triplicado la guarnición que hay allí apostada y ha dado a conocer que pronto estará preparado, que piensa demoler por completo Monteriggioni. De modo que vamos a anticiparnos, a aplastar a esa pequeña serpiente y a darles una lección a los Pazzi que no olvidarán en mucho tiempo.

Ezio respiró hondo. Aquello lo cambiaba todo. Y tal vez fuera el Destino, el estímulo que inconscientemente había estado buscando.

—¿Dónde está mi tío?

—En los establos.

Ezio ya estaba saliendo de la habitación.

—¿Adónde vais?

—¡A los establos! ¡Tiene que haber un caballo listo también para mí!

Orazio sonrió al verlo marchar.

CAPÍTULO 7

Una noche de primavera de 1477, Mario, con Ezio cabalgando a su lado, lideró sus fuerzas hasta avistar San Gimignano. Iba a ser el principio de una dura confrontación.

—Cuéntame de nuevo qué te ha hecho cambiar de idea —dijo Mario, tremendamente complacido por el cambio de planes de su sobrino.

—Veo que te gusta escucharlo.

—¿Y qué si me gusta? De todos modos, sabía que María tardaría mucho en recuperarse y creo que allí están a salvo, como bien sabes.

Ezio sonrió.

—Como ya te he contado, he querido asumir responsabilidades. Como ya te he contado, Vieri está dándote problemas debido a mí.

—Y como ya te he contado, jovencito, valoras con sensatez tu importancia. Pero la verdad es que Vieri nos está dando problemas porque él es un Templario y nosotros somos Asesinos.

Mientras hablaba, Mario iba examinando las altas torres de San Gimignano, construidas las unas pegadas a las otras. Las estructuras cuadradas arañaban prácticamente el cielo y Ezio tuvo la extraña sensación de haber visto ya antes una escena como aquella, aunque debió de ser en sueños o en otra vida, pues no tenía un recuerdo exacto de cuándo podía haber sido.

La parte alta de las torres estaba iluminada con antorchas, que brillaban asimismo en las almenas de las murallas de la ciudad y en sus puertas.

—Está bien guarnecida —dijo Mario—. Y a juzgar por las antorchas da la impresión de que Vieri está esperándonos. Es una pena, pero no me sorprende. Al fin y al cabo, él tiene sus espías igual que yo tengo los míos. —Hizo una pausa—. Veo arqueros en las murallas y las puertas están muy bien protegidas.

Continuó examinando la ciudad.

—Pero incluso así, parece que no ha conseguido la cantidad de hombres necesaria para proteger suficientemente todas las puertas. La del lado sur se ve con menos defensas…, debe de ser el lugar por donde menos espera recibir un ataque. Y, por lo tanto, iremos por allí.

Levantó el brazo y atizó un puntapié en los flancos de su caballo. Sus hombres avanzaron detrás de él. Ezio continuó cabalgando a su lado.

—Haremos lo siguiente —dijo Mario, su tono de voz apremiante—. Mis hombres y yo nos ocuparemos de los centinelas de la puerta, y tú buscarás la manera de superar la muralla y abrir la puerta desde el interior. Tenemos que ser silenciosos y rápidos.

Se descolgó una bandolera cargada de cuchillos y se la entregó a Ezio.

—Cógelos. Utilízalos para librarte de los arqueros.

Desmontaron en cuanto se hubieron acercado lo suficiente. Mario lideró un grupo integrado por sus mejores soldados hacia la cohorte de centinelas apostados en la entrada sur de la ciudad. Ezio se separó de ellos y recorrió velozmente los cien metros finales, escondiéndose entre arbustos y matorrales, hasta llegar a los pies de la muralla. Se había cubierto con la capucha y, gracias al efecto que provocaba la luz de las antorchas que iluminaban la entrada, vio que la sombra que la capucha proyectaba en los muros recordaba curiosamente la cabeza de un águila. Levantó la vista. El muro se elevaba unos cincuenta metros por encima de él. Desde allí no podía ver si había centinelas apostados en las almenas. Se colgó la bandolera y empezó a trepar. Era complicado, pues la pared estaba construida con piedra embellecida y daba poca oportunidad a los asideros, pero las troneras que encontró al llegar a la cumbre le concedieron un espacio donde agarrarse con seguridad y poder inspeccionar con cautela las almenas. En las defensas a su izquierda, había dos arqueros inclinados sobre el muro, de espaldas a él y con sus arcos desenfundados. Habían visto el

inicio del ataque de Mario y estaban preparándose para disparar contra los *condottieri* del Asesino. Ezio no lo dudó ni un instante. Era la vida de los arqueros o la de sus amigos, y en aquel momento valoró infinitamente las habilidades que su tío había insistido en enseñarle. Rápidamente, concentrando su mente y su vista en la parpadeante penumbra, extrajo dos cuchillos de la bandolera y los lanzó, uno tras otro, con una puntería letal. El primero alcanzó a un arquero en la nuca, un golpe instantáneo y mortal. El hombre se derrumbó sobre la galería de almenas sin exhalar ni un suspiro. El otro cuchillo voló algo más bajo, alcanzando al segundo hombre en la espalda con tanta fuerza que, con un grito hueco, se abalanzó hacia la oscuridad que reinaba más abajo.

Por debajo de él, a los pies de una estrecha escalera de piedra, estaba la puerta. Se dio cuenta entonces de que las fuerzas de Vieri no eran suficientes para vigilar la ciudad con total eficiencia, pues en la parte interior de la puerta no había soldados apostados. Bajó las escaleras de tres en tres, volando casi, y localizó enseguida la palanca que accionaba los pesados cerrojos de hierro que bloqueaban las sólidas puertas de madera de roble de tres metros de altura. Tiró de ella, viéndose obligado a aplicar toda su fuerza, pues la palanca no estaba diseñada para ser accionada por un solo hombre, pero lo consiguió y tiró a continuación de una de las enormes anillas que había en las puertas a la altura de sus hombros. Cedió, y la puerta empezó a abrirse, dejando entrever la sangrienta tarea que acababan de dar por terminada Mario y sus hombres. En el suelo yacían dos Asesinos pero, en contrapartida, una veintena de hombres de Vieri habían viajado a la morada de su Creador.

—¡Bien hecho, Ezio! —exclamó Mario sin levantar mucho la voz.

Hasta el momento, no daba la impresión de que se hubiera dado la voz de alarma, aunque solo era cuestión de tiempo.

—¡Vamos! —dijo Mario—. ¡En silencio! —Se volvió hacia uno de sus sargentos y le dijo—: Vuelve con los nuestros y ordena que venga ya la fuerza principal.

E iniciaron con cautela su recorrido por las silenciosas calles. Vieri debía de haber impuesto algún tipo de toque de queda, pues no se veía a nadie. A punto estuvieron de tropezarse con una patrulla de los Pazzi.

Camuflándose en la oscuridad, la dejaron pasar y, acto seguido, atacaron a los hombres por la retaguardia y acabaron con ellos con aséptica eficiencia.

—Y ahora ¿qué tenemos que hacer? —le preguntó Ezio a su tío.

—Debemos localizar al capitán de la guardia. Se llama Roberto. Él sabrá dónde está Vieri. —Mario se veía más tenso de lo habitual—. Esto nos está llevando demasiado tiempo. Será mejor que nos dividamos. Mira, conozco a Roberto. A estas horas de la noche estará bebiendo en su taberna favorita o durmiendo ya la mona en la ciudadela. Encárgate tú de tomar la ciudadela. Llévate contigo a Orazio y a una docena de mis mejores hombres.

Miró el cielo, que empezaba a aclararse, y olisqueó el aire, que traía ya consigo la frescura del nuevo día.

—Nos vemos en la catedral antes de que cante el gallo para pasarnos un informe de la situación. Y no lo olvides: ¡te dejo al mando de esta banda de gamberros!

Sonrió cariñosamente a sus hombres, cogió a los suyos y desapareció por una calle que subía colina arriba.

—La ciudadela está en la parte noroeste de la ciudad…, señor —dijo Orazio y sonrió, igual que los demás.

Ezio intuyó tanto la obediencia que le debían a Mario, como su recelo por haber sido confiados al mando de un oficial tan poco experimentado como él.

—Vámonos —replicó con firmeza Ezio—. Seguidme. Y seguid mis indicaciones.

La ciudadela ocupaba un lado de la plaza principal, no lejos de la catedral y cerca de la parte más alta de la pequeña colina sobre la que se erigía la ciudad. Llegaron a ella sin dificultad, pero antes de entrar Ezio detectó varios centinelas de los Pazzi apostados en la puerta. Indicando con un gesto a sus hombres que se mantuvieran donde estaban, se aproximó, protegiéndose en las sombras y silencioso como un zorro, hasta que estuvo lo bastante cerca como para oír la conversación que mantenían dos de ellos. Era evidente que no estaban satisfechos con el liderazgo de Vieri y el más vehemente de los dos hombres estaba en pleno discurso.

—Te lo repito, Tebaldo —dijo el primero de ellos—. No estoy nada satisfecho con ese joven cachorro, con ese Vieri. No creo que sea capaz ni de mear dentro de un tiesto, y mucho menos de defender una ciudad contra un ejército. Y por lo que al *capitano* Roberto se refiere, bebe tanto que es como una botella de Chianti vestida de uniforme.

—Hablas demasiado, Zohane —le alertó Tebaldo—. Recuerda lo que le pasó a Bernardo cuando se atrevió a abrir la boca.

El otro reflexionó y asintió con sobriedad.

—Tienes razón… He oído decir que Vieri ordenó que lo cegaran.

—Pues a mí me gustaría conservar la vista, así que creo que deberíamos dar por terminada esta conversación. No sabemos cuántos de nuestros camaradas opinan lo mismo que nosotros y Vieri tiene espías por todos lados.

Satisfecho, Ezio regresó con sus soldados. Una guarnición insatisfecha no suele ser eficiente; pero nada garantizaba que Vieri no comandara un buen puñado de seguidores fieles de los Pazzi. Por lo que al resto de los hombres de Vieri se refería, Ezio sabía por propia experiencia lo fuerte que podía llegar a ser el miedo hacia un comandante. Pero ahora se trataba de acceder a la ciudadela. Ezio inspeccionó la plaza. Exceptuando el pequeño grupo de centinelas de los Pazzi, estaba oscura y vacía.

—¿Orazio?

—¿Señor?

—¿Te ocuparás de liquidar a estos hombres? Rápido y sin hacer ruido. Voy a intentar subir al tejado para ver si tienen más gente apostada en el patio.

—Es lo que hemos venido a hacer, señor.

Dejando a Orazio y sus soldados ocupándose de los centinelas, Ezio, después de comprobar que llevaba aún cuchillos suficientes en la bandolera, recorrió la callejuela adyacente a la ciudadela, trepó a un tejado próximo y desde allí saltó al tejado que rodeaba el patio interior. Dio gracias a Dios cuando vio que a Vieri no se le había ocurrido apostar hombres en las torres más altas de las casas de las familias acomodadas, que destacaban por toda la ciudad, pues desde aquellos privilegiados miradores podría haber controlado todo lo que sucedía. Pero sabía también que dominar aquellas

torres sería el primer objetivo de los hombres de Mario. Desde el tejado de la ciudadela vio que el patio estaba desierto. Saltó entonces hasta la cubierta de su columnata y desde allí, al suelo. Abrir las puertas fue una maniobra sencilla, así como posicionar a sus hombres, que arrastraron previamente los cuerpos de los miembros de la derrotada patrulla de los Pazzi hasta las sombras de la columnata para dejarlos fuera de la vista. Para evitar sospechas, cerraron de nuevo las puertas de la ciudadela una vez que estuvieron todos dentro.

La ciudadela parecía desierta a todos los efectos. Pero al cabo de poco rato oyeron sonido de voces procedente de la plaza y apareció un grupo de hombres de Vieri, que abrieron la puerta e hicieron su entrada en el patio arrastrando entre todos ellos a un hombre fornido, tirando a gordo, completamente borracho.

—¿Dónde cojones están los centinelas de la puerta? —quería saber el hombre—. ¡No me vengáis ahora con que Vieri ha revocado mis órdenes y los ha mandado otra vez a hacer una de sus jodidas rondas!

—*Ser* Roberto —le suplicó uno de los hombres que lo arrastraba—. ¿No creéis que os convendría acostaros?

—¿Qué quieres decir con esto? He llegado hasta aquí estupendamente bien, ¿no? ¡La noche es joven!

Los recién llegados consiguieron sentar a su jefe junto a la fuente que había en medio del patio y se congregaron a su alrededor, sin saber muy bien qué hacer a continuación.

—¡Cualquiera podría pensar que no soy un buen capitán! —dijo Roberto, casi sintiendo lástima de sí mismo.

—¡Tonterías, señor! —dijo el hombre que tenía a su lado.

—Vieri cree que no lo soy —dijo Roberto—. ¡Tendríais que oír cómo habla de mí!

Hizo una pausa, mirando a su alrededor e intentando centrar la mirada antes de seguir hablando con tono sensiblero:

—Solo es cuestión de tiempo que me sustituya… ¡o peor aún! —Volvió a interrumpirse y resopló—. ¿Dónde está esa maldita botella? ¡Traedla aquí!

Le dio un buen trago, miró la botella para asegurarse de que estaba vacía y la arrojó al suelo.

—¡Es culpa de Mario! Cuando nuestros espías nos informaron de que había adoptado a su sobrino… después de rescatar a ese pequeño cabrón de las manos de Vieri en persona, no podía creérmelo. ¡Ahora Vieri no puede ni pensar con claridad de la rabia que siente y yo tengo que enfrentarme a mi antiguo *compagno*! —Miró a su alrededor con ojos legañosos—. ¡El querido y viejo Mario! En su día fuimos camaradas de armas, ¿lo sabíais? Pero él se negó a venir conmigo a servir a los Pazzi, aunque estos ofrecieran más dinero, tuvieran mejores instalaciones, mejor equipamiento…, ¡mejor de todo! Ojalá estuviera aquí ahora. Por cuatro cuartos, estaría…

—Disculpad —le interrumpió Ezio, dando un paso al frente.

—¿Qué…? —dijo Roberto—. ¿Y tú quién eres?

—Permitid que me presente. Soy el sobrino de Mario.

—¿Qué? —rugió Roberto, tratando de levantarse e intentando coger, sin éxito, su espada—. ¡Arrestad a este granuja!

Se acercó a él y Ezio no tuvo más remedio que soportar el fétido olor a vino y cebolla de su aliento.

—¿Sabes qué, Ezio? —dijo sonriendo—. Debería estarte agradecido. Ahora que te tengo, Vieri me dará lo que yo quiera. Tal vez me jubile. Una pequeña villa en la costa, quizás…

—No juguéis al cuento de la lechera, *capitano* —dijo Ezio.

Roberto se giró en redondo para ver lo que sus hombres habían descubierto ya: estaban rodeados de mercenarios de los Asesinos armados todos ellos hasta los dientes.

—Ah —dijo Roberto, dejándose caer de nuevo.

Las ganas de pelea se habían esfumado por completo.

Después de esposar a los guardias de Pazzi y de conducirlos a los calabozos de la ciudadela, Roberto, con una botella nueva, se sentó con Ezio a la mesa de una habitación que se abría al patio. Estuvieron hablando hasta que finalmente Roberto quedó convencido.

—¿Quieres a Vieri? Te diré dónde está. A mí me da lo mismo, de todos modos. Ve al *Palazzo* del Delfín, en la plaza próxima a la puerta norte. Se está celebrando allí una reunión…

—¿Quién asiste a la reunión? ¿Lo sabéis?

Roberto se encogió de hombros.

—Gente suya de Florencia, creo. Se supone que tenían que traer refuerzos con ellos.

Fueron interrumpidos por Orazio, que traía cara de preocupación.

—¡Ezio! ¡Rápido! Se está librando una batalla junto a la catedral. ¡Mejor que vayamos!

—¡De acuerdo! ¡Vamos!

—¿Qué hacemos con él?

Ezio miró a Roberto.

—Déjalo. Creo que por fin ha elegido el bando correcto.

En cuanto salió a la plaza, Ezio escuchó los sonidos típicos de la batalla procedentes del espacio que se abría delante de la catedral. Al acercarse, vio que una numerosa brigada de soldados de Pazzi estaba forzando la retirada de los hombres de su tío, situados de espaldas a él. Con la ayuda de sus cuchillos, Ezio fue abriéndose camino hasta llegar junto a su tío. Le dio toda la información que había conseguido.

—¡Bien por Roberto! —dijo Mario, sin perder el ritmo, cortando y acuchillando enemigos—. Siempre me fastidió que se fuera con los Pazzi, pero finalmente nos ha sacado de un apuro. ¡Vete! ¡Averigua qué se trae entre manos Vieri!

—Pero ¿y tú? ¿Podrás retenerlos el tiempo suficiente?

Mario lo miró muy serio.

—Podré durante un rato, aunque a estas alturas nuestra fuerza principal debería haberse hecho ya con la mayoría de las torres y venido a ayudarnos. ¡De modo que date prisa, Ezio! ¡No dejes escapar a Vieri!

El *palazzo* estaba en el extremo norte de la ciudad, alejado del escenario del combate, pero los guardias de Pazzi eran allí numerosos —probablemente los refuerzos que había mencionado Roberto— y Ezio tuvo que avanzar con cuidado para evitarlos.

Llegó justo a tiempo: al parecer la reunión ya había terminado y vio un grupo de cuatro hombres con capa dirigiéndose a sus caballos. Ezio reconoció a Jacopo de Pazzi, a su sobrino, Francesco, a Vieri y —tuvo que contener un grito de sorpresa— al español alto que estaba presente el día de

la ejecución de su padre. Y más le sorprendió si cabe ver el escudo de armas de un cardenal bordado en el hombro de su manto. Los hombres se detuvieron al llegar junto a los caballos y Ezio consiguió esconderse detrás de un árbol con la intención de poder captar algo de su conversación. Tuvo que forzar el oído, y las palabras le llegaban a ráfagas, pero escuchó lo suficiente como para sentirse intrigado.

—Entonces todo arreglado —estaba diciendo el español—. Vieri, tú te quedarás aquí y restablecerás nuestra posición lo más pronto posible. Francesco organizará nuestras fuerzas en Florencia para cuando llegue el momento de atacar y tú, Jacopo, tendrás que estar preparado para tranquilizar a la población en cuanto nos hayamos hecho con el control. No os precipitéis: cuanto mejor planificada esté la acción, más probabilidades de éxito tendremos.

—Pero *ser* Rodrigo —añadió Vieri—, ¿y qué hago yo con ese *ubriacone*, con Mario?

—¡Quítatelo de encima! ¡No debe enterarse de ninguna manera de nuestras intenciones!

El hombre al que llamaban Rodrigo subió a su montura. Ezio vio claramente su cara en aquel instante, sus fríos ojos, la nariz aquilina, y calculó que tendría cuarenta y pico años.

—Siempre ha sido un problema —espetó Francesco—. Igual que su hermano bastardo.

—No os preocupéis, padre —dijo Vieri—. Pronto los reuniré a todos ellos… ¡en la muerte!

—Vámonos —dijo el hombre al que llamaban Rodrigo—. Ya llevamos demasiado tiempo aquí.

Jacopo y Francesco subieron también a sus corceles y los dirigieron hacia la puerta norte, que los guardias de los Pazzi empezaban a abrir ya.

—¡Que el Padre del Saber nos guíe a todos! —exclamó Rodrigo.

Las puertas se cerraron a sus espaldas. Ezio se preguntó si no sería aquella una buena oportunidad para intentar acabar con Vieri, pero estaba excesivamente protegido por sus guardias y pensó, además, que sería mejor capturarlo vivo para interrogarlo. Tomó mentalmente nota de los nombres que había oído con la intención de añadirlos a la lista de enemigos de su

padre, pues era evidente que había una conspiración en marcha en la que estaban todos implicados.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la llegada de otro escuadrón de guardias de Pazzi, el líder de los cuales se acercó corriendo a Vieri.

—¿Qué sucede? —preguntó Vieri.

—*Commandante*, traigo malas noticias. Los hombres de Mario Auditore han superado nuestras últimas defensas.

Vieri rio socarronamente.

—Eso es lo que él piensa. Pero ya ves —indicó con un gesto la enorme cantidad de hombres que tenía a su alrededor—, tenemos más hombres recién llegados de Florencia. ¡Expulsaremos a esa alimaña de San Gimignano antes de que acabe el día!

Levantó la voz para dirigirse a los soldados allí reunidos y gritó:

—¡Corred a enfrentaros al enemigo! ¡Aplastadlos a todos como la escoria que son!

Con un ronco grito de guerra, la milicia de Pazzi formó bajo el mando de sus oficiales y abandonó la puerta norte en dirección sur para atravesar la ciudad y enfrentarse a los *condottieri* de Mario. Ezio rezó para que no pillaran desprevenido a su tío, pues los hombres de Pazzi los superaban con creces en número. Pero Vieri se había quedado allí y en aquel momento solo, a excepción de su guardaespaldas personal, se dirigía de nuevo al *palazzo*. Sin duda tenía aún asuntos pendientes de la reunión que solucionar. O tal vez volviera a entrar para recoger su armadura y sumarse a la refriega. Fuera como fuese, estaba a punto de salir el sol. Era ahora o nunca. Ezio emergió de la oscuridad y se retiró la capucha de la cabeza.

—Buenos días, *messer* de Pazzi —dijo—. ¿Una noche movidita?

Vieri se giró en redondo, una combinación de sorpresa y terror apoderándose por un instante de su cara. Recuperó la compostura y le dijo, empleando un tono fanfarrón:

—Debería haberme imaginado que volverías a aparecer. Haz las paces con tu Dios, Ezio…, ahora tengo cosas más importantes de que ocuparme. No eres más que un peón a punto de ser expulsado del tablero.

Los guardias echaron a correr hacia Ezio, pero él estaba preparado para recibirlos. Acabó con el primero de ellos utilizando el último cuchillo de la bandolera, la pequeña hoja segando el aire con un diabólico silbido. A continuación desenfundó la espada y luchó y acabó con el resto de los guardias. Cortó y clavó como un loco en una espiral sangrienta, sus movimientos parcos y letales, hasta que el último guardia, malherido, se alejó renqueante para protegerse en lugar seguro. Vieri se abalanzó entonces sobre él, empuñando un hacha de combate de aspecto siniestro que había cogido de la montura de su caballo, que seguía aún atado donde habían estado los otros. Ezio esquivó su lance mortal, pero el golpe, pese a resbalar sobre su armadura, le hizo tambalearse hasta tumbarlo en el suelo y obligarle a soltar la espada. Vieri se colocó sobre él en un instante después de haberle atizado un puntapié a la espada para dejarla lejos de su alcance. Levantó el hacha por encima de su cabeza. Reuniendo todas las fuerzas que le quedaban, Ezio arreó una patada a la entrepierna de su oponente, pero Vieri la vio venir y saltó hacia atrás. Cuando Ezio aprovechó la oportunidad para incorporarse de nuevo, Vieri lanzó el hacha contra su muñeca izquierda, haciendo caer entonces su daga y produciéndole un corte profundo en la mano izquierda. Vieri desenfundó entonces su espada y su daga.

—Si quieres un buen trabajo, hazlo tú mismo —dijo Vieri—. A veces me pregunto para qué les pago a esos que se hacen llamar guardaespaldas. ¡Adiós, Ezio!

Y se abalanzó sobre su enemigo.

El calor del dolor le había abrasado el cuerpo en el momento en el que el hacha le tajó la mano, la cabeza le daba vueltas y se le había nublado la vista. Pero en aquel momento recordó todo lo que le habían enseñado y el instinto se apoderó de él. Se estremeció, y en el instante en que Vieri se disponía a dar el golpe final a su supuestamente desarmado oponente, Ezio flexionó la mano derecha, extendió los dedos y abrió la palma. El mecanismo de la daga oculta que había pertenecido a su padre se accionó con un clic y la hoja apareció por debajo de sus dedos, extendiéndose en su mortal totalidad, el pesado metal revelando su malévolo filo. Vieri tenía el

brazo levantado, el flanco al descubierto. Ezio hundió la daga en su costado y la hoja se adentró sin la menor resistencia.

Vieri se quedó un segundo paralizado y a continuación, soltando sus armas, cayó de rodillas. De entre sus costillas manaba la sangre como una cascada. Ezio lo cogió en el momento en que caía al suelo.

—No te queda mucho tiempo, Vieri —dijo enseguida—. Ahora es tu oportunidad de hacer las paces con Dios. Dime, ¿qué estabais discutiendo? ¿Cuáles son vuestros planes?

Vieri le respondió con una lenta sonrisa.

—Nunca nos vencerás —dijo—. Nunca conquistarás a los Pazzi y jamás conquistarás a Rodrigo Borgia.

Ezio sabía que disponía solo de unos instantes antes de estar hablándole a un cadáver. Insistió con más urgencia si cabe.

—¡Dímelo, Vieri! ¿Había descubierto vuestros planes mi padre? ¿Es por eso que los tuyos lo hicieron ejecutar?

Pero el rostro de Vieri estaba ceniciento. Presionó con fuerza el brazo de Ezio. De la comisura de su boca caía un hilo de sangre y sus ojos empezaban a tornarse vidriosos. Pero aun así, consiguió esbozar una sonrisa irónica.

—Ezio, ¿qué esperas? ¿Una confesión en toda regla? Lo siento, pero no tengo… tiempo… —Abrió la boca buscando respirar y salió de ella más sangre—. Una pena, de verdad. En otro mundo, tal vez incluso habríamos sido… amigos.

Ezio notó que la presión en su brazo se relajaba.

El dolor de su herida brotó entonces de nuevo, junto con el crudo recuerdo de la muerte de sus familiares. Una gélida rabia se apoderó de él.

—¿Amigos? —le dijo al cadáver—. ¡Amigos! ¡Pedazo de mierda! ¡Debería abandonar tu cuerpo en una cuneta para que se pudriese como un cuervo muerto! ¡Nadie te echará de menos! ¡Solo me habría gustado que sufrieras más! Yo…

—Ezio —dijo una voz potente y amable a sus espaldas—. ¡Basta ya! Muéstrale algún respeto a ese hombre.

Ezio se levantó y se giró hasta encontrarse frente a frente con su tío.

—¿Respeto? ¿Después de todo lo que ha pasado? ¿Crees que de haber ganado él no nos habría colgado del primer árbol que hubiera encontrado?

Mario estaba magullado, cubierto de polvo y sangre, pero se mantenía firmemente en pie.

—Pero no ha ganado, Ezio. Y tú no eres como él. No te conviertas en un hombre como el que él fue. —Se arrodilló junto al cuerpo y le cerró los ojos con su mano enguantada—. Que la muerte te proporcione la paz que tu pobre alma iracunda buscaba —dijo—. *Requiescat in pace*.

Ezio observó la escena en silencio. Cuando su tío se incorporó, le dijo:

—¿Ha terminado todo?

—No —respondió Mario—. El combate continúa todavía. Pero la marea se ha vuelto a nuestro favor. Roberto se ha sumado a nuestro bando con algunos de sus hombres y ahora solo es cuestión de tiempo. —Hizo una pausa—. Estoy seguro de que te dolerá saber que Orazio ha muerto.

—¡Orazio…!

—Antes de morir me contó tu valeroso comportamiento. Mantente a la altura de ese elogio, Ezio.

—Lo intentaré. —Ezio se mordió el labio.

Aunque no lo reconoció conscientemente, aquella era otra lección que aprender.

—Tengo que volver con mis hombres. Pero tengo algo para ti, algo que te enseñará un poco más sobre nuestro enemigo. Es una carta que hemos obtenido de uno de los sacerdotes de aquí. Estaba destinada al padre de Vieri, pero Francesco, evidentemente, ya no va a recibirla. —Le entregó un papel, el lacre roto—. Este mismo sacerdote celebrará el funeral. Pediré a uno de mis sargentos que se encargue de disponerlo todo.

—Tengo cosas que contarte…

Mario levantó la mano.

—Más tarde, cuando hayamos terminado nuestro trabajo aquí. Después de este contratiempo, nuestros enemigos no podrán actuar con la rapidez que imaginaban y Lorenzo, en Florencia, estará en guardia. De momento, les llevamos ventaja. —Hizo una pausa—. Tengo que regresar. Lee la carta, Ezio, y reflexiona sobre su contenido. Y cuídate esa mano.

Desapareció. Ezio se apartó del cadáver de Vieri y se sentó debajo del árbol detrás del cual se había escondido antes. La cara de Vieri empezaba a estar rodeada de moscas. Ezio abrió la carta y leyó:

Messer Francesco:

He hecho lo que me habéis pedido y he hablado con vuestro hijo. Estoy de acuerdo con vuestra valoración, aunque solo en parte. Sí, Vieri es temerario, y tiende a actuar sin antes reflexionarlo; y tiene la costumbre de tratar a sus hombres come Juguetes, come piezas de ajedrez cuya vida le importa igual que si estuvieran echas de marfil o de madera, y sus castigos son crueles: He recibido informes de que al menos tres hombres han quedado desfigurados como resultado de los mismos.

Pero no lo considero, como decís, un caso perdido. Más bien creo que la solución es sencilla. Y lo que busca es vuestra aprobación. Vuestra atención. Estos estallidos son resultado de inseguridades nacidas a partir de una sensación de incompetencia. Habla de vos con orgullo y con frecuencia, y expresa su deseo de estar más próximo a vos. Por lo que creo que si se muestra vulgar, vil y rabioso es simplemente porque quiere llamar la atención. Porque quiere ser querido.

Proceded como consideréis conveniente a partir de la información que aquí os proporciono, pero debo pediros que demos por terminada esta correspondencia. De descubrirse la naturaleza

de nuestra disertación, temo francamente lo que podría llegar a ser de mí.

Confidencialmente,

Padre Giocondo

Ezio permaneció un rato sentado después de finalizar la lectura de la carta. Miró el cadáver de Vieri. Llevaba una bolsa en el cinturón de cuya presencia no se había percatado hasta entonces. Se acercó y la cogió, regresando a su árbol para examinar el contenido. Encontró la imagen en miniatura de una mujer, unos cuantos florines en una bolsita, un cuaderno de notas por empezar y, cuidadosamente enrollado, un trozo de vitela. Lo abrió con manos temblorosas y lo reconoció de inmediato. Una página del Códice…

El sol se elevaba en el cielo y apareció un grupo de monjes con una camilla de madera en la que depositaron el cuerpo de Vieri para llevárselo.

Cuando la primavera dio de nuevo paso al verano, y las mimosas y las azaleas dejaron su lugar a las lilas y a las rosas, regresó a la Toscana una paz incómoda. Ezio estaba contento porque su madre continuaba con su recuperación, aunque sus nervios se habían visto tan convulsionados por la tragedia que había vivido que creía que nunca llegaría a abandonar la paz y la tranquilidad del convento. Claudia estaba planteándose profesar los votos que la llevarían al noviciado, una perspectiva que no le satisfacía en absoluto, aunque sabía que era tan terca como él y que intentar desbaratar sus planes no serviría más que para fortalecer su decisión.

Mario había dedicado su tiempo a asegurarse de que San Gimignano y su territorio, ahora bajo el control sobrio y reformado de su antiguo camarada Roberto, dejara de suponer una amenaza y a que los últimos reductos de la resistencia de los Pazzi quedaran debilitados. Monteriggioni era seguro, y una vez terminadas las celebraciones de la victoria, los

condottieri de Mario disfrutaron de un bien merecido permiso que cada uno utilizó a su manera, con la familia, bebiendo o frecuentando mujeres, aunque nunca olvidando su formación. Los escuderos se dedicaron a mantener las armas afiladas y las armaduras libres de óxido, los albañiles y carpinteros a garantizar la conservación de las fortificaciones tanto de la ciudad como del castillo. En el norte, la amenaza externa de Francia estaba en suspenso debido a que el rey Luis estaba ocupado con los problemas que estaba causándole el duque de Borgoña; en el sur, por otro lado, el Papa Sixto IV, un aliado en potencia de los Pazzi, estaba demasiado ocupado colocando a sus parientes en puestos de alcurnia y supervisando la construcción de una capilla magnífica en el Vaticano como para plantearse realizar una incursión en la Toscana.

Entretanto, Mario y Ezio habían mantenido largas conversaciones sobre la amenaza que ambos sabían que seguía existiendo.

—Tengo que contarte más cosas sobre Rodrigo Borgia —le dijo Mario a su sobrino—. Nació en Valencia, pero estudió leyes en Bolonia y nunca ha regresado a España, pues aquí está en mejor posición para lograr sus ambiciones. En la actualidad es miembro destacado de la Curia romana, pero tiene miras más elevadas. Es uno de los hombres más poderosos de Europa y algo más que un simple político astuto dentro de la estructura de la Iglesia. —Bajó la voz—. Rodrigo es el líder de la Orden de los Templarios.

Ezio notó que el corazón le daba un vuelco.

—Esto explica su presencia en el asesinato de mi pobre padre y mis hermanos. Estaba detrás de todo.

—Sí, y no se ha olvidado de ti, sobre todo porque fue en gran parte gracias a ti que perdió su base en la Toscana. Y sabe de dónde vienes y el peligro que sigues representando para él. Ten muy claro, Ezio, que te hará matar en cuanto tenga la oportunidad.

—Entonces, si quiero llegar a ser libre, tengo que enfrentarme a él.

Pasaron del jardín, donde habían estado paseando, a una estancia interior del castillo situada al final de un corredor que salía de la sala de mapas. Era un lugar tranquilo, oscuro sin ser tenebroso, con las paredes repletas de libros y más parecido al despacho de un *accademico* que al de

un comandante militar. En las estanterías había también artefactos que parecían provenir de Turquía o de Siria, y libros que, por lo que sus lomos daban a entender, estaban escritos en árabe. Ezio le había preguntado a su tío al respecto, pero no había recibido más que respuestas vagas.

Una vez allí, Mario abrió un arcón y sacó de él una cartera de cuero para portar documentos de la que extrajo un pliego de papeles. Entre ellos había algunos que Ezio reconoció de inmediato.

—Aquí está la lista de tu padre, chico…, aunque ya no debería llamarte así, pues ahora eres un hombre, y un guerrero de pura sangre. Le he añadido los nombres que me diste en San Gimignano. —Miró a su sobrino y le entregó el documento—. Ha llegado la hora de que empieces con tu trabajo.

—Todos los Templarios que aparecen aquí caerán bajo mi daga —dijo Ezio, sin alterarse. Su mirada fue a recaer en el nombre de Francesco de Pazzi—. Este, empezaré con él. Es el peor del clan y un fanático por el odio que muestra hacia nuestros aliados, los Medici.

—Tienes razón en lo que dices —accedió Mario—. ¿Empezarás, pues, los preparativos para viajar a Florencia?

—Lo tengo decidido.

—Bien. Pero si quieres equiparte como es debido, tienes que saber más cosas. Ven.

Mario se colocó delante de una librería y tocó un botón que había oculto en el lateral. Se abrió por unas silenciosas bisagras y apareció una pared de piedra en la que resaltaban varios huecos cuadrados. Había cinco llenos. El resto estaban vacíos.

La mirada de Ezio se iluminó al ver aquello. ¡Los cinco espacios llenos estaban ocupados por páginas del Códice!

—Veo que reconoces lo que es —dijo Mario—. Y no me sorprende. Al fin y al cabo, aquí está la página que te dejó tu padre, que tu inteligente amigo de Florencia consiguió descodificar y estas otras, que Giovanni consiguió encontrar y traducir antes de su muerte.

—Y la que cogí del cadáver de Vieri —añadió Ezio—. Pero su contenido sigue siendo un misterio.

—La pena es que tienes razón. Yo no soy el erudito que era tu padre, aunque con cada página que sumamos, y con la ayuda de los libros que

tengo en mi estudio, voy acercándome a desvelar el misterio. ¡Mira! ¿Ves cómo las palabras se cruzan desde una página a la siguiente, y cómo se unen los símbolos?

Ezio miró con atención, una extraña sensación de recuerdo inundando su cerebro, como si estuviera despertándose en él un instinto heredado…, y con esa sensación, los garabatos de las páginas del Códice cobraron vida, sus intenciones desplegándose ante sus ojos.

—¡Sí! Y debajo parece que hay una especie de dibujo… Mira, ¡es como un mapa!

—Giovanni consiguió descifrar en estas páginas lo que parece ser una profecía, pero aún tengo que comprender a qué hace referencia. Algo sobre «un Fragmento del Edén». Fue escrita hace muchos años, por un Asesino como nosotros, cuyo nombre al parecer era Altair. Y aún hay más. Continúa escribiendo sobre «algo escondido bajo la tierra, algo tan poderoso como antiguo»…, pero aún tenemos que descubrir qué es.

—Aquí tengo la página de Vieri —dijo Ezio—. Ponla también en la pared.

—¡Aún no! La copiaré antes de que te vayas, pero llévale el original a ese amigo tuyo de Florencia de mente tan brillante. No necesita conocer la imagen completa, o lo que tenemos de ella hasta el momento. De hecho, podría resultar peligroso para él conocerla. Después, sumaremos la pieza de Vieri a las demás y estaremos un poco más cerca de descifrar el misterio.

—¿Y las otras páginas?

—Aún tenemos que redescubrirlas —dijo Mario—. No te preocupes por ello. Debes concentrarte en la empresa que tienes ahora por delante.

CAPÍTULO 8

Ezio tenía preparativos que llevar a cabo antes de salir de Monteriggioni. Tenía mucho más que aprender, junto a su tío, sobre el Credo de los Asesinos, para poder afrontar de la mejor manera posible la tarea que tenía por delante. Por otro lado, existía la necesidad de intentar que su estancia en Florencia fuera segura, y finalmente había que solucionar el tema de dónde alojarse, puesto que los espías que Mario tenía destacados en la ciudad habían informado de que el *palazzo* de su familia estaba cerrado y clausurado con tablones aunque, al permanecer bajo la protección y vigilancia de los Medici, no había sido saqueado. Varios retrasos y contratiempos llevaron a Ezio a sentirse cada vez más impaciente hasta que, una mañana de marzo, su tío le dijo que preparase el equipaje.

—Ha sido un largo invierno… —dijo Mario.

—Demasiado largo —añadió Ezio.

—… pero ahora ya está todo a punto —continuó su tío—. Y quiero recordarte que una preparación meticulosa es la razón última de muchas victorias. Y ahora, ¡presta atención! Tengo una amiga en Florencia que lo ha dispuesto todo para que tengas un alojamiento seguro no muy lejos de su casa.

—¿De quién se trata, tío?

Mario se mostró elusivo.

—Su nombre carece de importancia para ti, pero tienes mi palabra de que puedes confiar en ella tanto como confiarías en mí. En cualquier caso, en este momento está ausente de la ciudad. Si necesitas ayuda, ponte en

contacto con tu antigua ama de llaves, Annetta, cuya dirección sigue siendo la misma y que ahora trabaja para los Medici, aunque lo mejor es que la menor cantidad de gente posible esté al corriente de tu presencia en Florencia. Hay, sin embargo, una persona a la que debes contactar, aunque no es fácil de localizar. Te he anotado aquí su nombre. Debes preguntar muy discretamente por él. Intenta preguntarle a tu amigo el científico cuando le muestres la página del Códice, pero no le des demasiada información. ¡Es por su propio bien! Y aquí te dejo, por cierto, la dirección de tu alojamiento. —Le entregó a Ezio dos hojas de papel y una voluminosa bolsa de cuero—. Y cien florines para que empieces, y tu documentación de viaje, que verás que está en perfecto orden. ¡Y la mejor noticia que tengo que darte es que partirás mañana mismo!

Ezio utilizó el poco tiempo que le quedaba para acercarse a caballo hasta el convento y despedirse de su madre y su hermana, preparar la ropa esencial y el equipamiento que necesitaba, y despedirse de su tío y de los hombres y las mujeres de la ciudad que durante todo aquel tiempo habían sido sus compañeros y aliados. Pero ensilló su caballo y cruzó las puertas del castillo al amanecer del día siguiente con el corazón feliz y resuelto. La jornada de viaje fue larga, aunque sin incidentes, y a la hora de cenar estaba ya instalado en su nueva base y preparado para familiarizarse de nuevo con la ciudad que había sido su hogar durante toda su vida y que hacía tanto tiempo que no veía. Pero no era aquel un regreso sentimental, y en cuanto estuvo habituado de nuevo y hubo pasado con tristeza por delante de la fachada de su antiguo hogar, se encaminó directamente al taller de Leonardo, sin olvidar llevarse con él la página del Códice que llevaba encima Vieri de Pazzi.

Desde que Ezio se había ido, Leonardo había ampliado su taller con la adquisición del local contiguo, un amplio almacén con espacio suficiente para albergar los resultados físicos de la imaginación del artista. Dos mesas con caballete ocupaban el local de un extremo a otro, un espacio iluminado mediante lámparas de aceite y por la luz que entraba a través de las ventanas situadas en lo alto de las paredes (a Leonardo no le gustaba la mirada de los curiosos). Sobre las mesas, colgando de las paredes y esparcidos, a medio montar, por toda la estancia, había un número

indeterminado de artilugios, máquinas y piezas de ingeniería. Clavados en las paredes había centenares de dibujos y bocetos. Entre aquel pandemónium de creatividad, trabajaban y correteaban media docena de ayudantes, supervisados por Agniolo e Innocente algo mayores que los demás pero no por ello menos atractivos. Aquí, la maqueta de un carro, excepto que era redondo, cargado de armas por todas partes y tapado con un toldo acorazado que recordaba la tapa de un cacharro de cocina, encima del cual había un agujero por donde un hombre podía asomar la cabeza para cerciorarse de la dirección que seguía la máquina. Allí, el dibujo de un barco con la forma de un tiburón pero con una extraña torre en la parte posterior. Más raro todavía, pues el dibujo daba la impresión de que el barco navegaba por debajo del agua. Mapas y dibujos anatómicos que mostraban desde el funcionamiento del ojo, hasta el coito, pasando por el embrión en el útero —y muchos otros que la imaginación de Ezio era incapaz de descifrar—, abarrotaban todo el espacio disponible en la pared, mientras que las muestras y los trastos apilados sobre las mesas le recordaron a Ezio el caos organizado que había visto durante su última visita al estudio, aunque multiplicado ahora por cien. Había precisas imágenes de animales, que iban desde lo conocido hasta lo sobrenatural, y bocetos de cualquier cosa, desde bombas de agua a muros de defensa.

Pero lo que más le llamó la atención a Ezio colgaba del techo. Ya había visto antes otra versión del artilugio, una maqueta pequeña, pero aquello parecía un modelo a gran escala de lo que un día llegaría a ser una máquina de verdad. Seguía recordándole el esqueleto de un murciélago, pero ahora había algún tipo de piel resistente de animal tensada sobre la estructura de las dos protuberancias de madera. En la proximidad había un caballete con documentos. Entre las anotaciones y los cálculos, leyó Ezio:

> … muelle de cuerno o de acero sujeto sobre madera de sauce revestida con cañas.
>
> El impulso sostiene a las aves en su vuelo durante un tiempo en el que las alas no ejercen presión sobre el aire, e incluso se elevan.
>
> Si un hombre pesa noventa kilos y se encuentra en el punto in y levanta el ala con su bloque, que pesa setenta kilos, con un poder equivalente a ciento cuarenta kilos se elevaría con dos alas…

A Ezio aquello le sonaba a griego, aunque como mínimo era capaz de leerlo. Imaginaba que Agniolo había transcrito los impenetrables garabatos de Leonardo. En aquel momento se dio cuenta de que Agniolo estaba mirándolo y rápidamente miró hacia otro lado. Sabía que a Leonardo le gustaba mantenerlo todo en secreto.

Leonardo llegó en aquel momento procedente de su antiguo estudio y corrió rápidamente hacia Ezio para darle un cariñoso abrazo.

—¡Mi querido Ezio! ¡Estás de vuelta! Me alegro mucho de verte. Después de todo lo sucedido, creíamos que… —Pero dejó la frase morir ahí, con expresión de preocupación.

Ezio intentó animarlo de nuevo.

—¡Vaya con este sitio! ¡Evidentemente, para mí nada tiene ni pies ni cabeza, pero me imagino que sabes muy bien lo que haces! ¿Has abandonado la pintura?

—No —respondió Leonardo—. Pero me dedico también a otras cosas… que me llaman la atención.

—Ya lo veo. Y has ampliado el local. Debes de estar prosperando. Los últimos dos años han sido buenos para ti.

Pero Leonardo se percató tanto de la tristeza como de la seriedad que se habían apoderado del rostro de Ezio.

—Tal vez —dijo Leonardo—. Me dejan tranquilo. Supongo que piensan que le resultaré útil a quienquiera que llegue a tener el control absoluto algún día… aunque me imagino que nunca nadie lo tendrá del todo. —Cambió de tema—. ¿Y tú qué me cuentas, amigo mío?

Ezio se quedó mirándolo.

—Espero que algún día tengamos tiempo de sentarnos y charlar sobre todo lo ocurrido desde la última vez que nos vimos. Pero, por ahora, necesito de nuevo tu ayuda.

Leonardo extendió las manos.

—¡Por ti, lo que quieras!

—Tengo algo que mostrarte que creo que te interesará.

—Entonces mejor que vengas a mi estudio… Está un poco más ordenado.

Una vez instalados en el antiguo estudio de Leonardo, Ezio sacó de su cartera la página del Códice y la extendió sobre la mesa. Leonardo abrió los ojos de par en par.

—¿Recuerdas la primera hoja? —le preguntó Ezio.

—¿Cómo podría olvidarla? —El artista miraba la página—. ¡Es emocionante! ¿Puedo?

—Por supuesto.

Leonardo estudió la página con atención, resiguiendo con los dedos el pergamino. Entonces, cogiendo papel y pluma, empezó a copiar palabras y símbolos. Casi de inmediato, empezó a correr de un lado a otro, consultando libros y manuscritos, absorto. Ezio lo observó trabajar, paciente y agradecido.

—Muy interesante —dijo Leonardo—. Hay idiomas desconocidos, al menos para mí, aunque siguen una especie de pauta. Hmmm… Sí, aquí hay una glosa en arameo que clarifica un poco las cosas.

Levantó la vista y continuó:

—¿Sabes? Si juntáramos esto con la otra página podría casi pensarse que formaban parte de una guía —a cierto nivel, como mínimo— sobre métodos de asesinato. Pero, naturalmente, hay mucho más que eso, aunque no tengo ni idea qué es. Lo único que sé es que no estamos más que rascando la superficie de lo que esto podría revelar. Necesitaríamos tenerlo completo, pero ¿tienes idea de dónde pueden estar el resto de las páginas?

—No.

—¿O de cuántas hay en total?

—Eso es posible… es posible que lo sepamos.

—Ajá —dijo Leonardo—. ¡Secretos! Debo respetarlos.

Pero en ese momento hubo otra cosa que le llamó la atención.

—¡Mira esto!

Ezio miró por encima de su hombro pero no vio más que una sucesión de símbolos estrechamente agrupados y en forma de cuña.

—¿Qué es?

—No puedo descifrarlo, pero si no me equivoco esta sección contiene la fórmula de un metal o de una aleación que desconocemos… y eso, lógicamente, ¡no podría existir!

—¿Hay alguna cosa más?

—Sí…, la parte más fácil de descifrar. Se trata básicamente del diseño de otra arma, y parece complementar la que ya tienes. Pero esta tendremos que fabricarla a partir de cero.

—¿Qué tipo de arma?

—Bastante sencilla, en realidad. Es una placa de metal incrustada en una muñequera de cuero. La llevarías en el antebrazo izquierdo —o en el derecho si fueras zurdo como yo— y la utilizarías para repeler los ataques de las espadas, e incluso de las hachas. Lo extraordinario es que, a pesar de que, evidentemente, es muy fuerte, el metal que vamos a tener que fundir es increíblemente ligero. E incorpora una daga de doble filo, que se activa con un muelle como la otra.

—¿Crees que podrías fabricarla?

—Sí, aunque me llevará su tiempo.

—Pues no dispongo de mucho.

Leonardo reflexionó.

—Creo que tengo aquí todo lo que necesito, y mis hombres son lo bastante habilidosos como para forjar esto. —Le dio vueltas un instante a la idea, moviendo los labios mientras hacía los cálculos—. Nos llevará dos días. ¡Vuelve para entonces y veremos si funciona!

Ezio asintió.

—Te estoy muy agradecido, Leonardo. Y te lo pagaré.

—Soy yo quien te está agradecido. Este Códice sirve para ampliar mis conocimientos… Me tenía por un innovador, pero todo lo que encuentro en estas antiguas páginas me intriga. —Sonrió y murmuró, casi para sus adentros—: Y en cuanto a ti, Ezio, no te imaginas la deuda que tengo contigo por habérmelas mostrado. Permíteme ver todas las que puedas encontrar… De dónde las obtengas es asunto tuyo. A mí solo me interesa su contenido, y nadie que no pertenezca a tu círculo, excepto yo, debería verlas. Es toda la recompensa que exijo.

—Te doy mi promesa.

—*Grazie!* Hasta el viernes, entonces… ¿Al atardecer?

—Hasta el viernes.

Leonardo y sus ayudantes cumplieron bien el encargo. La nueva arma, pese a ser defensiva, era extraordinariamente útil. Los jóvenes ayudantes de Leonardo atacaron en broma a Ezio, aunque utilizando armas de verdad, incluyendo espadas de doble empuñadura y hachas de combate, y la protección para la muñeca, ligera y fácil de manejar, desvió fácilmente hasta los golpes más fuertes.

—Un armamento asombroso, Leonardo.

—Lo es.

—Y podría salvarme la vida.

—Confiemos en que no sufras más cicatrices como esa que cruza el dorso de tu mano izquierda —dijo Leonardo.

—Es el último recuerdo de un viejo… amigo —dijo Ezio—. Pero necesito una cosa más de ti.

Leonardo se encogió de hombros.

—Si puedo ayudarte, lo haré.

Ezio miró en dirección a los ayudantes de Leonardo.

—¿Tal vez en privado?

—Sígueme.

En el estudio, Ezio desenrolló la hoja de papel que Mario le había dado y se la pasó a Leonardo.

—Esta es la persona con la que me dijo mi tío que me reuniera. Me dijo que no intentara encontrarlo directamente…

Pero Leonardo tenía los ojos clavados en el nombre escrito en el papel. Cuando levantó la vista, su rostro reflejaba ansiedad.

—¿Sabes quién es?

—He leído el nombre: *La Volpe*. Me imagino que es un apodo.

—¡El Zorro! ¡Sí! Pero no lo pronuncies en voz alta, ni en público. Los ojos de este hombre están por todas partes, pero él nunca se deja ver.

—¿Dónde podría encontrarlo?

—Es imposible decirlo, pero para empezar —y ándate con mucho cuidado— podrías intentarlo por la zona del Mercato Vecchio…

—¡Pero si por allí corren todos los ladrones que no están en galeras o entre rejas!

—Ya te he dicho que tienes que ir con cuidado. —Leonardo miró a su alrededor como si pudieran oírle—. Tal vez…, tal vez podría hacerle llegar un mensaje… Ve a buscarlo mañana después de vísperas… A lo mejor tienes suerte…, a lo mejor no.

A pesar de la advertencia de su tío, había una persona en Florencia a quien Ezio estaba decidido a ver de nuevo. Durante todo el tiempo que había durado su ausencia, ella nunca se había alejado de su corazón y las punzadas de amor se habían incrementado ahora que sabía que la tenía cerca. No podía correr muchos riesgos en la ciudad. Su rostro había cambiado, se había vuelto más anguloso a medida que había sumado tanto experiencia como años, pero seguía siendo reconocible como Ezio. La capucha lo ayudaría, permitiéndolo «desaparecer» entre la multitud, y se la bajó todo lo que pudo; pero sabía que, a pesar de que ahora gobernaban los Medici, los Pazzi seguían con los dientes afilados. Estaban esperando que llegara el momento oportuno, y seguían alerta; estaba convencido de ello, igual que estaba seguro de que si lo pillaban desprevenido, lo matarían, con Medici o sin Medici. Pero, de todos modos, a la mañana siguiente no pudo impedir que sus pies emprendieran camino hacia la mansión Calfucci.

Las puertas que daban a la calle principal estaban abiertas, dejando ver el soleado patio interior, y allí estaba ella, más delgada, seguramente más alta, el pelo recogido en un moño alto, una niña convertida en mujer. La llamó.

Cuando ella lo vio, se quedó tan pálida que creyó que iba a desmayarse, pero se repuso enseguida, le dijo alguna cosa a su criada para que se marchara y salió a recibirlo con los brazos abiertos. Rápidamente, él la condujo hacia el refugio de un pasaje abovedado cercano, cuyos muros de piedra amarilla estaban cubiertos de hiedra. Le acarició el cuello y vio que la fina cadena con su colgante seguía todavía allí, aunque el colgante en sí quedaba oculto en el interior de su escote.

—¡Ezio! —exclamó ella.

—¡Cristina!

—¿Qué haces aquí?

—Estoy aquí por asuntos de mi padre.

—¿Dónde has estado? Llevo dos años sin tener noticias de ti.

—He estado… fuera. También por asuntos de mi padre.

—Decían que habías muerto… y también tu madre y tu hermana.

—El destino nos trató de otra manera. —Hizo una pausa—. Tal vez no haya escrito, pero nunca abandonaste mis pensamientos.

Los ojos de ella, brillantes hasta aquel momento, se nublaron de repente para expresar preocupación.

—¿Qué sucede, *carissima*? —preguntó él.

—Nada.

Intentó separarse de Ezio. Él no la soltó.

—Es evidente que algo te pasa. ¡Dímelo!

Ella le miró a los ojos, y los suyos se llenaron de lágrimas.

—¡Oh, Ezio! ¡Estoy prometida y voy a casarme!

Ezio se quedó tan sorprendido que no podía ni siquiera hablar. La soltó, percatándose de que había estado sujetándola con demasiada fuerza, casi haciéndole daño. Vio, prolongándose por delante de él, el solitario camino que tendría que andar.

—Fue mi padre —dijo ella—. Se empeñó en que eligiera. Tú no estabas. Te tenía por muerto. Entonces mis padres empezaron a concertar visitas con Manfredo d'Arzenta…, ya sabes, el hijo de los de los lingotes. Se instalaron aquí procedentes de Lucca poco después de que tú abandonaras Florencia. Oh, Dios mío, Ezio, están todo el día diciéndome que no le falle a la familia, que trate de conseguir un buen enlace mientras aún pueda hacerlo. Creí que nunca volvería a verte. Y ahora…

Le interrumpió la voz de una chica, unos gritos de pánico al final de la calle, donde había una placita.

Cristina se puso tensa.

—Es Gianetta… ¿Te acuerdas de ella?

Oyeron más chillidos y gritos, y Gianetta pronunció un nombre:

—¡Manfredo!

—Mejor que vayamos a ver qué sucede —dijo Ezio, avanzando por la calle en dirección al alboroto.

En la plaza encontraron a Gianetta, la amiga de Cristina, otra chica a quien Ezio no reconoció, y a un hombre mayor que recordó que trabajaba como encargado del padre de Cristina.

—¿Qué sucede? —preguntó Ezio.

—¡Es Manfredo! —gritó Gianetta—. ¡Otra vez con sus deudas de juego! ¡Esta vez le matarán, seguro!

—¿Qué? —gritó Cristina.

—Lo siento mucho, *signorina* —dijo el empleado—. Dos hombres a quienes les debe dinero. Se lo han llevado a rastras hacia el Puente Nuevo. Dijeron que iban a hacerle pagar la deuda con una paliza. Lo siento mucho, *signorina*. No he podido hacer nada.

—Tranquilo, Sandeo. Ve a llamar a los guardias de la casa. Yo iré y…

—Espera un momento —la interrumpió Ezio—. ¿Quién demonios es Manfredo?

Cristina lo miró como si estuviera encerrada detrás de los barrotes de una prisión.

—Mi *fidanzato* —dijo.

—Veamos qué puedo hacer —dijo Ezio, y echó a correr por la calle que llevaba hacia el puente.

Un minuto más tarde se encontraba en lo alto del malecón que dominaba la estrecha franja de tierra próxima al primer arco del puente, cerca de las lentas aguas amarillentas del Arno. Allí, vio un joven elegantemente vestido de negro y plata arrodillado. Otros dos jóvenes sudaban y gruñían mientras le arreaban puntapiés, o se agachaban para machacarlo a puñetazos.

—¡Pagaré, lo juro! —gemía el joven vestido de negro y plata.

—Ya estamos hartos de tus excusas —dijo uno de sus torturadores—. Nos has tomado por tontos. De modo que ahora te daremos lo que te mereces.

Y levantó la bota hasta alcanzar el cogote del joven, empujándolo contra el barro, mientras su compañero le daba una patada en las costillas.

Estaba el primer atacante a punto de atizarle un puntapié en los riñones, cuando se sintió agarrado por el pescuezo y los faldones de su chaqueta. Alguien lo había levantado en volandas y a continuación se encontró en el

aire, aterrizando segundos después en el río, entre las aguas residuales y los escombros que se acumulaban en el primer muelle del puente. Estaba demasiado atareado tratando de no ahogarse con las asquerosas aguas que le habían entrado por la boca como para percatarse de que su compañero acababa de seguir su mismo destino.

Ezio le tendió la mano al embarrado joven y lo ayudó a ponerse de nuevo en pie.

—*Grazie, signore*. Creo que esta vez habrían acabado matándome de verdad. Pero habrían sido estúpidos de haberlo hecho. Podría haberles pagado… ¡sinceramente!

—¿No os da miedo que vengan de nuevo a por vos?

—No ahora que piensan que tengo un guardaespaldas.

—No me he presentado: Ezio… de Castronovo.

—Manfredo d'Arzenta, a vuestro servicio.

—Yo no soy vuestro guardaespaldas, Manfredo.

—Da lo mismo. Habéis conseguido quitarme de encima a esos payasos y os estoy agradecido. No os imagináis cuánto. De hecho, deberíais permitirme que os ofreciera una recompensa. Pero, ante todo, dejadme asearme e invitaros a una copa. Justo aquí, en Via Fiordaliso, hay una casa de juego…

—Sí, pero un momento —dijo Ezio, sabedor de que Cristina y sus compañeras se acercaban.

—¿Qué pasa?

—¿Jugáis mucho?

—¿Por qué no? Es la mejor forma que conozco de pasar el tiempo.

—¿La amáis? —le cortó Ezio.

—¿A qué os referís?

—A vuestra *fidanzata*… Cristina… ¿La *amáis*?

Manfredo se quedó alarmado ante la repentina vehemencia de su salvador.

—Por supuesto… aunque no es asunto vuestro. Matadme aquí mismo y moriría amándola.

Ezio dudó. Parecía que aquel hombre decía la verdad.

—Entonces, escuchadme: no volveréis a jugar nunca más. ¿Me habéis entendido?

—¡Sí! —Manfredo estaba asustado.

—¡Juradlo!

—¡Lo juro!

—No sabéis lo afortunado que llegáis a ser. Quiero que me prometáis que seréis un buen esposo. Si me entero de que no lo sois, os buscaré y os mataré.

Manfredo se dio cuenta de que su salvador hablaba completamente en serio. Miró sus fríos ojos grises y algo se revolvió en su memoria.

—¿Os conozco? —dijo—. Hay algo en vos… Me sonáis de algo.

—Nunca nos hemos visto Ni tenemos que volver a vernos, a menos que… —Ezio se interrumpió. Cristina esperaba al final del puente, mirando hacia abajo—. Id con ella y sed fiel a vuestra promesa.

—Lo seré. —Manfredo dudó—. La amo de verdad. Tal vez hoy haya aprendido algo. Y haré todo lo que esté en mi mano para hacerla feliz. No necesito ningún tipo de amenaza sobre mi vida para prometer esto.

—Eso espero. ¡Y ahora, marchaos!

Ezio se quedó un momento mirando cómo Manfredo subía por el malecón, sus ojos irresistiblemente atraídos hacia los de Cristina. Sus miradas se encontraron un instante y él levantó levemente la mano a modo de despedida. Dio media vuelta y se marchó. Desde la muerte de su familia, no había sentido tanto dolor en el corazón.

El sábado por la tarde lo encontró todavía inmerso en un profundo pesar. En los momentos más oscuros tenía la sensación de haberlo perdido todo: padre, hermanos, hogar, posición social, futuro profesional… ¡y ahora, esposa! Pero después se acordaba de la bondad y la protección que Mario le había ofrecido, de su madre y su hermana, a quienes había logrado salvar y proteger. Y por lo que a su futuro y a su carrera se refería, seguía teniendo ambas cosas, aunque ahora corriesen en una dirección muy distinta de la que se había imaginado hasta entonces. Tenía un trabajo que hacer y no tener que suspirar por Cristina le ayudaría a finalizarlo. Le resultaría imposible alejarla para siempre de su corazón, pero no le quedaba más remedio que aceptar la solitaria suerte que el Destino le había deparado.

¿Sería siempre así con los Asesinos? ¿Sería eso lo que exigía la fidelidad a su Credo?

Se encaminó al Mercato Vecchio con humor sombrío. Sus conocidos solían evitar aquel barrio y él únicamente había estado allí en una ocasión. La plaza del antiguo mercado estaba sucia y descuidada, igual que los edificios y las calles de los alrededores. Había gente corriendo de un lado a otro, pero nadie dando una *passeggiata*. Todo el mundo caminaba con algún propósito, sin perder el tiempo, con la cabeza gacha. Ezio había procurado vestirse con sencillez y no había cogido la espada, aunque sí se había colocado en su debido lugar su nueva muñequera metálica y también la hoja oculta, por si acaso las necesitaba. Era consciente de que no debía destacar entre la multitud y de que tenía que mantenerse en todo momento en estado de alerta.

Se preguntaba qué hacer a continuación, y empezaba a plantearse entrar en una tabernucha que había en la esquina de la plaza para ver si podía averiguar indirectamente de qué modo establecer contacto con el Zorro, cuando un joven delgado apareció de repente como salido de la nada y le dio un empujón.

—*Scusi, signore* —dijo educadamente el joven, sonriendo, y pasó rápidamente por su lado.

De manera instintiva, Ezio se llevó la mano al cinturón. Había dejado a buen recaudo en su alojamiento sus pertenencias más preciadas, pero había guardado unos cuantos florines en el bolso de su cinturón, que acababa de desaparecer. Se giró en redondo, vio al joven dirigiéndose hacia una de las callejuelas que partían de la plaza y salió en su persecución. Al verlo, el ladrón aceleró, pero Ezio consiguió no perderlo de vista y siguió corriendo tras él, atrapándolo por fin y echándole el guante justo cuando estaba a punto de entrar en una vivienda alta y sin carácter de Via Sant'Angelo.

—Devuélvemela —le ordenó.

—No sé a qué os referís —replicó el ladrón, su mirada evidenciando su miedo.

Ezio, que había estado a punto de liberar el cuchillo, controló su rabia. De repente se le ocurrió que aquel hombre tal vez pudiera proporcionarle la información que andaba buscando.

—No tengo ningún interés en hacerte daño, amigo —dijo—. Limítate a devolverme mi bolsa y no se hable más.

Después de dudar, dijo el joven a regañadientes:

—Vos ganáis.

Dicho lo cual, sacó la bolsa que se había escondido.

—Solo una cosa más —dijo Ezio.

El hombre se puso al instante en estado de alerta.

—¿Qué?

—¿Sabes dónde podría encontrar a un hombre que se hace llamar *La Volpe*?

El hombre tenía ahora miedo de verdad.

—Nunca he oído hablar de él. Tomad vuestro dinero, *signore*, y dejadme marchar.

—No hasta que me lo digas.

—Un momento —dijo una voz profunda y gutural a sus espaldas—. Tal vez yo pueda ayudarte.

Ezio se volvió y vio a su lado un hombre ancho de hombros, de altura similar a la suya y quizás diez o quince años mayor que él. Llevaba la cabeza cubierta con una capucha similar a la de Ezio, que oscurecía en parte su rostro, aunque Ezio consiguió ver dos penetrantes ojos de color violeta que brillaban con una fuerza misteriosa y lo miraban con intensidad.

—Deja marchar a mi colega, por favor —dijo el hombre—. Te responderé yo por él.

Dirigiéndose al joven ladrón, le dijo:

—Devuélvele el dinero al caballero, Corradin, y lárgate de aquí. Hablaremos más tarde de esto.

Habló con tanta autoridad que Ezio soltó al chico. En cuestión de un segundo, Corradin depositó la bolsa en su mano y desapareció en el interior del edificio.

—¿Quién eres tú? —preguntó Ezio.

El hombre esbozó una lenta sonrisa.

—Me llamo Gilberto, pero me llaman muchas cosas: asesino, por ejemplo, y *tagliagole*; pero mis amigos me conocen simplemente como el Zorro. —Hizo una leve reverencia, sin dejar de mirar a Ezio con sus

penetrantes ojos—. Y estoy a tu servicio, *messer* Auditore. De hecho, estaba esperándote.

—¿Cómo… cómo conoces mi nombre?

—Mi trabajo consiste en saberlo todo en esta ciudad. Y sé, me parece, que crees que puedo ayudarte en alguna cosa.

—Mi tío me dio tu nombre…

El Zorro volvió a sonreír, pero no dijo nada.

—Tengo que encontrar a alguien…, estar un paso por delante de él, también, si es que eso es posible.

—¿A quién buscas?

—A Francesco de Pazzi.

—Un pez gordo, por lo que veo. —El Zorro se puso serio—. Tal vez pueda ayudarte. —Hizo una pausa para reflexionar—. Me he enterado de que recientemente ha desembarcado en los muelles alguna gente procedente de Roma. Han venido para asistir a una reunión de la que supuestamente nadie debe estar al corriente, pero no saben nada de mí, y mucho menos que soy los ojos y los oídos de la ciudad. El anfitrión de la reunión es el hombre que buscas.

—¿Cuándo tendrá lugar esa reunión?

—¡Esta noche! —El Zorro volvió a sonreír—. No te preocupes, Ezio: no es cosa del Destino. Habría enviado a alguien a buscarte de no haberme encontrado tú antes, pero me he divertido poniéndote a prueba. Los que me buscan casi nunca me encuentran.

—¿Quieres decir que fuiste tú quien preparó mi tropiezo con Corradin?

—Perdona mi sentido teatral; pero debía asegurarme de que nadie te seguía. Corradin es joven, y también ha sido una especie de prueba para él. Mira, tal vez lo haya preparado yo todo, pero él desconocía por completo el tipo de servicio que estaba prestándome. ¡Simplemente pensaba que yo le había seleccionado una víctima! —Su tono de voz se volvió más duro, más práctico—. Ahora debes encontrar la manera de espiar esa reunión, y no será fácil.

Miró hacia el cielo y continuó:

—Está anocheciendo. Debemos darnos prisa y el mejor modo de desplazarnos es por los tejados. ¡Sígueme!

Sin decir una palabra más, dio media vuelta y empezó a trepar por la pared que tenía a sus espaldas a tal velocidad que a Ezio le costó seguirle. Corrieron por los tejados rojos, aprovechando el último resplandor del sol para saltar los abismos que abrían las calles, silenciosos como gatos, ágiles como zorros, rumbo noroeste, hasta que avistaron la fachada de la gran iglesia de Santa Maria Novella. Se detuvo entonces el Zorro. Ezio llegó solo segundos después, pero se dio cuenta de que jadeaba más que el hombre que le superaba en edad.

—Has tenido un buen maestro —dijo el Zorro.

Pero Ezio tenía la clarísima sensación de que, de haberlo querido, su nuevo amigo lo habría superado con facilidad; y aquello no hizo más que aumentar su determinación de cultivar más si cabe sus habilidades. Pero no era momento para andarse con concursos o juegos.

—Ahí es donde *messer* Francesco celebra su reunión —dijo el Zorro, señalando hacia abajo.

—¿En la iglesia?

—Debajo de ella. ¡Vamos!

A aquellas horas, la *piazza* de delante de la iglesia estaba completamente desierta. El Zorro saltó desde el tejado y aterrizó en cuclillas en el suelo; Ezio siguió su ejemplo. Rodearon la plaza y la pared lateral de la iglesia hasta alcanzar una puerta escondida en el muro. El Zorro le indicó a Ezio que la empujara y acto seguido se encontraron en la capilla Rucellai. El Zorro se detuvo junto a la tumba de bronce que ocupaba la zona central.

—Existe una red de catacumbas que atraviesa la ciudad a lo largo y a lo ancho. Me resulta muy útil para el tipo de trabajo que realizo, pero por desgracia no tengo la exclusividad sobre ella. De todos modos, son muy pocos los que conocen las catacumbas o saben moverse por ellas, pero Francesco de Pazzi es uno de ellos. Es allí donde está celebrando su reunión con los romanos. Estamos en la entrada más próxima al punto donde deben de estar en estos momentos, pero tendrás que llegar tú solo hasta ellos. En cuanto bajes, encontrarás una capilla, que forma parte de una cripta abandonada, a unos cincuenta metros a tu derecha. Ve con mucho cuidado, pues el sonido se transmite aquí abajo con mucha facilidad. Además estará

oscuro, por lo que te recomiendo que dejes ante todo que tu vista se acostumbre a la penumbra. Enseguida encontrarás las luces de la capilla que te servirán de guía.

Posó la mano sobre una protuberancia del pedestal de piedra que soportaba la tumba y ejerció presión. A sus pies, una losa aparentemente sólida empezó a moverse con la ayuda de unas bisagras invisibles hasta dejar al descubierto un tramo de peldaños esculpidos en la roca. Se hizo a un lado.

—*Buona fortuna*, Ezio.

—¿No vienes?

—No es necesario. Y aun con todas mis habilidades, dos personas hacen más ruido que una. Te esperaré aquí. ¡Va, vete!

En el subsuelo, Ezio avanzó a tientas por el húmedo pasadizo de piedra que se abría a su derecha. Avanzó tocando las paredes, que estaban lo bastante próximas entre sí como para poder tocarlas con las dos manos, y se sintió aliviado al ver que sus pisadas no resonaban sobre el húmedo suelo de tierra. De vez en cuando, había bifurcaciones con otros túneles que palpaba, más que verlos, cuando las manos que le servían de guía detectaban un negro vacío. Perderse allí abajo tenía que ser una pesadilla, pues debía de ser imposible encontrar de nuevo la salida. Unos leves sonidos le sorprendieron de entrada, hasta que se dio cuenta de que no eran más que ratas correteando, aunque en una ocasión, cuando una de ellas le pasó por encima de los pies, tuvo que esforzarse para sofocar un grito. En los nichos excavados en las paredes, vio de refilón los cadáveres de antiguos enterramientos, sus calaveras envueltas en telarañas. Las catacumbas tenían algo de primario y terrible, y Ezio tuvo que sofocar la oleada creciente de pánico que sentía.

Avistó por fin una tenue luz por delante de él moviéndose más lentamente ahora, avanzó hacia ella. Permaneció oculto entre las sombras hasta que consiguió escuchar a los cinco hombres que veía delante de él, perfilados bajo la luz de la lámpara de una estrecha y antiquísima capilla.

Reconoció de inmediato a Francesco, una criatura menuda, nervuda, vehemente que, cuando llegó Ezio, estaba inclinada delante de dos

sacerdotes con coronilla recortada que no reconoció. El de más edad de los dos estaba dándole la bendición con una voz clara y nasal:

—*Et benedictio Dei Omnipotentis, Patris et Filii et Spiritu Sancti descendat super vos et maneat semper*…

Cuando la luz iluminó su rostro, Ezio lo reconoció. Se trataba de Stefano da Bagnone, secretario de Jacopo, el tío de Francesco. Jacopo estaba a su lado.

—Gracias, padre —dijo Francesco una vez concluida la bendición.

Se enderezó y se dirigió a un cuarto hombre, que estaba de pie junto a los sacerdotes.

—Bernardo, danos tu informe.

—Todo está a punto. Tenemos un arsenal completo de espadas, varas, hachas, arcos y ballestas.

—Una simple daga sería lo mejor para ese trabajo —dijo el más joven de los dos sacerdotes.

—Depende de las circunstancias, Antonio —dijo Francesco.

—O veneno —continuó el sacerdote más joven—. Pero da lo mismo, mientras muera. No le perdonaré fácilmente haber aniquilado Volterra, mi ciudad natal y mi verdadero hogar.

—Cálmate —dijo el hombre llamado Bernardo—. Todos tenemos motivos suficientes. Ahora, gracias al Papa Sixto, tenemos también los medios.

—Así es, *messer* Baroncelli —replicó Antonio—. Pero ¿tenemos su bendición?

Surgió entonces una voz de las profundas sombras de la parte posterior de la capilla, donde no alcanzaba la luz de la lámpara.

—Bendice nuestra operación, «siempre y cuando no se mate a nadie».

El propietario de la voz emergió hacia la luz y Ezio contuvo la respiración al reconocer a aquella figura encapuchada vestida de rojo carmesí aun a pesar de que todo su rostro, exceptuando la mueca despreciativa que formaban sus labios, quedaba oculto bajo la sombra que proyectaba la capucha. Era el visitante más importante procedente de Roma: ¡Rodrigo Borgia, *il Spagnolo*!

Los conspiradores compartieron su sonrisa de complicidad. Todos sabían de qué bando estaban las lealtades del Papa, que no era otro que el del cardenal que tenían enfrente, un hombre que ejercía su control sobre él. Pero, naturalmente, el Sumo Pontífice no podía aprobar abiertamente el derramamiento de sangre.

—Es una suerte que por fin se pueda hacer el trabajo —dijo Francesco —. Hemos sufrido muchos contratiempos. Pero tal y como están las cosas, matarlos en la catedral nos reportará muchas críticas.

—Es nuestra última y única opción —dijo Rodrigo con autoridad—. Y librando a Florencia de esa chusma estaremos haciendo el trabajo de Dios, por lo que el escenario es el apropiado. Además, en cuanto controlemos la ciudad…, que la gente murmure contra nosotros, ¡si se atreve!

—Aun así, no dejan de cambiar los planes —dijo Bernardo Baroncelli —. Voy incluso a tener que hacer que alguien llame a su hermano menor, Giuliano, para asegurarnos de que llega puntual a la Misa Mayor.

Todos se echaron a reír con el comentario, excepto Jacopo y el Español, que se percató de la seriedad de la expresión de aquel.

—¿Qué sucede, Jacopo? —preguntó Rodrigo al mayor de los Pazzi—. ¿Crees que sospechan alguna cosa?

Antes de que Jacopo pudiera hablar, su sobrino gesticuló con impaciencia.

—¡Imposible! ¡Los Medici son demasiado arrogantes o demasiado estúpidos para darse cuenta de nada!

—No infravalores a nuestros enemigos —le reprendió Jacopo—. ¿No te das cuenta de que fue el dinero de los Medici el que subvencionó la campaña contra nosotros en San Gimignano?

—Esta vez no tendremos estos problemas —espetó su sobrino, molesto por haber sido regañado delante de sus compañeros y con el recuerdo de la muerte de su hijo Vieri aún fresco en su memoria.

Durante el silencio que siguió, Bernardo se volvió hacia Stefano da Bagnone.

—Tendré que pedirte prestadas un par de túnicas sacerdotales para mañana por la mañana, padre. Cuanto más rodeados de clérigos crean estar, más seguros se sentirán.

—¿Quién será el responsable del atentado? —preguntó Rodrigo.

—¡Yo! —respondió Francesco.

—¡Y yo! —añadieron Stefano, Antonio y Bernardo.

—Bien. —Rodrigo hizo una pausa—. Pienso que, en principio, las dagas serían lo mejor. Mucho más fáciles de esconder, y muy útiles cuando se trata de un trabajo a quemarropa. Pero disponer del arsenal del Papa también es bueno… Estoy seguro de que quedarán cabos sueltos que solucionar cuando los hermanos Medici ya no estén.

Después, levantó la mano e hizo la señal de la cruz a sus compañeros conspiradores:

—*Dominus vobiscum*, caballeros. Y que el Padre del Saber nos guíe. —Miró a su alrededor—. Bien, creo que con esto el asunto queda zanjado. Debéis perdonarme, pero debo dejaros ya. Tengo varias cosas que hacer antes de regresar a Roma, y necesito ponerme en camino antes de que amanezca. No me haría ningún bien ser visto por Florencia el día en que la Casa de los Medici se viene abajo.

Ezio permaneció a la espera, pegado a una pared entre las sombras, hasta que los seis hombres se hubieron marchado, dejándolo completamente a oscuras. Solo cuando estuvo seguro de que estaba solo del todo, buscó su propia lámpara y acercó la yesca a la mecha.

Volvió por donde había venido. El Zorro estaba esperándolo en la tenebrosa capilla Rucellai. Ezio, con el corazón en un puño, le explicó lo que acababa de oír.

—¿Asesinar a Lorenzo y Giuliano de Medici en la catedral mientras se celebra la Misa Mayor? —dijo el Zorro cuando Ezio hubo terminado, y Ezio vio que, por una vez, aquel hombre se había quedado prácticamente sin palabras—. ¡Es un sacrilegio! Y peor que eso: si Florencia cae en manos de los Pazzi, que Dios nos ayude.

Ezio se quedó pensando.

—¿Podrías conseguirme asiento mañana en la catedral? —preguntó—. Cerca del altar. Al lado de los Medici.

El Zorro le miró muy serio.

—Complicado, aunque tal vez no imposible. —Miró al joven—. Sé lo que estás pensando, Ezio, pero no podrás lograrlo solo.

—Puedo intentarlo, y dispongo del factor sorpresa a mi favor. Y una cara desconocida por la *aristocrazia* en la zona principal levantará las sospechas de los Pazzi. Pero debes meterme allí, Gilberto.

—Llámame Zorro —le respondió Gilberto y le dijo a continuación, sonriendo—: Únicamente los zorros pueden competir conmigo en lo que a astucia se refiere.

Hizo una pausa y añadió:

—Nos veremos delante del Duomo media hora antes de la Misa Mayor. —Miró a Ezio a los ojos con un nuevo respeto—. Te ayudaré si puedo, *messer* Ezio. Tu padre se habría sentido orgulloso de ti.

CAPÍTULO 9

Al día siguiente, domingo 26 de abril, Ezio se levantó antes del amanecer y se encaminó a la catedral. Había poca gente por las calles, aunque vio unos cuantos frailes y monjas que se dirigían a realizar sus Laudes. Consciente de que debía evitar ser visto, escaló trabajosamente hasta la cima del *campanile* y contempló el sol alzarse por encima de la ciudad. Poco a poco, a sus pies, la plaza empezó a llenarse de ciudadanos de todo tipo, familias y parejas, mercaderes y nobles, deseosos de asistir a la principal misa del día, que se vería honrada con la presencia del duque y su hermano menor y cogobernante. Ezio estuvo observando a la gente con atención y cuando vio que el Zorro se aproximaba a los peldaños de la catedral, se acercó al lado menos visible de la torre y descendió, ágil como un mono, para situarse a su lado, recordando en todo momento no levantar la cabeza y fundirse lo mejor posible con el gentío, utilizando al resto de la gente como protección. Se había vestido para la ocasión con sus mejores ropajes y no llevaba ninguna arma a la vista, a pesar de que la mayoría de los mercaderes ricos y banqueros llevaban espadas ceremoniales al cinto. No pudo resistir la tentación de levantar la vista en busca de Cristina, pero no la vio.

—Veo que ya estás aquí —dijo el Zorro cuando Ezio se acercó a él—. Todo está arreglado y tienes un lugar reservado junto al pasillo en la tercera fila.

Mientras hablaba, la multitud congregada en las escaleras se separó y los heraldos se llevaron las trompetas a la boca para hacer sonar una fanfarria.

—Ya llegan —dijo.

Entrando en la plaza por el lado del baptisterio, apareció en primer lugar Lorenzo de Medici acompañado por su esposa, Clarice, que llevaba cogida de la mano a su hija mayor, la pequeña Lucrezia, mientras que Piero, de cinco años de edad, caminaba orgulloso a la derecha de su padre. Detrás de ellos, acompañada por su niñera, apareció Maddalena, de tres años de edad, mientras que otra niñera llevaba en brazos a Leo, el bebé, envuelto en raso blanco. Les seguían Giuliano y Fioretta, su amante, en avanzado estado de gestación. La multitud congregada en la plaza inclinó la cabeza a su paso. En la entrada del Duomo les recibieron dos de los sacerdotes que iban a oficiar la ceremonia, a quienes Ezio reconoció con un escalofrío de terror: Stefano da Bagnone y uno de los de Volterra, cuyo nombre completo, según le dijo el Zorro, era Antonio Maffei.

La familia Medici hizo su entrada en la catedral seguida por los sacerdotes, y a estos, a su vez, les siguieron los ciudadanos de Florencia, ordenados según su rango. El Zorro le dio un codazo a Ezio a la vez que señalaba. Entre el gentío había avistado a Francesco de Pazzi y al otro conspirador, Bernardo Baroncelli, disfrazado de diácono.

—Entra ya —le dijo al oído a Ezio—. Mantente cerca de ellos.

Más y más gente continuó entrando en la catedral hasta que no hubo cabida para nadie más, y muchos de los que confiaban en tener sitio tuvieron que quedarse fuera. Se habían reunido allí un total de diez mil personas. El Zorro no había visto en su vida un gentío de tal magnitud en Florencia. Rezó en silencio por el éxito de Ezio.

En el interior, los reunidos se acomodaron en el sofocante ambiente. Ezio no había conseguido acercarse a Francesco y los demás todo lo que le habría gustado, pero no les quitaba los ojos de encima y empezó a calcular qué tendría que hacer para llegar hasta ellos tan pronto como iniciaran su ataque. El obispo de Florencia, mientras, había ocupado su lugar en el altar mayor y había empezado a oficiar la misa.

En el momento en que el obispo bendecía el pan y el vino Ezio se percató de que Francesco y Bernardo intercambiaban sus lugares. La familia Medici estaba sentada justo delante de ellos. En el mismo instante, los sacerdotes Bagnone y Maffei, en los peldaños inferiores del altar, y más

próximos a Lorenzo y Giuliano, miraron subrepticiamente a su alrededor. El obispo dio media vuelta para quedarse de cara a la congregación, levantó el cáliz de oro y empezó a decir:

—La sangre de Cristo…

Entonces, todo sucedió a la vez. Baroncelli se puso en pie gritando «*Creapa, traditore!*» desde atrás, le clavó a Giuliano una daga en el cuello. De la herida brotó un surtidor de sangre que roció por completo a Fioretta. Cayó arrodillada en el suelo, gritando.

—¡Déjame terminar a mí con ese bastardo! —vociferó Francesco, apartando a Baroncelli de un codazo y derribando a Giuliano, que intentaba detener el flujo de sangre con sus manos. Francesco se colocó a horcajadas sobre él y hundió una y otra vez la daga en el cuerpo de su víctima, con tal frenesí que, sin aparentemente darse cuenta de ello, acabó clavándosela también en su propio muslo. Giuliano llevaba ya tiempo muerto antes de que Francesco le clavara la estocada final, la decimonovena.

Mientras, Lorenzo, con un alarido de alarma, se había enfrentado a los atacantes de su hermano, y Clarice y las niñeras habían huido para protegerse junto con los niños y Fioretta. La confusión reinaba por todas partes. Lorenzo había desdeñado la idea de tener cerca a los guardaespaldas —un atentado asesino en una iglesia era algo inaudito—, que luchaban ahora para poder llegar a su lado abriéndose paso entre las masas de fieles confusos y presas del pánico que se empujaban y pisoteaban entre ellos para alejarse de la escena de la carnicería. Empeoraba la situación el calor y el hecho de que apenas hubiera espacio para moverse…

Excepto en la zona de justo delante del altar. El obispo y sus sacerdotes contemplaban la escena, atónitos y paralizados. Bagnone y Maffei, viendo que Lorenzo estaba de espaldas a ellos, aprovecharon la oportunidad desenfundando las dagas que llevaban escondidas debajo de la sotana, se abalanzaron sobre él.

Los sacerdotes son rara vez asesinos experimentados, y por muy noble que creyeran que era su causa, entre ambos no consiguieron causarle a Lorenzo más que heridas superficiales antes de que rápidamente se los quitara de encima. Pero en la pelea acabaron venciéndolo y Francesco, cojeando debido a la herida que él mismo se había causado, pero reforzado

por el odio que hervía en su interior, se aproximó también hacia él, maldiciendo a gritos y con la daga en alto. Bagnone y Maffei, sin saber adonde ir después de lo que habían hecho, dieron media vuelta y echaron a correr en dirección al ábside; pero Lorenzo se tambaleaba, no dejaba de sangrar y la puñalada que tenía en la parte superior del hombro derecho le impedía utilizar la espada.

—¡Tus días han terminado, Lorenzo! —gritó Francesco—. ¡Tu familia bastarda morirá bajo mi espada!

—*Infame!* —replicó Lorenzo—. ¡Te mataré!

—¿Con qué arma? —se burló Francesco, levantando la daga para atacarlo.

Y en el momento en que la mano empezó a descender, alguien lo agarró por la muñeca y detuvo su inercia, antes de obligarlo a dar media vuelta. Francesco se encontró frente a la cara de otro terrible enemigo.

—¡Ezio! —rugió—. ¡Tú! ¿Aquí?

—¡El que estás acabado eres tú, Francesco!

La multitud se dispersaba y los guardias de Lorenzo se aproximaban. Baroncelli estaba ahora al lado de Francesco.

—Ven, debemos huir. ¡Se ha acabado! —gritó.

—Acabare primero con estos canallas —dijo Francesco.

Pero su herida sangraba profusamente y tenía un aspecto demacrado.

—¡No! ¡Debemos retirarnos!

Francesco estaba furioso, pero accedió con la mirada.

—Esto no ha terminado —le dijo a Ezio.

—No, no ha terminado. Dondequiera que vayas te seguiré, Francesco, hasta acabar contigo.

Con una mirada hostil, Francesco dio media vuelta para seguir a Baroncelli, que se había esfumado ya por detrás del altar. En el ábside debía de haber una puerta para salir de la catedral. Ezio se dispuso a seguirlos.

—¡Espera! —dijo a sus espaldas una voz quebrada—. Déjalos marchar. No llegarán lejos. Te necesito aquí. Necesito tu ayuda.

Ezio se giró y vio al duque yaciendo en el suelo entre dos sillas volcadas. No muy lejos, su familia lloraba apiñada, Clarice, con expresión

horrorizada, abrazando a sus dos hijos mayores. Fioretta miraba sin ver en dirección al cadáver retorcido y mutilado de Giuliano.

La guardia de Lorenzo acababa de llegar.

—Cuidad de mi familia —les dijo Lorenzo—. En la ciudad debe de reinar el tumulto después de lo sucedido. Llevad a mi familia al *palazzo* y cerrad las puertas a cal y canto.

Se volvió hacia Ezio.

—Me has salvado la vida.

—¡Cumplí con mi deber! ¡Los Pazzi nos las pagarán! —Ezio ayudó a Lorenzo a incorporarse y lo acomodó con cuidado en una silla.

Al levantar la cabeza no vio por ningún lado ni al obispo ni a los demás sacerdotes. Detrás de él, la gente seguía empujándose y dándose codazos, arañándose con tal de salir de la catedral por la puerta principal del lado oeste.

—¡Tengo que perseguir a Francesco! —dijo.

—¡No! —dijo Lorenzo—. Si estoy solo no conseguiré llegar a lugar seguro. Tienes que ayudarme. Llévame hasta San Lorenzo. Tengo amigos allí.

Ezio se sentía dividido, pero pensó en lo mucho que Lorenzo había hecho por su familia. No podía culparlo de no haber evitado la muerte de sus familiares. ¿Quién habría podido prever un ataque tan repentino como el que sufrieron? Y ahora Lorenzo se había convertido también en víctima. Pero seguía aún con vida, aunque no por mucho tiempo a menos que Ezio consiguiera llevarlo a un lugar próximo donde pudieran atenderlo. La iglesia de San Lorenzo estaba a escasa distancia, al noroeste del baptisterio.

Con tiras de tela arrancadas de su propia camisa, vendó como pudo las heridas de Lorenzo. A continuación, lo levantó con cuidado.

—Pasad el brazo izquierdo por encima de mi hombro. Bien. Tiene que haber una salida por detrás del altar…

Avanzaron renqueantes siguiendo la dirección que habían tomado sus enemigos y enseguida encontraron una puertecita abierta con manchas de sangre en el umbral. Sin duda era por donde había salido Francesco. ¿Estaría esperándolos? A Ezio, que sujetaba a Lorenzo por su lado derecho,

le resultaría complicado abrir su daga oculta, y mucho más luchar. Pero llevaba la muñequera metálica atada en el antebrazo izquierdo.

Salieron a la plaza que había delante de la puerta norte de la catedral y se encontraron ante una escena de confusión y caos. Después de que Ezio se detuviera para pasar la capa por encima de los hombros de Lorenzo en un intento improvisado de camuflarlo, emprendieron camino en dirección oeste siguiendo los muros del edificio. En la *piazza* situada entre la catedral y el baptisterio, grupos de hombres vestidos con las libreas de los Pazzi y de los Medici se enfrentaban en duros combates cuerpo a cuerpo. Tan absortos estaban que Ezio consiguió pasar desapercibido por su lado, pero cuando llegaron a la calle que desembocaba en la *piazza* de San Lorenzo, se tropezaron con un par de hombres que lucían la insignia del delfín y las cruces. Ambos blandían cimitarras de aspecto amedrentador.

—¡Alto! —ordenó uno de los guardias—. ¿Dónde os creéis que vais?

—Necesito llevar a este hombre a lugar seguro —dijo Ezio.

—¿Y tú quién eres? —dijo el segundo guardia empleando un tono desagradable.

Dio un paso al frente y examinó la cara de Lorenzo. Lorenzo, a punto de desvanecerse, se apartó, pero al hacerlo la capa cayó hacia un lado y dejó al descubierto el blasón de los Medici bordado en su jubón.

—¡Caramba! —dijo el segundo guardia, girándose hacia su compañero —. ¡Me parece que hemos pescado un pez gordo, Terzago!

El cerebro de Ezio iba a toda velocidad. No podía soltar a Lorenzo, que seguía perdiendo sangre. Pero si no lo hacía, no podría utilizar su arma. Levantó rápidamente el pie izquierdo y le dio un puntapié en el culo al guardia, que cayó de bruces al suelo. En cuestión de segundos, su compañero se abalanzó sobre ellos blandiendo su cimitarra. Ezio esquivó su filo en el momento en que descendía sobre él haciendo uso de su protección metálica, desvió el golpe. Con el movimiento, hizo volar la espada y le clavó al guardia la daga de doble filo que iba unida a la protección, aunque no consiguió darle con la fuerza suficiente como para matarlo. Mientras, el segundo guardia había conseguido incorporarse y se disponía a ayudar a su camarada, que a su vez se tambaleaba, sorprendido por no haber conseguido cortarle a Ezio el antebrazo.

Ezio detuvo la segunda hoja siguiendo el mismo método, pero esta vez consiguió recorrer con la protección de muñeca el filo de la espada hasta chocar con la empuñadura, colocando así su mano a la altura de la muñeca de su oponente. La cogió y la retorció a tal velocidad que el hombre soltó su arma con un agudo grito de dolor. Agachándose rápidamente, Ezio cogió la cimitarra casi antes de que esta tocara el suelo. Fue complicado, trabajar con la mano izquierda y con la carga adicional del peso de Lorenzo, pero la clavó en el cuello del guardia antes de que este pudiera recuperarse. El segundo guardia se acercaba de nuevo, gritando de rabia. Ezio esquivó su cimitarra e intercambiaron a continuación varios golpes y cuchilladas. Pero el guardia, que no sabía aún que Ezio llevaba la muñequera metálica escondida, siguió asestándole inútiles ataques. A Ezio le dolía el brazo y apenas podía tenerse en pie, pero por fin acabó llegando su oportunidad. El casco del guardia se había desabrochado, pero el hombre no se había dado cuenta de ello y tenía en aquel momento la mirada fija en el antebrazo de Ezio con la intención de atacarlo de nuevo. Velozmente, Ezio levantó su arma, haciendo una finta como si hubiera fallado, pero logrando con ello hacer saltar el casco de su oponente. Y entonces, antes de que pudiera reaccionar, Ezio levantó de nuevo la pesada cimitarra por encima de la cabeza del guardia y le partió el cráneo en dos. La cimitarra se quedó clavada y Ezio no consiguió quitarla de allí. El hombre se quedó paralizado un instante, la sorpresa abriendo sus ojos de par en par, antes de derrumbarse en el suelo. Echando un rápido vistazo a su alrededor, Ezio siguió arrastrando a Lorenzo por la calle.

—Ya falta poco, *Altezza*.

Llegaron a la iglesia sin más contratiempos, pero la puerta estaba firmemente cerrada. Ezio, mirando hacia atrás, vio que un grupo de guardias acababa de descubrir los cuerpos de los hombres que había matado y miraban en su dirección. Aporreó las puertas y se abrió una mirilla, revelando tras ella un ojo y parte de una cara con expresión recelosa.

—Lorenzo está herido —dijo Ezio, jadeando—. ¡Vienen a por nosotros! ¡Abrid la puerta!

—Necesito el santo y seña —dijo el hombre desde el interior.

Ezio se quedó sin saber que decir, pero Lorenzo, que había reconocido la voz de aquel hombre, intervino rápidamente.

—¡Angelo! —gritó—. ¡Soy Lorenzo! ¡Abre la jodida puerta!

—¡Por Hermes Trimegisto! —dijo el hombre—. ¡Te teníamos por muerto!

Se giró y le gritó a alguien:

—¡Abrid este maldito cerrojo! ¡Y rápido!

Se cerró la mirilla y se escuchó acto seguido el sonido de los cerrojos abriéndose. Mientras, los guardias de Pazzi habían echado a correr por la calle. Una de las pesadas puertas se abrió justo a tiempo para dar entrada a Ezio y Lorenzo, y con la misma rapidez se cerraron con estruendo a sus espaldas y los centinelas corrieron los cerrojos. El ruido de la batalla que se libraba en el exterior era terrible. Ezio se encontró delante de los apacibles ojos verdes de un hombre refinado que tendría unos veinticuatro años de edad.

—Angelo Poliziano —se presentó—. He enviado unos cuantos hombres para que intercepten a esas ratas de los Pazzi. No deberían darnos más problemas.

—Ezio Auditore.

—Ah… Lorenzo ha hablado de ti. —Se interrumpió—. Pero hablaremos más tarde. Deja que te ayude a instalarlo en un banco. Allí podremos examinar mejor sus heridas.

—Por fin está a salvo —dijo Ezio, entregando a Lorenzo a dos criados que con cuidado lo guiaron hasta un banco adosado a la pared norte de la iglesia.

—Le pondremos unas vendas, detendremos la sangre y en cuanto esté un poco recuperado, lo llevaremos de nuevo a su *palazzo*. No te preocupes, Ezio, ya está a salvo. Nunca olvidaremos lo que has hecho.

Pero Ezio ya estaba pensando en Francesco de Pazzi que, a aquellas alturas, habría tenido ya tiempo suficiente para escapar.

—Tengo que irme —dijo.

—¡Espera! —le gritó Lorenzo.

Haciendo un gesto hacia Poliziano, Ezio se inclinó y se arrodilló a su lado.

—Estoy en deuda contigo —dijo Lorenzo—. Y no sé por qué me has ayudado o cómo te enteraste de lo que se estaba tramando, cuando ni siquiera mis espías estaban al corriente de ello.

Hizo una pausa, sus ojos cerrándose de dolor mientras uno de los criados le limpiaba la herida del hombro.

—¿Quién eres? —prosiguió, una vez que se hubo recuperado un poco.

—Es Ezio Auditore —dijo Poliziano, acercándose y posando una mano sobre el hombro de Ezio.

—¡Ezio! —Lorenzo se quedó mirándolo, profundamente conmovido—. Tu padre fue un gran hombre y un buen amigo. Comprendía el significado del honor y la lealtad, y jamás puso sus intereses por delante de los de Florencia. Pero… —Hizo una nueva pausa y sonrió débilmente—… Estuve presente cuando murió Alberti. ¿Fuiste tú?

—Sí.

—Tu venganza fue apropiada y rápida. Como has visto, yo no he tenido tanto éxito. Aunque ahora, por culpa de su arrogante ambición, los Pazzi han acabado por fin cortándose su propia garganta. Rezo para que…

En aquel momento entró a toda prisa uno de los integrantes de la patrulla de los Medici que había sido enviada a ocuparse de los perseguidores de Ezio, su cara manchada de sudor y sangre.

—¿Qué sucede? —preguntó Poliziano.

—Malas noticias, señor. Los Pazzi se han recuperado y pretenden entrar a la fuerza en el Palazzo Vecchio. No podremos retenerlos mucho tiempo más.

Poliziano se quedó blanco.

—Malas noticias, tienes razón. Si consiguen controlarlo, matarán a todos los partidarios nuestros que encuentren allí, y si se hacen con el poder…

—Si se hacen con el poder —dijo Lorenzo— mi supervivencia no servirá para nada. Seremos todos hombres muertos.

Intentó levantarse, pero cayó hacia atrás, gimiendo de dolor.

—¡Angelo! Tienes que coger todas las tropas que tengamos aquí y…

—¡No! Mi lugar está a tu lado. Debemos llevarte al Palazzo Medici lo antes posible. Una vez allí, nos reorganizaremos para contraatacar.

—Iré yo —dijo Ezio—. Tengo aún asuntos pendientes con *messer* Francesco.

Lorenzo se quedó mirándolo.

—Ya has hecho suficiente.

—No hasta que haya terminado mi trabajo, *Altezza*. Y Angelo tiene razón: tiene cosas más importantes qué hacer, conduciros a vuestro *palazzo* y conseguir que estéis allí seguro.

—*Signori* —intervino el mensajero de los Medici—. Traigo también más noticias. He visto a Francesco de Pazzi liderando una tropa hacia la parte trasera del Palazzo Vecchio. Está buscando la manera de entrar por el punto más débil de la Signoria.

Poliziano miró a Ezio.

—Ve. Ármate y dispón libremente de uno de nuestros destacamentos, y date prisa. Este hombre irá contigo y será tu guía. Te enseñará el lugar más seguro para salir de la iglesia. Una vez que estés fuera, en diez minutos estarás en el Palazzo Vecchio.

Ezio asintió y se dispuso a marcharse.

—Florencia no olvidará nunca lo que estás haciendo por ella —dijo Lorenzo—. Ve con Dios.

En el exterior repicaban las campanas de las iglesias, sumándose a la cacofonía del choque del acero y de los gritos y los gemidos humanos. Los disturbios se habían apoderado de la ciudad, en las calles ardían carromatos, concentraciones de soldados de ambos bandos corrían de aquí para allá o se enfrentaban en confusas peleas. Había muertos por todas partes, en las plazas y en las calles, pero el tumulto era tal que ni los cuervos se atrevían a acercarse al festín que observaban desde lo alto de los tejados con sus penetrantes ojos negros.

Las puertas del lado oeste del Palazzo Vecchio estaban abiertas y desde el exterior se escuchaban los sonidos de la encarnizada pelea que tenía lugar en el patio. Ezio ordenó a su pequeña tropa que se detuviese y abordó a un oficial de los Medici que corría hacia el *palazzo* al mando de otro escuadrón.

—¿Sabes qué sucede?

—Los Pazzi han irrumpido por la parte trasera y han abierto las puertas desde dentro. Pero los hombres que tenemos en el interior del *palazzo* los están reteniendo. No han podido pasar del patio. ¡Con un poco de suerte conseguiremos cercarlos!

—¿Hay noticias de Francesco de Pazzi?

—Él y sus hombres se han hecho con la entrada posterior del *palazzo*. Si consiguiéramos controlarla, los tendríamos atrapados.

Ezio se volvió hacia sus hombres.

—¡Vamos! —gritó.

Atravesaron la plaza y se adentraron en la callejuela que reseguía la pared norte del *palazzo*, una pared que mucho tiempo atrás trepó un Ezio muy distinto para alcanzar la ventana de la celda de su padre. Enfilando la primera calle a la derecha, se encontraron enseguida con las tropas que, al mando de Francesco de Pazzi, vigilaban la entrada posterior del edificio.

Se pusieron de inmediato en guardia y cuando Francesco reconoció a Ezio, gritó:

—¡Otra vez tú! ¿Por qué no te has muerto todavía? ¡Asesinaste a mi hijo!

—¡Él intentó asesinarme!

—¡Matadle! ¡Matadle ahora mismo!

Ambos bandos se enzarzaron en una encarnizada pelea, atacándose con una rabia lindante con la desesperación, pues los Pazzi sabían perfectamente bien lo importante que era para ellos proteger su línea de retirada. Ezio, su corazón inundado de una ira gélida, se abrió paso con fuerza hacia Francesco, que se posicionó de espaldas a la puerta del *palazzo*. La espada que Ezio había cogido del arsenal de los Medici estaba bien equilibrada y su hoja era de acero toledano, pero al no estar familiarizado con aquella arma, sus golpes eran mucho menos efectivos de lo habitual. Hasta el momento había mutilado, más que matado, a los hombres que se habían interpuesto en su camino. Y Francesco se había dado cuenta de ello.

—¿Te crees un maestro espadachín, chico? No eres capaz ni de matar limpiamente. Permíteme que te haga una demostración.

Se lanzaron el uno sobre el otro, sus espadas echando chispas; pero Francesco tenía menos espacio de maniobra que Ezio a pesar de que aquel su oponente no estaba certero, sus veinte años de más empezaron pronto a pesarle.

—¡Guardias! —exclamó finalmente—. ¡A mí!

Pero sus hombres se habían retirado ante la embestida de los Medici. Francesco y Ezio se encontraron luchando solos. Francesco buscó desesperadamente a su alrededor un medio para iniciar la retirada, pero no había otro que no fuera el *palazzo* en sí. Abrió la puerta que quedaba a sus espaldas y empezó a subir la escalera de piedra que recorría el muro interior. Ezio se dio cuenta de que la mayor parte de los defensores de los Medici estaban concentrados en la parte delantera del edificio, donde se libraba la batalla principal, y se percató asimismo de que probablemente no disponían de hombres suficientes para cubrir también la parte posterior. Ezio corrió tras Francesco en dirección al segundo piso.

Las estancias estaban desiertas, pues todos los ocupantes del *palazzo*, salvo media docena de aterrados empleados que echaron a correr en cuanto los vieron, estaban abajo, luchando en el patio para contener el ataque de los Pazzi. Francesco y Ezio continuaron su pelea por los dorados salones de elevados techos hasta que alcanzaron finalmente el balcón que dominaba la Piazza della Signoria. Desde abajo ascendían los ruidos de la batalla y Francesco gritó desesperadamente pidiendo ayuda. No había nadie que le escuchara y su retirada no podía seguir más allá.

—¡Lucha! —dijo Ezio—. Ahora solo estamos nosotros dos.

—*Maledetto!*

Ezio le clavó la espada y su antebrazo izquierdo empezó a sangrar.

—Vamos, Francesco, ¿dónde está toda esa valentía de la que hiciste gala cuando mataste a mi padre? ¿Cuando esta mañana apuñalaste a Giuliano?

—¡Apártate de mí, engendro del diablo!

Francesco arremetió contra él, pero estaba cansado y le falló la puntería. Se tambaleó, su equilibrio descontrolado, y Ezio se hizo hábilmente a un lado, levantando a la vez el pie y haciéndolo caer con fuerza sobre el filo de la espada de Francesco, arrastrándolo al suelo.

Antes de que Francesco consiguiera recuperarse, Ezio le pisoteó la mano, obligándolo a soltar la empuñadura de la espada. Lo agarró a continuación por los hombros y lo tumbó boca arriba. Francesco trató de incorporarse, pero Ezio le atizó un brutal puntapié en la cara. Francesco puso los ojos en blanco y se quedó medio inconsciente. Ezio se arrodilló para cachear a su oponente, le arrancó la armadura y el jubón, dejando a la vista un cuerpo nervudo y pálido. Pero no había documentos, nada de importancia. Simplemente unos pocos florines en una bolsa.

Ezio dejó la espada y accionó su hoja oculta. Se arrodilló, pasó el brazo por debajo del cuello de Francesco y lo incorporó hasta que sus caras quedaron separadas por escasos centímetros.

Francesco pestañeó y abrió los ojos. Su mirada expresaba miedo y terror.

—¡Perdóname la vida! —graznó.

En aquel momento, resonó en el patio un grito de victoria. Ezio escuchó las voces y captó lo suficiente como para comprender que los Pazzi acababan de ser derrotados.

—¿Perdonarte la vida? —dijo—. ¡Antes se la perdonaría a un lobo rabioso!

—Esta es por mi padre —dijo Ezio, apuñalándolo en la molleja.

—Y esta por Federico —apuñalándolo de nuevo—. ¡Y esta por Petruccio; y esta por Giuliano!

La sangre brotaba como un surtidor de las heridas de Francesco y Ezio se manchó completamente con ella, y habría continuado apuñalando al moribundo de no haber recordado entonces las palabras de Mario: «No te conviertas en un hombre como el que él fue». Se quedó sentado sobre sus talones. Francesco tenía aún brillo en los ojos, aunque poco a poco iba apagándose. Murmuraba alguna cosa. Ezio se agachó para escucharlo.

—Un sacerdote…, un sacerdote… por piedad, ve a buscar un sacerdote.

Ahora que la rabia que sentía en su interior había amainado, Ezio empezó a sentirse profundamente conmocionado por la brutalidad con la que había matado. Aquello no estaba de acuerdo con las normas del Credo.

—No hay tiempo —dijo—. Haré que se celebre una misa por tu alma.

La garganta de Francesco empezó a vibrar. Luego, en su trance de muerte, sus extremidades se tornaron rígidas y se estremecieron, arqueó la cabeza y abrió la boca, luchando esa última batalla imposible contra el enemigo invencible al que todos tendremos que enfrentarnos algún día; y a continuación se derrumbó, un saco vacío, un objeto ligero, consumido y desvaído.

—*Requiescat in pace* —murmuró Ezio.

Entonces se escuchó un nuevo griterío en la plaza y por la esquina sudoeste aparecieron corriendo cincuenta o sesenta hombres, liderados por un hombre que Ezio reconoció enseguida: ¡Jacopo, el tío de Francesco! Ondeaban el estandarte de los Pazzi.

—*Libertá! Libertá! Popolo e libertá!* —gritaban—. Las fuerzas de los Medici salieron en aquel momento del *palazzo* para enfrentarse a sus oponentes, pero Ezio se percató enseguida de que los hombres estaban agotados y eran muy inferiores en número.

Se volvió hacia el cadáver.

—Muy bien, Francesco —dijo—. Creo que he encontrado la manera de que pagues tu deuda, incluso así.

Cogió el cuerpo por los hombros, lo levantó (era sorprendentemente ligero) y lo acercó al balcón. Una vez allí, después de localizar un cabo del que colgaba una bandera, utilizó la cuerda y la anudó en torno al cuello sin vida de Francesco. Sujetó rápidamente el otro extremo a una robusta columna de piedra con todas sus fuerzas, lo levantó y lanzó la cuerda por encima del pretil. La cuerda se fue soltando, pero de pronto quedó tensa después de dar un tirón. El cuerpo sin vida de Francesco quedó colgando, los dedos de los pies señalando lánguidamente hacia el suelo de la plaza.

Ezio se escondió detrás de la columna.

—¡Jacopo! —gritó con voz de trueno—. ¡Jacopo de Pazzi! ¡Mira! ¡Tu líder ha muerto! ¡Tu causa está acabada!

Vio que Jacopo levantaba la cabeza y titubeaba. Detrás de él, también sus hombres dudaban. Las tropas de los Medici habían seguido el recorrido de su mirada lanzando vítores, empezaban a rodearlos. Pero los Pazzi ya habían roto filas… y huían despavoridos.

Todo terminó en cuestión de días. El dominio de los Pazzi sobre Florencia había acabado. Sus bienes y propiedades fueron confiscados, su escudo de armas destrozado y pisoteado. A pesar de que Lorenzo reclamó piedad, la turba florentina persiguió y acabó con cualquier simpatizante de los Pazzi que pudo encontrar. Los dirigentes principales, sin embargo, habían huido. Únicamente uno de ellos, que fue capturado, obtuvo clemencia: Raffaele Riario, sobrino del Papa, a quien Lorenzo consideró demasiado crédulo e ingenuo para estar seriamente implicado. Muchos de los asesores del duque, no obstante, consideraron que Lorenzo había mostrado en su decisión más humanidad que astucia política.

Sixto IV estaba furioso y puso en entredicho a Florencia, pero por lo demás se encontraba en una posición de impotencia y los florentinos se lo quitaron sin problemas de encima.

En cuanto a Ezio, fue uno de los primeros en ser convocados en presencia del duque. Se reunió con Lorenzo en un balcón que dominaba el Arno. El duque seguía aún con sus vendajes, pero las heridas iban por buen camino y la palidez había abandonado sus mejillas. Se le veía alto y orgulloso, volvía a ser el hombre que en su día se ganó el apodo que le puso Florencia: *Il Magnifico*.

Después de saludarse, Lorenzo señaló en dirección al río.

—¿Sabes, Ezio? Cuando tenía seis años de edad, me caí al Arno. Empecé a ahogarme y a sumirme en la oscuridad, seguro de que mi vida tocaba a su fin. Pero me desperté con el sonido del llanto de mi madre. Vi un desconocido a su lado, empapado y sonriente. Mi madre me explicó que aquel hombre me había salvado. Se llamaba Auditore. Y así se inició una larga y próspera relación entre las dos familias. —Se giró y miró con solemnidad a Ezio—. Siento no haber podido salvar a tus familiares.

Ezio no encontraba palabras para replicar. Comprendía el frío mundo de la política, donde las distinciones entre el bien y el mal suelen ser confusas, pero, a su vez, lo rechazaba.

—Sé que los habríais salvado de haber estado en vuestra mano —dijo.

—Tu casa familiar, al menos, está a salvo y bajo la protección de la ciudad. Tu antigua ama de llaves, Annetta, está a cargo de todo y el personal y la vigilancia corren por mi cuenta. Pase lo que pase, la casa estará esperándote cuando desees volver a instalarte en ella.

—Muy benévolo por vuestra parte, *Altezza*.

Ezio hizo una pausa. Estaba pensando en Cristina. ¿Y si no era demasiado tarde para convencerla de que rompiera su compromiso, se casase con él y le ayudara a devolver la vida a la familia Auditore? Pero aquellos dos breves años lo habían cambiado a él de tal modo que estaba ahora irreconocible y tenía además otro deber: un deber para con el Credo.

—Hemos obtenido una gran victoria —dijo por fin—. Pero la guerra no está ganada. Muchos de nuestros enemigos han conseguido escapar.

—Pero la seguridad de Florencia está garantizada. El Papa Sixto quiso convencer a Nápoles para que se posicionara en contra de nosotros, pero yo he convencido a Ferdinando para que no lo haga, y tampoco lo harán ni Bolonia ni Milán.

Ezio no podía explicarle al duque la grandiosa batalla en la que estaba implicado, pues carecía de garantías de que Lorenzo estuviese al corriente del secreto de los Asesinos.

—Para nuestra mayor seguridad —dijo—, necesito vuestro permiso para partir en busca de Jacopo de Pazzi.

El rostro de Lorenzo se ensombreció.

—¡Ese cobarde! —dijo enfadado—. Huyó antes de que pudiésemos echarle mano.

—¿Tenéis idea de dónde podría haber ido?

Lorenzo negó con la cabeza.

—No. Se han escondido bien. Mis espías me informan de que Baroncelli podría estar intentando huir a Constantinopla, pero por lo que a los demás se refiere…

—Dadme sus nombres —dijo entonces Ezio.

Y la firmeza de su voz sirvió para confirmarle a Lorenzo que quien se cruzara en el camino de Ezio podía esperarse lo peor.

—¿Cómo podría olvidar los nombres de los asesinos de mi hermano? Si los encuentras, estaré eternamente en deuda contigo. Se trata de los

sacerdotes Antonio Maffei y Stefano da Bagnone. Bernardo Baroncelli, a quien ya he mencionado. Y después hay otro, que no está directamente implicado en el asesinato, pero que es un aliado muy peligroso de nuestros enemigos. Es el arzobispo de Pisa, Francesco Salviati, otro miembro de la familia Riario, los perros de caza del Papa. Me mostré clemente con su primo, pues intento ser un hombre diferente de ellos. Aunque a veces me pregunto si haciendo esto me comporto con sabiduría.

—Tengo una lista —dijo Ezio—. Añadiré estos nombres.

Se dispuso a marchar.

—¿Dónde irás ahora? —preguntó Lorenzo.

—Volveré con mi tío a Monteriggioni. Allí instalaré mi base.

—Entonces, ve con Dios, amigo Ezio. Pero antes, tengo algo que podría interesarte.

Lorenzo abrió una cartera de cuero que llevaba colgada del cinturón y extrajo de ella una hoja de vitela. Ezio sabía lo que era casi antes de que la desenrollara.

—Recuerdo que hace años estuve hablando con tu padre sobre documentos antiguos —dijo Lorenzo en voz baja—. Era un interés que compartíamos. Sé que tradujo algunos. Ten, coge esto. Lo encontré entre los papeles de Francesco de Pazzi teniendo en cuenta que él ya no lo necesita, he pensado que te gustaría… pensando en tu padre. ¿Te gustaría, tal vez, añadirlo a su… colección?

—Os estoy muy agradecido, *Altezza*.

—Sabía que lo estarías —dijo Lorenzo, con un tono que le hizo preguntarse a Ezio cuánto sabía del tema en realidad—. Espero que lo encuentres útil.

Antes de empacar sus cosas y prepararse para el viaje, Ezio se apresuró a visitar a su amigo Leonardo da Vinci con la página de Códice que le había regalado Lorenzo. A pesar de los sucesos de la última semana, el taller continuaba su ritmo de trabajo como si nada hubiera pasado.

—Me alegro de verte sano y salvo, Ezio —dijo Leonardo al recibirlo.

—Veo que también tú has salido indemne de los problemas —replicó Ezio.

—Ya te lo dije: a mí me dejan tranquilo. ¡Deben de pensar que estoy demasiado loco, o que soy demasiado malo o demasiado peligroso para ponerme la mano encima! Tengo vino y por algún lugar debo de tener unos pasteles, si no se han estropeado ya. Mi ama de llaves es una inútil. Y bien, cuéntame qué tienes en mente.

—Me marcho de Florencia.

—¿Tan pronto? ¡Pero si me han dicho que eres el héroe del momento! ¿Por qué no te relajas y lo disfrutas?

—No tengo tiempo.

—¿Aún te quedan enemigos que perseguir?

—¿Cómo lo sabes?

Leonardo sonrió.

—Gracias por venir a despedirte de mí —dijo.

—Antes de irme —dijo Ezio—, te he traído otra página del Códice.

—Esto sí que es una buena noticia. ¿Me dejas verla?

—Por supuesto.

Leonardo leyó detenidamente el nuevo documento.

—Empiezo a cogerle el tranquillo —dijo—. Sigo sin poder ver es el diagrama general sobre el que se basa todo, pero empiezo a familiarizarme con la escritura. Parece la descripción de otra arma.

Se levantó y acercó a la mesa unos cuantos libros antiguos y de frágil aspecto.

—Veamos…, diría que quienquiera que fuera el inventor que escribió todo esto, debió de ir muy por delante de su tiempo. Solo los mecanismos… —Se interrumpió, perdido en sus pensamientos—. ¡Ajá! ¡Ya entiendo! Ezio, se trata del diseño de otro cuchillo, que encajaría en el mecanismo que te colocas en el brazo si necesitaras utilizarlo en lugar del otro.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Si no me equivoco, este es bastante desagradable…, es hueco por el medio, ¿lo ves? Y a través del tubo escondido en el interior de la hoja, puedes inyectarle veneno a la víctima. ¡La muerte segura siempre que atacas! ¡Esta arma te haría prácticamente invencible!

—¿Podrías fabricarla?

—¿Con los mismos términos que las demás?

—Naturalmente.

—¡Bien! ¿Cuánto tiempo tengo?

—¿Hasta el final de la semana? Tengo algunos preparativos que hacer y… quiero intentar ver a alguien… para despedirme. Pero tengo que marcharme lo antes posible.

—No me llevará mucho tiempo. Conservo todavía las herramientas que utilicé para el primer trabajo, y mis ayudantes ya lo tienen por la mano, de modo que no veo por qué no.

Ezio aprovechó aquel tiempo para solucionar asuntos en Florencia, preparar el equipaje y enviar un mensajero con una carta a Monteriggioni. Postergó la última tarea que se había impuesto una y otra vez, aunque sabía que tenía que llevarla a cabo. Por fin, en su penúltima tarde, se acercó a la mansión de los Calfucci. Los pies le pesaban como plomo.

Pero cuando llegó a la casa la encontró oscura y cerrada. Consciente de que estaba comportándose como un poseso, escaló hasta el balcón de Cristina y encontró las persianas cerradas a cal y canto. Las capuchinas de las macetas del balcón estaban marchitas y muertas. Cuando volvió a descender, fatigado, tuvo la sensación de tener el corazón amortajado. Se quedó junto a la puerta sumido en un estado de ensoñación, nunca supo durante cuánto tiempo, pero alguien debió de verlo, pues finalmente se abrió una ventana del primer piso y asomó la cabeza una mujer.

—Se han ido. El *signor* Calfucci vio venir los problemas y se llevó a toda la familia a Lucca. El prometido de su hija es de allí.

—¿A Lucca?

—Sí. Tengo entendido que las familias se llevan muy bien.

—¿Cuándo volverán?

—No lo sé. —La mujer se quedó mirándolo—. ¿Os conozco de algo?

—No creo —dijo Ezio.

Pasó la noche soñando tanto con Cristina como con el sangriento final de Francesco.

El día se levantó encapotado, un cielo comparable al estado de humor de Ezio. Se dirigió al taller de Leonardo, contento de que por fin hubiera

llegado el día de abandonar Florencia. El nuevo cuchillo estaba listo, acabado en acero gris mate, muy duro, sus bordes tan afilados que podían cortar un pañuelo de seda en el aire. El orificio de la punta era diminuto.

—El veneno está en la empuñadura y se libera simplemente flexionando el músculo del brazo sobre este botón interior. Ve con cuidado porque es muy sensible.

—¿Qué veneno tengo que utilizar?

—Para empezar, he empleado una destilación potente de cicuta. Cuando se termine, pregunta a cualquier médico.

—¿Veneno? ¿A un médico?

—En concentraciones lo suficientemente elevadas, lo que cura puede también matar.

Ezio asintió con tristeza.

—Estoy en deuda contigo una vez más.

—Aquí está la hoja de ese Códice. ¿De verdad que tienes que marcharte tan pronto?

—Florencia es una ciudad segura… de momento. Pero aún tengo trabajo que hacer.

CAPÍTULO 10

—¡Ezio! —Mario estaba resplandeciente, su barba más erizada que nunca, su cara quemada por el sol de la Toscana—. ¡Bienvenido a casa!

—Tío.

El rostro de Mario se tornó más serio.

—Veo por tu cara que has pasado duras experiencias en los meses transcurridos desde la última vez que nos vimos. Cuando te hayas bañado y hayas descansado, tienes que contármelo todo. —Hizo una pausa—. Estamos al corriente de lo que ha pasado en Florencia, y yo —incluso yo— he rezado para que se produjera un milagro y salieras con vida. ¡Pero no solo has salido con vida, sino que además has cambiado la situación y la has puesto contra los Pazzi! Los Templarios te odiarán por esto, Ezio.

—Es un odio recíproco.

—Descansa primero… y luego me lo cuentas todo.

Aquella misma noche, los dos se acomodaron en el despacho de Mario. Mario escuchó con interés las explicaciones de Ezio sobre todo lo que sabía en referencia a los acontecimientos sucedidos en Florencia. Le devolvió a su tío la página del Códice de Vieri y le entregó la que Lorenzo le había dado, describiéndole el dibujo de la daga venenosa y enseñándoselo a continuación. Mario se quedó impresionado, pero concentró su atención en la nueva página.

—Mi amigo no fue capaz de descifrar nada más, excepto la descripción del arma —dijo Ezio.

—Eso está muy bien. No todas las páginas contienen este tipo de instrucciones, y únicamente deberían de interesarle aquellas que las contienen —dijo Mario, un tono de precaución en su voz—. En cualquier caso, solo podremos comprender el significado completo del Códice cuando hayamos reunido todas sus páginas. Pero esta nos llevará un paso más allá cuando la sumemos a las demás, junto con la página de Vieri.

Se levantó, se acercó a la librería que escondía la pared en la que guardaba las páginas del Códice, la movió y estudió el lugar que ocuparían las nuevas páginas. Una de ellas estaba conectada con alguna de las que ya tenía allí. La otra quedaba en una esquina.

—Resulta interesante que Vieri y su padre tuvieran páginas que evidentemente quedan muy próximas —dijo—. Ahora veamos qué…

Dejó de hablar, concentrándose.

—Hmmm… —dijo por fin, aunque con una expresión de preocupación.

—¿Crees que con esto llegaremos un poco más lejos, tío?

—No estoy seguro. Tal vez nos encontremos más sumidos que nunca en la oscuridad, pero lo que es evidente es que aquí hay algún tipo de referencia a un profeta, no a un profeta de la Biblia, sino a un profeta vivo o a uno que está todavía por llegar…

—¿Y quién podría ser?

—No queramos correr demasiado. —Mario estaba absorto en aquellas páginas, moviendo los labios, hablando en un idioma que Ezio no comprendía—. Por lo que logro descifrar, este texto se traduciría más o menos como «Solo el Profeta podrá abrirlo…». Y aquí hay una referencia a «dos Fragmentos del Edén», pero no tengo ni idea de qué significa. Debemos ser pacientes hasta que consigamos más páginas del Códice.

—Sé que el Códice es importante, tío, pero estoy aquí por una razón más apremiante que desvelar su misterio. Busco al renegado, a Jacopo de Pazzi.

—Lo que es seguro es que después de huir de Florencia viajó hacia el sur. —Mario dudó antes de proseguir—. No tenía intención de hablar de este tema contigo esta noche, Ezio, pero veo que el asunto es tan urgente para mí como para ti, y tenemos que iniciar lo antes posible los preparativos. Mi viejo amigo Roberto ha sido expulsado de San Gimignano,

que ha vuelto a convertirse en plaza fuerte de los Templarios. Está excesivamente cerca de Florencia, y de nosotros, para permitir que lo sea. Creo que Jacopo podría buscar refugio allí.

—Tengo una lista con los nombres de los demás conspiradores —dijo Ezio, cogiendo el listado de su cartera y entregándoselo a su tío.

—Bien. Algunos de estos hombres tendrán mucho menos en lo que apoyarse que Jacopo y serán fáciles de vencer. Al amanecer enviaré espías al campo para ver qué pueden descubrir sobre ellos y, mientras, debemos empezar a prepararnos para retomar San Gimignano.

—Prepara a tus hombres sin falta, pero yo no tengo tiempo que perder si lo que quiero es acabar con esos asesinos.

Mario reflexionó.

—Tal vez tengas razón… Un hombre solo puede a menudo traspasar murallas que un ejército entero no puede. Y deberíamos acabar con ellos mientras aún creen estar a salvo. —Se lo pensó un momento más—. Te concedo, pues, mi permiso. Ve tú por delante a ver qué logras descubrir. Sé que eres más que capaz de cuidar de ti mismo.

—¡Muchas gracias, tío!

—¡No tan rápido, Ezio! Te dejo marchar con una condición.

—¿Cuál?

—Que retrases una semana tu partida.

—¿Una semana?

—Si piensas adentrarte solo en el campo, sin nadie que te acompañe, necesitarás algo más que estas armas del Códice. Ahora eres un hombre, y un combatiente valiente de los Asesinos. Pero tu reputación hará que los Templarios estén más sedientos de tu sangre que nunca y sé que aún careces de ciertas habilidades.

Ezio movió la cabeza de un lado a otro con impaciencia.

—No, tío, lo siento…, pero una semana…

Mario frunció el entrecejo, pero levantó la voz solo ligeramente. Fue suficiente.

—He oído cosas buenas de ti, Ezio, pero también cosas malas. Cuando mataste a Francesco perdiste el control. Y permitiste que tus sentimientos por Cristina te tentaran para apartarte de tu camino. Tu deber ahora es el

Credo, y si lo descuidas, tal vez no quede para ti un mundo que disfrutar. —Detuvo su discurso—. Cuando te pido obediencia, lo hago en boca de tu padre.

Ezio había visto a su tío crecer en altura, incluso en tamaño, mientras hablaba. Y por doloroso que le resultase aceptarlo, se vio obligado a reconocer que lo que acababa de decir era cierto. Amargamente, bajó la cabeza.

—Bien —dijo Mario, con más amabilidad—. Y acabarás agradeciéndomelo. Tu nueva formación empezará por la mañana. Y recuerda: ¡la preparación lo es todo!

Una semana después, armado y preparado, Ezio partió a caballo hacia San Gimignano. Mario le había dicho que se pusiera en contacto con una de las patrullas de *condottieri* que había apostado en una zona no visible de las cercanías de la ciudad con el objetivo de realizar el seguimiento de las idas y venidas. Se alojó en uno de sus campamentos para pasar su primera noche fuera de Monteriggioni.

El sargento al mando, un hombre duro y curtido por las batallas de veinticinco años de edad llamado Gambalto, le dio un pedazo de pan con *pecorino* y un tazón de Vernaccia y puso a Ezio al corriente de la situación mientras comía y bebía.

—Creo que es una vergüenza que Antonio Maffei se marchara de Volterra. Está obsesionado con Lorenzo y piensa que el duque destrozó su ciudad natal, mientras que lo único que hizo fue ponerla bajo la protección de Florencia. Ahora Maffei se ha vuelto loco. Se ha instalado en lo alto de la torre de la catedral, rodeado de arqueros de los Pazzi, y se pasa el día lanzando peroratas y flechas en igual medida. Dios sabe qué planes tendrá: convertir a los ciudadanos a su causa con sus sermones, o matarlos con sus flechas. Los ciudadanos de a pie de San Gimignano lo odian, pero mientras continúe con su reinado de terror, la ciudad está impotente contra él.

—Por lo que es necesario que lo neutralicemos.

—Eso debilitaría la influencia de los Pazzi en la ciudad.

—¿Están bien defendidos?

—Tienen muchos hombres apostados en las torres de vigilancia y en las puertas. Pero cambian de guardia al amanecer. En ese momento, un hombre como tú podría superar las murallas y entrar en la ciudad sin ser visto.

Ezio reflexionó, preguntándose si aquello le distraería de la misión que se había impuesto de encontrar a Jacopo. Pero reflexionó para poder ver la imagen global: aquel tal Maffei era partidario de los Pazzi y el deber de Ezio como Asesino era derrocar a aquel loco.

Al amanecer del día siguiente, cualquier ciudadano especialmente atento de San Gimignano podría haberse percatado de la presencia de una figura encapuchada, delgada y de ojos grises, deslizándose como un fantasma por las calles que llevaban a la plaza de la catedral. Los vendedores del mercado estaban montando sus puestos, pero era el punto bajo de la jornada y los guardias, aburridos y desanimados, dormitaban apoyados en sus alabardas. La zona oeste del *campanile* seguía aún sumida en la oscuridad y nadie vio cómo una figura vestida de negro trepaba por sus muros con la facilidad y la elegancia de una araña.

El sacerdote, demacrado, con ojos hundidos y despeinado, estaba ya en su puesto. Cuatro agotados arqueros de los Pazzi se habían posicionado también en su correspondiente lugar, uno en cada esquina de la torre. Pero como no confiaba en que los arqueros fueran suficiente protección, Antonio Maffei, pese a tener una Biblia en su mano izquierda, sujetaba también una daga de empuñadura redonda en la derecha. Se había puesto ya a rezar, y cuando Ezio se acercó a lo alto de la torre, empezó a captar las palabras de Maffei.

—¡Ciudadanos de San Gimignano, prestad atención a mis palabras! Arrepentíos. ¡ARREPENTÍOS! Y buscad el perdón… ¡Sumaos a mi plegaria, hijos míos, para juntos enfrentarnos a la oscuridad que se ha cernido sobre nuestra querida Toscana! Préstame atención, santo cielo, y hablaré; y escucha, oh tierra, las palabras que pronuncia mi boca. Deja que mis enseñanzas se derramen como la lluvia, que mi discurso destile como el rocío, como gotas de lluvia sobre las plantas, como un chubasco sobre la hierba; ¡pues yo proclamo el nombre del Señor! ¡Él es la Roca! ¡Su obra es perfecta, sus formas son justas! Es recto y virtuoso; y los que han caído en la corrupción, ya no son hijos suyos… ¡Una generación manchada, perversa

y deshonesta! Ciudadanos de San Gimignano, ¿tratáis así con el Señor? ¡Oh, locos e insensatos! Si Él no es vuestro padre, ¿quién os parió? ¡Por la luz de su misericordia, limpiaos!

Ezio saltó con cuidado por encima del parapeto de la torre y cogió posiciones cerca de la trampilla que se abría sobre la escalera que conducía hacia abajo. Los arqueros intentaron apuntar contra él, pero el rango de alcance era corto y él tenía además a su favor el elemento sorpresa. Se agazapó y agarró a uno de ellos por los pies, haciéndolo caer por encima del parapeto y lanzándolo hacia una muerte segura sesenta metros más abajo. Antes de que los demás tuvieran tiempo de reaccionar, se volvió contra un segundo y lo apuñaló en el brazo. El hombre miró asombrado la pequeña herida, pero se quedó pálido y se derrumbó, la vida esfumándose de él en un instante. Ezio llevaba sujeta en el brazo su nueva arma, pues no era momento de combates justos. Se giró hacia el tercero, que había soltado su arco e intentaba adelantarle de camino hacia las escaleras. Cuando llegó a ellas, Ezio le arreó un puntapié en el trasero y el hombre echó a rodar por los peldaños de madera con la cabeza por delante, sus huesos partiéndose al estamparse contra el primer descansillo. El último hombre levantó las manos y borbotó alguna cosa. Ezio bajó la vista y vio que el hombre se había meado encima. Se hizo a un lado y, con una reverencia irónica, permitió que el aterrorizado arquero bajara a toda prisa la escalera para atender a su tullido camarada.

Entonces recibió un duro golpe en la nuca provocado por la pesada empuñadura de acero de una daga. Maffei se había recuperado de la conmoción que le había provocado el ataque y se había acercado a Ezio desde atrás. Ezio se tambaleó.

—¡Te obligaré a arrodillarte, pecador! —gritó el sacerdote, la espuma asomando por las comisuras de su boca—. ¡Suplica tu perdón!

«¿Por qué la gente perderá siempre el tiempo hablando?», pensó Ezio, que tuvo tiempo para recuperarse y girarse mientras el sacerdote lanzaba su discurso.

Los dos hombres empezaron a dar vueltas concéntricas en el limitado espacio. Maffei arremetió con su potente daga. Era, evidentemente, un luchador torpe, pero la desesperación y su fanatismo lo hacían muy

peligroso. Ezio se vio obligado a bailar de un lado a otro más de una vez para apartarse de la trayectoria de los movimientos erráticos de la hoja de su oponente, sin poder asestar él ni un solo golpe. Pudo, por fin, agarrar al sacerdote por la muñeca y tirar de él hasta que sus pechos quedaron rozándose.

—Te enviaré gimoteando al infierno —le espetó Maffei.

—Muestra un poco de respeto por la muerte, amigo —replicó Ezio.

—¡Ya te daré yo a ti respeto!

—¡Ríndete! Voy a darte tiempo para que reces.

Maffei le lanzó un escupitajo a los ojos, obligando con ello a Ezio a soltarlo. Entonces, con un alarido, hundió la daga en el antebrazo izquierdo de Ezio, pero la hoja se deslizó inútilmente hacia un lado, doblada por la placa de metal que Ezio llevaba adosada.

—¿Qué demonios te protege? —preguntó Maffei.

—Hablas demasiado —dijo Ezio, presionando su daga contra el cuello del sacerdote y tensando los músculos del antebrazo.

En el momento en que el veneno se deslizó por la hoja y se adentró en la yugular de Maffei, el sacerdote se quedó rígido, abrió la boca y de ella no salió más que un aliento fétido. Se apartó entonces de Ezio, se acercó tambaleándose al parapeto, se enderezó durante un instante y cayó a continuación hacia delante en brazos de la muerte.

Ezio se inclinó sobre el cadáver de Maffei. Encontró una carta entre su túnica, que abrió y leyó rápidamente.

Padrone:

Te escribo con miedo en el corazón. El Profeta ha llegado. Lo presiento. Ni siquiera los pájaros se comportan como deberían. Revolotean sin rumbo fijo por el cielo. Los veo desde mi torre. No asistiré a la reunión tal y como tú me pediste, pues ya no puedo permitirme exponerme en público por temer a que el

demonio pudiera encontrarme. Perdóname, pero debo hacer caso a mi voz interior.

Que el Padre del Saber te guíe. Y me guíe también a mí.

Hermano A.

«Gambalto tenía razón», pensó Ezio, aquel hombre había perdido la cabeza. Melancólicamente, recordando la amonestación de su tío, cerró los ojos del sacerdote y pronunció las palabras *Requiescat in pace*.

Consciente de que el arquero al que le había perdonado la vida podía haber dado la voz de alarma, inspeccionó por encima del parapeto la torre que había más abajo, pero no detectó ninguna actividad preocupante. Los guardias de los Pazzi seguían dormitando en sus puestos y el mercado había abierto, la gente empezaba a acercarse a los tenderetes. Sin duda alguna, el arquero debía de andar ya camino de su casa, prefiriendo la deserción a un consejo de guerra y una posible tortura. Guardó de nuevo la daga en el interior del mecanismo que llevaba escondido en el antebrazo, procurando tocarla únicamente con su mano enguantada, y empezó a bajar las escaleras de la torre. El sol estaba ya en lo alto del cielo, lo que lo haría perfectamente visible si decidía descender por el muro exterior del *campanile*.

Cuando se reunió de nuevo con la tropa de mercenarios de Mario, Gambalto le saludó excitado.

—¡Nuestra patrulla de reconocimiento ha localizado al arzobispo Salviati!

—¿Dónde?

—No muy lejos de aquí. ¿Ves esa mansión? ¿En la colina, allá arriba?

—Sí.

—Está allí. —Gambalto recordó entonces algo—. Pero antes debo preguntarte, *capitano*, qué tal te ha ido en la ciudad.

—No habrá más sermones de odio desde esa torre.

—El pueblo te bendecirá, *capitano*.

—No soy ningún capitán.

—Lo eres para nosotros —replicó simplemente Gambalto—. Coge un destacamento de hombres. Salviati está muy protegido y la mansión es un antiguo edificio fortificado.

—Muy bien —dijo Ezio—. Siempre es bueno que los huevos estén juntos, prácticamente en el mismo nido.

—Los otros no pueden andar muy lejos, Ezio. Nos ocuparemos de encontrarlos durante tu ausencia.

Ezio seleccionó a una docena de los mejores combatientes cuerpo a cuerpo de Gambalto y los lideró a pie por los campos que los separaban de la mansión donde se había refugiado Salviati. Desplegó a sus hombres de manera que pudiesen escucharse entre ellos en caso de tener que comunicarse, y las avanzadillas que Salviati había posicionado fueron fácilmente evitadas o neutralizadas. Por desgracia. Ezio perdió también a dos de sus hombres en la maniobra de aproximación.

Ezio confiaba en tomar la mansión por sorpresa, antes de que sus ocupantes fueran alertados de su ataque, pero cuando se acercó a las robustas puertas de acceso vio aparecer una figura en la muralla por encima de ellos, vestida con los ropajes de un arzobispo, sujetándose a las almenas con unas manos que parecían garras. Un rostro que recordaba el de un buitre, que desapareció de inmediato.

«Es Salviati», se dijo Ezio para sus adentros.

En las puertas no había centinelas apostados. Ezio indicó con un gesto a sus hombres que se acercaran a las murallas para que los arqueros no tuvieran ángulo suficiente para disparar contra ellos. Sin duda alguna, Salviati había concentrado el grueso de sus hombres en el interior de los muros, cuya altura y grosor los hacía aparentemente inquebrantables. Ezio empezó a plantearse si debería, una vez más, intentar trepar por el muro y abrir las puertas desde el interior para dar entrada a sus tropas, pero sabía que los guardias de los Pazzi se darían cuenta enseguida de su presencia.

Indicando a sus hombres que se mantuvieran ocultos, se agachó y recorrió entre la hierba crecida la escasa distancia que lo separaba del lugar donde yacía el cuerpo de uno de sus enemigos. Lo desnudó rápidamente, se

vistió con el uniforme del soldado, hizo un paquete con su propia ropa y la cogió bajo el brazo.

—¡Abrid! —gritó—. ¡En nombre del Padre del Saber!

Transcurrió un tenso minuto. Ezio retrocedió para que pudieran verlo desde lo alto de las murallas. Y entonces escuchó el sonido de los pesados pestillos.

En cuanto las puertas empezaron a abrirse, Ezio y sus hombres se abalanzaron contra ellas, derribándolas y sorprendiendo a los centinelas del interior. Se encontraron enseguida en un patio, en torno al cual la mansión se desplegaba en tres alas separadas. Salviati estaba en lo alto de un tramo de escaleras situado en el centro del ala principal. Entre él y Ezio, una docena de hombres corpulentos y armados hasta los dientes. Había además más hombres repartidos por el patio.

—¡Sucia traición! —gritó el arzobispo—. Pero no conseguirás salir con la misma facilidad con la que has entrado.

Levantó la voz hasta convertirla en un imperativo rugido:

—¡Matadlos! ¡Matadlos a todos!

Las tropas de los Pazzi se acercaron y rodearon a los hombres de Ezio. Pero los Pazzi no se habían entrenado bajo las órdenes de un hombre como Mario Auditore y, a pesar de llevar las de perder, los *condottieri* de Ezio se enfrentaron con éxito a sus oponentes mientras él corría escaleras arriba. Accionó su daga venenosa y se la clavó a los hombres que cuidaban de Salviati. Independientemente de dónde apuntara el cuchillo, aunque fuera simplemente en la mejilla, cada vez que lo clavaba, la víctima moría al instante.

—¡Eres un demonio… del Cuarto Anillo del Noveno Círculo! —exclamó Salviati con voz temblorosa cuando finalmente se encontró cara a cara con Ezio.

Ezio accionó la daga venenosa, pero preparó asimismo su daga de batalla. Cogió a Salviati por el pescuezo, por encima de su capa pluvial, y acercó el filo al cuello del arzobispo.

—Los Templarios perdieron su cristianismo cuando descubrieron la banca —dijo sin alterarse—. ¿Acaso no conoces los evangelios? «¡No

podrás servir a Dios y a Mammón!». Pero ahora tienes la oportunidad de redimirte. Dime: ¿dónde está Jacopo?

Salviati lo miró desafiante.

—¡Nunca lo encontrarás!

Ezio deslizó la hoja delicadamente, aunque con firmeza, por la molleja del arzobispo, extrayendo un hilillo de sangre.

—Tendrás que contarme algo mejor, *arcivescovo*.

—La noche nos protege cuando nos reunimos…, y ahora, termina con tu trabajo.

—De modo que os escondéis en la oscuridad como asesinos que sois. Gracias por decírmelo. Pero te lo preguntaré una vez más. ¿Dónde?

—El Padre del Saber es consciente de que lo que voy a hacer es para el bien superior —dijo con frialdad Salviati y, cogiendo repentinamente la muñeca de Ezio con ambas manos, se hundió la daga en el cuello.

—¡Dímelo! —gritó Ezio.

Pero el arzobispo, la sangre manando a borbotones por su boca, se había derrumbado ya a sus pies, sus espléndidos ropajes amarillos y blancos relucientes de rojo.

Pasaron varios meses antes de que Ezio volviera a tener noticias de los conspiradores. Entretanto, trazó con Mario un plan para recuperar San Gimignano y liberar a sus ciudadanos del yugo cruel de los Templarios, que habían aprendido una lección y mantenían un control férreo sobre la ciudad. Sabiendo que los Templarios estarían también buscando las páginas del Códice que seguían en paradero desconocido, Ezio estuvo tratando de dar con ellas, aunque sin éxito. Las páginas que estaban ya en posesión de los Asesinos seguían escondidas bajo la estricta vigilancia de Mario, porque sin ellas, el secreto del Credo nunca sucumbiría a los Templarios.

Un día llegó a Monteriggioni un mensajero procedente de Florencia portando una carta de Leonardo para Ezio. Ezio, conociendo la costumbre de su zurdo amigo de escribir al revés, buscó enseguida un espejo. En cualquier circunstancia, de todos modos, los complicados garabatos habrían resultado un escollo para que incluso el lector más talentoso consiguiera

descifrarlos. Ezio rompió el lacre y empezó a leer con impaciencia, su corazón animándose al ir leyendo línea tras línea.

Gentile Ezio:

El duque Lorenzo me ha pedido que te haga llegar estas noticias... ¡sobre Bernardo Baroncelli! Al parecer consiguió embarcarse rumbo a Venecia, y desde allí viajó de incógnito hasta la corte del sultán otomano en Constantinopla, con la intención de refugiarse en esa ciudad. Pero como apenas se entretuvo en Venecia, no se enteró de que los venecianos acababan de firmar la paz con los turcos (incluso le han enviado a su segundo mejor pintor, Gentile Bellini, para que realice un retrato del sultán Mehmet). De modo que cuando llegó y su identidad quedó al descubierto, fue arrestado de inmediato.

Naturalmente, te imaginarás la cantidad de cartas que se cruzaron entre la Sublime Porte y Venecia. Pero los venecianos son también nuestros aliados —al menos por el momento— y el duque Lorenzo es, por encima de todo, un diplomático consumado. Baroncelli fue devuelto a Florencia encadenado y, una vez allí, fue interrogado. Pero se mostró terco, o loco, o valiente, no sé exactamente qué. La cuestión es que resistió el potro, las tenazas al rojo vivo, los azotes y las ratas corriéndole por los pies, y lo único que confesó que los conspiradores solían reunirse por las noches en una antigua cripta que hay debajo de Santa Maria Novella. Se investigó, claro está, pero no encontraron nada. Acabaron

colgándolo. He hecho un dibujo bastante bueno de la ejecución que te mostraré la próxima vez que nos veamos. Creo que, anatómicamente hablando, es muy preciso.

Distinti saluti.
Tu amigo,

Leonardo da Vinci

—Es estupendo que ese hombre haya muerto —comentó Mario cuando Ezio le enseñó la carta—. Era el típico tipo capaz de robarle incluso a su madre. Pero la pena es que esto no nos acerca en absoluto a descubrir qué piensan hacer los Templarios a continuación, ni siquiera nos da una pista sobre el paradero de Jacopo.

Ezio encontró tiempo para ir a visitar a su madre y a su hermana, que continuaban pasando sus días en la serenidad del convento y al cuidado de la bondadosa abadesa. Con tristeza comprendió que la recuperación de María ya no avanzaría más. Su cabello se había vuelto prematuramente cano y en las comisuras de los ojos habían aparecido finas patas de gallo, aunque, por otro lado, había alcanzado la paz interior y cuando hablaba sobre su esposo y sus hijos fallecidos lo hacía con cariño y orgullo. Sin embargo, ver la cajita de madera de peral con las plumas de águila que en su día le regaló el pequeño Petruccio, un objeto que tenía siempre en su mesilla de noche, seguía llenándole los ojos de lágrimas. En cuanto a Claudia, se había convertido en *novizia*, y a pesar de que Ezio consideraba que aquella decisión echaba a perder su belleza y su espíritu, no le quedaba otro remedio que reconocer la luz que iluminaba el rostro de su hermana, respetar la decisión que esta había tomado y sentirse feliz por ella. Volvió a visitarlas por Navidad y con el nuevo año reemprendió su formación,

ardiendo de impaciencia en su interior. Para apaciguar su nerviosismo, Mario lo nombró comandante adjunto del castillo. Ezio empezó a enviar a sus propios espías y patrullas de reconocimiento en busca de la presa que seguía persiguiendo incansablemente.

Y entonces, por fin, llegaron noticias. Una mañana de finales de primavera, Gambalto, sus ojos resplandecientes, apareció en la puerta de la sala de mapas donde Ezio y Mario estaban enfrascados en una profunda conversación.

—*Signori!* ¡Hemos encontrado a Stefano da Bagnone! Está refugiado en la abadía de Asmodeo, a escasas leguas al sur de aquí. ¡Ha permanecido todo este tiempo justo delante de nuestras narices!

—Siempre van juntos, como perros que son —espetó Mario, sus rechonchos dedos de trabajador trazando rápidamente una ruta en el mapa que tenía enfrente. Miró a Ezio—. Aunque este es un perro jefe. ¡El secretario de Jacopo! ¡Si no conseguimos sacar nada de él…!

Pero Ezio estaba ya dando órdenes para que ensillaran y prepararan su caballo. Rápidamente, se dirigió a sus habitaciones y se armó con las armas del Códice, eligiendo esta vez la hoja oculta en lugar de la daga venenosa. Siguiendo los consejos del médico de Monteriggioni, había sustituido la destilación de cicuta que Leonardo había utilizado originalmente por beleño, y el saquito de veneno escondido en la empuñadura estaba lleno. Había decidido utilizar con discreción la daga venenosa, pues siempre corría el riesgo de administrarse a sí mismo una dosis letal. Por este motivo, y porque tenía los dedos llenos de minúsculas cicatrices, cuando blandía un arma blanca utilizaba desde hacía un tiempo unos guantes de piel resistentes, aunque flexibles.

La abadía estaba cerca de Monticiano, cuyo antiguo castillo dominaba la pequeña ciudad montañosa. Estaba situada en una soleada hondonada junto a una colina cubierta de cipreses. El edificio actual era nuevo, tendría quizás cien años, y estaba construido con rica piedra arenisca amarilla de importación en torno a un amplio patio donde se levantaba también una iglesia. Las puertas estaban abiertas de par en par y los monjes de la orden de la abadía, con sus hábitos de color ocre, estaban ocupados trabajando en los campos y los huertos de las cercanías del edificio y en los viñedos que

había más arriba. El vino del monasterio adjunto a la abadía era famoso y se exportaba incluso a París. Como parte de los preparativos, Ezio se había hecho con un hábito de monje y, después de dejar el caballo a cargo de un mozo de cuadras en la posada donde había alquilado una habitación haciéndose pasar por un mensajero estatal, se había disfrazado para acceder a la abadía.

Avistó a Stefano al cabo de poco rato, enfrascado en una conversación con el *hospitarius* de la abadía, un monje corpulento que parecía haber adoptado la forma de una de las barricas de vino que, evidentemente, vaciaba con frecuencia. Ezio consiguió acercarse lo bastante como para escuchar sin que se percataran de su presencia.

—Recemos, hermano —dijo el monje.

—¿Rezar? —dijo Stefano, cuyo atuendo negro contrastaba con los colores soleados de su entorno.

Parecía una araña paseándose por encima de una tortita.

—¿Para qué? —añadió con ironía.

El monje se quedó sorprendido.

—¡Para obtener la protección del Señor!

—¡Si piensas que al Señor le interesan nuestros asuntos, hermano Girolamo, mejor que te dediques a otra cosa! Pero, por favor, por lo que más quieras, sigue haciéndote ilusiones, si eso te ayuda a pasar el tiempo.

—¡Eso que acabas de decir es una blasfemia! —exclamó escandalizado el hermano Girolamo.

—No. Digo la verdad.

—¡Estás negando su más exaltada Presencia!

—No es más que una respuesta racional a la afirmación de que allá arriba en el cielo habita un loco invisible. ¡Y créeme, si nuestra preciosa Biblia tiene algo en lo que basarse, es que ese tal Dios ha perdido por completo la cabeza!

—¿Cómo puedes decir estas cosas? ¡Eres sacerdote!

—Soy administrador. Utilizo estos ropajes para poder acercarme a esos malditos Medici, acabar de una vez por todas con ellos y estar al servicio de mi verdadero Maestro. Pero ante todo, está todavía el tema de ese Asesino,

Ezio. Lleva demasiado tiempo siendo una espina clavada que debemos arrancarnos.

—En eso estás en lo cierto. ¡Es un demonio perverso!

—Bien —dijo Stefano con una sonrisa torcida—. Al menos veo que estamos de acuerdo en algo.

—Dicen que el diablo le ha otorgado una velocidad y una fuerza sobrenaturales —dijo Girolamo bajando el tono.

Stefano se quedó mirándolo.

—¿El diablo? No, amigo mío. Son dones que ha conseguido él sólito, gracias al entrenamiento riguroso al que se ha sometido durante años. —Hizo una pausa, su cuerpo flacucho adoptando una postura meditabunda—. ¿Sabes, Girolamo? Me resulta inquietante que estés tan poco dispuesto a reconocer los méritos que la gente consigue por sus propios medios. Creo que si pudieras, encontrarías víctimas por todas partes.

—Te perdono tu falta de fe y tu lengua viperina —replicó con misericordia Girolamo—. Pese a ello sigues siendo un hijo de Dios.

—Ya te lo he dicho… —empezó de nuevo Stefano con cierta brusquedad; pero a continuación, extendió las manos y lo dejó correr—. ¿Para qué? ¡Ya basta del tema! ¡Es como hablarle a un sordo!

—Rezaré por ti.

—Como gustes. Pero hazlo en silencio. Debo continuar con mi guardia. Hasta que tengamos a ese Asesino muerto y enterrado, ningún Templario podrá bajar la guardia ni un instante.

El monje se retiró después de saludarlo con una inclinación de cabeza y Stefano se quedó solo en el patio. Había sonado la campana anunciando la Primera y la Segunda Estación del Vía Crucis y la comunidad se había reunido en la iglesia de la abadía. Ezio abandonó las sombras como un espectro. El sol brillaba con la pesadez silenciosa del mediodía. Stefano, con su apariencia de cuervo, caminaba acechante arriba y abajo de la pared norte, inquieto, impaciente, poseído.

Cuando vio a Ezio no expresó su sorpresa.

—Voy desarmado —dijo—. Lucharé con la mente.

—Para utilizarla, necesitas permanecer con vida. ¿Podrás defenderte?

—¿Me matarías a sangre fría?

—Te mataré porque es necesario que mueras.

—¡Buena respuesta! Pero ¿no crees que estoy tal vez en posesión de secretos que podrían serte de utilidad?

—Lo que creo es que no te doblegarías bajo ningún tipo de tortura.

Stefano le lanzó una mirada de evaluación.

—Lo tomaré como un cumplido, aunque yo no estoy tan seguro de ello. Sin embargo, es un asunto de simple relevancia académica. —Hizo una pausa antes de proseguir con su aguda voz—: Has perdido tu oportunidad, Ezio. La suerte de la muerte está echada. La causa de los Asesinos es una causa perdida. Sé que me matarás haga lo que haga o diga lo que diga, y que estaré muerto antes de mediodía. La misa ha terminado; pero mi muerte no te servirá de nada. Los Templarios te tienen ya en jaque, y pronto te tendrán en jaque mate.

—No lo tengas tan claro.

—Estoy a punto de reunirme con mi Creador… si es que finalmente existe. Será gratificante descubrirlo. Y mientras, ¿por qué debería yo mentir?

Ezio soltó su daga.

—Muy inteligente —comentó Stefano—. ¿Qué se te ocurrirá a continuación?

—Repara el mal que has hecho —dijo Ezio—. Cuéntame lo que sabes.

—¿Qué deseas saber? ¿El paradero de mi Maestro, Jacopo? —Stefano sonrió—. Eso es sencillo. Pronto se reunirá con nuestros confederados, de noche, a la sombra de los dioses romanos. —Hizo una pausa—. Espero que esto te haga feliz, porque por mucho que hagas no sacarás nada más de mí. Y en todo caso carece de importancia, porque sé a ciencia cierta que llegas demasiado tarde. Lo único que siento es que no estaré presente para ser testigo de tu destrucción…, pero ¿quién sabe? A lo mejor existe un más allá desde el que poder observar tu muerte. Pero de momento, acabemos de una vez con este desagradable asunto.

La campana de la abadía sonó una vez más. Ezio tenía poco tiempo.

—Pienso que podrías enseñarme muchas cosas —dijo. Stefano lo miró con tristeza.

—No en este mundo —dijo. Se abrió el cuello de sus ropajes—. Pero hazme el favor de enviarme con rapidez a la noche.

Ezio le clavó una única puñalada, profunda y con una puntería letal.

—Al sudoeste de San Gimignano se encuentran las ruinas del templo de Mitra —dijo pensativo Mario cuando Ezio regresó—. Son las únicas ruinas romanas importantes en muchos kilómetros a la redonda. ¿Y dices que mencionó la sombra de los dioses romanos?

—Esas fueron sus palabras.

—¿Y que los Templarios van a reunirse allí… pronto?

—Sí.

—Entonces no debemos demorarnos. A partir de esta noche debemos montar guardia allí.

Ezio se mostró abatido.

—Da Bagnone me dijo que era demasiado tarde para detenerlos.

Mario sonrió.

—Pues, en este caso, de nosotros depende demostrar que se equivocaba.

Era la tercera noche de guardia. Mario había regresado a su base para continuar trabajando en sus planes contra los Templarios de San Gimignano y había dejado a Ezio en compañía de cinco hombres de confianza, Gambalto entre ellos, para montar guardia escondidos en los espesos bosques que rodeaban las solitarias y desoladas ruinas del templo de Mitra. El templo consistía en un gran conjunto de edificios que habían ido construyéndose a lo largo de los siglos. Su último ocupante había sido Mitra, el dios adoptado por el ejército romano, pero incluía también capillas más antiguas, consagradas en su día a Minerva, Venus y Mercurio. El complejo disponía asimismo de un teatro, cuyo escenario seguía manteniéndose sólidamente en pie y se erguía frente a un derruido semicírculo de bancos de piedra dispuestos en terrazas, hogar de escorpiones y ratas, respaldado por un deteriorado muro y flanqueado por columnas quebradas donde las lechuzas habían hecho sus nidos. La hiedra

trepaba por todos lados y resistentes lilas de verano se abrían paso entre las grietas que ellas mismas habían perforado en el mármol manchado y desmoronado. La luna proyectaba una luz fantasmagórica sobre la escena y, pese a estar acostumbrados a plantarles cara sin miedo alguno a enemigos mortales, había un par de hombres claramente nerviosos.

Ezio había decidido montar guardia durante una semana, pero sabía que a los hombres les resultaría difícil controlar los nervios en aquel lugar durante tanto tiempo, pues la presencia de los fantasmas del pasado pagano se hacía sentir con fuerza. Pero cerca de la medianoche, con los Asesinos con los miembros doloridos debido a la inmovilidad y la falta de actividad, oyeron el débil tintineo de unos arneses. Ezio y sus hombres se prepararon para lo que pudiera suceder a continuación. Poco después apareció en el complejo una docena de soldados portando antorchas y liderados por tres hombres. Se dirigían al teatro. Ezio y sus *condottieri* les siguieron hacia allí.

Los hombres desmontaron y formaron un círculo de protección alrededor de los tres líderes. Observando la escena, Ezio reconoció triunfante el rostro del hombre que llevaba tanto tiempo buscando: Jacopo de Pazzi, un hombre de pelo gris de más de sesenta años con aspecto acosador. Iba acompañado por un hombre que no conocía y otro que sí: ¡la inequívoca figura de nariz ganchuda y con capucha granate de Rodrigo Borgia! Con gravedad, Ezio conectó la daga venenosa con el mecanismo que llevaba en la muñeca derecha.

—Ya sabes por qué he convocado la reunión —empezó a decir Rodrigo —. Te he dado tiempo más que suficiente, Jacopo. Pero aún tienes que reparar el mal que has hecho.

—Lo siento, *commendatore*. He hecho todo lo que estaba en mi mano. Los Asesinos me han superado.

—No has recuperado Florencia.

Jacopo agachó la cabeza.

—¡Ni siquiera has sido capaz de rebanarle la cabeza a Ezio Auditore, un simple cachorro! ¡Y con cada victoria que consigue sobre nosotros, adquiere más fuerza, se vuelve más peligroso!

—Fue culpa de mi sobrino Francesco —balbuceó Jacopo—. ¡Su impaciencia le volvió imprudente! Intenté ser la voz de la razón…

—Más bien la voz de la cobardía —apuntó el tercer hombre con voz ronca.

Jacopo se volvió hacia él con mucho menos respeto del que había demostrado hasta el momento con Rodrigo.

—Ah, *messer* Emilio. ¡Tal vez nos las habríamos apañado mejor si nos hubieras enviado armamento de calidad, en lugar de esa porquería que vosotros los venecianos llamáis armamento! Pero vosotros, los Barbarigi, siempre fuisteis unos tacaños.

—¡Ya basta! —exclamó con voz de trueno Rodrigo. Se dirigió de nuevo a Jacopo—: Depositamos nuestra fe en ti y en tu familia, ¿y cómo nos lo has devuelto? Con pasividad e incompetencia. ¡Recuperaste San Gimignano! ¡Bravo! Y te quedaste allí sentado sin hacer nada. Incluso permitiste que te atacaran allí. El hermano Maffei era un valioso sirviente de nuestra causa. ¡Y tú ni siquiera pudiste salvar a tu propio secretario, un hombre cuyo cerebro valía diez veces el tuyo!

—*Altezza!* Dadme tan solo la oportunidad de corregir lo hecho y ya veréis… —Jacopo miró las duras expresiones de sus acompañantes—. Os lo demostraré…

Rodrigo relajó las facciones. Esbozó incluso una sonrisa.

—Jacopo. Sabemos lo que debemos hacer a continuación. Déjalo en nuestras manos. Ven aquí. Deja que te dé un abrazo.

Jacopo obedeció después de dudar un instante. Rodrigo pasó el brazo izquierdo por encima de sus hombros y con el derecho extrajo de sus ropajes un estilete que deslizó con firmeza entre las costillas de Jacopo. Jacopo se apartó del cuchillo mientras Rodrigo lo miraba igual que un padre miraría a un hijo inútil. Jacopo se llevó la mano al costado. Rodrigo no había penetrado ningún órgano vital. Quizás…

Pero ahora fue Emilio Barbarigo quien avanzó hacia él. De manera instintiva, Jacopo levantó sus manos ensangrentadas para protegerse, pues Emilio acababa de desenfundar una navaja suiza de aspecto amedrentador, uno de sus filos toscamente serrado, y con un canalón recorriendo la parte lateral de la hoja.

—No —gimoteó Jacopo—. He hecho todo lo que he podido. Siempre he servido con fidelidad a la causa. Toda mi vida. Por favor… Por favor,

no…

Emilio soltó una brutal carcajada.

—¿Por favor no qué, pedazo de mierda llorona?

Abrió de un tirón el jubón de Jacopo y deslizó de inmediato la hoja serrada de su potente daga por su pecho, abriéndolo.

Jacopo gritó y cayó arrodillado primero, y de costado después, contorsionándose sobre un charco de sangre. Levantó la vista y vio a Rodrigo Borgia encima de él, una estrecha espada en su mano.

—¡Maestro…, tened piedad! —consiguió decir Jacopo—. ¡No es demasiado tarde! Dadme una última oportunidad de solucionar las cosas…

Y entonces se ahogó con su propia sangre.

—Oh, Jacopo —dijo Rodrigo amablemente—. Cómo me has defraudado.

Levantó la espada y la clavó en el cuello de Jacopo con tanta fuerza que la punta apareció por la nuca, segándole la médula espinal. Borgia la retorció antes de extraerla lentamente. Jacopo se levantó, la boca llena de sangre, pero estaba ya muerto y volvió a caer, con un espasmo, hasta quedarse, por fin, inmóvil.

Rodrigo secó la espada con la ropa del muerto y, haciendo a un lado su capa, la enfundó de nuevo.

—Qué asco —murmuró. Dio media vuelta, miró directamente hacia donde estaba Ezio, sonrió y gritó—: ¡Ahora ya puedes salir, Asesino! ¡Te pido disculpas por haberte robado este premio!

Y antes de que le diera tiempo a reaccionar, Ezio se vio agarrado por dos guardias vestidos con túnicas con una cruz roja sobre un campo amarillo, el escudo de armas de su mayor enemigo. Llamó a Gambalto, pero ninguno de sus hombres le respondió. Fue arrastrado hasta el escenario del antiguo teatro.

—¡Muy buenas, Ezio! —dijo Rodrigo—. Siento lo de tus hombres, pero ¿crees de verdad que no esperaba encontrarte aquí? ¿Que no sabía que vendrías? ¿Crees que Stefano da Bagnone no te reveló la hora y el lugar de esta reunión sin mi conocimiento y aprobación? Naturalmente, tuvimos que hacer que pareciera difícil pues, de lo contrario, habrías intuido que era una trampa. —Rio—. ¡Pobre Ezio! ¿Sabes una cosa? Llevamos en este juego

mucho más tiempo que tú. Tenía mis guardias escondidos en el bosque desde mucho antes de tu llegada. Y me temo que tus hombres se quedaron tan perplejos como tú…, pero me apetecía volver a verte vivo antes de que nos abandones. Será tal vez un capricho. Pero ahora ya estoy satisfecho.

Rodrigo sonrió y se dirigió a los guardias que sujetaban a Ezio por los brazos:

—Gracias. Ahora podéis matarlo.

Emilio Barbarigo y Rodrigo subieron a sus caballos y desaparecieron junto con los guardias que los habían acompañado. Ezio los vio marchar. Empezó a pensar con rapidez. Por un lado estaban los dos hombres corpulentos que lo tenían sujeto… ¿y cuántos más habría escondidos en el bosque? ¿Cuántos hombres habría apostado Borgia para aquella emboscada contra su tropa?

—Reza tus oraciones, chico —le dijo uno de sus captores.

—Mirad —dijo Ezio—. Sé que simplemente estáis acatando órdenes. De modo que si me soltáis, os perdonaré la vida. ¿Qué os parece?

Aquello le hizo gracia al guardia que había hablado.

—¡Mira! ¡Hay que oírlo! Me parece que nunca me había tropezado con nadie capaz de conservar su sentido del humor de este modo en un momento como…

Pero no consiguió terminar la frase. Ezio extendió su hoja oculta y, aprovechando su sorpresa, se la clavó al hombre que lo sujetaba por el brazo derecho. El veneno actuó de inmediato y el hombre se tambaleó hasta caer al suelo. Antes de que el otro guardia pudiera reaccionar, Ezio le había hundido ya la daga en la axila, el único punto que su armadura no lograba cubrir. Libre, saltó hacia la oscuridad desde el borde del escenario y se quedó a la espera. No tuvo que aguardar mucho tiempo. Aparecieron los otros diez guardias que Rodrigo tenía escondidos en el bosque, algunos inspeccionando con cautela los alrededores del teatro, otros agachándose junto a sus camaradas fallecidos. Moviéndose con la velocidad mortal de un lince, Ezio se abalanzó contra ellos, arremetiendo con su arma como si fuera una hoz, concentrándose en cualquier parte del cuerpo que quedara al descubierto. Asustados y pillados desprevenidos, los soldados de Borgia se tambalearon delante de él y Ezio acabó con cinco de ellos antes de que el

resto pusiera pies en polvorosa y desapareciera corriendo y lanzando alaridos de pánico en dirección al bosque. Ezio los vio marchar. No informarían de lo sucedido a Rodrigo a menos que quisieran acabar colgados por incompetencia, y pasaría un tiempo antes de que empezaran a echarlos de menos y Rodrigo se enterara de que su plan satánico había fallado.

Ezio se arrodilló junto al cadáver de Jacopo de Pazzi. Magullado y privado de toda dignidad, lo único que quedaba de él era el caparazón de un anciano patético y desesperado.

—Pobre desdichado —dijo—. Me enfadé cuando vi que Rodrigo me había robado mi ansiada presa, pero ahora, ahora…

Se quedó en silencio y le cerró los ojos a Pazzi. Y entonces se dio cuenta de que los ojos estaban mirándolo. Por obra de algún milagro, Jacopo seguía aún con vida. Abrió la boca dispuesto a hablar, pero no consiguió emitir ningún sonido. Era evidente que estaba sumido en su agonía final. La primera idea de Ezio fue abandonarlo a una muerte lenta, pero Jacopo seguía mirándolo con ojos suplicantes. «Sé misericordioso, aunque nadie haya tenido misericordia de ti», recordó. También esto formaba parte del Credo.

—Que Dios te dé paz —dijo, besándole la frente a Jacopo mientras clavaba con firmeza la daga en el corazón de su antiguo adversario.

CAPÍTULO 11

Cuando Ezio regresó a Florencia y le comunicó a Lorenzo la noticia de la muerte del último de los Pazzi, Lorenzo se sintió satisfecho, pero triste también al pensar en la sangre derramada, un precio terriblemente elevado a cambio de obtener la seguridad de Florencia y de los Medici. Lorenzo prefería encontrar soluciones diplomáticas a diferencias, pero aquel deseo le convertía en una excepción entre sus colegas, los gobernadores de las demás ciudades-estado de Italia.

Recompensó a Ezio con una capa ceremonial, que le otorgaba la Libertad de la Ciudad de Florencia.

—Un regalo muy cortés, *Altezza* —le dijo Ezio—. Pero me temo que tendré poco tiempo libre para disfrutar de los beneficios que me confiere.

Lorenzo se quedó sorprendido.

—¿Qué? ¿Pretendes volver a marcharte enseguida? Confiaba en que te quedarías, que abrirías de nuevo el *palazzo* de tu familia y que ocuparías un puesto en la administración de la ciudad, trabajando conmigo.

Ezio inclinó la cabeza y dijo:

—Siento deciros que creo que nuestros problemas no han tocado a su fin con la caída de los Pazzi. Ellos no eran más que un tentáculo de una bestia mucho mayor. Tengo intención de viajar a Venecia.

—¿Venecia?

—Sí. El hombre que acompañaba a Rodrigo Borgia en la reunión con Jacopo es miembro de la familia Barbarigo.

—Una de las familias más poderosas de *La Serenissima*. ¿Quieres decirme con esto que ese hombre es peligroso?

—Está aliado con Rodrigo.

Lorenzo reflexionó un momento y a continuación extendió las manos.

—Te dejo partir con mi más profundo pesar, Ezio; pero sé que nunca podré pagarte esta deuda, lo que significa también que no tengo ningún poder para imponerte órdenes. Además, tengo la sensación de que el trabajo en el que estás implicado acabará a la larga beneficiando a nuestra ciudad, aunque es posible que no viva para verlo.

—No digáis eso, *Altezza*.

Lorenzo sonrió.

—Espero equivocarme, pero vivir en este país en este momento es como vivir al borde del Vesubio: ¡peligroso e incierto!

Antes de marchar, Ezio le llevó noticias y regalos a Annetta, pero le resultaba tan doloroso visitar su antiguo hogar familiar que ni siquiera entró en él. Evitó también deliberadamente la mansión de los Calfucci, pero visitó a Paola, y la encontró amable aunque distraída, como si tuviera la cabeza en otro sitio. Su última escala fue el taller de su amigo Leonardo, pero al llegar encontró solo a Agniolo e Innocento y el local tenía el aspecto de estar cerrado. No había rastro de Leonardo.

Agniolo sonrió y le saludó.

—¡Ciao, Ezio! ¡Cuánto tiempo!

—¡Demasiado!

Ezio miró inquisitivamente a su alrededor.

—Te preguntarás dónde está Leonardo.

—¿Se ha ido?

—Sí, pero no para siempre. Se ha llevado con él parte de su material, pero no pudo llevárselo todo, por eso Innocento y yo nos ocupamos de vigilar todo esto en su ausencia.

—¿Y dónde ha ido?

—Resulta gracioso. Justo cuando el Maestro estaba negociando con los Sforza de Milán, el conde de Pexaro le invitó a pasar una temporada en Venecia… Tiene que realizar cinco retratos de familia… —Agniolo sonrió con complicidad—. Como si eso fuera a pasar de verdad. Al parecer el

Consejo de Venecia está interesado en sus obras de ingeniería y le han proporcionado un taller, personal, de todo. De modo que, querido Ezio, si lo necesitas, allá es donde tendrás que ir.

—Pues resulta que allá es exactamente donde voy —dijo Ezio—. Una noticia magnífica. ¿Cuándo se marchó?

—Hace dos días. Pero no te costará nada atraparlo. Va con un carromato enorme cargado hasta los topes con sus cosas y con solo un par de bueyes tirando de él.

—¿Va con alguien?

—Solo con los carreteros y un par de escoltas, por si tiene problemas. Han cogido la carretera de Rávena.

Ezio cargó únicamente con aquello que cabía en sus alforjas al viajar solo, solo un día y medio después de emprender la marcha, en un recodo del camino, tropezó con un gran carromato tirado por bueyes y con una cubierta de lona que protegía su precioso cargamento de maquinaria y maquetas.

Los carreteros estaban de pie junto al vehículo, acalorados y rascándose molestos la cabeza, mientras que los escoltas, dos chicos algo robustos armados con arcos y lanzas, vigilaban desde un otero cercano. Leonardo estaba junto al carromato, al parecer instalando una especie de sistema de palanca, cuando levantó la vista y vio a Ezio.

—¡Hola, Ezio! ¡Qué buena suerte!

—¡Leonardo! ¿Qué te sucede?

—Al parecer tenemos un pequeño problema. Una de las ruedas del carro… —Señaló el punto por donde una de las ruedas traseras se había salido del eje—. La cuestión es que necesitamos levantar el carro para poder colocar de nuevo la rueda, pero no tenemos la mano de obra necesaria para hacerlo, y esta palanca que acabo de chapucear no consigue elevarlo lo suficiente. ¿Crees que…?

—Naturalmente.

Ezio indicó con un gesto a los carreteros que se acercaran. Eran hombres fornidos que le resultarían más útiles que los gráciles escoltas, y entre los tres consiguieron levantar el carromato y mantenerlo en aquella posición el tiempo suficiente como para que Leonardo pudiera introducir de nuevo la rueda en el eje y asegurarla. Mientras realizaban la maniobra,

Ezio, esforzándose junto a los otros dos hombres para mantener el carro elevado, echó un vistazo a su contenido. Entre los trastos destacaba, inequívocamente, aquella estructura parecida a un murciélago que ya había visto con anterioridad. Daba la impresión de haber sufrido numerosas modificaciones.

Reparado el carromato, Leonardo tomó asiento en el banco delantero junto a uno de los carreteros, mientras el otro caminaba por delante de los bueyes. Los escoltas patrullaban sin descanso, tanto en la avanzadilla como en la retaguardia. Ezio continuó su camino cabalgando al paso, junto a Leonardo y charlando. Había transcurrido mucho tiempo desde su último encuentro y tenían mucho de que hablar. Ezio puso a Leonardo al corriente de los acontecimientos y Leonardo le comentó sus nuevos encargos y lo excitado que se sentía ante la perspectiva de conocer Venecia.

—¡Estoy encantado de tenerte como compañero de viaje! Aunque la verdad es que llegarías mucho antes si no tuvieras que viajar a mi ritmo.

—Es un placer. Y quiero asegurarme de que llegas sano y salvo a tu destino.

—Tengo mis escoltas.

—Leonardo, no me malinterpretes, pero incluso los salteadores de caminos más inexpertos se quitarían de encima a esos dos con la misma facilidad con la que tú te quitarías de encima un mosquito.

Leonardo puso cara de sorpresa, luego pareció ofendido y después, divertido.

—Entonces me alegro por partida doble tu compañía. —Adoptó una expresión picara—. Y me parece que no es simplemente por razones sentimentales que te gustaría verme entero.

Ezio sonrió pero no respondió. Dijo, en cambio:

—He visto que sigues trabajando en ese artilugio con forma de murciélago.

—¿Qué?

—Ya sabes a qué me refiero.

—Ah, eso. No es nada. Simplemente algo que intento arreglar. Pero no podía dejarlo en el taller.

—¿Qué es?

Leonardo se mostraba reacio.

—La verdad es que no me gusta hablar de los temas antes de que estén listos…

—¡Leonardo! Puedes confiar en mí, te lo garantizo. —Ezio bajó la voz —. Al fin y al cabo, yo te he confiado mis secretos.

Leonardo luchó consigo mismo, pero acabó relajándose.

—De acuerdo, pero no puedes contarlo a nadie.

—*Promesso*.

—Cualquiera pensaría que estás loco si se lo contaras —prosiguió Leonardo, ahora con excitación en la voz—. Escucha: ¡creo que he descubierto una forma de que el hombre pueda volar!

Ezio se quedó mirándolo y se echó a reír con incredulidad.

—Llegará el día en que querrás borrar esa sonrisa de tu cara —dijo Leonardo con afabilidad.

Cambió entonces de tema y se puso a hablar de Venecia, *La Serenissima*, distante del resto de Italia y a menudo mirando más hacia Oriente que hacia Occidente, en lo referente tanto al comercio como a la agitación, pues los turcos otomanos dominaban en aquel momento la zona norte de la costa del Adriático. Hablaron de la belleza y de la traición de Venecia, de la dedicación de la ciudad a los negocios lucrativos, de su *richesse*, de su curiosa construcción —una ciudad de canales alzándose sobre humedales y construida sobre una base de cientos de miles de gigantescas estacas de madera—, de su feroz independencia y de su poder político: no hacía ni siquiera trescientos años, el dux de Venecia había desviado una Cruzada destinada a Tierra Santa con la intención de que sirviese a sus propios objetivos: destruir toda la competencia comercial y militar y toda oposición a su ciudad-estado y doblegar al imperio bizantino. Leonardo habló de las secretas aguas, negras como la tinta, de los altos *palazzi* iluminados con velas, del curioso dialecto italiano que allí se hablaba, del silencio dominante, del llamativo esplendor de sus ropajes, de sus magníficos pintores, cuyo príncipe no era otro que Giovanni Bellini, a quien Leonardo estaba ansioso por conocer, de su música y sus festivales de máscaras, de su destacada habilidad para fanfarronear, de su dominio del arte del envenenamiento.

—Y todo esto —concluyó—, lo sé solo por los libros. Imagínate cómo debe de ser la realidad.

«Será sucia y humana», pensó con frialdad Ezio. Como en todas partes. Pero sonrió a su amigo con amabilidad. Leonardo era un soñador. Los soñadores debían tener permitido soñar.

Habían entrado en un desfiladero y sus voces resonaban en los muros rocosos. Ezio, examinando las casi invisibles crestas de las colinas que los encerraban por ambos lados, se sintió repentinamente tenso. Los escoltas iban por delante de ellos por lo tanto, tendría que poder, en un espacio tan estrecho como aquel, escuchar el traqueteo de los caballos. Pero no se oía nada. Había aparecido una ligera neblina, acompañada por un repentino aire gélido, dos factores que venían a sumarse a su inquietud. Leonardo seguía como si tal cosa, pero Ezio se dio cuenta de que también los carreteros estaban tensos y miraban con cautela a su alrededor.

De pronto, unos pocos guijarros cayeron rodando por el muro rocoso del desfiladero y el caballo de Ezio se asustó. Ezio miró hacia arriba, entrecerrando los ojos para afrontar aquel sol indiferente a su resplandor, y vio un águila levantando el vuelo.

Incluso Leonardo se había percatado de que algo sucedía.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No estamos solos —respondió Ezio—. Podría haber arqueros enemigos apostados en lo alto del desfiladero.

Pero entonces se escuchó un estruendo de cascos, de varios caballos, aproximándose a ellos por la retaguardia.

Ezio hizo girar su caballo y vio que se acercaban media docena de jinetes con el estandarte de la cruz roja sobre un campo amarillo.

—¡Borgia! —murmuró, desenfundando la espada en el mismo instante en que el perno de una ballesta se clavaba en el lateral del carromato.

Los carreteros echaron a correr por el camino, e incluso los bueyes se asustaron y comenzaron a avanzar arrastrando su carga por voluntad propia.

—Coge las riendas y ve tirando —le gritó Ezio a Leonardo—. Van detrás de mí, no de ti. ¡Tú sigue adelante pase lo que pase!

Leonardo se apresuró a obedecer mientras Ezio desandaba el camino a caballo para enfrentarse a los jinetes. Su espada, propiedad de Mario, tenía

la empuñadura bien equilibrada y su caballo era más ligero y manejable que los de sus adversarios. Pero estos iban bien armados y no tendría oportunidad de utilizar las armas del Códice. Ezio espoleó los flancos del caballo para que se adentrara en el grueso del enemigo. Agachado sobre su silla, Ezio se abalanzó contra el grupo, la fuerza de su carga obligando a dos caballos a retroceder con violencia. Se inició entonces un auténtico combate de esgrima. La placa protectora que llevaba adherida al antebrazo izquierdo le sirvió para desviar muchos golpes y se aprovechó de la sorpresa de uno de sus enemigos al ver que su puntería fallaba para asestarle él a su vez un buen golpe.

Tardó poco en descabalgar a cuatro de sus enemigos, dejando a los dos supervivientes dando media vuelta y huyendo al galope por donde habían venido. Esta vez, sin embargo, sabía que no debía darles la oportunidad de que transmitieran la noticia a Rodrigo. Galopó tras ellos, acuchillando primero a uno y después al otro, y descendió del caballo cuando hubo terminado con ambos.

Inspeccionó rápidamente los cuerpos, pero ninguno llevaba nota alguna; los arrastró hasta la cuneta y ocultó los cadáveres debajo de piedras y rocas. Montó de nuevo en su caballo y emprendió el camino de vuelta, deteniéndose tan solo para despejar el camino de los demás cadáveres y darles un rudimentario entierro, al menos lo suficiente como para ocultarlos, con las piedras y los matorrales que encontró más a mano. A esas alturas, los caballos de sus enemigos ya habían huido.

Ezio acababa de escapar una vez más de la venganza de Rodrigo, pero sabía que el cardenal Borgia no cesaría en su empeño de darle muerte. Espoleó a su montura y cabalgó para volver junto a Leonardo. Cuando lo alcanzó, se pusieron a buscar a los carreteros, gritando varias veces sus nombres en vano.

—Les pagué una cantidad enorme en concepto de depósito por este carromato y los bueyes —refunfuñó Leonardo—. Me imagino que no volveré a verla jamás.

—Véndelo todo en Venecia.

—Pero ¿allí no utilizan góndolas?

—En tierra firme tiene que haber granjas.

Leonardo se quedó mirándolo.

—¡Por Dios, Ezio, me gustan los hombres prácticos!

Su largo viaje campo a través continuó. Pasaron por la antigua ciudad de Forli, convertida ahora en una pequeña ciudad-estado por derecho propio, y continuaron hacia Rávena, con su puerto costero a escasos kilómetros de la localidad. Allí subieron a un barco, una galera que costeaba desde Ancona hasta Venecia, y en cuanto Ezio estuvo seguro de que no había nadie a bordo que representara para él un peligro, consiguió relajarse un poco. Sin embargo, era consciente de que, incluso en un navío relativamente pequeño como aquel, no sería muy complicado cortarle el cuello a cualquiera por la noche y arrojar el cuerpo a las aguas azul negruzco, por lo que siguió controlando con atención las idas y venidas en todo pequeño puerto en el que atracaron.

Varios días después llegaron sin incidentes a los muelles de Venecia. Allí fue donde Ezio encontró su siguiente contratiempo, esta vez de origen inesperado.

Acababan de desembarcar y estaban esperando el trasbordador que los conduciría hasta la ciudad isla. Llegó puntual, y los marineros ayudaron a Leonardo a subir el carromato a la embarcación, que se bamboleó de forma alarmante bajo su peso. El capitán del trasbordador le explicó a Leonardo que el personal del conde de Pexaro estaría esperándolo en los muelles para acompañarlo a sus nuevos alojamientos, y con una reverencia y una sonrisa lo ayudó a subir a bordo.

—Tendréis vuestro pase, por supuesto, *signore*.

—Naturalmente —dijo Leonardo, entregándole un papel al hombre.

—¿Y vos, caballero? —preguntó educadamente el capitán, volviéndose hacia Ezio.

Ezio se quedó desconcertado. Estaba allí sin ningún tipo de invitación, ignorante por completo de aquella ley local.

—Pero… no tengo ningún pase —dijo.

—Todo está en orden —intervino Leonardo, dirigiéndose al capitán—. Viene conmigo. Respondo por él y estoy seguro de que el conde…

Pero el capitán levantó la mano.

—Lo siento, *signore*. Las reglas del Consejo son explícitas. Nadie puede entrar en la ciudad de Venecia sin su debido pase.

Leonardo se disponía a protestar, pero Ezio le detuvo.

—No te preocupes, Leonardo. Encontraré una alternativa.

—Me gustaría poder ayudaros, señor —dijo el capitán—. Pero tengo órdenes. —Y con un tono de voz más alto, se dirigió a la multitud de pasajeros en general, anunciando—: ¡Atención, por favor! ¡Atención, por favor! ¡El trasbordador partirá en cuanto den las diez!

Ezio sabía que eso le concedía muy poco tiempo.

Le llamó la atención una pareja extremadamente bien vestida que había visto subir a la galera al mismo tiempo que ellos, que se había instalado en el mejor camarote y se había mostrado muy reservada. Ahora estaban solos, en el extremo de uno de los muelles, en el lugar donde estaban amarradas varias góndolas privadas, y evidentemente inmersos en una encarnizada discusión.

—Querida mía, por favor… —decía el hombre.

Era un tipo de aspecto débil y veinte años mayor que su acompañante, una enérgica pelirroja de mirada ardiente.

—Girolamo…, ¡eres tonto! ¡Dios sabrá por qué me casé contigo, pero también sabe lo mucho que he sufrido como resultado de ello! ¡No paras de encontrarle fallos a todo, me tienes enjaulada como un pollo en tu horrorosa ciudad provinciana y ahora…, ahora! ¡Ni siquiera eres capaz de apañarte con un gondolero para que nos lleve hasta Venecia! ¡Y cuando pienso que tu tío es el maldito Papa, nada menos! Podrías ejercer un poco tu influencia. Pero mírate…, ¡tienes menos carácter que una babosa!

—Caterina…

—¡No me vengas ahora con «Caterina», bicho asqueroso! Limítate a conseguir que esos hombres se ocupen del equipaje por el amor de Dios, llévame a Venecia. ¡Necesito un baño y una copa de vino!

Girolamo la miró con desagrado.

—Sería una muy buena idea abandonarte aquí mismo y continuar hasta Pordenone sin ti.

—En cualquier caso, deberíamos haber ido por tierra.

—Viajar por los caminos es demasiado peligroso.

—¡Sí! ¡Para una criatura debilucha como tú!

Girolamo se quedó en silencio mientras Ezio continuaba observando la escena. Y entonces dijo astutamente:

—¿Por qué no subes a esta góndola… —le indicó una—… y yo encuentro enseguida un par de gondoleros?

—¡Hmmm! ¡Por fin dices algo con sentido! —refunfuñó ella, y le permitió que la ayudara a subir a la embarcación.

Pero en cuanto estuvo instalada, Girolamo soltó rápidamente las amarras y empujó con fuerza la proa, enviando la góndola hacia el centro de la laguna.

—*Buon viaggio!* —gritó con una voz desagradable.

—¡Bastardo! —gritó ella. Y entonces, percatándose de lo apurado de su situación, empezó a chillar—: *Aiuto! Aiuto!*

Pero Girolamo estaba ya dirigiéndose hacia el lugar donde un grupo de criados deambulaba sin saber qué hacer alrededor de la montaña de equipaje y empezó a darles órdenes. De hecho, se trasladó con ellos y el equipaje hacia el otro extremo del muelle, donde empezó a organizarlo todo para procurarse un trasbordador privado.

Mientras, Ezio continuó observando la grave situación en la que se encontraba Caterina. Tenía algo de gracioso, pero también era preocupante. Ella se fijó en él.

—¡Oye, tú! ¡No te quedes ahí plantado! ¡Necesito ayuda!

Ezio desabrochó la espada de su cinturón, se quitó los zapatos y el jubón y se zambulló en el agua.

En el muelle, una sonriente Caterina le tendió su empapada mano a Ezio.

—Mi héroe —dijo.

—No ha sido nada.

—¡Podría haberme ahogado! ¡Y a ese *porco* le daría lo mismo! —Miró a Ezio con consideración—. ¡Pero vos! Dios mío, tenéis que ser muy fuerte. No puedo creer que consiguierais nadar y arrastrar la góndola por el cabo conmigo en su interior.

—Ligera como una pluma —dijo Ezio.

—¡Adulador!

—Quiero decir, que estas embarcaciones están tan bien equilibradas…

Caterina frunció el entrecejo.

—Ha sido un honor serviros, *signora* —concluyó Ezio, sin convicción.

—Algún día tendré que devolveros el favor —dijo ella, sus ojos llenos de una intención que iba más allá de sus palabras—. ¿Cómo os llamáis?

—Auditore, Ezio.

—Yo me llamo Caterina. —Hizo una pausa—. ¿Hacia dónde os dirigís?

—Iba a Venecia, pero no tengo pase, de modo que el trasbordador…

—¡Basta! —exclamó interrumpiéndolo—. ¿De modo que ese oficialillo no quiere dejaros entrar?

—Eso es.

—¡Ahora veremos!

Echó a andar airada por el malecón sin esperar a que Ezio se calzara y se pusiera de nuevo el jubón. Cuando consiguió atraparla, ella ya había llegado al trasbordador por lo que pudo deducir, estaba dándole un tirón de orejas al tembloroso hombre. Lo único que alcanzó a oír al llegar fue al capitán farfullando con el tono más servil imaginable:

—Sí, *Altezza*; por supuesto, *Altezza*; lo que digáis, *Altezza*.

—¡Mejor que hagas lo que yo digo! ¡A menos que quieras ver tu cabeza clavada en lo alto de una estaca! ¡Aquí lo tienes! ¡Ve a buscar su caballo y sus cosas tú mismo! ¡Vamos! ¡Y trátalo bien! ¡Sino lo haces, me enteraré! —El capitán marchó corriendo. Caterina se volvió hacia Ezio—. ¿Lo veis? ¡Arreglado!

—Gracias, *madonna*.

—Un buen servicio… —Se quedó mirándolo—. Espero que nuestros caminos vuelvan a cruzarse. —Le tendió la mano—. Soy de Forli. Pasaos por allí algún día. Estaría encantada de recibiros. —Le dio la mano y se dispuso a partir.

—¿No queríais ir también a Venecia?

Volvió a mirarlo, y después, dirigió la vista al trasbordador.

—¿En ese vertedero? ¡Bromeáis! —Y se marchó, contoneándose por el muelle hacia donde estaba su marido, que controlaba la carga de lo que quedaba aún de equipaje.

El capitán correteaba de un lado para otro, tirando del caballo de Ezio.

—Aquí lo tenéis, señor. Mis más humildes disculpas, señor. De haberlo sabido, señor…

—Necesito un establo para mi caballo en cuanto lleguemos.

—Será un placer, señor.

Cuando el trasbordador se puso en marcha y empezó a surcar las aguas plomizas de la laguna, Leonardo, que había observado el episodio, le dijo con ironía:

—Sabes quién era, ¿verdad?

—No me importaría en absoluto que fuera mi próxima conquista —dijo un sonriente Ezio.

—¡Pues en este caso, ándate con cuidado! Es Caterina Sforza, la hija del duque de Milán. Y su marido es el duque de Forli, y sobrino del Papa.

—¿Cómo se llama?

—Girolamo Riario.

Ezio se quedó en silencio. El apellido le sonaba. Y dijo a continuación:

—Pues se ha casado con una auténtica fiera.

—Ya te lo he dicho —repitió Leonardo—. Ándate con cuidado.

CAPÍTULO 12

En 1481, Venecia, bajo el firme gobierno del dux Giovanni Mocenigo, era, en términos generales, un buen lugar para vivir. Estaba en paz con los turcos, la ciudad prosperaba, las rutas comerciales por tierra y por mar eran seguras, y pese a que las tasas de interés eran reconocidamente elevadas, los inversores mostraban tendencias alcistas y los ahorradores se sentían satisfechos. También la Iglesia era rica, y los artistas florecían al amparo tanto de patrones espirituales como laicos. La ciudad, rica gracias al saqueo sistemático de Constantinopla que siguió a la Cuarta Cruzada, desviada por el dux Dandolo de su verdadero objetivo, había conseguido doblegar a Bizancio y exhibía el botín sin vergüenza alguna, siendo la muestra más evidente los cuatro caballos de bronce dispuestos en la parte superior de la fachada de la basílica de San Marcos.

Pero Leonardo y Ezio, que llegaron al Molo aquella mañana de principios de verano, desconocían por completo el pasado envilecido, traidor y ratero de la ciudad. Solo vieron la gloria del mármol rosado y la mampostería del Palazzo Ducale, la amplia plaza extendiéndose hacia el fondo y hacia la izquierda, el *campanile* construido en ladrillo y de pasmosa altura, y a los venecianos, de complexión delgada, vestidos con ropajes oscuros, deslizándose como sombras por *terra ferma* o navegando por sus laberínticos y fétidos canales en una amplia diversidad de embarcaciones, desde elegantes góndolas hasta desgarbadas barcazas, estas últimas cargadas con todo tipo de productos, desde fruta hasta ladrillos.

Los criados del conde de Pexaro se encargaron de trajinar los efectos de Leonardo y, siguiendo su sugerencia, se ocuparon también del caballo de Ezio y prometieron además buscarle un alojamiento adecuado al joven hijo de un banquero florentino. Desaparecieron acto seguido, dejando a un criado con ellos, un joven gordo de piel cetrina y ojos saltones, cuya camisa estaba empapada de sudor y cuya sonrisa almibarada haría caer la cara de vergüenza a cualquiera.

—*Altezze* —dijo con su sonrisa afectada, aproximándose a ellos—. Permitid que me presente, soy Nero, el *funzionario da accoglienza* personal del conde. Será mi deber y un placer ofreceros una breve introducción guiada a nuestra ciudad antes de que el *conte* os reciba… —al decir esto, Nero empezó a mirar con nerviosismo a Leonardo y a Ezio, tratando de decidir quién de los dos era el artista enviado, y por suerte para él se decidió por Leonardo, el que tenía menos aspecto de ser un hombre de acción—, *messer* Leonardo, para tomar una copa de Véneto antes de cenar, comida que el *messer* tendrá el placer de celebrar en el salón de los criados superiores. —Hizo una reverencia y se rascó la cabeza un poco más, por si fuera poco—. Nuestra góndola nos espera…

Durante la media hora siguiente, Ezio y Leonardo pudieron disfrutar —de hecho, estuvieron encantados de hacerlo— de las bellezas de *La Serenissima* desde el mejor lugar desde donde contemplarlas: una góndola, expertamente controlada de proa a popa por sus gondoleros. Pero el pegajoso discurso de Nero aguaba aquella placentera experiencia. Ezio, a pesar del interés que sentía por la exclusiva belleza y arquitectura de aquel lugar, mojado aún a resultas del salvamento de *madonna* Caterina, y cansado además, intentó olvidarse del deprimente monólogo de Nero refugiándose en el sueño, pero se espabiló de repente. Algo acababa de llamarle la atención.

Ezio oyó voces a un lado del canal, en las cercanías del *palazzo* de la marquesa de Ferrara. Dos guardias armados estaban hostigando a un vendedor.

—Se os ha dicho que os quedéis en vuestra casa, señor —dijo uno de los uniformados.

—El alquiler está pagado. Tengo derecho a vender mis mercancías aquí.

—Lo siento, señor, pero esto va en contra de las nuevas normas de *messer* Emilio. Me temo que os encontráis en una situación complicada.

—¡Apelaré al Consejo de los Diez!

—No hay tiempo para eso, señor —dijo el segundo hombre uniformado, dándole una patada al toldo del tenderete del vendedor.

El hombre vendía productos de cuero y los uniformados, además de embolsarse lo mejorcito, arrojaron al canal la mercancía.

—Y ahora se han acabado las tonterías, señor —dijo uno de los hombres uniformados, retirándose sin prisa alguna.

—¿Qué sucede? —le preguntó Ezio a Nero.

—Nada, *Altezza*. Una pequeña dificultad local. Os ruego que lo ignoréis. Y ahora estamos a punto de pasar debajo del famoso puente de madera de Rialto, el único puente sobre el Gran Canal, famoso a lo largo de la historia por…

Ezio dejó encantado que aquel pesado siguiese con su discurso, pero lo que había visto no le había gustado y, además, había oído mencionar a un tal Emilio. Un nombre propio bastante común…, pero ¿se trataría de Emilio *Barbarigo*?

Al cabo de un rato, Leonardo insistió en parar para poder echar un vistazo a los puestos donde vendían juguetes. Se acercó a uno que al instante había captado su atención.

—¡Mira, Ezio! —gritó.

—¿Qué has encontrado?

—Una figurita. Un pequeño maniquí articulado que los artistas utilizamos como modelo. Me iría bien tener un par. ¿Serías tan amable…? Me parece que he enviado mi bolsa junto con todas mis cosas a mi nuevo taller.

Pero cuando Ezio fue a buscar su bolsa, un puñado de jóvenes pasó a su lado y uno de ellos intentó cortar el cabo que unía la bolsa al cinturón.

—¡Oye! —gritó Ezio—. *Coglione!* ¡Detente!

Y echó a correr detrás de ellos. El que identificó como su asaltante, se giró por un instante, apartando un mechón de pelo castaño de su cara. ¡Un rostro de mujer! Pero echó a correr y desapareció entre el gentío con sus compañeros.

Continuaron el paseo en silencio. Leonardo se sentía feliz con sus dos maniquíes. Ezio estaba impaciente por librarse del bufón que se había convertido en su guía, e incluso de Leonardo. Necesitaba tiempo a solas, tiempo para pensar.

—Y ahora nos acercamos al famoso Palazzo Seta —continuó la cantinela de Nero—. La casa de *Su Altezza* Emilio Barbarigo. Messer Barbarigo es famoso actualmente por sus intentos de querer unificar bajo su control a todos los comerciantes de la ciudad. Una empresa elogiable que, por desgracia, se ha topado con cierta resistencia por parte de los elementos más radicales de la ciudad…

Alejado del canal se alzaba un sombrío edificio fortificado con un espacio pavimentado delante de él; en su pequeño muelle había tres góndolas atracadas. Cuando pasaron por delante con su góndola, Ezio vio que intentaba entrar en el edificio el mismo comerciante que había visto antes hostigado por los hombres uniformados. Le impedían el paso dos guardias, y Ezio se fijó en que llevaban en los hombros un blasón amarillo cruzado con un galón rojo, debajo de él un caballo negro, un delfín, una estrella y una granada por encima. ¡Hombres de Barbarigo, evidentemente!

—Me han destruido el puesto, han echado a perder mi mercancía. ¡Exijo una compensación! —decía el comerciante muy enfadado.

—Lo siento, señor, está cerrado —dijo uno de los hombres uniformados, empujando al pobre hombre con su alabarda.

—No he acabado con vosotros. ¡Informaré de esto al Consejo!

—¡No os servirá de nada! —espetó el segundo hombre uniformado, de más edad.

Y en aquel momento apareció un oficial acompañado por tres hombres más.

—¿Buscando camorra? —dijo el oficial.

—No, yo…

—¡Arrestad a este hombre! —vociferó el oficial.

—Pero ¿qué hacéis? —dijo el comerciante, asustado.

Ezio observó la escena impotente e iracundo, y tomó mentalmente nota de aquel lugar. El comerciante fue arrastrado y le llevaron hacia una

puertecita de hierro que se abrió para darle entrada y se cerró inmediatamente a sus espaldas.

—No has elegido el mejor lugar, por muy bello que sea —le dijo Ezio a Leonardo.

—Empiezo a pensar que habría sido mejor decantarme por Milán —replicó Leonardo—. Pero un trabajo es un trabajo.

CAPÍTULO 13

Después de que Ezio se separara de Leonardo y se instalara en su alojamiento, no perdió el tiempo y regresó al Palazzo Seta, una tarea complicada en aquella ciudad de pasajes, laberínticos canales, arcos bajos, placitas y callejones sin salida. Pero todo el mundo conocía el *palazzo* y, siempre que se extravió, los venecianos le indicaron muy amablemente por dónde ir… Aunque ninguno dio la impresión de comprender por qué alguien podía querer ir allí por su propia voluntad. Un par de ellos le sugirieron que le resultaría más sencillo tomar una góndola, pero Ezio quería familiarizarse con la ciudad y, además, llegar a su objetivo pasando desapercibido.

Cuando llegó a las cercanías del *palazzo* era ya media tarde. El edificio parecía más una fortaleza, o una cárcel, que un palacio, pues la estructura principal se había erigido en el interior de un recinto con murallas almenadas. A uno y otro lado, el *palazzo* quedaba encerrado por otros edificios separados por estrechas callejuelas. En la parte posterior parecía haber un jardín de considerable tamaño rodeado por otro muro alto, y delante, frente al canal, estaba la zona amplia y abierta que Ezio había visto antes al pasar. Y era allí donde estaba teniendo lugar en aquel momento una encarnizada batalla entre un puñado de guardias de Barbarigo y un variopinto grupo de jóvenes que se mofaban de ellos, brincaban de un lado a otro para alejarse del alcance de sus alabardas y lanzas, y arrojaban ladrillos, piedras, huevos y fruta podrida a los enojados hombres uniformados. Tal vez pretendían simplemente distraerlos, pues Ezio,

mirando más allá de todos ellos, por detrás de la escena de la melé, vio una figura escalando el muro del *palazzo*. Ezio se quedó impresionado. El muro era tan vertical que incluso él se lo tendría que pensar dos veces antes de encararlo. Pero quienquiera que fuera llegó a las almenas sin ser descubierto y con facilidad. Entonces, de forma pasmosa, saltó desde allí y fue a aterrizar en el tejado de una de las torres de vigía. Ezio vio que el individuo pensaba saltar de nuevo desde aquel punto hasta el tejado de lo que era el palacio en sí para tratar de acceder a su interior. Tomó nota de la táctica por si algún día necesitaba utilizarla, siempre que se viera capaz de hacerlo. Pero los guardias de la torre de vigía se habían percatado de la presencia del individuo y acababan de dar la voz de alarma a los compañeros que montaban guardia. Apareció un arquero en una ventana de los aleros del tejado del palacio y disparó. La figura saltó con elegancia y la flecha pasó de largo, estampándose contra las tejas, pero la segunda vez el arquero atinó en su puntería y, con un débil grito, la figura se tambaleó y se llevó la mano a la herida que acababa de sufrir en el muslo.

El arquero volvió a disparar, pero erró el tiro. La figura había vuelto sobre sus pasos, saltando de nuevo desde el tejado de la torre a las almenas, por donde corrían ya los guardias, para saltar a continuación por encima del muro y deslizarse hasta aterrizar en el suelo.

En el otro lado del espacio abierto frente al *palazzo*, los guardias de Barbarigo habían obligado a sus atacantes a replegarse hacia las callejuelas, por donde empezaban a perseguirlos. Ezio aprovechó la oportunidad para atrapar al desconocido individuo que, renqueante, corría en dirección opuesta en busca de seguridad.

Cuando llegó a su altura, le sorprendió su complexión ligera e infantil, aunque atlética. Y cuando estaba a punto de ofrecerle ayuda, el individuo se volvió hacia él y Ezio reconoció la cara de la chica que había intentado cortarle la cinta de la bolsa en el mercado.

Se quedó sorprendido, confuso y, curiosamente, se sintió locamente enamorado.

—Préstame tu brazo —dijo la chica, apremiándolo.

—¿Me recuerdas?

—¿Debería?

—Hoy mismo me intentaste robar en el mercado.

—Lo siento pero no es momento para recuerdos. Si no nos esfumamos con rapidez, somos carne muerta.

Y como para ilustrar lo que quería decir, una flecha pasó en aquel momento silbando entre ellos. Ezio cogió el brazo de la chica y lo pasó por encima de sus hombros y, acto seguido, la agarró por la cintura, igual que había hecho cuando en su día ayudó a Lorenzo.

—¿Hacia dónde?

—Hacia el canal.

—Por supuesto —dijo con ironía—. En Venecia no hay más que uno, ¿verdad?

—Eres un chulo engreído para ser un recién llegado. Por aquí…, te mostraré el camino… ¡pero rápido! Mira…, ya los tenemos detrás.

Y así era: un pequeño destacamento de hombres acababa de cruzar la plaza y corría tras ellos.

Sin despegar la mano de la herida del muslo, y tensa por el dolor, la chica guio a Ezio hacia un callejón, que desembocaba en otro, y en otro, hasta que Ezio perdió por completo el norte. Detrás de ellos, las voces de sus perseguidores fueron desvaneciéndose hasta perderse por completo.

—Mercenarios de tierra firme —dijo la chica con gran desdén—. En esta ciudad no tienen ninguna posibilidad contra los locales. Se pierden con facilidad. ¡Vamos!

Llegaron a un embarcadero del Canale della Misericordia, donde había amarrada una inclasificable embarcación con dos hombres a bordo. Al ver a Ezio y a la chica, uno de ellos empezó de inmediato a soltar amarras, mientras el otro los ayudaba a subir.

—¿Quién es este? —le preguntó a la chica el segundo hombre.

—No tengo ni idea, pero estaba en el lugar adecuado en el momento adecuado y, al parecer, con Emilio no le une precisamente una amistad.

La chica estaba a punto de desmayarse.

—Tiene una herida en el muslo —dijo Ezio.

—Ahora no puedo quitarle eso —dijo el hombre, mirando el lugar donde se había alojado el perno—. Aquí no tengo ni bálsamo ni vendajes.

Tenemos que regresar deprisa y antes de que esas ratas de alcantarilla de Emilio den con nosotros. —Miró a Ezio—. ¿Quién eres tú, de todos modos?

—Me llamo Auditore, Ezio. De Florencia.

—Hmmm… Yo me llamo Ugo. Ella es Rosa y el que rema se llama Paganino. No nos gustan mucho los extranjeros.

—¿Quiénes sois vosotros? —replicó Ezio, haciendo caso omiso al último comentario.

—Liberadores profesionales de las propiedades de los demás —respondió Ugo.

—Ladrones —explicó Paganino con una carcajada.

—Le quitas la poesía a todo —dijo con tristeza Ugo. Y de pronto se puso en estado de alerta—. ¡Cuidado! —exclamó cuando una flecha, y después otra, se clavaron con un ruido sordo en el casco de la embarcación procedentes de algún lugar en lo alto.

Al levantar la vista vieron dos arqueros de Barbarigo apostados en un tejado próximo, cargando más flechas en sus arcos. Ugo rebuscó en el hueco de la embarcación y sacó una práctica ballesta achaparrada que rápidamente cargó, apuntó y disparó, mientras Ezio lanzaba dos cuchillos voladores en rápida sucesión contra el otro arquero. Ambos cayeron gritando al canal.

—Ese bastardo tiene matones por todas partes —le dijo Ugo a Paganino, empleando un tono coloquial.

Ambos eran tipos bajitos y anchos de hombros, de aspecto duro, y ninguno de los dos llegaba a los treinta años de edad. Gobernaban con destreza la embarcación y era evidente que conocían aquel entresijo de canales como la palma de su mano, pues en más de una ocasión Ezio creyó que se habían adentrado en la versión acuática de un callejón sin salida para descubrir que el canal no terminaba en una pared de ladrillo, sino en un arco de escasa altura bajo el cual la embarcación solo podía pasar si todos se agachaban.

—¿Qué hacíais atacando el Palazzo Seta? —preguntó Ezio.

—¿Y a ti qué te importa? —respondió Ugo.

—Emilio Barbarigo no es precisamente amigo mío. A lo mejor podríamos ayudarnos mutuamente.

—¿Qué te lleva a pensar que necesitamos tu ayuda? —replicó Ugo.

—Vamos, Ugo —dijo Rosa—. Mira lo que acaba de hacer. Y pasas además por alto el hecho de que me ha salvado la vida. Soy la mejor escaladora de todos nosotros. Sin mí, nunca conseguiremos entrar en ese nido de víboras. —Se volvió hacia Ezio—. Emilio intenta obtener el monopolio del comercio de la ciudad. Es un hombre poderoso, y se ha metido en el bolsillo a varios concejales. La situación está llegando a un punto en el que cualquier comerciante que lo desafía e intenta mantener su independencia es simplemente silenciado.

—Pero vosotros no sois comerciantes…, sois ladrones.

—Ladrones profesionales —le corrigió ella—. Negocios individuales, tiendas individuales, personas individuales… Todo ello facilita mucho más el hurto que cualquier monopolio corporativo. Además, tienen un seguro, y las compañías de seguros pagan después de desplumar a sus clientes con primas gigantescas. Y todo el mundo feliz. Emilio convertiría Venecia en un desierto para la gente como nosotros.

—Eso sin mencionar que es un mierda que quiere hacerse no solo con los negocios locales, sino también con la ciudad entera —añadió Ugo—. Pero Antonio te lo explicará.

—¿Antonio? ¿Y ese quién es?

—Enseguida lo descubrirás, señor florentino.

Llegaron por fin a otro embarcadero y amarraron la embarcación con rapidez, pues la herida de Rosa tenía que limpiarse y tratarse si no querían que su vida peligrara. Dejando a Paganino ocupándose de la barca, entre Ugo y Ezio medio arrastraron, medio cargaron con Rosa, que había quedado ya inconsciente por la pérdida de sangre. Recorrieron aún otro retorcido callejón flanqueado por edificios de ladrillo rojo oscuro y madera que desembocaba en una placita, con un pozo y un árbol en medio, rodeada de edificios de aspecto mugriento cuyo estuco llevaba mucho tiempo descascarillado.

Se dirigieron a la puerta de color granate sucio de uno de los edificios y Ugo llamó con una sucesión de complejos golpes. Acto seguido se abrió y se cerró una mirilla y la puerta, rápidamente, se abrió y se cerró también. Ezio se fijó en que, por mucho que todo lo demás mostrara un aspecto

descuidado, bisagras, cerraduras y pestillos estaban perfectamente engrasados y sin óxido.

Se encontró de pronto en un destartalado patio rodeado de altas y desiguales paredes grises coronadas por ventanas. A ambos lados, dos escaleras de madera ascendían para unirse en las galerías, también de madera, que recorrían las paredes del primer y el segundo piso y en las que se veían diversas puertas.

Se congregaron a su alrededor varias personas, algunas de las cuales Ezio reconoció como participantes en el altercado que se había producido delante del Palazzo Seta. Ugo estaba ya dando órdenes.

—¿Dónde está Antonio? ¡Id a buscarlo! Y haced lugar para Rosa, traed una manta, bálsamo, agua caliente, un cuchillo afilado, vendas…

Uno de los hombres subió corriendo las escaleras y se esfumó a través de una de las puertas del primer piso. Dos mujeres desplegaron una colchoneta casi limpia y acostaron con cuidado a Rosa. Una tercera desapareció y regresó enseguida con el material médico que Ugo había solicitado. Rosa recuperó la consciencia, vio a Ezio y le tendió la mano. Él se la cogió y se arrodilló a su lado.

—¿Dónde estamos?

—Creo que son los cuarteles generales de tu gente. En cualquier caso, estás a salvo.

Ella le apretó la mano.

—Siento haber intentado robarte.

—Ahora no pienses en eso.

—Gracias por salvarme la vida.

Ezio estaba ansioso. La chica estaba muy pálida. Tendrían que trabajar rápido si querían salvarla.

—No te preocupes, Antonio sabrá qué hacer —le dijo Ugo a Ezio cuando este se incorporó.

En aquel momento, bajó corriendo las escaleras un hombre bien vestido que rozaría la cuarentena, un gran pendiente de oro en su lóbulo izquierdo y un pañuelo en la cabeza. Fue directamente hacia Rosa y se arrodilló a su lado. Chasqueó los dedos para pedir el botiquín.

—¡Antonio! —dijo ella.

—¿Qué te ha pasado, pequeña? —dijo con el duro acento del veneciano de toda la vida.

—¡Tú limítate a quitarme esta cosa! —le espetó Rosa.

—Déjame echarle primero un vistazo —dijo Antonio, su voz de repente más seria. Examinó con atención la herida—. Ha entrado y ha salido del muslo limpiamente, no ha tocado el hueso. Por suerte no ha sido el perno de una ballesta.

Rosa apretó los dientes.

—Tú… solo… quítame eso…

—Dadle alguna cosa que pueda morder —dijo Antonio.

Retiró primero las plumas de la flecha, envolvió la cabeza con un pañuelo, empapó con el bálsamo los puntos de entrada y salida y tiró.

Rosa escupió la guata que le habían colocado entre los dientes y gritó.

—Lo siento, *piccola* —dijo Antonio, presionando con las manos ambos lados de la herida.

—¡Que te jodan con tus disculpas, Antonio! —chilló Rosa mientras las mujeres la sujetaban.

Antonio levantó la vista hacia uno de los integrantes de su séquito.

—¡Michiel! ¡Ve a buscar a Bianca! —Le lanzó una mirada a Ezio—. ¡Y tú! ¡Ayúdame con esto! Coge estas compresas y ponlas sobre las heridas en cuanto yo retire las manos. Después la vendaremos como es debido.

Ezio se apresuró a obedecer. Sintió el calor del muslo de Rosa bajo sus manos, sintió acto seguido la reacción del cuerpo de ella e intentó no mirarla a los ojos. Mientras, Antonio continuaba trabajando con rapidez. Después, empujó a Ezio para que se retirara y, finalmente, movió la pierna inmaculadamente vendada de Rosa.

—Bien —dijo—. Pasará un tiempo antes de que vuelvas a escalar muros, pero creo que te recuperarás por completo. Ten paciencia. ¡Te conozco!

—¿Y para eso tenías que hacerme tanto daño, torpe idiota? —Le miró echando chispas por los ojos—. ¡Espero que te contagien la peste, bastardo! ¡Tú y tu puta madre!

—Llevadla dentro —dijo Antonio, sonriendo—. Ugo, ve con ella. Asegúrate de que descansa.

Cuatro mujeres cogieron la colchoneta por sus esquinas y entraron con Rosa, que seguía protestando, por una de las puertas de la planta baja. Antonio las vio marchar y se volvió de nuevo hacia Ezio.

—Gracias —le dijo—. Aprecio muchísimo a esa pequeña lagarta. Si la perdiera…

Ezio se encogió de hombros.

—Siempre he sentido debilidad por las damiselas necesitadas.

—Me alegro de que Rosa no te oyera decir esto, Ezio Auditore. Pero tu reputación te precede.

—No he oído que Ugo te mencionara mi nombre —dijo Ezio, en guardia.

—Y no lo hizo. Pero conocemos tu trabajo en Florencia y San Gimignano. Un buen trabajo, aunque poco refinado.

—¿Quiénes sois?

Antonio abrió las manos.

—Bienvenido a los cuarteles generales del Gremio de Ladrones y Chulos Profesionales de Venecia —dijo—. Soy De Magianis, Antonio, el *amministratore*. —Hizo una reverencia irónica—. Aunque, naturalmente, solo robamos a los ricos para dar a los pobres y, naturalmente, nuestras prostitutas prefieren denominarse a sí mismas cortesanas.

—¿Y sabes por qué estoy aquí?

Antonio sonrió.

—Más o menos me lo imagino… aunque no lo he compartido con mis… empleados. ¡Ven! Vamos a hablar en mi despacho.

El despacho le recordó hasta tal punto el estudio de su tío Mario que Ezio, de entrada, se quedó sorprendido. No sabía qué debía esperar exactamente, pero se encontró en una estancia con las paredes recubiertas de libros, libros caros con excelentes encuadernaciones, exquisitas alfombras otomanas, mobiliario de madera de roble y de boj, y lámparas y candelabros de plata.

La estancia estaba dominada por la mesa central, sobre la que había una maqueta a gran escala del Palazzo Seta y su barrio. A su alrededor y en su interior, innumerables maniquíes de madera en miniatura. Antonio le indicó a Ezio que tomase asiento y se inclinó sobre la confortable chimenea que

había en una esquina, de la que salía un olor curioso, atractivo y desconocido.

—¿Puedo ofrecerte alguna cosa? —preguntó Antonio. A Ezio le recordaba tanto a su tío Mario que le pareció todo muy curioso—. *Biscotti?* Un *caffè?*

—Disculpa…, ¿un qué?

—Un café. —Antonio se enderezó—. Es un mejunje interesante que me ha traído un mercader turco. Ten, pruébalo. —Y le pasó a Ezio una minúscula taza de porcelana con un líquido negro y caliente del que procedía el penetrante aroma.

Ezio lo probó. Le quemó los labios, pero no era malo, y así se lo hizo saber, aunque añadió, imprudentemente:

—Sería mejor con leche y azúcar.

—La mejor forma de echarlo a perder —replicó Antonio, ofendido.

Terminaron sus cafés y Ezio experimentó enseguida una sensación de nerviosa energía completamente novedosa. Tendría que hablarle a Leonardo de aquella bebida la próxima vez que lo viera. Vio que Antonio le señalaba la maqueta del Palazzo Seta.

—Estas son las posiciones que teníamos pensadas en el caso de que Rosa hubiera conseguido entrar y abrir una de las poternas. Pero, como bien sabes, la vieron y le dispararon y tuvimos que replegarnos. Ahora nos tocará reagruparnos y, mientras, Emilio tendrá tiempo para reforzar sus defensas. Y peor aún, ha sido una operación costosa. He gastado prácticamente hasta mi último *soldo*.

—Emilio tiene que estar forrado —dijo Ezio—. ¿Por qué no atacarle de nuevo ahora y quitarle su dinero?

—¿No me has oído? Nuestros recursos están bajo mínimos y él está alerta. Nunca conseguiríamos superarle sin el elemento sorpresa. Además, tiene dos primos poderosos que lo respaldan, los hermanos Marco y Agostino, aunque creo que Agostino es un buen tipo. En cuanto a Mocenigo…, bien, el dux es un buen hombre, pero ingenuo, y deja los asuntos de negocios en manos de otros…, otros que Emilio ya se ha metido en el bolsillo. —Miró a Ezio a los ojos—. Necesitamos ayuda para llenar de nuevo nuestras arcas. Creo que podrías proporcionarnos esa ayuda. Si lo

haces, me demostrarás que eres un aliado al que merece la pena ayudar. ¿Llevarías a cabo esta misión, señor Leche y Azúcar?

Ezio sonrió.

—Ponme a prueba —dijo.

CAPÍTULO 14

Le llevó mucho tiempo, y la entrevista de Ezio con el escéptico tesorero jefe del gremio de los ladrones había resultado incómoda, pero Ezio acabó utilizando las habilidades que había aprendido de Paola para cortar bolsas con los mejores de ellos y para robar todo lo posible a los burgueses adinerados de Venecia aliados de Emilio. Unos meses después, en compañía de otros ladrones —pues se había convertido ya en miembro honorario del gremio—, consiguió reunir los dos mil *ducati* que Antonio necesitaba para relanzar su operación contra Emilio. Pero todo aquello tuvo un coste. No todos los miembros del gremio consiguieron eludir la captura y el arresto por parte de la guardia de Barbarigo. De modo que, pese a tener ahora los fondos necesarios, los ladrones habían disminuido en número.

Pero Emilio Barbarigo cometió un error fruto de su arrogancia. Para dar ejemplo, exhibió públicamente a los ladrones capturados en estrechas jaulas de hierro que colocó en diversos puntos del barrio que controlaba. De haberlos mantenido encerrados en los calabozos de su *palazzo*, ni Dios en persona hubiera conseguido sacarlos de allí, pero Emilio prefirió exhibirlos, privados de alimento y agua, aguijoneados con palos por sus guardias siempre que caían dormidos, con la intención de dejarlos morir de hambre ante los ojos de todo el mundo.

—No durarán ni seis días sin agua, y mucho menos sin comida —le dijo Ugo a Ezio.

—¿Qué opina Antonio?

—Que de ti depende idear un plan para su rescate.

«¿Cuántas pruebas más de mi lealtad necesitará este hombre?», pensó Ezio, antes de darse cuenta de que ya disfrutaba de la confianza de Antonio, puesto que el Príncipe de los Ladrones le había encargado una misión tan crucial como aquella. Pero no disponía de mucho tiempo.

Con cautela, Ugo y él observaron en secreto las idas y venidas de los centinelas. Al parecer, había un grupo de guardias que realizaban un recorrido continuo de jaula en jaula. Pese a que todas las jaulas estaban constantemente rodeadas por unos cuantos curiosos, entre los que podía haber perfectamente espías de Barbarigo, Ezio y Ugo decidieron correr el riesgo. Durante el turno de noche, momento en el que el público no era tan numeroso, se encaminaron hacia la primera jaula, que la guardia estaba a punto de abandonar para dirigirse a la segunda. En cuanto la guardia se marchó y estuvo fuera de su vista, consiguieron accionar las cerraduras, animados por los inconexos vítores de un puñado de espectadores, a quienes les daba bastante igual quién saliera ganando mientras tuvieran espectáculo, y algunos de los cuales les siguieron hasta la segunda jaula, e incluso hasta la tercera. Los hombres y las mujeres liberados, un total de veintisiete, estaban ya, después de dos días y medio, en condiciones penosas, aunque como mínimo no los habían esposado, y Ezio pudo guiarlos así hasta los pozos que había en el medio de prácticamente todas las placitas, para que su primera y más importante necesidad —la sed— quedara satisfecha.

Finalizada la misión, que les llevó desde la caída de la noche hasta el canto del gallo, Ugo y sus compañeros liberados miraron a Ezio con profundo respeto.

—Rescatar a mis hermanos y hermanas ha sido más que un simple acto de caridad, Ezio —dijo Ugo—. Estos… colegas representarán un papel vital en las próximas semanas. Y… —su tono se volvió solemne—… nuestro gremio tiene contigo una eterna deuda de gratitud.

El grupo había llegado ya a los cuarteles generales del gremio. Antonio abrazó a Ezio, pero estaba serio.

—¿Cómo está Rosa? —le preguntó Ezio.

—Mejor, pero la herida era más grave de lo que creíamos y ella quiere correr antes de echar a andar.

—Ella es así.

—Sí, típico de ella. —Antonio hizo una pausa—. Quiere verte.

—Me siento adulado.

—¿Por qué? ¡Eres el héroe del día!

Unos días después, Ezio fue convocado al despacho de Antonio, donde lo encontró estudiando minuciosamente la maqueta del Palazzo Seta. Los pequeños maniquíes de madera habían sido desplegados de nuevo por sus alrededores y sobre la mesa, junto a la maqueta, había una montaña de papeles llenos de cálculos y anotaciones.

—¡Ah! ¡Ezio!

—*Signore*.

—Acabo de regresar de una pequeña incursión en territorio enemigo. Hemos conseguido liberar tres cargas de armamento destinadas al pequeño *palazzo* de nuestro querido Emilio. Por lo que se nos ha ocurrido que podríamos organizar un baile de disfraces vistiéndonos con los uniformes de los arqueros de Barbarigo.

—Brillante. Eso nos introduciría en la fortaleza sin problema. ¿Cuándo empezamos?

Antonio levantó una mano.

—No tan rápido, querido mío. Hay un problema, y me gustaría pedirte consejo.

—Me honras por ello.

—No, simplemente valoro tu opinión. El hecho es que sé de buena fuente que Emilio puede haber estado sobornando a gente para convertirla en espías. —Hizo una pausa—. No podemos atacar hasta tener solventado el asunto de los traidores. Mira, sé que puedo confiar en ti, y tu rostro no es muy conocido en el gremio. Si pudiera darte algunas pistas sobre el paradero de estos traidores, ¿crees que podrías ocuparte de ellos? Podrías llevarte a Ugo contigo como apoyo, y cualquier destacamento que necesitaras.

—*Messer* Antonio, la caída de Emilio es tan importante para mí como para ti. Unamos nuestras fuerzas.

Antonio sonrió.

—¡Es la respuesta que esperaba de ti! —Indicó con un gesto a Ezio que se acercara a la mesa de mapas que había instalado cerca de la ventana—. Esto es un plano de la ciudad. Los hombres que han desertado se reúnen, según me cuentan mis fieles espías, en una taberna que hay aquí. Se llama Il Vecchio Specchio. Allí es donde establecen contacto con los agentes de Emilio, intercambian información y reciben sus órdenes.

—¿Cuántos son?

—Cinco.

—¿Qué quieres que haga con ellos?

Antonio se quedó mirándolo.

—Mátalos, amigo mío.

Al amanecer del día siguiente, Ezio reunió el grupo de hombres que había elegido personalmente para la misión. Les expuso su plan. Los vistió con los uniformes de Barbarigo procedentes de los barcos que Antonio había apresado. Sabía por Antonio que Emilio creía que el material robado se había perdido en alta mar, de modo que su gente no sospecharía nada. Junto con Ugo y los otros cuatro hombres, Ezio entró en Il Vecchio Specchio poco después de que anocheciera. Era una guarida de Barbarigo, pero a aquellas horas había solo unos pocos clientes, aparte de los chaqueteros y los hombres de Barbarigo. Apenas levantaron la vista cuando el grupo de guardias uniformados entró en la taberna, y solo al verse rodeados prestaron atención a los recién llegados. Ugo se echó hacia atrás la capucha, quedándose al descubierto en la penumbra de la taberna. Los conspiradores trataron de levantarse, la sorpresa y el miedo reflejados en sus caras. Ezio dejó caer con firmeza una mano sobre el hombro del traidor más próximo a él y a continuación, con indiferencia y facilidad, hundió el cuchillo del Códice entre los ojos de su víctima. Ugo y los demás siguieron su ejemplo y acabaron con sus hermanos traidores.

Durante aquel tiempo, Rosa había proseguido con su impaciente recuperación. Se levantaba y se movía de un lado a otro, aunque dependía para ello de un bastón y la pierna herida seguía envuelta en vendajes. Ezio, sin pretenderlo y disculpándose mentalmente y en todo momento con Cristina Calfucci, pasaba el máximo tiempo posible en compañía de Rosa.

—*Salute*, Rosa —le dijo una mañana cualquiera—. ¿Cómo va todo? Veo que tu pierna mejora.

Rosa se encogió de hombros.

—Esto está durando una eternidad, pero voy mejorando. ¿Y tú? ¿Qué te parece nuestra pequeña ciudad?

—Es una gran ciudad. Pero ¿cómo aguantáis el olor de los canales?

—Estamos acostumbrados. A nosotros no nos gustaría el polvo y la inmundicia de Florencia. —Hizo una pausa—. ¿Y qué te trae por aquí esta vez?

Ezio sonrió.

—Lo que piensas y también lo que no piensas. —Dudó un momento—. Esperaba que pudieras enseñarme a trepar como tú lo haces.

Ella se dio unos golpecitos en la pierna.

—Con el tiempo —dijo—. Pero si tienes prisa, mi amigo Franco sabe hacerlo casi tan bien como yo. —Levantó la voz—. ¡Franco!

Casi al instante apareció en el umbral de la puerta un grácil chico de pelo oscuro y Ezio, avergonzado, sintió una punzada de celos lo bastante grande como para que Rosa se diera cuenta. La chica sonrió.

—No te preocupes, tesoro, es tan poco aficionado a las mujeres como San Sebastián. Pero, por otro lado, es duro como un par de botas viejas. ¡Franco! Quiero que le enseñes a Ezio nuestros trucos. —Miró por la ventana. Enfrente había un edificio desocupado camuflado por un andamiaje de bambú sujeto con correas de cuero. Señaló en aquella dirección—. Súbelo allá arriba para empezar.

Ezio pasó lo que quedaba de mañana —tres horas— detrás de Franco y bajo la chillona voz de Rosa. Al final, acabó siendo capaz de encaramarse a una altura mareante casi con la misma velocidad y destreza que su mentor.

Además, aprendió a saltar hacia arriba desde un asidero al siguiente, aunque dudaba que algún día lograra alcanzar la habilidad de Rosa.

—Come algo ligero —le dijo Rosa, ahorrándose cualquier elogio—. Aún no hemos terminado por hoy.

Por la tarde, durante la hora de la siesta, lo llevó a la plaza de la gran iglesia de los Frari. Contemplaron juntos el monumental edificio.

—Sube ahí —dijo Rosa—. Hasta arriba del todo. Y quiero que estés aquí de vuelta antes de que cuente trescientos.

Ezio sudó y se esforzó, la cabeza dándole vueltas por el esfuerzo.

—Cuatrocientos treinta y nueve —anunció Rosa cuando Ezio llegó a su lado—. ¡Vuelve a subir!

Al final del quinto intento, agotado y sudoroso, lo único que le apetecía a Ezio era darle un bofetón a Rosa, pero el deseo se esfumó cuando ella le sonrió y le dijo:

—Doscientos noventa y tres. Acabas de conseguirlo.

La pequeña multitud que se había congregado en el lugar aplaudió su hazaña.

CAPÍTULO 15

En el transcurso de los meses siguientes, el gremio de los ladrones se consagró a reorganizarse y equiparse debidamente. Una mañana, Ugo se presentó donde Ezio vivía para invitarlo a una reunión. Ezio cogió una bolsa, guardó en ella las armas del Códice y siguió a Ugo hacia los cuarteles generales, donde encontraron a Antonio, eufórico, moviendo una vez más los pequeños maniquíes de madera para posicionarlos en los alrededores de la maqueta del Palazzo Seta. Ezio se preguntó si no estaría un poco obsesionado. En la reunión estaban también presentes Rosa, Franco y dos o tres de los principales miembros del gremio.

—¡Hola, Ezio! —dijo sonriendo—. Gracias a tus recientes éxitos estamos ahora en posición de contraatacar. Nuestro objetivo es el almacén de Emilio, que no queda muy lejos de su *palazzo*. El plan es el siguiente. ¡Mira! —Tocó la maqueta y le indicó las líneas de soldaditos azules de madera colocados en torno al perímetro del almacén—. Estos son los arqueros de Emilio. Representan nuestro mayor peligro. Cuando caiga la noche, tengo la intención de enviarte a ti y a un par de hombres más a los tejados de los edificios adyacentes al almacén (y sé que, gracias al entrenamiento al que te ha sometido Rosa, puedes hacer este trabajo) para que os lancéis sobre los arqueros y los eliminéis. Sin hacer ruido. Mientras tanto, nuestros hombres, con los uniformes de Barbarigo que hemos aprehendido, avanzarán desde las callejuelas de las proximidades y tomarán posiciones.

Ezio señaló los maniquíes rojos situados en el interior de los muros del almacén.

—¿Y los guardias de dentro?

—Cuando hayáis terminado con los arqueros, nos reuniremos aquí… —Antonio señaló una *piazza* cercana que Ezio reconoció porque era donde Leonardo había instalado su nuevo taller. Se preguntó durante un momento cómo le irían los encargos a su amigo—… y discutiremos los pasos siguientes.

—¿Cuándo lo hacemos? —preguntó Ezio.

—¡Esta noche!

—¡Excelente! Quiero un par de los mejores hombres. Ugo, Franco, ¿venís conmigo? —Los dos asintieron, sonriendo—. Nos encargaremos de los arqueros y nos reuniremos luego tal y como has dicho.

—Si sustituimos a los arqueros por hombres nuestros, no sospecharán nada.

—¿Y después?

—Una vez que hayamos asegurado el almacén, lanzaremos un ataque sobre el *palazzo*. ¡Pero recordad! ¡Sed sigilosos! ¡No deben sospechar nada! —Antonio sonrió y escupió a continuación—. ¡Buena suerte, amigos míos…, *in bocca al lupo*! —Le dio a Ezio una palmadita en la espalda.

—*Crepi il lupo* —replicó Ezio, escupiendo también.

La operación de aquella noche se desarrolló sin ningún tropiezo. Los arqueros de Barbarigo nunca supieron qué les había atacado, y fueron reemplazados tan sutilmente por los hombres de Antonio, que los guardias del interior del almacén sucumbieron en silencio y sin oponer mucha resistencia a la embestida de los ladrones, ignorantes de que sus camaradas habían sido neutralizados en el exterior.

El ataque al *palazzo* era el siguiente objetivo de la agenda de Antonio, pero Ezio insistió en ir de avanzadilla para evaluar la situación. Rosa, cuyas últimas fases de recuperación habían sido notables gracias a la combinación de habilidades de Antonio y Bianca, y que ahora podía trepar y saltar casi como si volviera a estar ya en plena forma, quiso acompañarlo, pero

Antonio se lo prohibió. Ella se cogió una rabieta. A Ezio se le pasó por la cabeza la idea de que Antonio, al fin y al cabo, lo consideraba a él más sacrificable que a ella, pero dejó enseguida de lado aquel pensamiento y se preparó para la misión de reconocimiento, atándose al brazo izquierdo la muñequera del Códice con su daga de doble filo y, en el derecho, la hoja oculta. Tenía por delante una escalada difícil y no quería correr el riesgo de llevar encima la daga venenosa pues, en cualquier circunstancia, era un arma realmente letal y quería evitar un accidente que pudiera resultar fatal para su persona.

Se cubrió la cabeza con la capucha y haciendo uso de las nuevas técnicas de salto hacia arriba que Rosa y Franco le habían enseñado, se encaramó por los muros externos del *palazzo*, silencioso como una sombra y sin llamar la atención, hasta que llegó al tejado y vislumbró el jardín, abajo. Vio a dos hombres enfrascados en una conversación. Se dirigían a una puerta lateral que daba a un estrecho canal privado que rodeaba la parte posterior del *palazzo*. Siguiendo su avance desde el tejado, Ezio vio una góndola atracada en un pequeño embarcadero con los farolillos apagados, sus dos gondoleros vestidos de negro. Con el paso firme de una salamanquesa pegada a tejados y muros, Ezio descendió rápidamente y se refugió entre las ramas de un árbol para escuchar la conversación. Los dos hombres eran Emilio Barbarigo y nada más y nada menos que Carlo Grimaldi, miembro del séquito del dux Moncenigo. Iban acompañados por el secretario de Emilio, un hombre larguirucho vestido de gris, cuyas gruesas gafas de lectura le resbalaban continuamente por la nariz.

—… Tu pequeño castillo de naipes está desmoronándose, Emilio —decía Grimaldi.

—Es un contratiempo menor, nada más. Los mercaderes que me desafían y ese mierda de Antonio de Magianis estarán muy pronto muertos o con los grilletes, o de remeros en una galera turca.

—Me refiero al Asesino. Está aquí, ¿lo sabías? Por eso Antonio se muestra tan atrevido. Mira, a todos nos han robado o desvalijado, han burlado a nuestros guardias. Ya no puedo hacer más para impedir que el dux meta sus narices.

—¿Que el Asesino está aquí?

—¡Eres tonto de capirote, Emilio! Si el Maestro supiera lo estúpido que llegas a ser, serías carne muerta. Ya conoces el daño que ha hecho a nuestra causa en Florencia y en San Gimignano.

Emilio cerró la mano derecha en un puño.

—¡Lo aplastaré como a una chinche! —exclamó.

—Sí, la verdad es que te está chupando la sangre. ¿Quién sabe si no anda ahora mismo por aquí, escuchando lo que decimos?

—Sí, y ahora, Carlo, lo siguiente que vas a decirme es que crees en fantasmas.

Grimaldi lo miró a los ojos.

—La arrogancia te ha convertido en un estúpido, Emilio. Eres incapaz de ver la imagen global. No eres más que un pez gordo en un pequeño estanque.

Emilio lo agarró por la túnica y, rabioso, lo acercó a él.

—¡Venecia será mía, Grimaldi! ¡Le he proporcionado a Florencia todo su armamento! No es culpa mía que ese idiota de Jacopo no lo utilizara con inteligencia. Y no intentes hacerme quedar mal delante del Maestro. Si quisiera, podría contarle cosas de ti que…

—¡Ahórrate el esfuerzo! Y ahora debo irme. ¡Recuerda! La reunión será de aquí a diez días en San Stefano, delante de la casa de Fiorella.

—Lo recordaré —dijo con amargura Emilio—. El Maestro se enterará entonces de cómo…

—El Maestro hablará y tú escucharás —le dijo Grimaldi—. ¡Hasta luego!

Subió a la oscura góndola y se adentró en la noche.

—*Cazzo!* —murmuró Emilio a su secretario viendo la góndola desaparecer en dirección al Gran Canal—. ¿Y si tuviera razón? ¿Y si ese condenado Ezio Auditore está aquí? —Caviló durante un momento—. Mira, prepara ahora mismo a los barqueros. Despierta a esos bastardos si tienes que hacerlo. Quiero esas cajas cargadas ahora y quiero la embarcación preparada en media hora de tu reloj de agua. Si Grimaldi dice la verdad, debo encontrar un lugar donde esconderme, al menos hasta la reunión. El Maestro encontrará la manera de ocuparse del Asesino…

—Debe de estar trabajando con Antonio de Magianis —apuntó el secretario.

—¡Eso ya lo sé, idiota! —dijo Emilio entre dientes—. Y ahora ven y ayúdame a preparar los documentos de los que hablábamos antes de que llegara nuestro querido amigo Grimaldi.

Empezaron a caminar hacia el interior del *palazzo* y Ezio los siguió, sin delatar en absoluto su presencia, como si fuera prácticamente un espíritu. Se fundió con las sombras, caminando con el sigilo de un gato. Sabía que Antonio no iniciaría el ataque al *palazzo* hasta que él diera la señal, y primero quería descubrir todo lo que Emilio se traía entre manos. ¿Qué serían aquellos documentos que acababa de mencionar?

—¿Por qué la gente no atiende a su sentido común? —estaba diciéndole Emilio a su secretario mientras Ezio continuaba siguiéndolos—. ¡Toda esta libertad de oportunidades solo produce más crimen! Debemos asegurarnos de que el estado controla todos los aspectos de la vida de la gente y, al mismo tiempo, da libre iniciativa a los banqueros y a los financieros privados. De esa manera, la sociedad prospera. Y si los que se oponen tienen que ser silenciados, no es más que el precio del progreso. Los Asesinos pertenecen al pasado. No se dan cuenta de que lo que importa es el estado, no el individuo. —Movió la cabeza de un lado a otro—. ¡Como Giovanni Auditore, y eso que era banquero! ¡Cabría pensar que mostraría más integridad!

Ezio contuvo la respiración al oír mencionar el nombre de su padre, pero continuó controlando a su presa mientras Emilio y su secretario entraban en el despacho, seleccionaban documentos, los embalaban y regresaban al pequeño malecón que había junto a la verja del jardín, donde otra góndola, más grande ahora, aguardaba a su amo.

Emilio, cogiendo la saca con documentos que hasta entonces había cargado el secretario, le soltó su última orden:

—Envíame una muda de ropa. Ya conoces la dirección.

El secretario inclinó la cabeza y desapareció. Ya no había nadie más excepto los gondoleros, preparados a popa y proa para soltar amarras.

Ezio saltó desde su atalaya hasta la góndola, que se balanceó de manera alarmante. Con dos rápidos codazos, empujó a los gondoleros al agua y

agarró a Emilio por el cuello.

—¡Guardias! ¡Guardias! —gorgoteó Emilio, palpando a tientas para encontrar la daga que llevaba en el cinturón.

Ezio le cogió la muñeca justo en el momento en que, después de hacerse con el arma, Emilio estaba a punto de hundirla en el vientre de Ezio.

—¡No corras tanto! —dijo Ezio.

—¡Asesino! ¡Tú! —gruñó Emilio.

—Sí.

—¡He matado a tu enemigo!

—Eso no te convierte en mi amigo.

—Matarme no te solucionará nada, Ezio.

—Pienso que servirá para librar a Venecia de una problemática… chinche —dijo Ezio, accionando su hoja oculta—. *Requiescat in pace*.

Sin apenas una pausa, Ezio deslizó el mortal acero entre los omoplatos de Emilio… La muerte llegó veloz y silenciosa. La pericia asesina de Ezio solo era equiparable a la fría y metálica determinación con que cumplía el deber de su vocación.

Ezio, después de arrinconar el cuerpo de Emilio en un lado de la góndola, hurgó en el interior de la saca hasta extraer los documentos. Había muchas cosas que podrían ser del interés de Antonio, pensó mientras los cribaba rápidamente, pues no disponía en aquel momento de tiempo para examinarlos con detenimiento; pero hubo un pergamino que le llamó personalmente la atención: una página de vitela enrollada y lacrada. ¡Otra página del Códice!

Cuando estaba a punto de romper el lacre, una flecha vibró y se clavó con un ruido metálico en la base de la góndola, entre sus piernas. En estado instantáneo de alerta, Ezio se agachó y levantó la vista en dirección al lugar de donde provenía el misil. Vio apostados, en lo alto de los muros del *palazzo*, una cantidad inmensa de arqueros de Barbarigo.

Uno de ellos le saludó moviendo la mano. Y descendió dando un salto acrobático desde lo alto del elevado muro. En cuestión de un segundo la tuvo entre sus brazos.

—Lo siento, Ezio…, ¡una broma tonta! Pero no hemos podido resistirnos.

—¡Rosa!

Ella se acurrucó contra su pecho.

—¡De vuelta a la lucha y preparada para la acción! —Se quedó mirándolo con un brillo en los ojos—. ¡Y hemos tomado el Palazzo Seta! Hemos liberado a los mercaderes contrarios a Emilio y ahora controlamos el barrio. ¡Ven! ¡Antonio quiere celebrarlo y los vinos de la bodega de Emilio son legendarios!

Pasó el tiempo, y Venecia parecía estar en paz. Nadie lloró la desaparición de Emilio; de hecho, muchos creían que seguía con vida, y algunos imaginaron que simplemente estaba de viaje en el extranjero y ocupándose de sus negocios en el reino de Nápoles. Antonio se aseguró de que el Palazzo Seta siguiera funcionando como la seda y, mientras los intereses mercantiles de Venecia no se vieran afectados en general, a nadie le importó el destino que pudiera haber corrido un simple hombre de negocios, por ambicioso que fuera o por mucho éxito que tuviera.

Ezio y Rosa habían estrechado su relación, pero entre ellos seguía existiendo una encendida rivalidad. Ella se había recuperado por completo y quería demostrarse su propia valía. Una mañana entró en los aposentos de Ezio y le dijo:

—Escucha, Ezio, me parece que necesitas ponerte en forma. Quiero ver si sigues siendo tan bueno como cuando Franco y yo te entrenamos. ¿Qué te parece una carrera?

—¿Una carrera?

—¡Sí!

—¿Hasta dónde?

—Desde aquí hasta Punta della Dogana. ¡Empezando ya!

Y saltó por la ventana antes de que Ezio pudiera reaccionar. La vio corretear con desenfreno por encima de los tejados rojos, casi bailar al cruzar los canales que separaban los edificios. Se quitó la túnica y echó a correr tras ella.

Llegaron por fin, codo con codo, al tejado del edificio de madera que se alzaba en la lengua de tierra que había al final del Dorso-duro, dominando

el Canal de San Marco y la laguna. Al otro lado del canal estaban los edificios bajos del monasterio de San Giorgio Maggiore, y delante, el edificio de reluciente piedra rosa del Palazzo Ducale.

—Creo que he ganado —dijo Ezio.

Rosa puso mala cara.

—Tonterías. De todos modos, diciendo eso demuestras que no eres un caballero, y tampoco un veneciano. Pero ¿qué cabría esperar de un florentino? —Hizo una pausa—. En cualquier caso, eres un mentiroso. He ganado yo.

Ezio se encogió de hombros y sonrió.

—Lo que tú digas, *carissima*.

—Entonces, el botín para el vencedor —dijo ella, tirando de la cabeza de Ezio y dándole un apasionado beso en la boca.

El cuerpo de Rosa era suave y cálido, e infinitamente dócil.

CAPÍTULO 16

Emilio Barbarigo tal vez no consiguiera llegar a su cita en el Campo San Stefano, pero Ezio no pensaba perdérsela. Al amanecer de aquella luminosa mañana de finales de 1485, se plantó en la ya concurrida plaza. La batalla por la supremacía sobre los Templarios estaba siendo dura y larga. Ezio empezaba a creer que, igual que les había sucedido a su padre y a su tío, aquello acabaría convirtiéndose también en el trabajo de su vida.

Con la cabeza cubierta con la capucha, se mezcló con la multitud y detectó muy pronto la figura de Carlo Grimaldi aproximándose en compañía de otro hombre, de aspecto austero, cuya tupida barba y melena castaña malcasaban con su piel pálida y azulada, y que iba vestido con los ropajes rojos de un inquisidor del estado. Ezio lo identificó enseguida como Silvio Barbarigo, el primo de Emilio, al que todo el mundo conocía como «Il Rosso». No parecía estar precisamente de muy buen humor.

—¿Dónde está Emilio? —preguntó con impaciencia.

Grimaldi se encogió de hombros.

—Le dije que estuviera aquí.

—¿Se lo dijiste tú mismo? ¿En persona?

—Sí —respondió de mala gana Grimaldi—. ¡Yo mismo! ¡En persona! Me preocupa que no confíes en mí.

—Y a mí también —murmuró Silvio. Grimaldi apretó los dientes al oír aquello, pero Silvio se limitó a seguir mirando a su alrededor, abstraído—. A lo mejor llega con los demás. Caminemos un rato.

Iniciaron su paseo por el espacioso campo rectangular, pasaron por delante de la iglesia de San Vidal y de los palacios situados en el extremo del Gran Canal, en dirección a San Stefano, deteniéndose de vez en cuando a mirar los productos que los comerciantes empezaban a colocar en sus puestos para iniciar la jornada de ventas. Ezio les siguió como una sombra, aunque era complicado. Grimaldi estaba nervioso y miraba constantemente hacia atrás con recelo. A veces le costaba mantenerse lo bastante cerca de sus perseguidos como para escuchar lo que decían.

—Mientras esperamos, podrías ponerme al corriente de cómo van las cosas en el palacio del dux —dijo Silvio.

Grimaldi abrió las manos.

—Bien, para ser sincero, no es fácil. Mocenigo tiene un círculo muy cerrado. He intentado ir preparando el terreno, como me pediste, hacer sugerencias por el interés de nuestra causa, pero es evidente que no soy el único que busca captar su atención por muy viejo que sea, ese cabrón es muy astuto.

Silvio cogió de un puesto una figurita de cristal de complicado aspecto, la examinó y la devolvió a su sitio.

—En este caso, tendrás que trabajar más duro, Grimaldi. Tienes que entrar a formar parte de su círculo.

—Soy ya uno de sus socios más próximos y de mayor confianza. Me ha llevado años posicionarme. Años de paciencia y planificación, de esperas, de aceptar humillaciones.

—Sí, sí —dijo con impaciencia Silvio—. Pero ¿qué tienes para darnos por ello?

—Es más complicado de lo que me imaginaba.

—¿Y por qué?

Grimaldi hizo un gesto de frustración.

—No lo sé. Hago todo lo posible por el estado, trabajo duro… Pero la realidad es que no soy del agrado de Mocenigo.

—Me pregunto por qué —dijo con frialdad Silvio.

Grimaldi estaba demasiado enfrascado en sus pensamientos como para percatarse del desaire.

—¡No es culpa mía! ¡Estoy constantemente intentando complacer a ese hijo de puta! Averiguo qué es lo que más desea y se lo pongo a sus pies: los mejores jamones de Cerdeña, la última moda de Milán…

—A lo mejor lo que sucede es que al dux no le gustan los sicofantes.

—¿Es eso lo que piensas que soy?

—Sí. Un adulador, un felpudo, un pelota… ¿Es necesario que continúe?

Grimaldi se quedó mirándolo.

—No me insultes, *inquisitore*. No tienes ni idea de cómo es aquello. No comprendes la presión que…

—¿Que yo no comprendo la presión?

—¡No! No tienes ni idea. Tal vez seas un funcionario del estado, pero yo estoy a dos pasos del dux prácticamente todas las horas del día. Te gustaría estar en mi lugar, porque crees que podrías hacerlo mejor, pero…

—¿Has terminado?

—¡No! Escúchame. Estoy muy cerca del dux. He dedicado mi vida a establecerme en ese puesto y te digo que estoy convencido de que podemos reclutar a Mocenigo para nuestra causa. —Grimaldi hizo una pausa—. Simplemente necesito un poco más de tiempo.

—Me parece que has tenido ya tiempo suficiente. —Silvio se calló y Ezio vio que levantaba la mano para llamar la atención de un hombre mayor con una espumosa barba blanca, ricamente vestido, que iba acompañado por un guardaespaldas, la persona más alta que Ezio había visto en su vida.

—Buenos días, primo —le dijo el recién llegado a Silvio—. Grimaldi.

—Buenos días, primo Marco —respondió Silvio. Miró a su alrededor —. ¿Dónde está Emilio? ¿No ha venido contigo?

Marco Barbarigo se quedó sorprendido y su expresión se tornó seria.

—Por lo que veo no te has enterado de la noticia.

—¿Qué noticia?

—¡Emilio ha muerto!

—¿Qué? —Silvio, como siempre, se enojó al comprobar que su primo, mayor y con más poder, estaba mejor informado que él— ¿cómo ha sido?

—Me lo imagino —dijo con amargura Grimaldi—. El *Assassino*.

Marco lo miró mordazmente.

—Así es. Ayer, a última hora, encontraron su cuerpo en un canal. Debía de llevar allí… bastante tiempo. Dicen que se había hinchado hasta alcanzar el doble de su tamaño. Por eso apareció flotando en la superficie.

—¿Dónde debe de esconderse el Asesino? —se preguntó Grimaldi—. Tenemos que encontrarlo y matarlo antes de que cause más daños.

—Podría estar en cualquier parte —dijo Marco—. Por eso siempre me hago acompañar por Dante. No me sentiría a salvo sin él. —Se interrumpió —. De hecho, por lo que sabemos, podría estar aquí, incluso ahora mismo.

—Debemos actuar con rapidez —dijo Silvio.

—Tienes razón —dijo Marco.

—Pero Marco, estoy muy cerca. Lo intuyo. Dame solo unos días más —suplicó Grimaldi.

—No, Carlo, has tenido tiempo suficiente. Ya no podemos permitirnos sutilezas. Si Mocenigo no se suma a la causa, lo eliminaremos y lo sustituiremos por uno de los nuestros. ¡Y tenemos que hacerlo esta misma semana!

Dante, el guardaespaldas gigante cuyos ojos no habían cesado de observar la multitud desde el momento en que había llegado acompañando a Marco Barbarigo, tomó entonces la palabra.

—Deberíamos ir tirando, *signori*.

—Sí —concedió Marco—. El Maestro estará esperando. ¡Vamos!

Ezio se movió como una sombra entre el gentío y los puestos, esforzándose por mantenerse a una distancia que le permitiera oír la conversación de aquellos hombres mientras cruzaban la plaza y se adentraban en la calle que conducía a la plaza de San Marcos.

—¿Estará de acuerdo el Maestro con nuestra nueva estrategia? —preguntó Silvio.

—Sería un tonto de no estarlo.

—Tienes razón, no tenemos otra alternativa —aceptó Silvio. Miró entonces a Grimaldi—. Lo que en cierto sentido te hace innecesario —añadió con un tono desagradable.

—Es el Maestro quien debe decidir al respecto —replicó Grimaldi—. Igual que será él quien decida a quién poner en lugar de Mocenigo…, tú, o

tu primo Marco, aquí presente. ¡Y la mejor persona para aconsejarle en este asunto soy yo!

—No estaba al corriente de que hubiera que tomar una decisión —dijo Marco—. Creo que la elección es evidente para todo el mundo.

—Estoy de acuerdo —dijo Silvio, muy tenso—. La elección debería recaer en la persona que organizó toda la operación, la que tuvo la idea de cómo salvar esta ciudad.

Marco replicó con rapidez.

—Sería el último en infravalorar la inteligencia táctica, mi buen Silvio; pero al final, lo que se necesita para gobernar es sabiduría. No puede ser de otra manera.

—Caballeros, por favor —dijo Grimaldi—. El Maestro podría aconsejar al Consejo de los Cuarenta y Uno cuando se reúnan para elegir al nuevo dux, pero no puede influirlos. Y por lo que sabemos, el Maestro podría estar pensando en alguien que no fuera ninguno de vosotros dos…

—¿Te refieres a ti? —preguntó con incredulidad Silvio, mientras Marco se limitaba a lanzar una carcajada burlona.

—¿Y por qué no? ¡Soy yo quien ha trabajado de verdad!

—*Signori*, por favor, seguid avanzando —insistió Dante—. Estaréis todos más a salvo cuando hayamos entrado.

—Naturalmente —concedió Marco, acelerando el paso.

Los demás le siguieron sin rechistar.

—Es un buen tipo, ese Dante —dijo Silvio—. ¿Cuánto pagaste por él?

—Menos de lo que vale —respondió Marco—. Es fiel y de confianza… Me ha salvado la vida en dos ocasiones. Pero no diría que es precisamente locuaz.

—¿Y quién necesita conversación con un guardaespaldas?

—Ya estamos —dijo Grimaldi al llegar delante de una discreta puerta en la pared lateral de un edificio situado en el Campo Santa Maria Zobenigo.

Ezio, manteniendo su habitual distancia de seguridad, consciente como era de la vigilancia extrema que ejercía Dante, dobló la esquina de la plaza justo a tiempo de verlos entrar. Mirando a su alrededor para asegurarse de que no había moros en la costa, trepó por la pared lateral del edificio y se apostó en el balcón que había justo encima de la puerta. Las ventanas de la

habitación contigua estaban abiertas, y en su interior, sentado en una gran silla de madera de roble detrás de una mesa larga y estrecha cubierta de papeles, y vestido de terciopelo morado, estaba el Español. Ezio se fundió con las sombras y esperó, dispuesto a escuchar.

Rodrigo Borgia estaba de un humor de perros. El Asesino había desbaratado ya varias de sus principales iniciativas y había escapado de cualquier intento de acabar con él. Y ahora estaba en Venecia y había eliminado a uno de los principales aliados que el cardenal tenía allí. Y por si esto no fuera suficiente, Rodrigo había tenido que pasar los primeros quince minutos de la reunión escuchando al puñado de imbéciles que tenía a su servicio porfiando sobre cuál de ellos sería el próximo dux. Al parecer, aquellos idiotas habían pasado por alto el hecho de que él ya hubiera hecho su elección y hubiera sobornado a los principales miembros del Consejo de los Cuarenta y Uno. Y su elección había recaído en el de más edad, el más vanidoso y el más acomodaticio de los tres.

—Cerrad ya el pico —explotó finalmente—. Lo que necesito de vosotros es disciplina y dedicación inquebrantable a la causa, no esta pusilánime búsqueda de autopromoción. Esta es mi decisión y será llevada a cabo. Marco Barbarigo será el próximo dux y será elegido una semana después de la muerte de Giovanni Mocenigo. A sus setenta y seis años de edad, no levantará suspicacias pero, de todos modos, deberá parecer natural. ¿Te ves capaz de ocuparte de eso, Grimaldi?

Grimaldi lanzó una mirada a los primos Barbarigo. Marco estaba jactándose de su victoria y Silvio intentaba mantener la compostura pese a su decepción. Qué tontos eran, pensó. Siendo dux o sin serlo, seguían siendo marionetas en manos del Maestro, y el Maestro le concedía a él la responsabilidad de verdad. Grimaldi se permitió pensar en cosas mejores cuando respondió:

—Por supuesto, Maestro.

—¿Cuándo estarás más cerca de él?

Grimaldi reflexionó.

—Tengo el Palazzo Ducale a mi entera disposición. Tal vez no sea muy del agrado de Mocenigo, pero tengo su plena confianza y paso la mayor parte del tiempo a su servicio.

—Bien. Envenénalo. A la primera oportunidad.

—Tiene catadores.

—Por Dios, hombre, ¿crees que no lo sé? Se supone que los venecianos son buenos envenenadores. Métele algo en la carne después de que los catadores la hayan probado. O en ese jamón de Cerdeña que cuentan que tanto le gusta. ¡Pero piensa algo o será peor para ti!

—Dejadme el asunto a mí, *Altezza*.

Rodrigo volcó su airada mirada sobre Marco.

—¿Entiendo por lo que dices que podrías hacerte con un producto adecuado para nuestros fines?

Marco sonrió con desdén.

—Es el ámbito que domina mi primo.

—Podría hacerme con la cantidad de *cantarella* suficiente para nuestros fines —dijo Silvio.

—¿Y eso qué es?

—Es uno de los tipos de arsénico más efectivos y es muy difícil de detectar.

—¡Bien! ¡Encárgate de ello!

—Debo decir, Maestro —dijo Marco—, que estamos admirados de que os vinculéis de un modo personal y tan estrecho con esta empresa. ¿No resultará peligroso para vos?

—El Asesino no se atreverá a venir a por mí. Es inteligente, pero nunca me superará en ingenio. En cualquier caso, me apetece implicarme más directamente. Los Pazzi nos defraudaron en Florencia. Espero sinceramente que los Barbarigi no hagan lo mismo… —Les lanzó una mirada iracunda.

Silvio rio con disimulo.

—Los Pazzi eran unos simples aficionados…

—Los Pazzi —dijo Rodrigo, interrumpiéndolo— eran una familia poderosa y venerable, y un joven Asesino acabó doblegándolos. No infravaloréis a este enemigo problemático, o acabará también con los Barbarigi. —Hizo una pausa para aumentar el impacto de sus palabras—. Y

ahora id y haced lo que tengáis que hacer. ¡No podemos permitirnos otro fracaso!

—¿Qué planes tenéis, Maestro?

—Vuelvo a Roma. ¡El tiempo es esencial!

Rodrigo se levantó de pronto y salió de la estancia. Desde su posición estratégica en el balcón, Ezio le vio abandonar solo el edificio y cruzar la plaza, asustando durante su recorrido en dirección al Molo a un grupo de palomas que levantaron el vuelo. Los demás hombres le siguieron poco después, separándose y dirigiéndose cada uno a su destino. Cuando todo quedó en silencio, Ezio saltó hasta caer sobre los adoquines del suelo y marchó corriendo a los cuarteles generales de Antonio.

Fue recibido por Rosa, que lo saludó con un largo beso.

—Enfunda tu daga —le dijo ella sonriendo cuando sus cuerpos entraron en contacto.

—Eres tú quien me ha hecho desenfundarla. Y eres tú —añadió con intención— quien tiene su funda.

Rosa lo cogió de la mano.

—Vamos, entonces.

—No, Rosa, *mi dispiace veramente*, pero no puedo.

—¡Ya te has cansado de mí!

—¡Sabes que no es eso! Pero tengo que ver a Antonio. Es urgente.

Rosa se quedó mirándolo y vio la expresión intensa de su cara, de sus fríos ojos azul grisáceo.

—De acuerdo. Por esta vez te perdono. Está en su despacho. ¡Me parece que ahora que ha conseguido el de verdad, echa de menos aquella maqueta del Palazzo Seta! ¡Ven!

—¡Ezio! —dijo Antonio en cuanto lo vio entrar—. No me gusta ese aspecto. ¿Va todo bien?

—Ojalá fuera todo bien. Acabo de descubrir que Carlo Grimaldi y los dos primos Barbarigi, Silvio y Marco, están conchabados con… un hombre que conozco muy bien, a quien la gente llama el Español. Están tramando asesinar al dux Mocenigo y sustituirlo por uno de los suyos.

—Es una noticia terrible. Con uno de los suyos como dux, tendrán en sus manos toda la flota veneciana y su imperio comercial. —Hizo una pausa

—. ¡Y me llaman a mí criminal!

—¿Me ayudarás, pues, a impedírselo?

Antonio le tendió la mano.

—Tienes mi palabra, hermano menor. Y el apoyo de todos mis hombres.

—Y mujeres —añadió Rosa.

Ezio sonrió.

—*Grazie, amici*.

Antonio se quedó pensativo.

—Esto necesitará cierta planificación, Ezio. El Palazzo Ducale está tan bien defendido que, en comparación, el Palazzo Seta es como un parque público. Y no tengo tiempo de tener lista una maqueta a escala para poder planificar…

Ezio levantó la mano y dijo con decisión:

—No hay nada impenetrable.

Los dos se quedaron mirándolo. Antonio se echó a reír y Rosa sonrió con ingenuidad.

—¡No hay nada impenetrable! ¡No me extraña que nos gustes tanto, Ezio!

A última hora de aquel mismo día, cuando menos gente había, Antonio y Ezio se acercaron al palacio del dux.

—Este tipo de traiciones han dejado de sorprenderme —iba diciendo Antonio—. El dux Mocenigo es un buen hombre y me sorprende que haya durado tanto tiempo en el poder. Por lo que a mí se refiere, de pequeño nos enseñaban que los nobles eran justos y bondadosos. Y yo me lo creí. Y aunque mi padre era zapatero remendón y mi madre fregona, yo aspiraba a ser mucho más. Estudié duro, perseveré, pero jamás pude llegar a ser miembro de la clase gobernante. Si no has nacido dentro, es imposible que te acepten. Por eso te hago la siguiente pregunta, Ezio: ¿quiénes son los verdaderos nobles de Venecia? ¿Hombres como Grimaldi o Marco y Silvio Barbarigo? ¡No! ¡Somos nosotros! Los ladrones, los mercenarios y las putas. ¡Somos nosotros los que hacemos funcionar la ciudad y cualquiera de los nuestros tiene más honor en la punta de su dedo pequeño que esa

pandilla de supuestos gobernantes! Nosotros amamos Venecia. Los otros la ven tan solo como un medio para enriquecerse.

Ezio se reservó su opinión, pues le costaba imaginarse a Antonio, por buen tipo que fuera, luciendo el *corno ducale*. Al cabo de un rato llegaron a la plaza de San Marcos y la atravesaron hasta plantarse delante del palacio rosado. El edificio estaba muy bien vigilado, y pese a que los dos consiguieron escalar sin ser vistos el andamiaje que había instalado en la pared lateral de la catedral, adjunta al palacio, cuando observaron el panorama desde aquel lugar privilegiado en lo alto vieron que, aunque pudieran saltar al tejado del palacio (cosa que hicieron), el acceso al patio, incluso desde allí, quedaba impedido por una reja alta coronada con pinchos curvos ascendentes y descendentes. Vieron paseando por el patio a Giovanni Mocenigo, el dux en persona, un solemne anciano que parece una vaina arrugada metida en los espléndidos ropajes y el *corno* del líder de la ciudad y el estado, charlando con el que había sido designado como su asesino, Carlo Grimaldi.

Ezio escuchó con atención.

—¿No comprendéis lo que estoy ofreciéndoos, *Altezza*? —estaba diciendo Carlo—. ¡Escuchadme, por favor, pues es vuestra última oportunidad!

—¿Cómo te atreves a hablarme así? ¿Cómo te atreves a amenazarme? —repuso el dux.

Carlo empezó a disculparse de inmediato.

—Perdonadme, señor. No era esa mi intención. Pero creedme, por favor, que vuestra seguridad es lo que más me preocupa…

La pareja entró en el edificio y desapareció.

—Tenemos poco tiempo —dijo Antonio, leyéndole a Ezio los pensamientos—. Y con esta reja no podemos pasar. E incluso aunque lo consiguiéramos, mira la cantidad de guardias que hay. *Diavolo!* —Dio un puñetazo en el aire de pura frustración, obligando a un grupo de palomas a levantar el vuelo—. ¡Míralas! ¡Las palomas! ¡Qué fácil sería si pudiéramos volar!

De pronto, Ezio sonrió para sus adentros. Ya era hora de dejarse ver por el taller de su amigo Leonardo da Vinci.

CAPÍTULO 17

—¡Ezio! ¡Cuánto tiempo! —Leonardo lo recibió como a un hermano perdido.

El taller de Venecia había adoptado el mismo aspecto que su taller florentino, pero el objeto destacado era una versión a tamaño real de la máquina parecida a un murciélago cuya razón de ser, sabía muy bien Ezio, había que tomarse en serio. Pero lo primero es lo primero, y había que ocuparse de Leonardo.

—Escucha, Ezio, me enviaste a través de un hombre muy agradable llamado Ugo otra página de ese Códice, pero no hiciste ningún tipo de seguimiento. ¿Tan ocupado has estado?

—He estado liadísimo —respondió Ezio, recordando entonces la página que había encontrado entre los efectos personales de Emilio Barbarigo.

—Pues aquí está. —Leonardo buscó en el aparente caos de la estancia y rápidamente dio con la perfectamente enrollada página del Códice, su lacre recuperado—. En esta no aparece el diseño de ninguna arma, pero por el aspecto de los símbolos y de la escritura manuscrita, que creo que es aramea o incluso babilónica, tiene que ser una página importante de ese rompecabezas laberíntico que estás ensamblando. Me ha parecido reconocer vestigios de un mapa. —Levantó una mano—. ¡Pero no me cuentes nada! A mí lo único que me interesa son los inventos que revelan estas páginas que me traes. No quiero saber más. Un hombre como yo solo es inmune al peligro según lo útil que pueda ser; si se descubriera que sé demasiado… — Y, de forma muy expresiva, con un movimiento de dedo, Leonardo hizo

como si se cortara el cuello—. Y no hay nada más que decir por mi parte —prosiguió—. A estas alturas, Ezio, te conozco lo bastante como para saber que tus visitas no tienen una mera intención social. Bebe una copa de este horroroso Véneto (para mí no hay nada como el Chianti) y por algún lado debe de haber unos pastelitos de pescado, si tienes hambre.

—¿Has terminado con tu encargo?

—El *conte* es un hombre paciente. *Salute!* —Leonardo levantó su copa.

—Leo…, esa máquina tuya… ¿funciona de verdad? —preguntó Ezio.

—¿Te refieres a si vuela?

—Sí.

Leonardo se rascó la barbilla.

—Bueno, está aún en fase preliminar. Quiero decir que no está ni mucho menos a punto…, pero creo, modestamente, que… ¡sí! Por supuesto que funcionará. ¡Dios sabe bien el tiempo que le he dedicado! ¡Es una idea que no pienso dejar correr!

—Leo…, ¿puedo probarla?

Leonardo se quedó sorprendido.

—¡Por supuesto que no! ¿Estás loco? Es demasiado peligroso. Para empezar, tendríamos que subirla a lo alto de una torre para lanzarte…

Al día siguiente, antes del amanecer, pero justo cuando las primeras pinceladas de rosa grisáceo empezaban a iluminar el horizonte por el este, Leonardo y sus ayudantes, después de haber desmontado la máquina voladora para transportarla, terminaron de ensamblarla de nuevo en el elevado tejado plano del Ca' Pexaro, la mansión familiar del crédulo patrón de Leonardo. Ezio estaba con ellos. A sus pies, la ciudad dormía. Ni siquiera en el tejado del Palazzo Ducale había guardias apostados, pues era la Hora del Lobo, cuando vampiros y espectros se desplegaban con su mayor esplendor. Solo los locos y los científicos se aventurarían a salir a aquellas horas.

—Ya está a punto —dijo Leonardo—. Y gracias a Dios, no hay moros en la costa. Si alguien viera este trasto no podría dar crédito a sus ojos…, y

si además se enteraran de que es un invento mío, estaría acabado en esta ciudad.

—Seré rápido —dijo Ezio.

—Intenta no romperlo —dijo Leonardo.

—Es un vuelo de prueba —dijo Ezio—. Iré tranquilo. Y ahora vuelve a explicarme cómo funciona esta *bambino*.

—¿Te has fijado alguna vez en cómo vuelan los pájaros? —le preguntó Leonardo—. No se trata de ser más ligero que el aire, sino que es una cuestión de elegancia y equilibrio. Simplemente, tienes que utilizar el peso de tu cuerpo para controlar la elevación y la dirección, y las alas te llevarán solas. —Leonardo tenía una expresión seria. Le dio un apretujón a Ezio en el brazo—. *Buona fortuna*, amigo mío. Estás, confío, a punto de hacer historia.

Los ayudantes de Leonardo ataron con cuidado a Ezio a su puesto debajo de la máquina. Las alas de murciélago se extendían ahora por encima de él. Lo sujetaron mirando al frente con un tenso soporte hecho con tiras de cuero, dejando libres piernas y brazos. Por delante tenía un travesaño horizontal de madera, unido al marco principal, de madera también, que sostenía las alas.

—¡Recuerda lo que te he dicho! Hacia un lado y hacia el otro controlas el timón. Hacia delante y hacia atrás controlas el ángulo de las alas —le explicó ansioso Leonardo.

—Gracias —dijo Ezio, respirando hondo.

Sabía que de no funcionar el invento, en cuestión de segundos estaría dando el último salto de su vida.

—Ve con Dios —dijo Leonardo.

—Hasta luego —dijo Ezio con una confianza que en realidad no sentía.

Equilibró el artilugio por encima de él, se instaló y echó a correr hacia el extremo del tejado.

Lo primero que sintió fue que no notaba el estómago, pero a continuación llegó una maravillosa sensación de alegría. Venecia se tambaleaba por debajo de él mientras daba vueltas y tumbos, pero entonces la máquina empezó a temblar y a caer del cielo. Fue solo manteniendo la frialdad y recordando las instrucciones de Leonardo sobre la utilización de

la palanca de mando, cómo Ezio consiguió enderezar la nave y guiarla de nuevo, en el momento justo, hacia el tejado del Palazzo Pexaro. Consiguió aterrizar correteando con la estrambótica nave, haciendo uso de toda su fuerza y su agilidad para mantenerla estable.

—¡Por Dios bendito, ha *funcionado*! —gritó Leonardo, olvidando por un momento cualquier tipo de precaución, desatando a Ezio de la máquina y abrazándolo apasionadamente—. ¡Eres un tipo maravilloso! ¡Has *volado*!

—Sí, por Dios que lo he hecho —dijo Ezio, casi sin aliento—. Pero no he llegado todo lo lejos que necesitaría.

Y sus ojos se desplazaron hacia el palacio del dux y el patio que era su objetivo. Pensaba además en el poco tiempo que tenía para impedir el asesinato de Mocenigo.

Después, de nuevo en el taller de Leonardo, Ezio y el artista inventor le hicieron una detallada puesta a punto a la máquina. Leonardo había dispuesto todos sus bocetos en una gran mesa de caballete.

—Deja que mire bien mis planos. A lo mejor encuentro alguna cosa, alguna manera de prolongar la duración del vuelo.

Les interrumpió la apresurada llegada de Antonio.

—¡Ezio! ¡Siento mucho molestaros pero es importante! Mis espías acaban de comunicarme que Silvio ha conseguido el veneno que necesitaba y que se lo ha entregado a Grimaldi.

Pero justo entonces gritó Leonardo, desesperado:

—¡No hay manera! ¡Lo he probado una y otra vez y no funciona! No sé cómo prolongar el tiempo de vuelo. ¡Maldición! —Rabioso, tiró al suelo todos los papeles que tenía encima de la mesa. Algunos volaron hasta la chimenea cercana y ascendieron por el tiro al quemarse. Leonardo se quedó observándolos, su expresión aplacándose, hasta que una amplia sonrisa borró la ira de su rostro—. ¡Dios mío! —exclamó—. *Eureka!* ¡Claro está! ¡Soy un genio!

Sacó como pudo del fuego los papeles que aún no habían ardido y los pisoteó para apagar las llamas.

—¡Nunca cedáis ante un ataque de ira! —les aconsejó—. Puede ser terriblemente contraproducente.

—¿Y qué ha sido lo que ha solucionado el tuyo? —preguntó Antonio.

—¡Mirad! —dijo Leonardo—. ¿No veis cómo ascienden las cenizas? ¡El calor eleva las cosas! ¡Cuántas veces he visto águilas volando por los aires sin siquiera agitar las alas y, aun así, manteniéndose en lo más alto! ¡El principio es muy sencillo! ¡Se trata solamente de aplicarlo!

Cogió un mapa de Venecia y lo extendió sobre la mesa. Se inclinó sobre él con un lápiz, señaló la distancia que separaba el Palazzo Pexaro del Palazzo Ducale y marcó con cruces los puntos clave entre los dos edificios.

—¡Antonio! —gritó—. ¿Podrías hacer que tu gente preparara hogueras en todos los lugares que he marcado y que las encendiera de forma consecutiva?

Antonio estudió el mapa.

—Creo que podríamos arreglarlo, pero ¿para qué?

—¿No lo ves? ¡Es el recorrido que tiene que seguir el vuelo de Ezio! ¡Las hogueras arrastrarán a mi máquina voladora y a él hasta su objetivo! ¡El calor sube!

—¿Y los guardias? —dijo Ezio.

Antonio lo miró.

—Tú estarás volando en esa cosa. Por una vez, déjanos los guardias a nosotros. En cualquier caso —añadió—, algunos de ellos estarán ocupados en otra parte. Mis espías me han dicho que acaba de llegar de un país oriental lejano llamado China un curioso cargamento de polvo de color en el interior de unos pequeños tubos. Dios sabrá de qué se trata, pero tiene que ser valioso viendo cómo lo vigilan.

—Fuegos artificiales —dijo Leonardo casi para sus adentros.

—¿Qué?

—¡Nada!

Los hombres de Antonio prepararon las hogueras que Leonardo había pedido y las tuvieron listas al anochecer. Despejaron también los alrededores de centinelas o transeúntes que pudieran alertar a las autoridades de lo que se tramaba. Entretanto, los ayudantes de Leonardo habían transportado de nuevo la máquina voladora al tejado de Pexaro y

Ezio, armado con su hoja oculta y su muñequera protectora, se había instalado en ella. Antonio estaba con él.

—Mejor tú que yo —dijo.

—Es la única manera de entrar en el palacio. Lo dijiste tú mismo.

—Jamás soñé con que esto pudiera pasar. Aún me parece prácticamente imposible creerlo. Si Dios hubiera querido que volásemos…

—¿Estás listo para dar la señal a tus hombres? —preguntó Leonardo.

—Por supuesto.

—Entonces hazlo ahora mismo y lanzaremos por los aires a Ezio.

Antonio se acercó al borde del tejado y miró hacia abajo. Sacó entonces un pañuelo rojo y lo agitó. Y a continuación vieron cómo primero una, después dos, tres, cuatro y cinco hogueras cobraban vida.

—Excelente, Antonio. Te felicito. —Leonardo se volvió hacia Ezio—. Y ahora, recuerda lo que te he dicho. Debes volar de hoguera en hoguera. Cuando pases por encima de ellas, el calor debería mantenerte en el aire hasta llegar al Palacio Ducal.

—Y ve con cuidado —dijo Antonio—. Hay arqueros apostados en los tejados y dispararán en cuanto te vean. Pensarán que eres un demonio del infierno.

—Me gustaría encontrar la manera de utilizar la espada al mismo tiempo que vuelo con esta cosa.

—Tienes los pies libres —dijo Leonardo, pensativo—. Si consigues navegar lo bastante cerca de los arqueros para evitar sus flechas, podrías quizás echarlos a patadas de los tejados.

—Lo tendré presente.

—Y ahora tienes que irte. ¡Buena suerte!

Ezio se lanzó desde el tejado hacia el cielo nocturno, rumbo a la primera hoguera. Fue perdiendo altura a medida que se acercaba a ella, pero cuando estuvo casi encima, notó que la máquina volvía a ascender. ¡La teoría de Leonardo funcionaba! Siguió volando. Vio que los ladrones que se ocupaban de las hogueras levantaban la vista y lanzaban vítores animándolo. Pero los ladrones no eran los únicos que lo habían visto. Ezio atisbo a los arqueros de Barbarigo apostados en el tejado de la catedral y de los edificios cercanos al palacio del dux. Consiguió maniobrar la máquina

voladora y esquivar la mayoría de las flechas, aunque un par de ellas impactaron en la estructura de madera. Consiguió también descender en picado lo bastante como para derribar a un par de arqueros. Pero a medida que se acercaba al edificio del palacio, la guardia del dux empezó a dispararle flechas de fuego. Una de ellas impactó contra el ala de estribor de la máquina, que se incendió de inmediato. Ezio tenía que seguir manteniendo el rumbo, pero empezaba a perder altura a toda velocidad. Vio a una hermosa noble mirando hacia arriba y gritando que el demonio venía a por ella, pero la perdió pronto de vista. Soltó entonces los controles y empezó a pelearse con las hebillas del arnés que lo sujetaba. En el último momento, consiguió liberarse y saltó hacia delante para aterrizar perfectamente en cuclillas sobre el tejado de un patio interior, más allá de las rejas que protegían el interior del palacio de cualquier cosa, excepto de los pájaros. Cuando levantó la vista, vio la máquina voladora estampándose contra el campanario de San Marcos y sus restos caer en la plaza, provocando el pánico y el caos entre los presentes. La escena distrajo incluso a los arqueros ducales, y Ezio aprovechó las circunstancias para descender rápidamente y esconderse. Y en su descenso vio al dux Mocenigo asomándose a una ventana del segundo piso.

—*Ma che cazzo?* —dijo el dux—. ¿Qué ha sido eso?

Carlo Grimaldi apareció acto seguido.

—Probablemente algunos jóvenes con petardos. Venga, terminad vuestro vino.

Al oír aquello, Ezio echó a correr por tejados y muros y, procurando quedar fuera del campo de visión de los arqueros, se situó justo al lado de la ventana abierta. Observó el interior y vio al dux apurando una copa. Saltó al alféizar y entró en la estancia, gritando:

—¡Deteneos, *Altezza*! ¡No bebáis…!

El dux se quedó pasmado mirándolo y Ezio comprendió que había llegado demasiado tarde. Grimaldi sonrió débilmente.

—¡Me parece que no has llegado tan condenadamente puntual como sueles hacerlo, joven Asesino! *Messer* Mocenigo nos abandonará en breve. El veneno que ha bebido derrumbaría hasta a un toro.

Mocenigo se volvió iracundo contra él.

—¿Qué? ¿Qué has hecho?

Grimaldi hizo un gesto de arrepentimiento.

—Deberíais haberme escuchado.

El dux se tambaleó y habría caído al suelo de no haber Ezio corrido a sujetarlo para acompañarlo hasta una silla, donde se dejó caer pesadamente.

—Me siento cansado… —dijo el dux—. Todo está oscuro…

—Lo siento mucho, *Altezza* —dijo Ezio impotente.

—Ya era hora de que saborearas el fracaso —le espetó Grimaldi a Ezio, antes de abrir la puerta de la habitación y vociferar—: ¡Guardias! ¡Guardias! ¡El duque ha sido envenenado! ¡Tengo al asesino!

Ezio cruzó corriendo la estancia y agarró a Grimaldi por el cuello, obligándolo a entrar de nuevo, cerrando de un portazo y con llave la puerta. Segundos después oyó a los guardias corriendo y aporreándola. Se volvió hacia Grimaldi.

—Conque fracaso, ¿eh? Entonces mejor que haga algo para solventarlo. —Abrió su hoja oculta.

Grimaldi sonrió.

—Mátame si quieres —dijo—. Pero nunca derrotarás a los Templarios.

Ezio hundió la daga en el corazón de Grimaldi.

—Que la paz sea contigo —dijo con frialdad.

—Bien —dijo una débil voz a sus espaldas. Ezio se giró y vio que el dux, aun estando blanco como un muerto, seguía con vida.

—Iré a buscar ayuda…, un médico —dijo.

—No…, es demasiado tarde. Pero moriré más feliz viendo que mi asesino me ha precedido en la oscuridad. Gracias. —Mocenigo se esforzaba en respirar—. Hacía tiempo que sospechaba que era un Templario, pero fui demasiado débil, demasiado confiado… Mira su bolsa. Coge los documentos que tenga allí. Estoy seguro de que encontrarás alguna cosa entre ellos que resultará útil a tu causa, y que vengará mi muerte.

Mocenigo habló sonriendo. Pero Ezio vio que la sonrisa se congelaba en sus labios, que sus ojos se tornaban vidriosos y que su cabeza caía hacia un costado. Ezio acercó la mano al cuello del dux para asegurarse de que estaba muerto, de que no había pulso. Ezio cerró los ojos al fallecido, murmuró unas breves palabras de bendición y rápidamente cogió y abrió la

bolsa de Grimaldi. Y entre un pequeño pliego de documentos, encontró una nueva página del Códice.

Los guardias seguían aporreando la puerta, que empezaba ya a ceder. Ezio corrió a la ventana y miró hacia abajo. El patio estaba lleno a rebosar de guardias. Tendría que intentarlo por el tejado. Salió por la ventana y empezó a trepar la pared mientras las flechas silbaban rozándole la cabeza, estampándose contra la mampostería a ambos lados de su cuerpo. Cuando llegó al tejado tuvo que enfrentarse con más arqueros, pero los pilló desprevenidos y aprovechó el factor sorpresa para despacharlos. Pero se topó entonces con otra dificultad. ¡La reja que le había impedido entrar antes le tenía ahora atrapado en el interior! La escaló y se dio cuenta enseguida de que estaba concebida únicamente para que nadie pudiera entrar: los pinchos estaban curvados hacia fuera y hacia abajo. Si conseguía trepar hasta arriba, podría saltarla. Oía ya las pisadas de los guardias subiendo en tropel las escaleras de acceso al tejado. Reuniendo todas las fuerzas que su desesperación le otorgaba, cogió carrerilla y trepó hasta lo alto de la reja. Y al instante siguiente se encontraba sano y salvo al otro lado, con los guardias atrapados en el interior. Iban demasiado armados para poder trepar por la reja con facilidad y Ezio sabía además que en ningún caso podían superarlo en agilidad. Corrió hacia el extremo del tejado, miró hacia abajo, saltó hacia el andamio montado en la pared de la catedral y se deslizó por él hasta el suelo. Atravesó a toda velocidad la plaza de San Marcos y se perdió entre el gentío.

CAPÍTULO 18

La muerte del dux la misma noche en que el estrambótico pájaro diabólico apareció en el cielo causó una conmoción en Venecia que se prolongó durante muchas semanas. La máquina voladora de Leonardo se había estampado contra el suelo de la plaza de San Marcos hecha una bola de fuego y había ardido hasta convertirse en cenizas, pues nadie se había atrevido a acercarse a aquel artefacto extraño. Se eligió al nuevo dux, Marco Barbarigo, que tomó posesión del cargo. Juró solemnemente en público perseguir al joven asesino que había escapado por los pelos de ser capturado y arrestado y que había acabado con la vida de aquel noble servidor del estado, Carlo Grimaldi, y probablemente también con la del anciano dux. Los guardias de Barbarigo y los guardias ducales estaban en cada esquina y patrullaban los canales día y noche.

Ezio, siguiendo el consejo de Antonio, trataba de pasar inadvertido manteniéndose encerrado en sus cuarteles generales, pero hervía con una frustración a la que no ayudaba el hecho de que Leonardo hubiera abandonado temporalmente la ciudad con el séquito de su patrono, el conde de Peraxo. Ni siquiera Rosa conseguía distraerlo.

Pero al cabo de un tiempo, poco después de empezar el año, Antonio lo llamó a su despacho y lo recibió con una amplia sonrisa.

—¡Ezio! Tengo dos buenas noticias para ti. En primer lugar, tu querido amigo Leonardo ha regresado. Y en segundo lugar, ¡es *Carnevale*! Todo el mundo va enmascarado, de modo que tú… —Pero Ezio ya estaba a punto de salir por la puerta—. ¡Oye! ¿Dónde vas?

—¡A ver a Leonardo!

—Vuelve pronto… Quiero que conozcas a alguien.

—¿A quién?

—Se llama hermana Teodora.

—¿Una monja?

—¡Ya lo verás!

Ezio echó a andar por las calles con la capucha cubriéndole la cabeza, abriéndose paso discretamente entre los grupos de hombres y mujeres extravagantemente vestidos y enmascarados que se apiñaban por calles y canales. Iba controlando en todo momento los grupos de guardias en patrulla. A Marco Barbarigo le preocupaba tan poco la muerte de Grimaldi como la de su predecesor, que él mismo había ayudado a planificar; y ahora que había cumplido con el piadoso espectáculo de tratar de encontrar al culpable, podía olvidar el tema con una buena conciencia pública y reducir paulatinamente la costosa operativa. Pero Ezio sabía que, si estaba en las manos del dux atraparlo en secreto y matarlo, lo haría. Mientras siguiera con vida y pudiera continuar siendo una espina clavada para los Templarios, Ezio seguiría contándose entre sus principales enemigos. Por ello debía permanecer en vigilancia constante.

Consiguió llegar sin problemas al taller de Leonardo y entró sin que nadie lo viera.

—Me alegro de verte de nuevo —dijo Leonardo a modo de saludo—. Esta vez te daba prácticamente por muerto. De pronto ya no supe más de ti, después de todo ese lío de Mocenigo y Grimaldi, luego a mi patrón se le metió en la cabeza lo del viaje e insistió en que fuera con él —a Milán, casualmente— encima, no he podido reconstruir mi máquina voladora porque la armada veneciana quiere que empiece a diseñar cosas para ellos… ¡Un fastidio! —Sonrió entonces—. ¡Pero lo importante es que estás vivito y coleando!

—¡Y que soy el hombre más buscado de Venecia!

—Sí. Un doble asesino, y de dos de los ciudadanos más destacados del estado.

—Sabes muy bien que eso no es verdad.

—No estarías aquí de no ser así. Sabes perfectamente que puedes confiar en mí, Ezio, y en todos los aquí presentes. Al fin y al cabo, fuimos nosotros los que te hicimos volar hasta el Palazzo Ducale. —Leonardo dio una palmada y apareció uno de sus ayudantes con una jarra de vino—. Luca, ¿podrías buscar una máscara de carnaval para nuestro amigo? Algo me dice que podría resultarle muy útil.

—*Grazie, amico mio*. Y yo también tengo algo para ti. —Ezio le entregó la nueva página del Códice.

—Excelente —dijo Leonardo al reconocerla de inmediato.

Hizo un poco de espacio en la mesa, desenrolló el pergamino y se dispuso a examinarlo.

—Hmmm… —dijo, frunciendo el entrecejo y muy concentrado—. Aquí aparece el diseño de una nueva arma, bastante compleja, por cierto. Parece que también es para llevarla atada a la muñeca, aunque no se trata de una daga. —Inspeccionó detenidamente el manuscrito una vez más—. ¡Ya sé lo que es! Es un arma de fuego, pero en miniatura… De hecho, es del tamaño de un colibrí.

—Me parece imposible —dijo Ezio.

—Solo hay un modo de descubrirlo, y no es otro que fabricarla —dijo Leonardo—. Por suerte, mis ayudantes venecianos son expertos ingenieros. Nos ponemos a ello ahora mismo.

—¿Y qué pasa con el resto de tu trabajo?

—Oh, eso puede esperar —dijo Leonardo alegremente—. Todos me tienen por un genio y no pasa nada por dejar que lo crean… De hecho, ¡sirve para que me dejen en paz!

El arma estuvo preparada en cuestión de días y Ezio se dispuso a probarla. Por su tamaño, su alcance y su potencia, resultaba extraordinaria. Igual que los cuchillos, estaba diseñada para ir unida al mecanismo de muelle que Ezio llevaba atado al brazo y podía remeterse en su interior, de manera que quedaba oculta y se accionaba en el momento en que era necesario utilizarla.

—¿Cómo es posible que nunca se me haya ocurrido una cosa así? —dijo Leonardo.

—La principal pregunta —replicó Ezio, sorprendido—, es cómo se le pudo ocurrir una idea como esta a un hombre de hace cientos de años.

—Pero se le ocurrió, y es una maquinaria magnífica. Espero que te sea de utilidad.

—Me parece que este nuevo juguete llega justo en el momento adecuado —dijo con impaciencia Ezio.

—Entiendo —dijo Leonardo—. Pero cuanto menos sepa sobre el tema, mejor, aunque creo que podría adivinar que tiene alguna cosa que ver con el nuevo dux. No entiendo de política, pero a veces intuyo los trapicheos.

Ezio asintió de manera significativa.

—Es un tema que mejor tendrías que hablarlo con Antonio. Y mejor también que te pongas esa máscara… Mientras sea *Carnevale* podrás pasear sin problemas por las calles. Pero recuerda: ¡nada de armas por ahí! Tenlas bien guardadas en la manga.

—Voy a ver a Antonio ahora mismo —le dijo Ezio—. Quiere presentarme a una persona…, una monja llamada hermana Teodora, en el Dorsoduro.

—¡Ah, la hermana Teodora! —dijo sonriendo Leonardo.

—¿La conoces?

—Es amiga mía y de Antonio. Te gustará.

—¿Quién es?

—Ya lo averiguarás —dijo Leonardo, sin dejar de sonreír.

Ezio puso rumbo a la dirección que Antonio le había dado. El edificio no tenía aspecto de convento. Llamó, le invitaron enseguida a entrar y se quedó convencido al instante de que se había equivocado de lugar, pues le hicieron pasar a una estancia que le recordaba muchísimo el salón de Paola en Florencia. Y las elegantes jóvenes que correteaban de un lado para otro no tenían nada de monjas. Cuando se disponía a ponerse de nuevo la máscara para salir, oyó la voz de Antonio que, momentos después, apareció del brazo de una elegante y bella mujer de labios carnosos y ojos sensuales que, esta vez sí, iba vestida de monja.

—¡Ezio! ¡Has venido! —dijo Antonio. Estaba un poco borracho—. Permíteme que os presente…, hermana Teodora. Teodora, te presento a… ¿cómo podría decirlo? ¡Al hombre con más talento de toda Venecia!

—Hermana —dijo Ezio, haciendo una reverencia. Miró a continuación a Antonio—. ¿Me he perdido algo? Nunca te había tenido por un tipo religioso.

Antonio se echó a reír, pero cuando la hermana Teodora habló, lo hizo sorprendentemente seria.

—Todo depende de cómo veas la religión, Ezio. No son solo las almas de los hombres las que requieren consuelo.

—¡Tómate una copa, Ezio! —dijo Antonio—. Tenemos que hablar, pero primero relájate. Aquí estás perfectamente a salvo. ¿Has conocido ya a las chicas? ¿Te ha gustado alguna? No te preocupes, no se lo diré a Rosa. Y tienes que contarme…

Antonio fue interrumpido por un grito procedente de una de las habitaciones que rodeaban el salón. De repente se abrió la puerta y apareció un hombre con los ojos abiertos de par en par y blandiendo un cuchillo. Detrás de él, tendida sobre una cama empapada de sangre, una chica se retorcía de agonía.

—¡Detenedle! —gritó—. ¡Me ha acuchillado y me ha robado el dinero!

Con un rugido furioso, el maniaco se hizo con otra chica antes de que la pobre pudiera reaccionar y le acercó el cuchillo a la garganta.

—¡O me dejáis salir de aquí, o se lo clavo también a esta! —chilló, presionando la punta del cuchillo de tal modo que hizo asomar una pequeña gota de sangre—. ¡Hablo en serio!

Antonio, sobrio de repente, se quedó mirando a Teodora y a Ezio. Teodora miraba también a Ezio.

—Bien, Ezio —dijo con una frialdad que pilló a Ezio por sorpresa—, tienes ante ti una oportunidad para dejarme impresionada.

El maniaco estaba cruzando el salón en dirección a la puerta, donde se apiñaba un grupito de chicas. Cuando llegó allí, les gritó:

—¡Abrid! —Pero ellas estaban paralizadas de miedo—. ¡Abrid esa jodida puerta o se lo clavo!

Hundió un poco más el cuchillo en la garganta de la chica. La sangre empezó a resbalar cuello abajo.

—¡Suéltala! —le ordenó Ezio.

El hombre se giró de cara a él, una expresión horrible en su cara.

—¿Y tú quién eres? ¿El *benefattore del cazzo*? ¡No me obligues a acabar con ella!

Ezio se quedó mirando al hombre, miró a continuación la puerta. La chica se había desmayado en sus brazos, era un peso muerto. Ezio se dio cuenta de que el hombre dudaba, pero que en cualquier momento tendría que soltarla. Se preparó. Sería complicado, las demás mujeres estaban muy cerca; tendría que elegir el momento preciso y después actuar con rapidez, y sabía que tenía muy poca experiencia con su nueva arma.

—Abre la puerta —le dijo con decisión a una de las aterradas prostitutas del grupo.

En cuanto ella se dispuso a hacerlo, el loco dejó caer al suelo a la chica, que seguía sangrando. Dispuesto a salir corriendo a la calle, despegó su atención de Ezio durante un segundo, y ese instante le bastó a Ezio para accionar su pequeña pistola. Disparó.

Se produjo un seco estampido y una llamarada, seguida por una bocanada de humo que pareció brotar de entre los dedos de la mano derecha de Ezio. El maniaco, con una expresión de sorpresa dibujada todavía en su cara, cayó de rodillas con un preciso agujero en la frente y parte de sus sesos salpicando el umbral de la puerta que tenía detrás. Las chicas gritaron y se apartaron rápidamente del hombre mientras este se derrumbaba hacia delante. Teodora gritó algunas órdenes y los criados corrieron a socorrer a las dos chicas heridas, aunque llegaron demasiado tarde para la que yacía en el dormitorio, desangrada.

—Tienes toda nuestra gratitud, Ezio —dijo Teodora cuando ya se hubo restablecido el orden.

—He llegado demasiado tarde para salvarla.

—Has salvado a las demás. Podría haber asesinado a más de no haber estado tú aquí para detenerlo.

—¿Qué brujería has utilizado para acabar con él? —preguntó un sobrecogido Antonio.

—No es brujería. Simplemente un secreto. El primo mayor de un cuchillo arrojadizo.

—Me parece que te será útil. Nuestro nuevo dux está muerto de miedo. Está siempre rodeado de guardias y no sale de su *palazzo*. —Antonio hizo

una pausa—. Me imagino que Marco Barbarigo será el siguiente de tu lista.

—Es un enemigo tan grande como en su día lo fue su primo.

—Te ayudaremos —dijo Teodora, sumándose a la conversación—. Y nuestra oportunidad está muy próxima. El dux celebra una gran fiesta de *Carnevale* y tendrá que salir del *palazzo* para ello. No se ha reparado en gastos. Como no puede ganarse el favor de la gente, quiere comprarlo. ¡Según mis espías, ha hecho traer incluso fuegos artificiales de China!

—Por eso te he pedido que vinieras hoy —le explicó Antonio a Ezio—. La hermana Teodora es de los nuestros y está al tanto de todo lo que sucede en Venecia.

—¿Cómo conseguir una invitación para la fiesta? —le preguntó Ezio.

—No es fácil —respondió ella—. Para entrar necesitas una máscara de oro.

—Tampoco tendría que ser muy complicado hacerse con una.

—No vayas tan rápido: cada máscara es una invitación. —Teodora sonrió entonces—. De todos modos, tengo una idea. Creo que es posible que podamos ganar una máscara. Ven, acompáñame.

Lo alejó de los demás y lo condujo a un tranquilo jardín que había en la parte posterior del edificio, con una fuente cantarina sobre un estanque ornamental.

—Mañana, y con motivo del carnaval, se celebrarán unos juegos especiales que están abiertos a todo el mundo. Hay cuatro juegos y el ganador recibirá como premio una máscara de oro y será un invitado de honor de la fiesta. Tienes que ganar, Ezio, pues el acceso a la fiesta te da acceso a Marco Barbarigo. —Se quedó mirándolo—. Y cuando acudas a la fiesta, te aconsejo que lleves contigo esa pequeña cosa que escupe fuego, pues no conseguirás acercarte a tu objetivo lo suficiente como para clavarle un cuchillo.

—¿Podría formularos una pregunta?

—Puedes intentarlo. No te garantizo una respuesta.

—Tengo curiosidad. Vais vestida con un hábito de monja, aunque es evidente que no lo sois.

—¿Y eso cómo lo sabes? Te aseguro, hijo mío, que estoy casada con el Señor.

—No lo entiendo. También sois una cortesana. De hecho, dirigís un *bordello*.

Teodora sonrió.

—No veo la contradicción por ningún lado. Cómo decida yo practicar mi fe, lo que yo decida hacer con mi cuerpo… son mis elecciones y soy libre para tomarlas. —Hizo una pausa, reflexionando un instante—. Mira —prosiguió—, como muchas chicas jóvenes, me sentí atraída por la Iglesia, pero poco a poco los supuestos creyentes de esta ciudad me desilusionaron. Para los hombres, Dios no es más que una idea que tienen en la cabeza, y no en lo más profundo de su corazón y su cuerpo. ¿Ves adonde quiero llegar, Ezio? Para alcanzar la salvación los hombres tienen que aprender a amar. Mis chicas y yo proporcionamos ese conocimiento a nuestra congregación. Naturalmente, no existe ninguna secta de la Iglesia que esté de acuerdo conmigo, razón por la cual me vi obligada a crear la mía. Tal vez no sea tradicional, pero funciona, y el corazón de los hombres a mi cuidado es cada vez más firme.

—Entre otras cosas, me imagino.

—Eres un cínico, Ezio. —Le tendió la mano—. Vuelve mañana y nos ocuparemos de lo de los juegos. Mientras tanto, ve con cuidado y no te olvides de tu máscara. Sé que sabes cuidar de ti mismo, pero nuestros enemigos siguen buscándote.

Ezio quería hacer unos pequeños ajustes a su arma, por lo que, de camino de vuelta a los cuarteles generales del gremio de los ladrones, pasó de nuevo por el taller de Leonardo.

—Me alegro de volver a verte, Ezio.

—Tenías razón con lo de la hermana Teodora, Leonardo. Una auténtica librepensadora.

—Si no estuviera tan bien protegida, tendría problemas con la Iglesia, pero tiene admiradores poderosos.

—Me lo imagino. —Pero Ezio se dio cuenta de que Leonardo estaba ligeramente abstraído y que lo miraba de forma extraña—. ¿Qué sucede, Leo?

—Tal vez sería mejor no decírtelo, pero si lo descubres por casualidad sería peor. Mira, Ezio, Cristina Calfucci está en Venecia con su marido con motivo del *Carnevale*. Naturalmente, ahora se llama Cristina d'Arzenta.

—¿Dónde se hospeda?

—Ella y Manfredo están invitados en casa de mi patrón. Por eso lo sé.

—¡Tengo que verla!

—Ezio…, ¿estás seguro de que es buena idea?

—Mañana recogeré el arma. La necesitaré para entonces, me temo… Tengo unos asuntos urgentes que atender.

—Ezio, yo no saldría a la calle desarmado.

—Llevo encima las armas del Códice.

Con el corazón latiendo con fuerza, Ezio se encaminó al Palazzo Pexaro, deteniéndose antes en el despacho de un escribano público a quien le pagó para que escribiera una breve nota, que decía:

Mi querida Cristina:

Debo reunirme contigo a solas y lejos de nuestros anfitriones esta noche a la hora decimonona. Te esperaré bajo el reloj de sol del Rio Terra degli Ognisanti...

… y la firmó con el nombre de «Manfredo». La entregó en el *palazzo* del conde y esperó.

Había sido una idea con escasas probabilidades de éxito, pero funcionó. Cristina apareció enseguida con la única carabina de una criada y echó a correr en dirección al Dorsoduro. Él la siguió. Cuando llegó al lugar de la cita y la carabina se hubo retirado a una distancia discreta, apareció él. Ambos llevaban máscaras de carnaval, pero él la vio más bella que nunca. No pudo evitarlo. La cogió entre sus brazos y la besó, un beso largo y tierno.

Ella se liberó por fin del abrazo quitándose la máscara, lo miró sin comprender nada. Entonces, antes de que él pudiera impedírselo, Cristina le

quitó la máscara.

—¡Ezio!

—Perdóname, Cristina, yo… —Vio que ya no llevaba su colgante. Por supuesto que no.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Cómo te atreves a besarme de esta manera?

—No pasa nada, Cristina…

—¿Que no pasa nada? ¡Llevo ocho años sin verte ni tener noticias de ti!

—Temía que no vinieras si no utilizaba este pequeño subterfugio.

—Tienes razón… ¡Por supuesto que no habría venido! Creo recordar que la última vez que nos vimos nos besamos en la calle y después, con la frialdad de un pepino, le salvaste la vida a mi prometido y permitiste que me casara con él.

—Era lo que tenía que hacer. Él te amaba y yo…

—¿A quién le importa lo que él quisiera? ¡Yo te amaba a ti!

Ezio no sabía qué decir. Se sentía como si el mundo se hubiera derrumbado.

—No vuelvas a buscarme, Ezio —prosiguió Cristina con lágrimas en los ojos—. No lo soporto, y es evidente que ahora llevas otra vida.

—Cristina…

—Hubo un tiempo en que te habría bastado con mover un dedo y yo… —Se interrumpió—. Adiós, Ezio.

Contempló impotente cómo echaba a andar y, junto con su acompañante, doblaba una esquina de la calle. No miró hacia atrás.

Maldiciéndose, a él y a su destino, Ezio regresó a los cuarteles generales de los ladrones.

Al día siguiente se despertó en un estado de sombría determinación. Recogió el arma en el taller de Leonardo, le dio las gracias y recogió también la página del Códice, confiando en que, en su momento, podría llevarla a su tío Mario junto con la otra que seguía en su posesión, la que le había cogido a Emilio. Se encaminó a continuación a casa de Teodora. Desde allí, ella lo acompañó al Campo di San Polo, donde iban a tener lugar

los juegos. Habían erigido una tribuna en el centro de la plaza, sobre la que estaban sentados dos o tres funcionarios detrás de una mesa tomando nota de los nombres de los concursantes. Entre la gente, Ezio vio la figura demacrada y enfermiza de Silvio Barbarigo. Y le sorprendió ver también con él al gigantesco guardaespaldas, Dante.

—Te enfrentarás a él —le decía Teodora—. ¿Crees que podrás?

—Si no hay más remedio…

Finalmente, reunidos los nombres de todos los participantes (Ezio se había inscrito con un nombre falso), subió a la tribuna un hombre alto vestido con una capa de color rojo. Era el maestro de ceremonias.

Habría cuatro juegos en total. Los concursantes competirían entre ellos en cada uno de los juegos y un panel de jueces decidiría el ganador final. Por suerte para Ezio, muchos de los concursantes, para mantener el espíritu del carnaval, decidieron concursar enmascarados.

El primer juego era una carrera a pie, que Ezio ganó con facilidad, para gran disgusto de Silvio y Dante. El segundo, más complicado, consistía en una lucha de resistencia en la que los concursantes tenían que competir entre ellos para intentar capturarle a su oponente las banderas emblemáticas que los organizadores les habían dado.

También en este juego, Ezio fue proclamado vencedor, aunque se sintió incómodo al ver la expresión de las caras de Dante y de Silvio.

—El tercer juego —anunció el maestro de ceremonias— combina elementos de los dos primeros y añade otros nuevos. ¡Esta vez, tendréis que utilizar la velocidad y la destreza, pero también el carisma y el encanto! —Abrió los brazos y señaló un grupo de mujeres elegantemente vestidas que había en la plaza, que sonrieron con coquetería—. Varias de nuestras damas se han prestado voluntarias para ayudarnos —continuó el maestro de ceremonias—. Algunas de ellas están en la plaza. Otras paseando por las calles de los alrededores. Incluso encontraréis algunas embarcadas en góndolas. Reconoceréis a las damas por las cintas que llevan en el pelo. Vuestro trabajo, distinguidos competidores, consistirá en recoger el máximo de cintas posible durante el tiempo que corra mi reloj de arena. Cuando el tiempo toque a su fin, haremos sonar la campana de la iglesia. ¡Puedo asegurar sin riesgo a equivocarme que independientemente de cómo os

sonría la fortuna, este será para vosotros el pasatiempo más placentero del día! El hombre que regrese con más cintas será el ganador y estará un paso más cerca de obtener la Máscara de Oro. ¡Pero recordad, si estos juegos no tienen un ganador directo, serán los jueces quienes decidirán quién de vosotros será el afortunado que asista a la fiesta del dux! Y ahora… ¡Empezad!

Pasó el tiempo, y tal como había prometido el maestro de ceremonias, de forma rápida y placentera. La campana de San Polo tañó cuando los últimos granos de arena pasaron de la cámara superior a la cámara inferior del reloj y los competidores regresaron a la plaza. Entregaron las cintas a los árbitros, algunos sonriendo, otros sonrojados. Solo Dante se mantuvo inexpresivo, aunque se puso rojo de rabia cuando, finalizado el conteo, el maestro de ceremonias levantó, una vez más, el brazo de Ezio.

—Bien, joven misterioso, hoy estás de suerte —dijo el maestro de ceremonias—. Confiemos en que tu buena fortuna no te abandone en el último obstáculo. —Se volvió para dirigirse a la multitud, mientras despejaban la tribuna y montaban unas cuerdas que la convertirían en un *ring* de boxeo—. La última prueba, damas y caballeros, es completamente distinta. Aquí contará únicamente la fuerza bruta. Los competidores lucharán entre ellos, hasta que queden todos eliminados excepto dos. Estos últimos dos lucharán hasta que uno de ellos caiga noqueado. ¡Y entonces llegará el momento que todos estáis esperando! Se anunciará el ganador final de la Máscara de Oro, pero tened cuidado con vuestras apuestas… ¡Aún tenemos mucho tiempo para decepciones y sorpresas!

Fue en este último juego que destacó Dante, pero Ezio, haciendo uso de otras habilidades y muy ligero de pies, consiguió llegar a la pareja final y enfrentarse al gigantesco guardaespaldas. Los puños de aquel hombre parecían martinetes, pero Ezio se mostró lo bastante ágil como para asegurarse de no recibir puñetazos fuertes y consiguió incluso algún que otro golpe al mentón con la izquierda y más de un gancho de derechas.

En el último combate no había descansos entre asaltos al cabo de un rato, Ezio se dio cuenta de que Dante empezaba a estar cansado. Aunque también, por el rabillo del ojo, vio que Silvio Barbarigo hablaba urgentemente con el maestro de ceremonias y con el jurado sentado detrás

de la mesa, a la sombra de un toldo, no muy lejos del *ring*. Creyó ver cambiar de manos una abultada bolsa de cuero, aunque no estaba seguro del todo porque tenía que continuar prestando atención a su oponente que, rabioso ahora, pretendía pegarle con fuerza. Ezio esquivó el golpe y dirigió dos rápidos ganchos contra la mandíbula de Dante, y con el último, el hombretón cayó al suelo. Ezio se quedó mirándolo y Dante le lanzó una mirada furiosa.

—Esto no ha terminado —gruñó, pero le costaba incorporarse. Ezio miró al maestro de ceremonias y levantó el brazo para llamar su atención, pero el hombre se mantuvo inexpresivo.

—¿Estamos seguros de que todos los competidores han sido eliminados? —gritó el maestro de ceremonias—. ¿Todos? ¡No podemos anunciar el ganador hasta que estemos seguros!

En el momento en que dos hombres de aspecto ceñudo se distanciaron de la multitud para encaramarse al *ring*, un murmullo recorrió la plaza. Ezio miró a los jueces, pero estos desviaron la mirada. Los hombres se disponían a rodearlo y vio que ambos escondían un cuchillo corto, casi invisible, en el interior de la mano.

—¿De manera que la cosa va así? —les dijo—. Todo vale, pues.

Con agilidad consiguió apartarse en el momento en que Dante, desde el suelo, trataba de hacerle caer agarrándolo por los tobillos. A continuación dio un gran salto y extendió la pierna para darle un puntapié en la cara a uno de sus nuevos contrincantes. El hombre escupió la dentadura y se tambaleó. Al caer, pisó con fuerza el pie izquierdo del segundo hombre, aplastándole el empeine. Luego le arreó puñetazos sin parar en el estómago cuando el hombre se doblegó, le dio un rodillazo en la barbilla. Aullando de dolor, este último se tambaleó también. Se había mordido la lengua y la sangre manaba a borbotones de su boca.

Sin mirar atrás, Ezio saltó del *ring* y se enfrentó al maestro de ceremonias y a los abochornados jueces. La multitud lanzaba vítores.

—Creo que tenemos un vencedor —le dijo Ezio al maestro de ceremonias.

El hombre intercambió miradas con los jueces y con Silvio Barbarigo, que estaba de pie junto a ellos. El maestro de ceremonias entró en el *ring*,

evitando como pudo la sangre, y se dirigió a la muchedumbre.

—¡Damas y caballeros! —anunció después de toser nervioso para aclararse la garganta—. Pienso que todos estaréis de acuerdo conmigo en que hoy hemos disfrutado de un combate duro y justo.

La multitud siguió vitoreando.

—Y en estas ocasiones resulta difícil elegir al auténtico vencedor…

La gente estaba perpleja. Ezio intercambió miradas con Teodora, que estaba muy cerca.

—Ha sido un trabajo duro para los jueces y para mí —prosiguió el maestro de ceremonias, que empezaba a sudar y tuvo que secarse la frente —, pero tiene que haber un vencedor en conjunto, hemos elegido uno. —Y después de decir esto se agachó con dificultad, ayudó a Dante a sentarse—. Damas y caballeros…, os doy a conocer el nombre del ganador de la Máscara de Oro: ¡el *signore* Dante Moro!

La multitud le silbó y le abucheó, lanzando gritos de desaprobación, y el maestro de ceremonias, junto con los jueces, tuvo que retirarse apresuradamente cuando los espectadores empezaron a lanzar toda la basura que consiguieron encontrar. Ezio corrió hacia Teodora y vieron juntos cómo Silvio, con una sonrisa torcida en su cara iracunda, ayudaba a Dante a descender de la tribuna y lo arrastraba hacia una callejuela.

CAPÍTULO 19

De regreso al «convento» de Teodora, Ezio se esforzó por contenerse mientras Teodora y Antonio lo observaban con preocupación.

—Vi a Silvio sobornar al maestro de ceremonias —dijo Teodora—. Y sin duda llenó los bolsillos también del jurado. No pude hacer nada para evitarlo.

Antonio se echó a reír burlonamente y Ezio lo miró enfadado.

—Es fácil comprender por qué Silvio quería conseguir, por encima de todo, que su hombre se hiciera con la Máscara de Oro —continuó Teodora —. Siguen en estado de alerta y no quieren correr riesgos con el dux Marco. —Miró a Ezio—. No descansarán hasta verte muerto.

—En ese caso, les esperan muchas noches de insomnio.

—Tenemos que pensar. La fiesta es mañana.

—Encontraré la manera de seguir a Dante hasta la fiesta —decidió Ezio —. Le quitaré la máscara y…

—¿Cómo? —quiso saber Antonio—. ¿Matando al pobre *stronzo*?

Ezio lo miró con rabia.

—¿Tienes una idea mejor? ¡Sabes muy bien lo que está en juego!

Antonio levantó las manos, indicando con eso su desaprobación.

—Mira, Ezio…, si lo matas, cancelarán la fiesta y Marco se esconderá de nuevo en su *palazzo*. Habremos perdido el tiempo… ¡una vez más! No, se trata de robar la máscara sin hacer ruido.

—Mis chicas pueden colaborar —intervino Teodora—. Muchas de ellas acudirán a la fiesta… como animadoras. Pueden distraer a Dante mientras

tú consigues la máscara. Y una vez allí, no tengas miedo. Yo también estaré presente.

Ezio asintió a regañadientes. No le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer, pero en este caso sabía que Teodora y Antonio tenían razón.

—*Va bene* —dijo.

Al día siguiente, a la puesta de sol, Ezio trató de situarse en un punto del recorrido que Dante tenía que realizar para asistir a la fiesta. Por los alrededores revoloteaban unas cuantas chicas de Teodora. Por fin apareció el hombretón. Había hecho un esfuerzo con sus ropajes, que eran caros pero chillones. Llevaba la Máscara de Oro colgada del cinturón. En cuanto lo vieron las chicas se pusieron a susurrarle zalamerías y a saludarlo, acercándose a él, dos de ellas cogiéndolo del brazo y asegurándose de que la máscara quedaba colgando por detrás. De esta manera lo acompañaron hacia la amplia zona que se había acordonado junto al Molo, donde iba a tener lugar la fiesta y donde, de hecho, esta había empezado ya. Cronometrando su acción con exactitud, Ezio eligió el último minuto para cortar la máscara y soltarla del cinturón de Dante. La cogió y echó a correr para poder presentarse con ella puesta a los guardias que controlaban el acceso a la fiesta antes de que lo hiciese Dante. Al verlo, dejaron pasar a Ezio, pero cuando Dante apareció unos momentos después y buscó la máscara que supuestamente llevaba colgada del cinturón, descubrió que se había esfumado. Las chicas que lo habían escoltado hasta entonces habían desaparecido entre el gentío y se habían cubierto la cara también con máscaras, por lo que resultaba imposible reconocerlas.

Dante seguía discutiendo con los guardias de la puerta, que habían recibido órdenes muy estrictas, mientras Ezio se abría paso entre los asistentes para establecer contacto con Teodora. Ella lo recibió cariñosamente.

—¡Lo has conseguido! ¡Felicidades! Y ahora, escúchame: Marco sigue mostrándose muy cauteloso. Se ha quedado en su embarcación, el *bucintoro* ducal, que está atracado justo delante del Molo. No podrás acercarte a él, pero deberías encontrar un lugar desde donde lanzar tu ataque. —Se volvió para llamar a tres o cuatro de sus cortesanas—. Estas chicas cubrirán tus movimientos mientras te desplazas entre la gente.

Ezio se puso en marcha pero cuando en compañía de las chicas, radiantes con sus vestidos de raso y seda en plata y rojo, se abría paso entre los invitados, le llamó la atención un hombre alto y circunspecto de más de sesenta años de edad, con ojos claros, mirada inteligente y perilla blanca, que conversaba con un noble veneciano de edad similar. Ambos lucían pequeñas máscaras que apenas les cubrían la cara y Ezio reconoció al primero como Agostino Barbarigo, el hermano menor de Marco. Agostino tendría mucho que ver con el destino de Venecia en el caso de que a su hermano le ocurriera una desgracia, y Ezio consideró conveniente acercarse de tal modo que alcanzara a escuchar la conversación que mantenían.

Cuando Ezio consiguió situarse, Agostino reía finamente.

—Sinceramente, creo que mi hermano se avergüenza a sí mismo con esta exhibición.

—No tienes derecho a hablar de él en ese tono —replicó el noble—. ¡Es el dux!

—Sí, sí. Es el dux —concedió Agostino, acariciándose la perilla.

—Se trata de su fiesta. De su *Carnevale*, y puede gastar todo el dinero que considere conveniente.

—Es el dux, pero solo nominalmente —dijo Agostino con más sequedad—. Y el dinero que está gastando es el dinero de Venecia, no el suyo. —Bajó la voz—. Hay cosas más importantes en juego, lo sabes perfectamente.

—Marco fue el hombre elegido para gobernar. Cierto es que vuestro padre no creía que pudiera llegar donde está y que por eso fue a ti a quien transmitió sus ambiciones políticas. Pero eso ahora, teniendo en cuenta cómo están las cosas, carece de importancia.

—Yo nunca quise ser dux…

—En ese caso, te felicito por tu éxito —dijo con frialdad el noble.

—Mira —dijo Agostino, conteniéndose—. El poder es algo más que ser rico. ¿Cree de verdad mi hermano que fue elegido por algo más que por su riqueza?

—¡Fue elegido por su sabiduría y por su capacidad de liderazgo!

Se vieron interrumpidos por el inicio de los fuegos artificiales. Agostino los contempló tan solo durante un instante y dijo a continuación:

—¿Y es esto lo que hace con esa sabiduría? ¿Ofrecer un espectáculo de luces? Se esconde en el Palacio Ducal mientras la ciudad se va pique y piensa que unas cuantas explosiones caras bastarán para que la gente olvide todos sus problemas.

El noble hizo un gesto desdeñoso.

—A la gente le gusta el espectáculo. Es la naturaleza humana. Verás cómo…

Pero en aquel momento, Ezio detectó la enorme figura de Dante abriéndose paso entre los invitados, acompañado por un destacamento de guardias, buscándolo a él, sin la menor duda. Continuó avanzando hasta encontrar un lugar escondido desde donde poder acceder al dux en el caso de que abandonara el *bucintoro*, atracado a escasos metros del muelle.

Sonó una fanfarria y los fuegos artificiales cesaron por el momento. Los invitados se quedaron en silencio y estallaron acto seguido en aplausos cuando Marco apareció por el lado de babor de la barcaza estatal para dirigirse al público y un paje lo presentó:

—*Signore e signori!* ¡Os presento a nuestro querido dux de *Venezia*!

Marco inició su discurso.

—*Benvenuti!* ¡Bienvenidos, queridos amigos, al más espléndido acto social de la temporada! ¡En paz o en guerra, en tiempos de prosperidad o de penurias, *Venezia* siempre tendrá *Carnevale*!…

Mientras el dux continuaba hablando, Teodora se acercó a Ezio.

—Estoy demasiado lejos —le dijo Ezio—. Y no piensa bajar de su barco. De manera que no me quedará más remedio que nadar hasta él. *Merda!*

—Yo no lo intentaría —dijo Teodora en voz baja—. Te detectarían enseguida.

—Entonces tendré que…

—¡Espera!

El dux seguía hablando.

—Esta noche celebramos lo que nos hace grandes. ¡El colorido con el que nuestra luz brilla por encima del mundo!

Extendió los brazos y estallaron más fuegos artificiales. La multitud lanzó vítores en señal de aprobación.

—¡Eso es! —dijo Teodora—. ¡Utiliza tu pistola! La que empleaste para acabar con aquel asesino en mi *bordello*. Aprovecha las explosiones de los fuegos artificiales cuando vuelvan a empezar para amortiguar el ruido de tu disparo. Hazlo en el momento apropiado y podrás salir de aquí sin que nadie se dé cuenta de nada.

Ezio se quedó mirándola.

—Me gusta cómo pensáis, hermana.

—Se trata simplemente de que atines con el disparo. Solo tendrás una oportunidad. —Le apretó el brazo—. *Buona fortuna*, hijo mío. Te esperaré en el *bordello*.

Desapareció confundiéndose con los asistentes a la fiesta, entre los cuales Ezio detectó de nuevo a Dante y sus matones, que seguían buscándolo. Silencioso como un fantasma, se acercó a un lugar en el muelle lo más cercano posible al punto desde donde Marco seguía ofreciendo su discurso. Por suerte, sus ropajes resplandecientes, iluminados por la luz de la fiesta, lo convertían en un blanco perfecto.

El discurso del dux avanzaba, y Ezio lo aprovechó para prepararse y esperar con atención que los fuegos artificiales se reanudaran. Para salir de allí indemne, tenía que encontrar el momento perfecto.

—Todos sabemos que hemos superado tiempos problemáticos —estaba diciendo Marco—. Pero los hemos superado juntos, y *Venezia* ha salido reforzada de ello… Las transiciones de poder son complicadas, pero hemos capeado el cambio con elegancia y tranquilidad. No es fácil perder un dux en la flor de la vida, y resulta frustrante ver que el asesino de nuestro querido camarada Mocenigo sigue libre e impune. Pero debemos consolarnos con la idea de que muchos empezábamos a sentirnos incómodos con las políticas de mi predecesor, a sentirnos inseguros y a dudar del camino por el que estaba guiándonos. —Entre los invitados, varios gritaron en señal de aprobación, y Marco, sonriendo, levantó las manos para acallarlos—. Bien, amigos míos, ¡os digo que he encontrado de nuevo el camino correcto! ¡Es un bello lugar e iremos juntos allí! El futuro que vislumbro para *Venezia* es un futuro de poder, un futuro de riqueza. ¡Construiremos una flota tan grande que nuestros enemigos nos temerán como nunca nos han temido! ¡Y expandiremos por los mares nuestras rutas

comerciales y traeremos a casa especias y tesoros con los que no hemos podido soñar desde los tiempos de Marco Polo! —Los ojos de Marco se iluminaron cuando su voz adoptó un tono amenazador—. Y a los que se oponen a nosotros quiero decirles lo siguiente: cuidado con el bando que elegís, pues o estáis con nosotros o estáis en el bando del mal. ¡Y aquí no queremos enemigos! ¡Os perseguiremos, os expulsaremos, os destruiremos! —Volvió a levantar las manos y exclamó—: ¡Y *Venezia* seguirá siendo siempre la joya más brillante de toda la civilización!

Y cuando dejó caer los brazos, triunfante, se inició una potente exhibición de fuegos artificiales, una traca final que convirtió la noche en día. El sonido de las explosiones era ensordecedor, y el minúsculo disparo de Ezio se perdió entre ellas. Y se había confundido ya con la multitud antes de que la gente tuviera tiempo de reaccionar cuando vio a Marco Barbarigo, uno de los dux de más breve reinado en la historia de Venecia, tambalearse, llevándose la mano al corazón, y caer muerto en la cubierta de la barcaza ducal.

—*Requiescat in pace* —murmuró Ezio para sus adentros.

Pero en cuanto se conoció la noticia, se difundió con rapidez y llegó al burdel antes de que lo hiciera Ezio. Fue recibido con gritos de admiración por Teodora y sus cortesanas.

—Debes de estar agotado —dijo Teodora, cogiéndolo por el brazo y guiándolo hacia una habitación interior—. ¡Ven, relájate!

Pero antes, Antonio lo felicitó también.

—¡El salvador de Venecia! —exclamó—. ¿Qué puedo decir? Tal vez me equivoqué por dudar de ti tan fácilmente. Ahora, al menos tendremos la oportunidad de ver cómo encajan las piezas…

—¡Ya basta por ahora del tema! —dijo Teodora—. Ven, Ezio. Has trabajado duro, hijo mío. Me parece que tu cuerpo agotado necesita consuelo y socorro.

Ezio comprendió rápidamente a qué se refería y le siguió el juego.

—Tenéis razón, hermana. Tengo tantos dolores que necesitaré mucho consuelo y socorro. Espero que podáis solucionarlo.

—¡Oh! —dijo sonriendo Teodora—. ¡No pretendo aliviar tu dolor yo sola! ¡Chicas!

Una bandada de cortesanas pasó corriendo al lado de Ezio en dirección a la habitación, en el centro de la cual vio una cama impresionante y, junto a ella, un artilugio similar a un sillón, pero con poleas y cinturones, y cadenas. Le recordó algo que había visto en el taller de Leonardo, pero no se imaginó para qué podía servir.

Intercambió una prolongada mirada con Teodora y la siguió al dormitorio, cerrando la puerta a sus espaldas.

Un par de días después, Ezio se encontraba en el Puente de Rialto, relajado y recuperado, viendo a la gente pasear arriba y abajo. Estaba planteándose ir a tomarse un par de copas de Véneto antes de la *ora di pranzo*, cuando vio un hombre que corría hacia él y al que reconoció enseguida: uno de los mensajeros de Antonio.

—¡Ezio, Ezio! —decía el hombre, acercándose a él—. *Ser* Antonio desea veros… Es un asunto importante.

—Entonces iremos enseguida —dijo Ezio, abandonando el puente tras el mensajero.

Antonio estaba en su despacho acompañado, para sorpresa de Ezio, de Agostino Barbarigo. Antonio realizó las presentaciones de rigor.

—Es un honor conoceros, señor. Siento la pérdida de vuestro hermano.

Agostino hizo un movimiento con la mano, restándole importancia al tema.

—Aprecio tu compasión pero, para ser sincero, mi hermano era un tonto y estaba por completo bajo el control de la facción de Borgia en Roma…, algo que no me gustaría que volviese a sucederle jamás a Venecia. Por suerte, una persona con espíritu cívico acabó con ese peligro asesinándolo. De una forma original y curiosa… Habrá investigaciones, es evidente, pero personalmente no tengo ni idea de adonde conducirán…

—*Messer* Agostino será elegido dux en breve —apuntó Antonio—. Es una buena noticia para Venecia.

—Esta vez el Consejo de los Cuarenta y Uno ha trabajado rápido —dijo secamente Ezio.

—Pienso que han aprendido del error de sus procesos —replicó Agostino con una sonrisa tímida—. Pero no pretendo ser el dux solo a nivel nominal, como lo fue mi hermano. Lo que nos lleva al asunto que tenemos ahora entre manos. Nuestro horrible primo Silvio ha ocupado el Arsenal —el barrio militar de la ciudad— y ha apostado una guarnición de doscientos mercenarios.

—Y cuando seáis dux ¿no podríais ordenarles que se retiren?

—Estaría muy bien —dijo Agostino—, pero las extravagancias de mi hermano han agotado los recursos de la ciudad y será complicado que resista el tiempo suficiente una fuerza que tiene el Arsenal bajo su control. Y sin el Arsenal, no controlo Venecia, ¡por muy dux que sea!

—En ese caso —dijo Ezio—, tendremos que solucionarlo por nuestra cuenta.

—¡Bien dicho! —Antonio estaba resplandeciente—. Y pienso que tenemos el hombre adecuado para ese trabajo. ¿Has oído hablar de Bartolomeo d'Alviano?

—Por supuesto. ¡El *condottiero* que estaba al servicio de los Estados Pontificios! Se ha rebelado contra ellos, lo sé.

—Y ahora tiene su base aquí. Silvio, que, como bien sabéis, está al servicio del cardenal Borgia, no es precisamente santo de su devoción —dijo Agostino—. Bartolomeo está instalado en San Pietro, al este del Arsenal.

—Iré a visitarlo.

—Antes de hacerlo, Ezio —dijo Antonio—, *messer* Agostino tiene algo para ti.

De entre sus ropajes, Agostino extrajo un antiguo rollo de vitela, con un lacre negro roto que colgaba de una andrajosa cinta roja.

—Lo tenía mi hermano entre sus documentos. Antonio creyó que podía ser de tu interés. Considéralo un pago por… los servicios prestados.

Ezio lo cogió. Supo de inmediato lo que era.

—Gracias, *signore*. Estoy seguro de que será de gran ayuda en la batalla que tenemos por delante.

Deteniéndose únicamente para armarse, Ezio no tardó en acercarse al taller de Leonardo, donde le sorprendió encontrar a su amigo preparando el

equipaje.

—¿Adónde te diriges ahora? —le preguntó Ezio.

—Vuelvo a Milán. Iba a enviarte un mensaje antes de partir, claro está. Junto con un paquete de balas para tu pistola.

—Pues me alegro mucho de haberte encontrado todavía aquí. ¡Mira, tengo otra página del Códice!

—Excelente. Me interesan mucho. Pasa. Mi criado Luca y los demás continuarán con esto. A estas alturas los tengo ya bien entrenados. Es una pena que no pueda llevármelos a todos conmigo.

—¿Y qué vas a hacer a Milán?

—Lodovico Sforza me ha hecho una oferta que no he podido rechazar.

—¿Y los proyectos que tenías aquí?

—La armada tuvo que cancelarlos. No hay dinero para nuevos proyectos. Al parecer, el último dux acabó prácticamente con todo. Yo podría haberle fabricado los fuegos artificiales, sin necesidad de todo el gasto que supone ir a buscarlos a China. Pero da lo mismo. Venecia sigue en paz con los turcos y me han dicho que esperan mi regreso. Dejaré a Luca aquí, pues se sentiría como un pez fuera del agua lejos de Venecia, con unos cuantos dibujos básicos para que empiecen. Y en cuanto al conde, está satisfecho con los retratos de familia… aunque personalmente pienso que estarían mejor si los trabajara más. —Leonardo empezó a desenrollar la hoja de vitela—. Y ahora, echémosle un vistazo a esto.

—Prométeme que me avisarás cuando vuelvas.

—Te lo prometo, amigo. Y en cuanto a ti, mantenme informado de lo que haces, si te es posible.

—Lo haré.

—Y bien… —Leonardo extendió la página delante de él y la examinó —. Hay algo aquí que parece un boceto de la daga de doble filo que iba con tu protección de muñeca, pero está incompleto y podría tratarse de un boceto anterior de ese diseño. El resto solo tiene importancia conectado con las demás páginas… Mira, aquí hay más cosas que parecen fragmentos de un mapa y una especie de dibujo que me hace pensar en aquellos complejos dibujos de nudos que solía garabatear cuando tenía tiempo para pensar en mis cosas. —Leonardo enrolló de nuevo la hoja y miró a Ezio—. Yo la

guardaría en lugar seguro junto con las otras dos páginas que me has enseñado aquí en Venecia. Es evidente que son todas ellas muy importantes.

—De hecho, Leo, si vas a viajar a Milán, me pregunto si podría pedirte un favor.

—Dispara.

—Cuando llegues a Padua, ¿podrías, por favor, organizarlo todo para que un mensajero de confianza le llevara estas tres páginas a mi tío Mario en Monteriggioni? Es… anticuario… y sé que las encontrará interesantes. Pero necesito a alguien de plena confianza.

Leonardo le regaló una sombra de sonrisa. De no haber estado Ezio tan preocupado, casi la habría tomado como una sonrisa de entendimiento completo.

—Tengo intención de enviar mis trastos directamente a Milán, pero yo pienso hacer antes una visita relámpago a Florencia para ver a Agniolo y a Innocento, de modo que mejor será que envíe el mensajero desde allí. Enviaré a Agniolo a Monteriggioni, no temas.

—Esto es mejor de lo que podía imaginar. —Ezio le dio la mano—. Eres un amigo bueno y maravilloso, Leo.

—Eso espero, Ezio. De vez en cuando pienso que podrías estar muy bien con alguien que cuidara de ti. —Hizo una pausa—. Y te deseo buena suerte en tu trabajo. Espero que llegue el día en que puedas darlo por finalizado y encuentres el descanso que necesitas.

Los ojos gris acero de Ezio adoptaron una mirada de lejanía, pero no replicó, excepto para decir:

—Me has hecho recordar… que tengo otro recado que hacer. Te enviaré a uno de los hombres de Antonio con las dos páginas del Códice que faltan. Y ahora, por el momento, *addio!*

CAPÍTULO 20

La manera más rápida de llegar a San Pietro desde el taller de Leonardo era con el trasbordador o alquilando una barca en la Fondamenta Nuova y poniendo rumbo este hacia la costa norte de la ciudad. A Ezio le sorprendió no encontrar a nadie que pudiera llevarlo hasta allí. Los trasbordadores regulares habían sido suspendidos y fue solo rascándose el bolsillo hasta el fondo que consiguió convencer a un par de jóvenes gondoleros para que lo llevaran.

—¿Qué problema hay? —les preguntó.

—Se dice que se están librando duras peleas por allí —dijo el remero de popa, luchando contra las picadas aguas—. Al parecer ya han cesado, un simple altercado local. Pero los trasbordadores no se arriesgan todavía a ponerse en marcha. Os dejaremos en la costa norte. Y andaos con cuidado.

Hicieron lo prometido y Ezio se encontró enseguida solo y ascendiendo dificultosamente por la orilla embarrada hacia el dique de contención, desde donde divisó la aguja de la iglesia de San Pietro di Castello a escasa distancia. Y lo que vio también fueron varias columnas de humo que surgían de un grupo de edificaciones bajas de ladrillo situadas al sudeste de la iglesia. Eran los barracones de Bartolomeo. Con el corazón latiéndole con fuerza, Ezio se apresuró hacia allí.

Lo primero que le chocó fue el silencio. Después, a medida que fue aproximándose, empezó a ver cadáveres por todas partes, algunos de ellos luciendo el blasón de Silvio Barbarigo; otros, uno que no reconoció.

Finalmente encontró un sargento, malherido pero aún con vida, que había conseguido sentarse con la espalda apoyada en un murete.

—Por favor…, ayudadme —dijo el sargento al ver que se acercaba Ezio.

Ezio miró rápidamente a su alrededor y localizó el pozo, del que extrajo agua, rezando para que los atacantes no la hubieran envenenado, aunque se veía clara y limpia. Vertió un poco en un cubilete que encontró y lo acercó con cuidado a los labios del herido, luego humedeció un paño y le limpió la sangre de la cara.

—Gracias, amigo —dijo el sargento.

Ezio se fijó en que llevaba un distintivo desconocido y supuso que era el de Bartolomeo. Era evidente que las tropas de Bartolomeo habían salido peor paradas que las de Silvio.

—Fue un ataque por sorpresa —confirmó el sargento—. Alguna puta de Bartolomeo nos ha traicionado.

—¿Dónde han ido?

—¿Los hombres del inquisidor? Han vuelto al Arsenal. Han establecido allí su base, justo antes de que el nuevo dux controle la situación. Silvio odia a su primo porque no forma parte de la trama en la que anda metido el inquisidor. —El hombre tosió y escupió sangre, pero se esforzó por seguir hablando—. Han hecho prisionero a nuestro capitán. Se lo han llevado con ellos. Lo gracioso es que éramos nosotros los que estábamos planeando atacarlos a ellos. Bartolomeo solo estaba esperando… un mensajero procedente de la ciudad.

—¿Dónde está el resto de los vuestros?

El sargento intentó mirar a su alrededor.

—Los que no han muerto o han sido hechos prisioneros, se han dispersado para intentar salvar la vida. Estarán escondidos en Venecia o en las islas de la laguna. Necesitarán alguien que vuelva a unirlos. Me imagino que esperan recibir noticias del capitán.

—¿Y Silvio lo ha hecho prisionero?

—Sí. El capitán… —Pero el desgraciado sargento empezó a tener dificultades para respirar.

Su lucha terminó cuando abrió la boca y salió de ella un chorro de sangre, empapando la hierba hasta tres metros más allá de donde se encontraba. Cuando aquello paró, los ojos del soldado miraban ya sin ver nada en dirección a la laguna.

Ezio le cerró los ojos y le cruzó los brazos sobre el pecho.

—*Requiescat in pace* —dijo solemnemente.

Se incorporó y se apretó el cinturón donde llevaba sujeta la espada. Se había armado también con la protección metálica en el antebrazo izquierdo pero, para aquella ocasión, no había cogido la daga de doble filo. Llevaba la daga venenosa en el antebrazo derecho, un arma tremendamente útil cuando se enfrentaba a situaciones de gran desventaja. En el bolso del cinturón llevaba la pistola, útil sobre todo frente a un blanco único al tener que recargarse después de cada disparo, junto con pólvora y balas, y a modo de arma de repuesto, la hoja oculta. Se cubrió la cabeza con la capucha y se encaminó hacia el puente de madera que conectaba San Pietro con Castello. Desde allí avanzó sin problemas y con rapidez por la calle principal en dirección al Arsenal. A lo largo de su recorrido se cruzó con gente que, a pesar de seguir con sus habituales quehaceres diarios, se veía apagada. Era evidente que para detener por completo la vida en Venecia era necesario mucho más que una sola guerra local, aunque, claro está, eran muy pocos los ciudadanos de a pie de Castello que sabían lo importante que era para su ciudad el resultado de aquel conflicto.

Ezio desconocía en aquel momento que sería un conflicto que se prolongaría durante muchos, muchísimos meses, y que alcanzaría incluso el año siguiente. Pensó en Cristina, en su madre María y en su hermana Claudia. Y se sintió desamparado y cada vez más mayor. Pero tenía que seguir sirviendo al Credo y defendiéndolo, y eso era más importante que cualquier otra cosa. Nadie, quizás, sabría jamás que el mundo había sido salvado del dominio de los Templarios gracias a la selecta Orden de los Asesinos, consagrada a contrarrestar su malévola hegemonía.

Su primera tarea consistía evidentemente en localizar y, a ser posible, liberar a Bartolomeo d'Alviano, pero entrar en el Arsenal sería complicado. Rodeado por elevados muros fortificados de ladrillo, y con un auténtico laberinto de edificios y astilleros en su interior, el barrio se asentaba en el

este de la ciudad y estaba fuertemente vigilado por el ejército privado de Silvio, cuyos integrantes excedían en número a los doscientos mercenarios que Agostino Barbarigo le había mencionado. Ezio, cruzando la puerta principal construida recientemente por el arquitecto Gambalto, rodeó el perímetro exterior de los edificios accesibles por tierra hasta toparse con una gran puerta con un pequeño portillo y, observándola desde una distancia de seguridad, comprendió que aquella discreta entrada era la que utilizaban los centinelas del exterior cuando realizaban el cambio de guardia. Tuvo que esperar escondido cuatro horas, pero cuando se produjo el siguiente cambio de guardia estaba a punto. El sol de media tarde era abrasador, el ambiente era húmedo, y todo el mundo excepto Ezio estaba sumido en un estado letárgico. Vio los soldados de relevo saliendo por la puerta, que tenía un único centinela, y siguió a los mercenarios que acababan su turno, echando a andar detrás de ellos y mezclándose como mejor pudo. Una vez que hubo pasado el último soldado, le cortó la garganta al guardia apostado en la puerta y se deslizó por ella antes de que nadie se percatara de lo sucedido. Igual que años atrás en San Gimignano, las fuerzas de Silvio, aun siendo numerosas, no eran suficientes para proteger la totalidad de la zona. Era, al fin y al cabo, el centro militar de la ciudad. No le extrañaba que Agostino no pudiera hacerse con todo el poder sin controlar aquel barrio.

Una vez dentro, le resultó relativamente sencillo avanzar por los amplios espacios abiertos entre los grandes edificios: el *Cordelie*, la *Artiglierie*, las atalayas y, sobre todo, los astilleros. Mientras Ezio se mantuviera al amparo de las oscuras sombras del atardecer y procurara evitar las patrullas del interior del inmenso complejo, sabía que todo iría bien, aunque, naturalmente, debía seguir en todo momento en estado de alerta.

Guiado finalmente por los sonidos del alborozo, las bromas y las carcajadas, recorrió uno de los principales diques secos, en el que estaba atracada una impresionante galera. Vio una jaula de hierro colgada de una de las impresionantes paredes del muelle. Y en su interior estaba Bartolomeo, un hombre fornido y vigoroso de poco más de treinta años de edad, solo cuatro o cinco años mayor que Ezio. A su alrededor había un

tropel de mercenarios de Silvio. Ezio pensó enseguida que estarían mucho mejor patrullando que disfrutando de su triunfo sobre un enemigo que habían dejado ya impotente, pero enseguida se vio obligado a reconocer que Silvio Barbarigo, por muy gran inquisidor que fuera, carecía de experiencia en cuanto a gestión de tropas.

Ezio desconocía cuánto tiempo llevaba Bartolomeo encadenado en la jaula; seguro que muchas horas. Pero su rabia y su energía parecían no verse afectadas por la situación. Y teniendo en cuenta que a buen seguro no le habían dado nada de comer ni de beber, aquello era excepcional.

—*Luridi codardi!* ¡Cobardes asquerosos! —gritaba a sus torturadores, uno de los cuales, vio Ezio, había sumergido una esponja en vinagre y la acercaba a la boca de Bartolomeo con la punta de una lanza con la esperanza de que lo confundiera por agua. Bartolomeo la escupió—. ¡Acabaré con todos vosotros! ¡Al mismo tiempo! ¡Con un brazo…, no, con los dos brazos atados a la espalda! ¡Os comeré a todos vivos, cabrones! —rio—. ¡Debéis de preguntaros cómo lo haría, pero sacadme de aquí y os lo demostraré encantado! *Miserabili pezzi di merda!*

Los guardias del inquisidor se rieron con escarnio y atizaron a Bartolomeo con varas, haciendo balancear la jaula. No tenía un suelo muy firme, y Bartolomeo se vio obligado a sujetarse con fuerza apoyando los pies en las barras para mantener el equilibrio.

—¡No tenéis honor! ¡Ni valor! ¡Ni virtud! —Consiguió acumular la saliva suficiente como para escupirles—. Y la gente se pregunta por qué la estrella de Venecia ha empezado a languidecer. —Entonces su voz adoptó casi un tono de súplica—. Seré misericordioso con aquel que tenga el valor de liberarme. ¡El resto morirá! ¡Por obra de mi propia mano! ¡Lo juro!

—Ahórrate tus malditas palabras —gritó uno de los guardias—. Aquí no va a morir nadie que no seas tú, jodido pedazo de mierda.

Ezio, que permaneció todo aquel tiempo cobijado a la sombra de una columnata de ladrillo que bordeaba una bahía donde estaban atracadas las galeras de guerra de menor tamaño, empezó a pensar en la manera de salvar al *condottiero*. Junto a la jaula había diez guardias, todos de espaldas a él, y no se veía a nadie más. Estaban además fuera de servicio y no iban armados. Ezio verificó su daga venenosa. Eliminar a los guardias no tendría

por qué ser una dificultad. Había cronometrado el pase de las patrullas de guardia y había visto que se producía cada vez que la sombra que proyectaba el muro del muelle se alargaba unos diez centímetros. Pero luego estaba el problema adicional de liberar a Bartolomeo, en silencio y de forma rápida. Se esforzó en pensar alguna cosa. Sabía que no disponía de mucho tiempo.

—¿Qué tipo de hombre es aquel que vende su honor y su dignidad a cambio de unas pocas monedas de plata? —vociferaba Bartolomeo, pero la garganta se le empezaba a secar y empezaba a perder fuelle a pesar de su voluntad de hierro.

—¿No es eso lo que haces tú, gilipollas? ¿Acaso no eres un mercenario como nosotros?

—¡Jamás he estado al servicio de un traidor y un cobarde como lo estáis vosotros! —Los ojos de Bartolomeo echaban chispas. Los hombres que tenía debajo se acobardaron durante un momento—. ¿Creéis que no sé por qué me habéis encadenado aquí arriba? ¿Creéis que no sé quién es el titiritero de vuestro jefe Silvio? ¡Llevo luchando contra esa comadreja que lo controla desde que la mayoría de vosotros erais bebés pegados a la teta de vuestra madre!

Ezio empezaba a escuchar con interés. Uno de los soldados cogió un ladrillo partido y, furioso, se lo lanzó. Rebotó inútilmente contra las rejas de la jaula.

—¡Está bien, cabrones! —gritó Bartolomeo con voz ronca—. ¡Intentad tirar algo contra mí! ¡Y os juro que en cuanto esté fuera de esta jaula convertiré en mi misión cortaros la cabeza a todos y cada uno de vosotros para metérosla luego por esos culos de maricón que tenéis todos! ¡Y además mezclaré las cabezas, porque es evidente, hijos de puta, que no alcanzáis a distinguir vuestra cabeza de vuestro culo!

Los hombres de abajo empezaban a enfadarse en serio. Era evidente que solo las órdenes les impedían clavarle a aquel hombre sus picas, o dispararle flechas, pues seguía colgando indefenso de la jaula por encima de sus cabezas. Pero después del rato que llevaba allí, Ezio ya se había percatado de que el candado que cerraba la puerta de la jaula era relativamente pequeño. Los captores de Bartolomeo confiaban en el hecho

de que la jaula estaba colgada en lo alto. Sin duda pretendían que el sol abrasador del día, y el fresco de la noche, unidos a la deshidratación y el hambre, acabaran con él, a menos que se derrumbara antes y aceptara hablar. Pero por el aspecto de Bartolomeo, eso era algo que nunca haría.

Ezio sabía que tenía que actuar deprisa. La patrulla de guardia pasaría por allí en breve. Accionó su daga venenosa y avanzó con la velocidad y la elegancia de un lobo, cubriendo la distancia en cuestión de segundos. Acuchilló al grupo y deslizó la muerte en los cuerpos de cinco de los hombres antes de que los demás se dieran cuenta de lo que pasaba. Desenfundando la espada, mató con fiereza al resto, sus vanas estocadas rebotando en la protección metálica de su antebrazo izquierdo, mientras Bartolomeo observaba boquiabierto la escena. Cuando por fin se hizo el silencio. Ezio se giró y levantó la vista.

—¿Puedes saltar desde ahí? —le preguntó.

—Si consigues sacarme, saltaré como una jodida pulga.

Ezio cogió la pica de uno de los soldados muertos. La punta era de hierro, no de acero, y fundido, no forjado. Serviría. Equilibrándola en su mano izquierda, se preparó, se agachó y la lanzó por los aires hasta adherirse a los barrotes de la jaula.

Bartolomeo lo miró, sus ojos saliéndose de las órbitas.

—¿Cómo coño has hecho eso? —preguntó.

—A base de entrenamiento —dijo Ezio, con una tensa sonrisa.

Forzó la punta de la pica a través del cierre del candado y lo hizo girar. Se resistió al principio, pero finalmente se partió. Ezio tiró de la puerta para abrirla, cayendo al suelo en caída libre y aterrizando con la elegancia de un gato.

—Ahora salta —le ordenó—. Rápido.

—¿Quién eres?

—¡No te entretengas, vamos!

Nervioso, Bartolomeo se armó de valor en el umbral de la puerta abierta de la jaula y saltó. Aterrizó pesadamente, sin apenas aliento, pero cuando Ezio lo ayudó a incorporarse, lo apartó con orgullo.

—Estoy bien —resopló—. Lo que sucede es que no estoy acostumbrado a hacer números de circo.

—¿Ningún hueso roto, pues?

—Que te jodan, quienquiera que seas —dijo Bartolomeo, radiante—. ¡Pero te doy las gracias! —Y, sorprendiendo a Ezio, le dio un fuerte abrazo —. Pero ¿quién eres? ¿El jodido arcángel Gabriel o qué?

—Me llamo Auditore, Ezio.

—Bartolomeo d'Alviano. Encantado.

—No tenemos tiempo para estas cosas —le espetó Ezio—. Como muy bien sabes.

—No intentes enseñarme mi trabajo, acróbata —dijo Bartolomeo, sin que su buen humor se alterase—. ¡Pero te debo una!

Ya habían perdido, sin embargo, demasiado tiempo. Alguno de los hombres apostados en el murallón debía de haberse percatado de lo que sucedía. Empezaron a sonar las campanas de alarma y las patrullas salieron de los edificios colindantes para rodearlos.

—¡Vamos, hijos de puta! —vociferó Bartolomeo, moviendo los puños de tal manera que los de Dante Moro, a su lado, habrían parecido martillos de marquetería. Fue Ezio ahora quien observó con admiración cómo Bartolomeo arremetía contra los soldados. Juntos consiguieron retroceder hasta el portillo y finalmente librarse de todos ellos.

—¡Salgamos de aquí! —exclamó Ezio.

—¿No crees que deberíamos partir unas cuantas cabezas más?

—Me parece que por ahora sería mejor evitar más conflictos.

—¿Tienes miedo?

—Es simplemente una cuestión práctica. Sé que te hierve la sangre, pero nos superan en número cien contra uno.

Bartolomeo reflexionó.

—Tienes razón. Y al fin y al cabo, soy un comandante. Debería pensar como tal y no permitir que un mocoso como tú me hiciera entrar en razón. —Y entonces bajó la voz y dijo, preocupado—: Solo espero que mi pequeña Bianca esté sana y salva.

Ezio no tenía tiempo para preguntar, ni siquiera para pensar en el inciso que acababa de hacer Bartolomeo. Tenían que largarse de allí, y eso hicieron, cruzando a toda velocidad la ciudad en dirección a los cuarteles generales de Bartolomeo en San Pietro. Pero no sin que antes Bartolomeo

se desviara dos veces de la ruta: una para acercarse a Riva San Basio y otra a la Corte Nuova, con el objetivo de alertar a los agentes que tenía destacados en esos lugares de que estaba vivo y en libertad, y para ordenar a sus dispersas fuerzas —las que no habían sido hechas prisioneras— que se reagruparan.

De regreso en San Pietro al anochecer, descubrieron que varios de los *condottieri* de Bartolomeo habían sobrevivido al ataque y habían salido por fin de su escondite. Estaban moviéndose entre los cadáveres rodeados ya de moscas, intentando darles sepultura y poner orden en el recinto. Cuando vieron de nuevo a su capitán, su euforia fue absoluta. Pero él estaba distraído, corriendo de un lado a otro del campamento, gritando luctuosamente: «¡Bianca! ¡Bianca! ¿Dónde estás?».

—¿A quien busca? —preguntó Ezio al sargento al cargo—. Debe de significar mucho para él.

—Así es, *signore* —respondió sonriendo el sargento—. Y es mucho más de fiar que la mayoría de las de su sexo.

Ezio corrió hasta alcanzar a su nuevo aliado.

—¿Va todo bien?

—¿Y tú qué crees? ¡Mira el estado en que ha quedado todo! ¡Y la pobre Bianca! Si le ha ocurrido alguna cosa…

El hombretón cargó contra una puerta, que ya estaba medio desprendida de sus bisagras, para derribarla y entrar en un bunker que, por su aspecto, debía de ser una sala de mapas antes del ataque. Los valiosos mapas estaban mutilados o habían sido robados, pero Bartolomeo revolvió los restos hasta que, con un grito de triunfo…

—¡Bianca! ¡Oh, querida mía! ¡Gracias a Dios que estás bien!

De entre los escombros extrajo una espada de gran tamaño y la blandió. Rugió a continuación:

—¡Ajá! ¡Estás sana y salva! ¡En ningún momento lo puse en duda! ¡Bianca! Te presento a… ¿Me repites otra vez tu nombre?

—Auditore, Ezio.

Bartolomeo se quedó pensativo.

—Por supuesto. Tu reputación te precede, Ezio.

—Me alegro de ello.

—¿Qué te trae por aquí?

—Yo también tengo asuntos pendientes con Silvio Barbarigo. Creo que ha abusado de su desembarco en Venecia.

—¡Silvio! ¡Ese mierda! ¡Necesita que lo hundan en una jodida letrina!

—Pensé que tal vez podría confiar en tu ayuda.

—¿Después de este rescate? Te debo la vida, ni que decir tiene que voy a ayudarte.

—¿De cuántos hombres dispones?

—¿Cuántos hombres tenemos, sargento?

El sargento al cargo con el que Ezio había hablado antes se acercó corriendo y saludó.

—Doce, *capitano*, incluyendo a vos y a mí, y al caballero aquí presente.

—¡Trece! —exclamó Bartolomeo, blandiendo a Bianca.

—Contra unos doscientos —dijo Ezio. Se volvió hacia el sargento—. ¿Y cuántos de vuestros hombres fueron hechos prisioneros?

—La mayoría —respondió el hombre—. El ataque nos pilló completamente por sorpresa. Algunos huyeron, pero los hombres de Silvio se llevaron encadenados a muchos más.

—Mira, Ezio —dijo Bartolomeo—. Voy a supervisar la reunión del resto de mis hombres que siguen en libertad. Haré limpiar todo esto y enterrar a los muertos y nos reagruparemos aquí. ¿Crees que mientras tanto podrás ocuparte de liberar a los hombres que Silvio tiene prisioneros? Veo que sabes hacerlo tan bien…

—*Intensi*.

—Vuelve aquí con ellos tan pronto como puedas. ¡Buena suerte!

Ezio, con las armas del Códice encima, echó a andar rumbo oeste hacia el Arsenal preguntándose, no obstante, si Silvio tendría allí prisioneros a los hombres de Bartolomeo. No los había visto cuando fue a rescatar al capitán. Al llegar al Arsenal, buscó el amparo de las sombras de la noche incipiente e intentó escuchar la conversación de los guardias apostados en los muros perimetrales.

—¿Habías visto alguna vez unas jaulas tan grandes? —decía uno.

—No. Y esos pobres desgraciados están apiñados dentro como sardinas. No creo que el capitán Barto nos hubiera tratado así de haber sido él el

vencedor —dijo su camarada.

—Por supuesto que lo habría hecho. Y, si quieres conservar la cabeza sobre los hombros, guárdate para ti tus nobles pensamientos. Yo digo que acabemos con ellos. ¿Por qué no hacemos descender las jaulas a las dársenas y los ahogamos a todos?

Al oír aquello, Ezio se puso tenso. En el interior del Arsenal había tres dársenas rectangulares enormes que podían albergar hasta treinta galeras. Estaban en la parte norte del complejo, rodeadas por gruesos muros de ladrillo y cubiertas con pesados techos de madera. Sin duda alguna, las jaulas —versiones de mayor tamaño que la que habían utilizado para encarcelar a Bartolomeo— colgaban de cadenas encima del agua de una o más de aquellas *bacini*.

—¿A ciento cincuenta hombres perfectamente entrenados? Sería un desperdicio. Te apuesto lo que quieras a que Silvio confía en convertirlos a su causa —dijo el segundo hombre uniformado.

—Son mercenarios como nosotros. ¿Por qué no?

—¡Tienes razón! Simplemente hay que ablandarlos un poco primero. Demostrarles quién es aquí el jefe.

—*Spero di sí*.

—Gracias a Dios, no saben que su jefe ha conseguido escapar.

El primer guardia escupió.

—No durará mucho tiempo.

Ezio los dejó allí para dirigirse a la portilla que había descubierto previamente. No había tiempo para esperar el cambio de guardia, pero calculó el tiempo a partir de la distancia que separaba a la luna del horizonte y supo que disponía de un par de horas. Accionó la hoja oculta —su primera arma del Códice, y aún su favorita— y le cortó la garganta al grueso y viejo centinela que Silvio había considerado oportuno dejar allí solo de guardia, retirándolo antes de que la sangre lograra mancharle las prendas. Limpió rápidamente el arma con hierba y la sustituyó por la daga venenosa. Hizo la señal de la cruz por encima del cuerpo del fallecido.

El recinto del interior de los muros del Arsenal tenía un aspecto distinto bajo la luz de una rajita de luna y unas pocas estrellas, pero Ezio sabía dónde estaban las dársenas y se dirigió hacia la primera de ellas,

resiguiendo los muros y permaneciendo en todo momento alerta por si de repente aparecían los hombres de Silvio. Observó entre las arcadas la acuosa penumbra y no vio nada excepto las galeras balanceándose plácidamente bajo la escasa luz de las estrellas. La segunda dársena le dio igual resultado, pero empezó a oír voces a medida que fue aproximándose a la tercera.

—Aún no es demasiado tarde para que juréis fidelidad a nuestra causa. Hacedlo y salvaréis la vida —decía a gritos uno de los sargentos del inquisidor en tono burlón.

Ezio, pegándose a la pared, vio una docena de soldados con botellas en las manos, sus armas en el suelo, levantando la vista hacia la penumbra del tejado, de donde colgaban tres jaulas enormes. Vio que un mecanismo invisible iba acercando muy lentamente las jaulas al agua. En aquella dársena no había galeras. Solo agua, negra y aceitosa, en la que pululaba alguna cosa invisible pero aterradora.

Entre los guardias del inquisidor había un hombre que no estaba bebiendo, un hombre en constante estado de alerta, un hombre gigantesco y terrible. ¡Ezio lo reconoció al instante como Dante Moro! Por lo visto, con la muerte de su anterior jefe, Marco, el gigantón había traspasado su lealtad al primo, Silvio, el inquisidor, que anteriormente había profesado ya su admiración por el guardaespaldas.

Ezio siguió rodeando con cautela los muros hasta tropezar con una gran caja abierta en el interior de la cual vio diversas ruedas dentadas, poleas y cuerdas, un artilugio que podía perfectamente ser un diseño de Leonardo. Era el mecanismo, gobernado por un reloj de agua, que hacía descender las jaulas. Ezio desenfundó la daga que llevaba en el lado izquierdo del cinturón y la embutió entre dos de las ruedas dentadas. El mecanismo se detuvo, y justo a tiempo, pues las jaulas estaban ya a escasos centímetros de la superficie del agua. Los guardias se dieron cuenta enseguida de que el descenso de las jaulas se había detenido y algunos corrieron a verificar el mecanismo que lo controlaba. Ezio accionó la daga venenosa y fue empleándola a medida que los hombres fueron llegando adonde él estaba. Dos de ellos cayeron al agua desde el malecón y gritaron, brevemente, antes de hundirse en la aceitosa agua negra. Mientras, Ezio recorrió a toda

velocidad el perímetro de la dársena en dirección a los demás. Huyeron todos alarmados, excepto Dante, que permaneció en su puesto y se cernió como una torre sobre Ezio.

—Así que ahora eres el perro de Silvio, ¿no? —le dijo Ezio.

—Mejor ser un perro vivo que un león muerto —replicó Dante, extendiendo la mano para arrojar a Ezio al agua de un bofetón.

—¡Ríndete! —exclamó Ezio, esquivando el golpe—. ¡No tengo ganas de pelear contigo!

—¡Cierra el pico! —dijo Dante, cogiendo a Ezio por el cogote y mandándolo contra las paredes de la dársena—. Yo tampoco tengo ganas de pelear contigo. —Vio que Ezio se quedaba pasmado—. Tu quédate aquí. ¡Voy a ir a avisar a mi jefe, pero regresaré y serás pienso para los peces si vuelves a darme problemas!

Y se fue. Ezio movió la cabeza de un lado a otro para despejarse y se incorporó, aturdido. Los hombres de las jaulas gritaban y Ezio vio que uno de los guardias de Silvio estaba arrastrándose por el suelo y a punto de retirar la daga que él había embutido en el mecanismo de la jaula. Dio gracias a Dios por no haber olvidado las habilidades como lanzador de cuchillos que en su día aprendió en Monteriggioni, sacó un cuchillo de su cinturón y lo lanzó con una puntería letal. El guardia se derrumbó, gritando, tratando con impotencia de arrancar el cuchillo enterrado entre sus ojos.

Ezio cogió un garfio de un estante que tenía a sus espaldas e, inclinándose peligrosamente sobre el agua y con gran habilidad, arrastró hacia él la primera de las jaulas. La puerta estaba cerrada mediante un sencillo candado que rompió de un disparo, liberando de este modo a los hombres de su interior, que salieron a trompicones al muelle. Con su ayuda, consiguió arrastrar las jaulas restantes y liberar a todos los prisioneros.

A pesar de lo exhaustos que estaban después de todo lo que habían sufrido, los hombres vitorearon a Ezio.

—¡Vamos! —gritó él—. ¡Tengo que llevaros con vuestro capitán!

Superados los hombres que montaban guardia junto a las dársenas, regresaron sin mayor problema a San Pietro, donde Bartolomeo y sus hombres tuvieron un emotivo reencuentro. En ausencia de Ezio, habían

vuelto todos los mercenarios que habían logrado escapar de la masacre inicial lanzada por Silvio y el campamento volvía a estar *in perfetto ordine*.

—¡*Salute*, Ezio! —dijo Bartolomeo—. ¡Bienvenido de nuevo! ¡Y bien hecho, por Dios! ¡Sabía que podía confiar en ti! —Cogió las manos de Ezio entre las suyas—. Eres el más poderoso de mis aliados. Cabría incluso pensar que… —Pero se interrumpió, y dijo en cambio—: Gracias a ti, mi ejército ha recuperado su anterior gloria. ¡Ahora nuestro amigo Silvio comprobará lo grave que es el error que ha cometido!

—¿Y qué hacemos? ¿Atacar directamente el Arsenal?

—No. Un asalto frontal significaría ser masacrados en las mismas puertas. Pienso que deberíamos apostar a mis hombres por todo el barrio y hacer que provocasen problemas suficientes como para que la mayoría de los hombres de Silvio estuviesen ocupados.

—De modo que si el Arsenal está casi vacío…

—Podrías hacerte con él con un equipo de hombres seleccionados.

—Confiemos en que muerda el cebo.

—Es un inquisidor. Sabe cómo intimidar a cualquiera si lo tiene ya en su poder. Pero no es un soldado. ¡Demonios, si ni siquiera tiene el ingenio necesario para ser un jugador de ajedrez del montón!

Necesitaron varios días para desplegar a los *condottieri* de Bartolomeo por los barrios del Castello y el Arsenal. Cuando todo estuvo a punto, Bartolomeo y Ezio reunieron el pequeño grupo de mercenarios selectos que habían reservado para el asalto al bastión de Silvio. Ezio se había encargado personalmente de seleccionar a aquellos hombres por su agilidad y su pericia con las armas.

Habían planeado con detalle el asalto al Arsenal. El viernes siguiente por la noche, todo estaba preparado. Enviaron un mercenario a la torre de San Martino que, cuando la luna alcanzó su máxima altura, encendió una impresionante antorcha romana que les había proporcionado el taller de Leonardo. Era la señal para iniciar el ataque. Vestidos con cuero oscuro, los *condottieri* del equipo especial escalaron los muros del Arsenal por sus cuatro costados. Una vez en las almenas, avanzaron como fantasmas por la silenciosa y desatendida fortaleza y controlaron rápidamente la reducida

vigilancia que quedaba en su interior. Poco tardaron Ezio y Bartolomeo en encontrarse cara a cara con sus más mortales enemigos: Silvio y Dante.

Dante, con una protección de hierro cubriéndole los nudillos, hacía girar sin parar una imponente maza de cadena para salvaguardar a su jefe. Era complicado que Ezio o Bartolomeo quedaran dentro de su radio de acción, pues sus hombres plantaron también cara al enemigo.

—Un buen ejemplar, ¿verdad? —gritó Silvio desde la seguridad de las almenas—. ¡Tendréis el honor de morir en sus manos!

—¡Chúpame la polla, cabrón! —replicó gritando también Bartolomeo.

Había conseguido enganchar la maza con su bastón de batalla y obligar a Dante, desarmado ahora, a retirarse.

—¡Vamos, Ezio! ¡Tenemos que atrapar a ese *grassone bastardo*!

Dante se giró después de haber alcanzado su objetivo, un palo de hierro rematado con clavos torcidos hacia fuera, y volvió a enfrentarse a ellos. Lo esgrimió contra Bartolomeo y uno de los clavos abrió un canal en su hombro.

—¡Me las pagarás por esta, saco de mierda con ojos de cerdo! —vociferó Bartolomeo.

Mientras tanto, Ezio había cargado y disparado su pistola contra Silvio… y errado el tiro. El disparo había rebotado en los muros de ladrillo provocando una lluvia de chispas y astillas.

—¿Crees que no sé por qué estás en realidad aquí, Auditore? —rugió Silvio, aunque claramente asustado por el disparo—. ¡Pero llegas tarde! ¡Ya no puedes hacer nada para detenernos!

Ezio había cargado de nuevo el arma y volvió a disparar. Pero estaba rabioso y confuso por las palabras de Silvio y el disparo volvió a pasar de largo.

—¡Ja! —escupió Silvio desde las almenas mientras Dante y Bartolomeo se enzarzaban en una dura pelea—. ¡Finges no saberlo! Aunque, de todos modos, en cuanto Dante haya terminado contigo y tu musculoso amigo, ya no importará en absoluto. ¡Vas a seguir los pasos del estúpido de tu padre! ¿Sabes lo que más lamento? No haber podido ser personalmente el verdugo de Giovanni. ¡Cómo me habría gustado tirar de aquella palanca y ver a tu miserable padre patalear, ahogarse y quedar definitivamente colgado! Y

luego, claro está, habría tenido tiempo suficiente para ese borracho de tu tío, *ciccione* Mario, y para la viejuna y tetas caídas de tu madre María, y para esa lujuriosa fresita de Claudia, tu hermana. ¡Hace un montón de tiempo que no me follo nada por debajo de los veinticinco! Si no te importa, me reservaré a estas dos últimas para el viaje…, ¡para no sentirme solo en alta mar!

A pesar de estar ofuscado por una neblina roja de rabia, Ezio trató de concentrarse en la información que la babosa boca del inquisidor iba arrojando como un loco junto con sus insultos.

Los guardias de Silvio, superiores ahora en número, habían empezado a arremeter contra los comandos de Bartolomeo. Dante atizó otro severo golpe a Bartolomeo, aplastándole las costillas con los nudillos metálicos y llevándolo a perder casi el equilibrio. Ezio disparó una tercera bala contra Silvio y esta vez atravesó los ropajes del inquisidor en las proximidades del cuello, pero a pesar de que el hombre se tambaleó y Ezio vio un hilillo de sangre, no cayó al suelo. Le gritó una orden a Dante, que se retiró y subió corriendo para reunirse con su jefe y, juntos los dos, desaparecer por el otro lado del muro. Ezio sabía que al otro lado había una escalera de mano que los conduciría al muelle y, gritándole a Bartolomeo que lo siguiera, salió disparado del campo de batalla para interceptar a sus enemigos.

Vio que estaban subiendo a una embarcación de considerable tamaño y se percató de la rabia y la desesperación reflejadas en sus caras. Siguió su mirada y descubrió una enorme galera negra que desaparecía en la laguna rumbo sur.

—¡Nos han traicionado! —oyó Ezio que Silvio le decía a Dante—. ¡El barco ha partido sin nosotros! ¡Maldita sea! ¡Yo les he sido fiel y ahora esto…, esto! ¡Así es como me lo pagan!

—Con esta barca los atraparemos —dijo Dante.

—Es demasiado tarde… y nunca conseguiremos llegar a la isla con una embarcación de este tamaño, aunque al menos la utilizaremos para huir de esta catástrofe.

—Soltemos, pues, amarras, *Altezza*.

—De acuerdo.

Dante se volvió hacia la temblorosa tripulación.

—¡Soltad amarras! ¡Izad las velas! ¡Rápido!

Ezio emergió en aquel momento de las sombras, cruzó corriendo el muelle y saltó a bordo de la embarcación. Los asustados marineros se esfumaron, lanzándose en su mayoría a la tenebrosa laguna.

—¡Apártate de mí, asesino! —chilló Silvio.

—Acabas de pronunciar tu último insulto —dijo Ezio, apuñalándolo en el estómago y arrastrando lentamente por el vientre las hojas de su daga de doble filo—. Y por lo que has dicho sobre las mujeres de mi familia, te juro que te cortaría las pelotas de pensar que merecía la pena hacerlo.

Dante se había quedado paralizado. Ezio lo miró a los ojos. El hombretón daba la impresión de estar agotado.

—Se ha acabado —le dijo Ezio—. Apostaste por el caballo perdedor.

—Tal vez —dijo Dante—. Pero voy a matarte de todos modos. Sucio asesino. Me cansas.

Ezio desenfundó su pistola y disparó. El plomo se estampó en plena cara de Dante. Se derrumbó.

Ezio se arrodilló junto a Silvio y le dio la absolución. Era concienzudo por encima de todo, y siempre recordaba que matar tenía que ser la última alternativa, y que los muertos, que perdían de repente todos sus derechos, debían como mínimo recibir el beneficio de los últimos rituales.

—¿Adónde ibas, Silvio? ¿Qué es esa galera? Creía que pretendías el puesto del dux.

Silvio esbozó una débil sonrisa.

—Eso no era más que una distracción… Pretendíamos partir hacia…

—¿Dónde?

—Demasiado tarde —dijo Silvio sonriendo, y acto seguido murió.

Ezio se volvió hacia Dante y colocó su enorme cabeza leonina en el recodo de su brazo.

—Su destino es Chipre, Auditore —dijo Dante con un hilo de voz—. Tal vez pueda por fin redimir mi alma contándote la verdad. Quieren…, quieren… —Pero el gigante falleció ahogado con su propia sangre.

Ezio hurgó en el interior de las carteras de ambos hombres pero no encontró nada, excepto una carta para Dante de su esposa. Ruborizado, se dispuso a leerla.

Amore mio:

Me pregunto si llegará el día en que estas palabras recuperen, su sentido para ti. Siento lo que he hecho: permitir que Marco me apartara de ti, obligarme al divorcio y convertirme en su esposa. Pero ahora que él ha muerto, tengo que encontrar la manera de que podamos volver a estar unidos. Me pregunto, sin embargo, si tú te acordarás siquiera de mí. ¿O fueron demasiado graves las heridas que sufriste en batalla? ¿Remueven mis palabras, si no es tu memoria, al menos tu corazón? Aunque lo que digan tal vez carezca de importancia, porque sé que sigues en mi corazón, en alguna parte. Encontraré la manera, amor mío. De hacerte recordar. De recuperarte...

Siempre tuya,

Gloria

No había dirección. Ezio dobló con cuidado la carta y la guardó en su bolsa. Le preguntaría a Teodora si conocía aquella extraña historia, y si podía devolver la carta a su emisora, junto con la noticia de la muerte del verdadero esposo de aquella criatura infiel.

Miró los cadáveres e hizo la señal de la cruz sobre ellos.

—*Requiescat in pace* —dijo con tristeza.

Ezio seguía junto a los muertos cuando se le acercó Bartolomeo, jadeando.

—Veo que no has necesitado mi ayuda, como es habitual —dijo.

—¿Has recuperado el Arsenal?

—¿Crees que estaría aquí de no haberlo logrado?

—¡Felicidades!

—*Evviva!*

Pero Ezio estaba contemplando el mar.

—Tenemos que volver a Venecia, amigo —dijo—. Y Agostino podrá gobernarla sin miedo a los Templarios. Pero creo que yo no descansaré mucho tiempo. ¿Ves esa galera en el horizonte?

—Sí.

—Dante me dijo, con su último aliento, que ha zarpado rumbo a Chipre.

—¿Con qué fin?

—Eso, *amico*, es lo que tengo que averiguar.

CAPÍTULO 21

Ezio no podía creerse que fuera ya el día del solsticio de verano del año de Cristo de 1487. Era su veintiocho cumpleaños. Estaba solo en el Puente de los Puños, inclinado sobre la balaustrada y contemplando melancólicamente las malsanas aguas del canal. Vio pasar una rata nadando, empujando hacia un agujero abierto en el negro ladrillo de la orilla un cargamento de hojas de col que acababa de birlar de la barcaza del verdulero.

—¡Estás aquí, Ezio! —dijo una animada voz, y olió el aroma almizcleño de Rosa antes incluso de girarse para saludarla—. ¡Cuánto tiempo! ¡Casi empezaba a pensar que me evitabas!

—He estado… ocupado.

—Por supuesto. ¿Qué haría Venecia sin ti?

Ezio movió la cabeza de un lado a otro con tristeza, mientras Rosa se inclinaba cómodamente sobre la balaustrada junto a él.

—¿Por qué estás tan serio *bello*? —preguntó ella.

Ezio le lanzó una mirada inexpresiva y se encogió de hombros.

—Felicítame por mi cumpleaños.

—¿Es tu cumpleaños? ¿Lo dices en serio? ¡Caray! *Rallegramenti!* ¡Es maravilloso!

—Yo no diría tanto —dijo Ezio, suspirando—. Hace ya diez años que fui testigo de la muerte de mi padre y mis hermanos. Y he pasado diez años persiguiendo a los responsables, a los hombres de la lista de mi padre y a los que se han ido sumando a ella desde su muerte. Y sé que estoy cerca del

final… pero no estoy en absoluto cerca de comprender para qué ha sido en realidad todo esto.

—Ezio, has dedicado tu vida a una buena causa, convertido en una persona solitaria, aislada, pero en cierto sentido ha sido tu vocación. Y aunque el instrumento que has utilizado para promover tu causa es la muerte, nunca has sido injusto. Venecia es un lugar mucho mejor ahora que nunca, gracias a ti. De modo que anímate. De todos modos, y ya que es tu cumpleaños, te traigo un regalo. ¡Por pura casualidad ha llegado en el momento adecuado! —Y le entregó un diario de navegación que parecía oficial.

—Gracias, Rosa. No es precisamente lo que me imaginaba que podrías regalarme para un cumpleaños. ¿Qué es?

—Simplemente algo que por casualidad… he recogido. Es el manifiesto de embarque del Arsenal. En él aparece la fecha en la que tu galera negra zarpó rumbo a Chipre el año pasado…

—¿En serio? —Ezio alargó el brazo para coger el libro pero Rosa bromeó para no dárselo—. Dámelo, Rosa. Esto no va en broma.

—Todo tiene su precio… —susurró ella.

—Si tú lo dices…

La abrazó durante un prolongado momento. Ella se fundió con él y Ezio se hizo rápidamente con el libro.

—¡Oye! ¡Esto no es justo! —dijo ella riendo—. Bueno, da lo mismo, pero para ahorrarte el suspense te diré que esa galera tuya tiene programado regresar a Venecia… ¡mañana!

—Me pregunto qué llevarán a bordo.

—¿Y tú no crees que alguien que no está precisamente a un millón de kilómetros de aquí acabará averiguándolo?

Ezio sonrió.

—¡Vayamos primero a celebrarlo!

Pero en aquel momento apareció una figura conocida.

—¡Leonardo! —dijo Ezio, tremendamente sorprendido—. ¡Te creía en Milán!

—Acabo de volver —dijo Leonardo—. Me dijeron dónde encontrarte. Hola, Rosa. Lo siento, Ezio, pero tenemos que hablar.

—¿Ahora? ¿En este preciso momento?

—Lo siento.

Rosa se echó a reír.

—¡Id, chicos, divertíos, me reservaré!

Leonardo se llevó con él a un reacio Ezio.

—Mejor que lo que tengas que contarme sea bueno —murmuró Ezio.

—Oh, lo es, lo es —dijo tranquilizándolo Leonardo.

Guio a Ezio por los estrechos callejones hasta que llegaron a su taller. Leonardo empezó a dar vueltas por el local, sacó una botella de vino caliente, unos pastelillos rancios y un montón de documentos que dejó caer sobre la gran mesa de caballete que ocupaba la parte central de su estudio.

—Tal y como te prometí, hice entregar las páginas de tu Códice en Monteriggioni, pero no pude resistir la tentación de examinarlas antes un poco más. He copiado aquí mis descubrimientos. No sé por qué no había establecido antes la conexión, pero cuando las uní me di cuenta de que las marcas, los símbolos y los alfabetos antiguos pueden descodificarse. Y me parece que hemos encontrado oro… ¡porque todas estas páginas son contiguas! —Hizo una pausa—. ¡Este vino está caliente! La verdad es que me he acostumbrado al San Colombano y este Véneto me parece meados de mosquito en comparación.

—Continúa —dijo con impaciencia Ezio.

—Escucha esto. —Leonardo sacó un par de gafas y se las colocó encima de la nariz. Hojeó los papeles y leyó—: «El Profeta… aparecerá… cuando el Segundo Fragmento llegue a la Ciudad Flotante…».

Ezio contuvo la respiración al oír aquellas palabras.

—¿Profeta? —repitió—. «Solo el Profeta podrá abrirlo…». «Dos Fragmentos del Edén…».

—Ezio. —Leonardo lo miró con perplejidad, quitándose las gafas—. ¿Qué sucede? ¿Te suena de algo todo esto?

Ezio se quedó mirándolo. Daba la sensación de que acababa de tomar una decisión.

—Nos conocemos desde hace tiempo, Leonardo. Si no puedo confiar en ti, no puedo confiar en nadie… ¡Escúchame! Mi tío Mario habló de ello, hace mucho tiempo. Ha descifrado ya las otras páginas del Códice, igual

que hizo también mi padre, Giovanni. Esconde una profecía, una profecía sobre una antigua bóveda secreta que contiene algo…, ¡algo muy poderoso!

—¿De verdad? ¡Es asombroso! —Pero entonces le pasó por la cabeza alguna cosa—. Mira, Ezio, si nosotros hemos averiguado todo esto a partir de ese Códice, ¿cuánto deben de saber al respecto los Barbarigo y todos los demás contra los que nos hemos enfrentado? A lo mejor también conocen la existencia de esa bóveda que tú dices. Y de ser así, no es una buena noticia.

—¡Espera! —dijo Ezio, su cerebro funcionando a toda velocidad—. ¿Y si es por eso que enviaron la galera a Chipre? ¿Para encontrar este «Fragmento del Edén» y traerlo luego a Venecia?

—«Cuando el Segundo Fragmento llegue a la Ciudad Flotante…». ¡Naturalmente!

—¡Ya recuerdo! «El Profeta aparecerá…». «… ¡Solo el Profeta podrá abrir la Bóveda!»… Dios mío, Leo, cuando mi tío me explicó lo del Códice, yo era demasiado joven, demasiado imprudente como para imaginarme que aquello era algo más que la fantasía de un anciano. ¡Pero ahora lo veo claro! El asesinato de Giovanni Mocenigo, el asesinato de mi familia, el atentado contra la vida del duque Lorenzo y la terrible muerte de su hermano… Todo formaba parte de su plan…, encontrar la Bóveda… ¡El primer nombre de mi *Lista*! El único al que todavía tengo que echarle la mano encima… ¡El Español!

Leonardo respiró hondo. Sabía a quién se refería Ezio.

—Rodrigo Borgia —dijo en un susurro.

—¡Exactamente! —Ezio hizo una pausa—. La galera llega mañana procedente de Chipre. Pienso estar allí para recibirla.

Leonardo lo abrazó.

—Buena suerte, querido amigo —dijo.

Al día siguiente, Ezio, con las armas del Códice y una bandolera cargada de cuchillos arrojadizos, se encontraba al amparo de las sombras de una columnata próxima a los muelles, observando con atención cómo un grupo de hombres, vestidos con sencillos uniformes para evitar llamar la atención pero exhibiendo discretamente el blasón del cardenal Rodrigo Borgia,

descargaba una caja de madera de pequeño tamaño y aspecto normal de una galera negra que acababa de arribar procedente de Chipre. Manejaban la caja con guantes de seda, y uno de ellos, protegido por guardias, la cargó sobre sus hombros y se dispuso a partir con ella. Pero entonces Ezio se dio cuenta de que había más guardias cargados con cajas similares, cinco en total. ¿Contendría cada una de aquellas cajas algún tipo de precioso artefacto, la segunda pieza, o serían simples señuelos? Y todos los guardias parecían iguales, al menos desde la distancia desde la cual Ezio estaba obligado a observar la escena.

Justo cuando Ezio se disponía a salir al descubierto para seguirlos, se percató de la presencia de otro hombre que observaba también lo que ocurría desde un punto privilegiado similar al suyo. Reprimió un grito involuntario al reconocer a aquel hombre como su tío, Mario Auditore; pero no hubo tiempo de llamarlo y saludarlo, ya que uno de los soldados de Borgia que cargaba con las cajas había empezado a avanzar seguido por su guardaespaldas. Ezio los siguió guardando en todo momento una distancia de seguridad. Pero una pregunta daba vueltas sin cesar en su cabeza: ¿sería de verdad su tío el hombre que había visto? Y de ser así, ¿cómo había llegado a Venecia y por qué precisamente en aquel momento?

Pero tuvo que dejar de lado aquella idea mientras seguía a los guardias de Borgia para concentrarse por completo en no perder de vista el hombre que cargaba la primera caja, si es que era aquella la que contenía lo que quiera que aquello fuera. ¿Uno de los «Fragmentos del Edén»?

Los guardias llegaron a una plaza de la que partían cinco calles. Cada uno de los guardias cargados con cajas, junto con su escolta, emprendió una dirección distinta. Ezio se encaramó a la pared de un edificio para seguir desde el tejado el recorrido de los distintos guardias. Siguiéndolos con atención, vio que uno de ellos abandonaba su escolta para entrar en el patio de un edificio de ladrillo de sólido aspecto, depositaba su caja en el suelo y la abría. Rápidamente se le sumó un sargento de Borgia. Ezio se inclinó por encima del tejado para poder oír qué decían.

—El Maestro está esperando —decía el sargento—. Vuelve a empaquetarlo con cuidado. ¡Ahora mismo!

Ezio vio cómo el guardia pasaba un objeto cuidadosamente envuelto en paja de la caja original a otra caja de teca que acababa de traer un criado. Ezio pensó con rapidez. ¡El Maestro! Por lo que sabía, cuando los acólitos Templarios mencionaban aquel título solo podían referirse a un hombre: ¡Rodrigo Borgia! Era evidente que empaquetaban muy bien el artefacto porque querían multiplicar las medidas de seguridad. Ezio sabía ya qué guardia era su objetivo.

Descendió de nuevo al nivel de la calle y arrinconó al soldado que cargaba con la caja de madera de teca. El sargento había vuelto con la escolta del cardenal, que esperaba en el patio. En un solo minuto, Ezio le cortó la garganta al soldado, retiró el cuerpo de la calle y se vistió con la parte exterior de su uniforme, capa y casquete.

A punto estaba de cargarse la caja al hombro cuando se vio superado por la tentación de echar un rápido vistazo a su interior y abrió la tapa. Pero justo en aquel momento, el sargento apareció de nuevo en la puerta del patio.

—¡Espabila!

—¡Sí, señor! —dijo Ezio.

—Acelera el paso. Esta es probablemente la cosa más importante que vas a hacer en tu jodida vida. ¿Me has entendido?

—Sí, señor.

Ezio ocupó su puesto en el centro de la escolta y la cuadrilla se puso en marcha.

Emprendieron el recorrido por el norte de la ciudad, desde el Molo hacia el Campo dei Santi Giovanni e Paolo, donde la reciente y gigantesca estatua ecuestre del *condottiero* Colleone, obra de *messer* Verrocchio, dominaba la plaza. Siguiendo la Fondamenta dei Mendicanti en dirección norte, llegaron por fin a una casa de aspecto anodino situada en una terraza por encima del canal. El sargento llamó con la empuñadura de la espada a la puerta, que se abrió de inmediato. El grupo de guardias hizo pasar a Ezio en primer lugar y lo siguió a continuación, la puerta se cerró a sus espaldas, asegurada con pesados cerrojos.

Se encontraban en una logia con paredes decoradas con marfil, donde estaba sentado un hombre de nariz ganchuda de cincuenta y pico de años,

vestido con polvorientos ropajes de terciopelo morado. Los hombres lo saludaron. Ezio siguió su ejemplo intentando no cruzar la mirada con aquellos gélidos ojos de color cobalto que tan bien conocía. ¡El Español!

Rodrigo Borgia se dirigió al sargento:

—¿Está de verdad aquí? ¿No os han seguido?

—No, *Altezza*. Todo ha ido perfectamente…

—¡Continúa!

El sargento tosió para aclararse un poco la garganta.

—Seguimos exactamente vuestras órdenes, tal y como nos especificasteis. La misión en Chipre fue más difícil de lo que imaginábamos. Hubo… complicaciones desde el principio. Algunos seguidores de la Causa… tuvieron que ser abandonados para cumplimentar la tarea con éxito. Pero hemos vuelto con el artefacto. Y lo hemos transportado hasta aquí con el debido cuidado, tal y como *Su Altezza* instruyó. Y según lo acordado, *Altezza*, esperamos ahora ser generosamente recompensados.

Ezio sabía que no podía permitir que la caja de teca y su contenido cayeran en manos del cardenal. Aprovechó la oportunidad de aquel momento, cuando el desagradable aunque necesario tema del pago por los servicios prestados salió a relucir como es habitual, el proveedor se vio obligado a azuzar al cliente para obtener el dinero que se le debía por la labor especial que había llevado a cabo. Como suele suceder con los ricos, el cardenal podía ser tremendamente tacaño a la hora de soltar su dinero. Accionando la hoja venenosa que llevaba escondida en el antebrazo derecho y la daga de doble filo del izquierdo, Ezio acuchilló al sargento, una única puñalada en el cuello para que el letal veneno llegara a su sangre. Ezio se volvió rápidamente hacia los cinco guardias de la escolta con su daga de doble filo en una mano y la hoja venenosa bajo su muñeca derecha, dando vueltas sobre sí mismo como un derviche, empleando movimientos rápidos y asépticos para aplicar golpes mortales. Momentos después, todos los guardias yacían muertos a sus pies.

Rodrigo Borgia se quedó mirándolo y respiró hondo.

—Ezio Auditore. Bien, bien. Hacía ya tiempo. —El cardenal parecía imperturbable.

—*Cardinale*. —Ezio lo saludó con una reverencia irónica.

—Dámela —dijo Rodrigo, señalando la caja.

—Contadme primero dónde está.

—¿Dónde está quién?

—¡Vuestro Profeta! —Ezio miró a su alrededor—. Me da la impresión de que no ha venido nadie. —Hizo una pausa. Continuó más serio ahora—: ¿Cuánta gente ha muerto por esto? ¿Por lo que hay en esta caja? ¡Y ahora, mira! ¡Resulta que aquí no hay nadie!

Rodrigo rio entre dientes. Un sonido que recordaba un traqueteo de huesos.

—Afirmas no ser Creyente —dijo—. Pero aquí estás. ¿Acaso no ves al Profeta? ¡Está aquí presente! ¡El Profeta soy yo!

Ezio abrió sus grises ojos de par en par. ¡Aquel hombre era un poseso! Pero ¿qué curiosa locura era aquella, que parecía trascender el curso racional y natural de la vida? Pero por desgracia, las reflexiones de Ezio lo dejaron desprevenido durante un instante. El Español extrajo de entre sus ropajes una *schiavona*, una espada ligera pero de letal aspecto con una cabeza de gato a modo de empuñadura, y saltó de la logia, apuntando con la fina espada la garganta de Ezio.

—Entrégame el Fruto del Edén —gruñó.

—¿Es eso lo que hay en la caja? ¿Una manzana? Debe de ser una manzana bastante especial —dijo Ezio, mientras en su cabeza resonaba la voz de su tío: «Un Fragmento del Edén»—. ¡Ven y quítamela!

Rodrigo atacó a Ezio con el filo de su espada, rasgándole la túnica y causándole sangre a la primera pasada.

—¿Estás solo, Ezio? ¿Dónde están ahora tus amigos Asesinos?

—¡No necesito su ayuda para ocuparme de vos!

Ezio utilizó sus dagas para atacar y su protección del antebrazo izquierdo para esquivar los golpes de Rodrigo. Pero, pese a que no consiguió atinar ningún golpe certero con la daga venenosa, su daga de doble filo atravesó los ropajes de terciopelo del cardenal, que se mancharon al instante de sangre.

—Pedazo de mierda —vociferó Rodrigo, víctima del dolor—. ¡Veo que voy a necesitar ayuda para acabar contigo! ¡Guardias! ¡Guardias!

De pronto, irrumpió en el patio donde se encontraban Ezio y el cardenal, una docena de hombres con el blasón de Borgia bordado en su uniforme. Ezio sabía que en la empuñadura de la daga que blandía con la mano derecha quedaba una cantidad ínfima de su valioso veneno. Dio un salto hacia atrás, la mejor manera de defenderse contra los refuerzos de Rodrigo, y en aquel momento uno de los guardias recién llegados se agachó para hacerse con la caja de teca y entregársela a su Maestro.

—¡Gracias, *uomo coraggioso*!

Ezio estaba siendo seriamente superado, pero continuo luchando con una frialdad estratégica nacida de su irrefutable deseo de recuperar la caja y su contenido. Enfundó las armas del Códice, cogió de la bandolera los cuchillos arrojadizos y lanzó uno de ellos con una precisión mortal, acabando primero con el *uomo coraggioso* y acto seguido, con un segundo cuchillo, arrancó la caja de las manos de garfio de Rodrigo.

El Español se inclinó para cogerla de nuevo e iniciar su retirada pero entonces ¡choof!, otro cuchillo cortó el aire y rebotó contra una columna de piedra a escasos centímetros de la cara del cardenal. Pero no había sido Ezio quien lo había lanzado.

Ezio se giró en redondo y se encontró con una figura conocida, jovial y barbuda. Envejecida, quizás, y más canosa, y más robusta, pero no por ello menos hábil.

—¡Tío Mario! —exclamó—. ¡Sabía que el que había visto antes eras tú!

—No puedo permitir que seas tú el único que se divierte —dijo Mario —. Y no te preocupes, *nipote*. ¡No estás solo!

Pero un guardia de Borgia acababa de abalanzarse sobre Ezio con su alabarda. Y antes de que pudiera descargar el golpe que habría enviado a Ezio de camino hacia una noche eterna, apareció como por arte de magia una flecha que se enterró en la frente del atacante. Soltó el arma y cayó hacia delante, una mirada de incredulidad grabada en su cara. Ezio se volvió de nuevo y vio a… ¡La Volpe!

—¿Qué haces aquí, Zorro?

—Nos hemos enterado de que necesitabas un poco de respaldo —dijo el Zorro, rearmándose con rapidez al ver que empezaban a salir más guardias del edificio.

Sin embargo, al mismo tiempo, también aparecían más refuerzos en el bando de Ezio: Antonio y Bartolomeo.

—¡No dejéis que Borgia se escape con la caja! —bramó Antonio.

Bartolomeo utilizó su enorme espada, Bianca, como si fuera una guadaña, atravesando una hilera de guardias cuando intentaban superarlo simplemente por número, la marea de la batalla se volvió a favor de los Asesinos y sus aliados.

—¡Con estos ya estamos, *nipote*! —gritó Mario—. ¡Vigila al Español!

Al girarse, Ezio vio que Rodrigo se dirigía hacia una puerta situada en la parte trasera de la logia y se apresuró a interceptarlo, pero el cardenal, espada en mano, se enfrentó a él.

—Es una batalla perdida, chico —rugió—. ¡No podrás detener lo que está escrito! Morirás de mi mano igual que tu padre y tus hermanos… pues la muerte es el destino que aguarda a todos aquellos que intentan desafiar a los Templarios.

Pero la voz de Rodrigo carecía de convicción y, mirando a su alrededor, Ezio comprobó que el último guardia acababa de caer. Bloqueó la retirada de Rodrigo en el umbral de la puerta, levantó la espada y se dispuso a atacar.

—¡Esto es por mi padre! —exclamó.

Pero el cardenal esquivó el golpe y Ezio perdió con ello el equilibrio, aunque soltó la preciada caja al huir por la puerta para salvar el pellejo.

—No te equivoques —dijo perniciosamente al salir—. ¡Viviré para combatir de nuevo! Y entonces me aseguraré de que tu muerte sea tan dolorosa como lenta.

Y desapareció.

Ezio, sin aliento, intentaba recuperar el ritmo de la respiración y ponerse en pie cuando vio aparecer ante él una mano de mujer dispuesta a ayudarlo. Levantó la vista y descubrió la identidad de su propietaria: ¡Paola!

—Se ha ido —dijo ella con una sonrisa—. Pero no importa. Tenemos lo que vinimos a buscar.

—¡No! ¿Has oído lo que ha dicho? ¡Tengo que ir a por él y acabar con todo esto!

—Tranquilízate —dijo otra mujer, acercándose.

Era Teodora. Ezio miró a su alrededor y vio que estaba rodeado de aliados: Mario, el Zorro, Antonio, Bartolomeo, Paola y Teodora. Y había alguien más. Un joven de piel clara y oscuro cabello con una mirada pensativa y sonriente a la vez.

—¿Qué hacéis todos aquí? —preguntó Ezio, intuyendo la tensión del ambiente.

—Tal vez lo mismo que tú, Ezio —dijo el joven desconocido—. Esperar que aparezca el Profeta.

Ezio se sentía confuso y enojado.

—¡No! ¡Yo he venido aquí para matar al Español! Vuestro Profeta me da exactamente lo mismo… si es que existe. Y lo que es evidente es que no está aquí.

—¿No? —El joven hizo una pausa y miró fijamente a Ezio—. El Profeta eres tú.

—¿Qué?

—Estaba vaticinada la llegada de un profeta. Y llevas con nosotros mucho tiempo sin que imagináramos la verdad. Siempre fuiste el Profeta que andábamos buscando.

—No entiendo nada. ¿Y tú quién eres, de todos modos?

El joven esbozó una reverencia.

—Me llamo Nicolás Maquiavelo. Soy miembro de la Orden de los Asesinos, entrenado según las antiguas costumbres para salvaguardar el futuro de la humanidad. Igual que tú, igual que todos los hombres y mujeres aquí presentes.

Ezio se había quedado pasmado y empezó a mirar las caras de los allí reunidos, una detrás de otra.

—¿Es eso cierto, tío Mario? —dijo por fin.

—Sí, hijo mío —dijo Mario, dando un paso al frente—. Todos hemos estado guiándote durante años, enseñándote las habilidades que necesitabas para unirte a nuestras filas.

Ezio tenía un montón de preguntas bullendo en su cabeza. No sabía por dónde empezar.

—Debo preguntarte por mi familia —le dijo a Mario—. Por mi madre, por mi hermana…

Mario sonrió.

—Tienes todo el derecho a hacerlo. Están sanas y salvas. Y ya no viven en el convento sino conmigo, en Monteriggioni. María seguirá siempre afectada por la tristeza de su pérdida, pero tiene mucho consuelo ahora que se ha consagrado a las obras de caridad junto con la abadesa. Y en cuanto a Claudia, la abadesa se dio cuenta, antes de que lo hiciese ella, de que la vida de monja no es ideal para alguien con su temperamento, y que existen otras maneras mediante las cuales puede servir al Señor. Fue liberada de sus votos. Se casó con mi capitán y pronto, Ezio, te obsequiará con la llegada de un sobrino o una sobrina.

—Una noticia excelente, tío. Nunca me gustó mucho la idea de que Claudia pasara el resto de su vida encerrada en un convento. Pero tengo muchas más preguntas que formularte.

—Pronto habrá tiempo para preguntas —dijo Maquiavelo.

—Pero queda todavía mucho que hacer antes de que podamos ver de nuevo a nuestros seres queridos y celebrarlo —dijo Mario—. Y puede que nunca lleguemos a hacerlo. Hemos obligado a Rodrigo a prescindir de esta caja, pero no descansará hasta que esté de nuevo en su poder, de modo que debemos protegerla con la vida.

Ezio observó el círculo de Asesinos y por vez primera se dio cuenta de que todos ellos tenían una marca en la base de su dedo anular izquierdo. Pero era evidente que no era el momento de formular más preguntas. Mario dijo a sus compañeros:

—Creo que es momento de…

Muy serios, movieron todos afirmativamente la cabeza en un gesto de asentimiento y Antonio sacó un mapa, lo desplegó y le mostró a Ezio un punto que había marcado en el mismo.

—Nos reuniremos aquí al amanecer —dijo, su tono solemnemente imperativo.

—Vamos —les dijo Mario a los demás.

Maquiavelo se encargó de la caja y su precioso y misterioso contenido, y los Asesinos salieron en silencio a la calle y se marcharon, dejando solo a Ezio.

Venecia estaba misteriosamente vacía aquel atardecer y la gran plaza que se abría delante de la basílica se hallaba en silencio y deshabitada excepto por las palomas, sus eternas moradoras. Cuando Ezio empezó a trepar, la torre del campanario se elevaba hasta alcanzar una altura mareante por encima de su cabeza, pero no dudó en ningún momento. Sabía que la reunión a la que había sido convocado le proporcionaría respuestas a varias de sus preguntas, y aunque en lo más profundo de su corazón intuía que algunas de las respuestas le resultarían amedrentadoras, sabía también que no podía darles la espalda.

A medida que se acercaba a la cima empezó a oír el murmullo de voces. Alcanzó por fin la mampostería de lo más alto de la torre y entró en el espacio que albergaba las campanas. Los siete Asesinos, sus cabezas cubiertas con capuchas, ocupaban el perímetro del espacio circular, en cuyo centro ardía un pequeño brasero.

Paola lo cogió de la mano y lo condujo hacia el centro mientras Mario empezaba a murmurar un cántico:

—*Laa shay'a waqi'un moutlaq bale koulon moumkine*… Son las palabras de nuestros antepasados, las que ocupan el corazón de nuestro Credo…

Maquiavelo dio un paso al frente y miró a Ezio a los ojos.

—Mientras que los demás hombres siguen ciegamente la verdad, recuerda…

Y Ezio eligió el resto de las palabras como si las supiera de toda la vida:

—… que nada es verdad.

—Mientras que los demás hombres están limitados por la moralidad o la ley —continuó Maquiavelo—, recuerda…

—… que todo está permitido. Dijo Maquiavelo:

—Trabajamos en la oscuridad, para servir a la luz. Somos Asesinos.

Y los demás se sumaron entonces, entonando al unísono:

—Nada es verdad, todo está permitido. Nada es verdad, todo está permitido. Nada es verdad, todo está permitido…

Cuando terminaron, Mario cogió la mano izquierda de Ezio.

—Ha llegado el momento —le dijo—. En esta época moderna, no somos tan literales como nuestros antepasados. No exigimos el sacrificio de un dedo. Pero nos marcamos con un sello permanente. —Cogió aire—. ¿Estás preparado para unirte a nosotros?

Ezio, como si estuviera en un sueño, aunque sabiendo de alguna manera lo que tenía que hacer y lo que vendría a continuación, extendió la mano sin dudarlo un instante.

—Lo estoy —dijo.

Antonio se acercó al brasero y extrajo del mismo un hierro de mareaje que terminaba en dos pequeños semicírculos que podían unirse presionando una palanca enganchada al mango. Cogió la mano de Ezio y aisló el dedo anular.

—Esto duele un rato, hermano —dijo—. Como tantas cosas.

Situó el hierro de mareaje encima del dedo y lo aprisionó con los semicírculos metálicos al rojo vivo. La carne quedó chamuscada y olió a quemado, pero Ezio no dio ni un respingo. Antonio retiró rápidamente el hierro de mareaje y lo dejó a un lado. Los Asesinos se quitaron la capucha y se reunieron a su alrededor. El tío Mario le dio con orgullo una palmadita en la espalda. Teodora sacó un pequeño vial de cristal que contenía un líquido claro y espeso que aplicó con delicadeza sobre el anillo que quedaría para siempre impreso en el dedo de Ezio.

—Esto te calmará —dijo—. Estamos orgullosos de ti.

Maquiavelo se plantó entonces a su lado y movió afirmativamente la cabeza.

—*Benvenuto*, Ezio. Ahora eres uno de los nuestros. Solo queda dar por concluida tu ceremonia de iniciación, y entonces…, entonces, amigo mío, ¡tenemos un trabajo muy importante que hacer!

Después de decir esto, miró por el borde de la torre del campanario. Mucho más abajo, alrededor del *campanile*, había diversas balas de heno separadas entre ellas por escasa distancia, el forraje para los caballos del Palacio Ducal. A Ezio le parecía imposible que desde aquella altura fuera posible atinar lo suficiente como para aterrizar en cualquiera de aquellos diminutos blancos, pero fue precisamente eso lo que hizo Maquiavelo, su capa volando por los aires. Sus compañeros siguieron su ejemplo y Ezio

contempló, con una mezcla de horror y admiración, cómo todos realizaban un aterrizaje perfecto y se reunían abajo, levantando la vista hacia él con lo que confiaba que fuera una expresión de ánimo en sus caras.

Acostumbrado como estaba a dar brincos por los tejados, jamás se había enfrentado a un salto de fe desde una altura como aquella. Las balas de heno parecían del tamaño de rodajas de polenta, pero sabía que no tenía otra manera de llegar de nuevo al suelo que no fuera esa; y que cuanto más lo alargara, más complicado le resultaría. Respiró hondo dos o tres veces y se lanzó a la noche con los brazos en alto, iniciando un salto del ángel perfecto.

Le dio la sensación de que la caída se prolongaba durante horas. El viento silbaba en sus oídos, erizando y agitando sus ropajes y su pelo. Entonces, las balas de heno salieron a recibirlo. En el último momento, cerró los ojos…

¡… Y aterrizó sobre el heno! Se quedó sin aire en el cuerpo, pero cuando, tembloroso, se puso en pie, descubrió que no se había roto nada y que, de hecho, se sentía eufórico.

Mario corrió hacia él, acompañado por Teodora.

—Creo que lo logrará, ¿verdad? —le preguntó Mario a Teodora.

A medianoche, Mario, Maquiavelo y Ezio estaban sentados en torno a la mesa de caballete del taller de Leonardo. Delante de ellos tenían el peculiar artefacto que tanto valoraba Rodrigo Borgia, y todos lo observaban con curiosidad y respeto.

—Es fascinante —decía Leonardo—. Absolutamente fascinante.

—¿Qué es, Leonardo? —preguntó Ezio—. ¿Qué es lo que hace?

Dijo Leonardo:

—Bien, estoy confuso. Contiene oscuros secretos, y su diseño no se parece a nada, diría, que se haya visto jamás en la tierra… Lo que es evidente es que nunca en mi vida había visto un diseño tan sofisticado… E igual que no podría explicarte por qué la tierra gira alrededor del sol, tampoco puedo explicarte esto.

—¿He oído bien eso de que la tierra gira alrededor del sol? —preguntó Mario, mirando con extrañeza a Leonardo.

Pero Leonardo continuó examinando la máquina, dándole vueltas con cuidado entre sus manos, y al hacerlo, empezó a brillar, una luz fantasmagórica, interior, generada por ella misma.

—Está hecha de materiales que en realidad, por lógica, no deberían existir —prosiguió Leonardo, sorprendido—. Y aun así, es evidente que se trata de un artilugio muy antiguo.

—Está claro que en las páginas del Códice se hace referencia a él —apuntó Mario—. Lo reconozco por la descripción que allí aparece. El Códice lo denomina «un Fragmento del Edén».

—Y Rodrigo lo llamó «el Fruto del Edén» —añadió Ezio.

Leonardo lo miró a los ojos.

—¿La manzana del Árbol del Conocimiento? ¿La manzana que Eva le dio a Adán?

Todos se volvieron para mirar de nuevo el objeto. Había empezado a brillar con más intensidad, y con un efecto hipnótico. Por razones que era incapaz de comprender, Ezio sentía un deseo de tocarlo cada vez mayor. No le parecía que desprendiera calor, pero aquella fascinación acarreaba una sensación inherente de peligro, como si al tocarlo fueran a atravesarlo relámpagos de luz. No sentía a los demás; tenía la impresión de que el mundo que lo rodeaba se había vuelto de repente oscuro y frío y que nada existía, aparte de él y aquella… cosa.

Vio su mano avanzar, como si ya no formara parte de su cuerpo, como si ya no pudiera controlarla, hasta posarse por fin y con firmeza sobre la parte más suave de aquel artefacto.

Su primera reacción fue de sorpresa. El Fruto del Edén tenía aspecto metálico, pero al contacto era cálido y suave, como la piel de una mujer, ¡como si estuviera vivo! Pero no hubo más tiempo para reflexiones, pues la mano se separó y al instante siguiente el resplandor del interior del artilugio, que había ido en aumento de manera regular, estalló de repente para convertirse en un cegador calidoscopio de luz y color, dentro de cuyo caos Ezio consiguió distinguir ciertas formas. Apartó un instante la mirada del objeto para prestar atención a sus compañeros. Mario y Maquiavelo se

habían vuelto de espaldas, sus ojos entornados, tapándose la cabeza con las manos como consecuencia del miedo o del dolor. Leonardo estaba traspuesto, los ojos como platos, boquiabierto y sobrecogido. Ezio volvió a mirar el objeto y vio que las formas empezaban a fusionarse. Apareció un gran jardín, lleno de criaturas monstruosas; había una ciudad oscura y en llamas, nubes enormes con forma de champiñón y más grandes que catedrales o palacios; un ejército en marcha, pero un ejército que nada tenía que ver con cualquiera que Ezio hubiera visto o podido imaginar; gente hambrienta con uniformes de rayas conducida hacia edificios de ladrillo por hombres con látigos y perros; elevadas chimeneas que escupían humo; estrellas y planetas girando en espiral; hombres con esperpénticas armaduras dando vueltas en la oscuridad del espacio… y allí, además, había otro Ezio, otro Leonardo, y otro Mario y otro Maquiavelo, y más y más como ellos, la réplica del Tiempo, dando vueltas impotentes y sin cesar en el espacio, los juguetes de un todopoderoso viento, que, de hecho, parecía rugir con fuerza en la estancia en la que se encontraban.

—¡Hazlo parar! —vociferó alguien.

Ezio apretó los clientes sin saber exactamente por qué, sujetando la muñeca derecha con la mano izquierda, obligó a su mano derecha a entrar de nuevo en contacto con la cosa.

Y todo cesó al instante. La habitación recuperó su aspecto y sus proporciones normales. Todos se quedaron mirando. Nadie tenía ni un pelo fuera de su lugar. Las gafas de Leonardo seguían sobre su nariz. El Fruto del Edén continuaba en la mesa, inerte, un sencillo objeto de pequeño tamaño al que pocos habrían echado más que una simple ojeada.

Leonardo fue el primero en tomar la palabra.

—Esto nunca debe caer en las manos equivocadas —dijo—. Volvería locas a las mentes más débiles…

—Estoy de acuerdo —dijo Maquiavelo, así mismo apenas podía soportarlo, no podía creer en su poder.

Con cuidado, después de ponerse unos guantes, cogió el Fruto del Edén y lo guardó de nuevo en la caja, cerrando con lacre la tapa.

—¿Crees que el Español sabe lo que hace esta cosa? ¿Crees que puede controlarla?

—Jamás debe caer en sus manos —dijo Maquiavelo con un tono de voz férreo. Le entregó la caja a Ezio—. Debes ocuparte de esto y protegerlo con todas las habilidades que te hemos enseñado.

Ezio cogió con cuidado la caja y asintió.

—Llévala a Forli —dijo Mario—. La ciudadela está amurallada, protegida por cañones, y está en manos de uno de nuestros principales aliados.

—¿En manos de quién? —preguntó Ezio.

—Se llama Caterina Sforza.

Ezio sonrió.

—Ahora recuerdo…, una vieja conocida, y que me alegraré de volver a ver.

—Entonces, empieza los preparativos para tu marcha.

—Te acompañaré —dijo Maquiavelo.

—Estaré encantado —dijo sonriendo Ezio. Se volvió hacia Leonardo—. ¿Y tú, *amico mio*?

—¿Yo? Cuando acabe el trabajo que me retiene aquí, regresaré a Milán. El duque se porta bien conmigo.

—Tienes que ir también a Monteriggioni, cuando vuelvas por Florencia y tengas tiempo —dijo Mario.

Ezio miró a su mejor amigo.

—Adiós, Leonardo. Espero que nuestros caminos vuelvan a cruzarse algún día.

—Estoy seguro de que así será —dijo Leonardo—. Y si me necesitas, Agniolo, que sigue en Florencia, siempre sabrá dónde localizarme.

Ezio lo abrazó.

—Hasta siempre.

—Un regalo de despedida —dijo Leonardo, entregándole una bolsa—. Balas y pólvora para tu pequeña pistola y un buen vial de veneno para esa daga tan útil que tienes. Confío en que no lo necesites, pero es importante para mí saber que estás lo mejor protegido posible.

Ezio lo miró emocionado.

—Gracias…, gracias por todo, mi viejo amigo.

CAPÍTULO 22

Después de partir de Venecia a bordo de una galera y realizar un largo y placentero viaje, Ezio y Maquiavelo llegaron al puerto de las marismas próximo a Rávena, donde fueron recibidos personalmente por Caterina y su séquito.

—Me llegó por mensajero la noticia de que estabais en camino, de modo que decidí venir a recibiros personalmente y acompañaros a Forli —dijo—. Habéis obrado con inteligencia, creo, al viajar a bordo de una de las galeras del dux Agostino, pues los caminos suelen ser poco seguros y tenemos conflictos con los bandoleros. Aunque me parece —añadió, lanzándole una intencionada mirada a Ezio—, que no te habrían dado muchos problemas.

—Es un honor que me recordéis, *signora*.

—Ha pasado mucho tiempo, pero me causaste buena impresión. —Se dirigió entonces a Maquiavelo—: Y me alegro también de volver a verte a ti, Nicolás.

—¿Os conocíais? —preguntó Ezio.

—Nicolás me aconsejó… en ciertos asuntos de estado. —Cambió de tema—. Me han dicho que te has convertido en un Asesino de pleno derecho. Felicidades.

Llegaron al carruaje de Caterina, pero les dijo a sus criados que prefería cabalgar, pues hacía un día precioso y era una distancia corta. Ensillaron los caballos y, en cuanto montaron, Caterina le hizo señas a Ezio para que se acercara a cabalgar a su lado.

—Forli te va a encantar. Y allí estarás a salvo. Nuestros cañones llevan más de un siglo protegiendo la ciudad y la ciudadela es impenetrable.

—Disculpadme, *signora*, pero hay algo que me tiene intrigado.

—Dime, por favor, de qué se trata.

—Jamás había oído hablar de una mujer que gobernara una ciudad-estado. Estoy impresionado.

Caterina sonrió.

—Bueno, antes estuvo en manos de mi esposo, claro está. ¿Te acuerdas de él? ¿Aunque sea un poco? Girolamo. —Hizo una pausa—. Pues murió…

—Lo siento mucho.

—No lo sientas —dijo ella simplemente—. Lo mandé asesinar.

Ezio intentó disimular su asombro.

—La cosa fue como sigue —intervino Maquiavelo—. Descubrimos que Girolamo Riario trabajaba para los Templarios. Estaba en proceso de completar un mapa que muestra la localización de las páginas del Códice pendientes de recuperar.

—De todos modos, aquel condenado hijo de puta nunca me gustó —dijo Caterina sin alterarse—. Fue un padre malísimo, aburrido en la cama en general, una auténtica patada en el culo. —Reflexionó un instante—. Ten en cuenta que después he tenido un par de maridos más… sobrevalorados, si quieres que te diga la verdad.

Les interrumpió la aparición de un caballo sin jinete que se acercaba al galope hacia ellos. Caterina ordenó a uno de sus escoltas que corriera en su persecución, y el resto del grupo continuó camino hacia Forli, aunque los criados de Sforza desenfundaron las espadas por si acaso. Al cabo de poco rato encontraron un carro volcado, sus ruedas girando aún en el aire, rodeado de cadáveres.

Caterina frunció el entrecejo y espoleó su caballo. Ezio y Maquiavelo siguieron su ejemplo.

Algo más adelante encontraron un grupo de campesinos, algunos de ellos heridos, caminando hacia ellos.

—¿Qué sucede? —preguntó Caterina a la mujer que encabezaba el grupo.

—*Altezza* —dijo la mujer, las lágrimas rodando por sus mejillas—. Vinieron poco después de que os marcharais. ¡Están preparándose para poner sitio a la ciudad!

—¿Quiénes son?

—¡Los hermanos Orsi, *madonna*!

—*Sangue di Giuda!*

—¿Y quiénes son esos Orsi? —preguntó Ezio.

—Los mismos desgraciados que contraté para matar a Girolamo —respondió Caterina.

—Los Orsi trabajan para cualquiera que les pague —observó Maquiavelo—. No tienen muchas luces, pero por desgracia tienen la reputación de cumplir bien con su trabajo. —Se paró a pensar—. El Español tiene que estar detrás de esto.

—¿Y cómo podría saber dónde vamos a llevar el Fruto del Edén?

—No buscan el Fruto del Edén, Ezio; van detrás del Mapa de Riario. El Mapa sigue todavía en Forli. ¡Rodrigo necesita saber dónde están escondidas las restantes páginas del Códice y no podemos permitirnos que consiga el Mapa!

—¿Y qué importa el Mapa? —gritó Caterina—. Mis hijos están en la ciudad. ¡Ah, *porco demonio*!

Espolearon a los caballos y corrieron al galope hasta avistar la ciudad. Penachos de humo ascendían del interior de las murallas y vieron que las puertas de las murallas estaban cerradas. En el murallón exterior había hombres apostados bajo el estandarte del oso y el arbusto de la familia Orsi. Pero dentro, en la ciudadela que ocupaba la colina, seguía ondeando la bandera de los Sforza.

—Por lo que parece tienen el control de una parte de Forli, pero no de la ciudadela —dijo Maquiavelo.

—¡Traidores hijos de puta! —escupió Caterina.

—¿Hay alguna manera de entrar en la ciudad sin que me vean? —preguntó Ezio, cogiendo las armas del Códice y colocándoselas rápidamente en su debido lugar, reservando en su bolsa la pistola y la hoja oculta.

—Existe una posibilidad, *caro* —dijo Caterina—. Pero será complicado. Hay un viejo túnel en el foso que atraviesa la pared oeste por debajo.

—En este caso, lo intentaré —dijo Ezio—. Estad preparados. Si consigo abrir desde el interior las puertas de la ciudad, entrad enseguida galopando como demonios. Si logro llegar a la ciudadela, ven el blasón y nos dejan entrar, estaremos a salvo para planificar el movimiento que tengamos que llevar a cabo a continuación.

—Que no será otro que colgar a esos cretinos y ver cómo se balancean con el viento —gruñó Caterina—. Pero, adelante, Ezio. ¡Y buena suerte! Pensare en alguna cosa para distraer la atención de las tropas de Orsi.

Ezio desmontó y corrió hacia la zona oeste de las murallas, agachado y guareciéndose detrás de altozanos y arbustos. Mientras, Caterina se enderezó sobre sus estribos y le gritó al enemigo situado detrás de los muros de la ciudad:

—¡Vosotros! Estoy hablándoos a vosotros, perros sin agallas. ¿Habéis ocupado mi ciudad? ¿Mi hogar? ¿Y realmente creéis que voy a quedarme cruzada de brazos? ¡Voy a ir y os arrancaré los *coglioni*… si es que los tenéis, claro está!

En lo alto de las murallas aparecieron entonces grupos de soldados que miraban a Caterina, divertidos e intimidados a partes iguales mientras ella proseguía con su discurso:

—¿Qué tipo de hombres sois? ¡Cumplís las órdenes de los que os pagan poco más que un puñado de calderilla! ¡Me pregunto si pensaréis que ha merecido la pena cuando suba yo allá arriba, os corte la cabeza a todos, me mee encima de vosotros y me pase vuestra cabeza por la *figa*! ¡Colgaré vuestras pelotas de un pincho y las asaré en los fogones de mi cocina! ¿Qué os parece eso?

Los hombres que vigilaban el murallón oeste se habían esfumado. Nadie vigilaba el foso, y Ezio se lanzó a él, nadó, localizó la entrada cubierta de follaje del túnel y se adentró en sus oscuras profundidades.

El interior estaba bien conservado, y seco, y lo único que tuvo que hacer fue avanzar hasta ver la luz en el extremo. Se aproximó hacia allí con cautela, y conforme se acercaba volvió a oír la voz de Caterina. El túnel terminaba en un breve tramo de escaleras de piedra que desembocaban en

una habitación trasera de la planta baja de una de las torres occidentales de Forli. Todo estaba desierto, pues Caterina había logrado congregar un buen gentío. A través de una ventana vio la espalda de la mayoría de los hombres de Orsi contemplando, e incluso aplaudiendo de vez en cuando, la actuación de Caterina.

—… de ser yo hombre, borraría esa sonrisa de vuestras caras. Pero no creo ni que valiera la pena el esfuerzo. Que no os lleve a engaño el hecho de que tenga tetas… —Se le ocurrió entonces algo—. Apuesto lo que queráis a que os gustaría verlas, ¿verdad? ¡Apuesto lo que queráis a que os gustaría poder tocarlas, chuparlas, darles un apretujón! Pues bien, ¿por qué no bajáis aquí y lo intentáis? ¡Os daría una patada tan fuerte en los cojones que os saldrían por las narices! *Luridi branco di cani bastardi!* Mejor que hagáis las maletas y volváis a casa mientras podáis… ¡si no queréis acabar empalados y colgados en lo alto de las murallas de mi ciudadela! ¡Ah! ¡Aunque tal vez me equivoco! ¡A lo mejor os gustaría que os metiesen un largo palo de madera de roble por el culo! Me dais asco…, incluso empiezo a preguntarme si vale la pena tomarse la molestia. Jamás en mi vida he visto tanta cantidad de mierda junta. *Che vista penosa!* Me parece que, como hombres, no habría mucha diferencia si os hiciera castrar a todos.

Ezio estaba ya en la calle. Veía ante él la puerta más próxima al punto donde se encontraban Caterina y Maquiavelo. En lo alto de su arco, junto a la enorme palanca que la accionaba, vio un arquero apostado. Avanzando lo más silenciosa y rápidamente posible, trepó hasta lo alto del arco y le clavó al centinela una única puñalada en el cuello, acabando con él al instante. A continuación, accionó la palanca con todo el peso de su cuerpo y las puertas se abrieron emitiendo un potente crujido.

Maquiavelo había estado observando con detenimiento todo aquel tiempo, y en cuanto vio que se abrían las puertas, se inclinó y le dijo algo en voz baja a Caterina, que de inmediato espoleó su caballo hasta ponerlo al galope y avanzó, seguida por Maquiavelo y la totalidad de su séquito. En cuanto vieron lo que pasaba, las tropas de Orsi apostadas en lo alto de las murallas gritaron de rabia y echaron a correr para interceptarlos, pero la facción de los Sforza corrió a tal velocidad que fue imposible darle alcance. Ezio cogió el arco y las flechas del centinela muerto y los utilizó para

derribar a tres hombres de Orsi antes de escalar rápidamente un muro y echar a correr por los tejados de la ciudad, siguiendo a Caterina y su grupo en el recorrido por las callejuelas que conducían a la ciudadela.

Cuanto más se adentraban en la ciudad, mayor era la confusión reinante. Era evidente que la batalla por el control de Forli no estaba ni mucho menos terminada, pues grupos de soldados bajo la bandera con serpientes azules y águilas negras de los Sforza combatían todavía contra los mercenarios de Orsi, mientras los ciudadanos de a pie buscaban cobijo en sus casas o simplemente corrían confusos y sin rumbo. Había puestos del mercado volcados, pollos por el suelo correteando y graznando, un niño pequeño sentado en el barro que lloraba a lágrima viva llamando a su madre, que apareció corriendo y lo cogió en brazos para llevarlo a un lugar seguro; los sonidos de la batalla rugían por todas partes. Ezio, saltando de un tejado a otro, veía la situación desde la posición aventajada de su atalaya, y utilizó las flechas con una precisión letal para proteger a Caterina y Maquiavelo siempre que los guardias de los Orsi se acercaban excesivamente a ellos.

Llegaron por fin a una amplia *piazza* delante de la ciudadela. Estaba vacía, y las calles que partían de ella parecían desiertas. Ezio descendió de los tejados y se reunió con su gente. En las almenas de la ciudadela no se veía a nadie y la impresionante puerta estaba cerrada a cal y canto. Tenía un aspecto tan inexpugnable como Caterina había anunciado.

Caterina levantó la vista y gritó:

—¡Abrid, condenada pandilla de tontos! ¡Soy yo! ¡La *duchessa*! ¡Moved un poco el culo!

Asomaron la cabeza algunos de los hombres de la ciudadela, entre ellos un capitán que dijo: «*Súbito, Altezza!*» y dio órdenes a tres hombres que desaparecieron de inmediato para ir a abrir la puerta. Pero en aquel instante, con un aullido de guerra, empezaron a aparecer docenas de soldados de los Orsi procedentes de las calles que rodeaban la plaza, bloqueando cualquier intento de retirada y acorralando a Caterina y sus acompañantes entre ellos y los implacables muros de la ciudadela.

—¡Maldita emboscada! —gritó Maquiavelo, con Ezio reuniendo a sus pocos hombres y colocándolos entre Caterina y sus enemigos.

—*Aprite la porta! Aprite!* —chilló Caterina.

Por fin se abrieron las descomunales puertas. Los guardias de los Sforza salieron para socorrerlos atacando a los Orsi en un empecinado combate cuerpo a cuerpo, se batieron en retirada hacia las puertas, que se cerraron rápidamente tras ellos. Ezio y Maquiavelo (que había desmontado de su caballo) se recostaron en la pared, codo con codo, con la respiración entrecortada. Les costaba creer que lo hubieran conseguido. Caterina desmontó también, pero no descansó ni un instante. Echó a correr por el patio interior en dirección a una puerta, en la que dos niños y una nodriza con un bebé en brazos la aguardaban atemorizados.

Los niños corrieron hacia ella y ella los abrazó, saludándolos por su nombre.

—Cesare, Giovanni…, *no preoccuparvi*. —Acarició la cabeza del bebé, arrullándolo—. *Salute*, Galeazzo. —Entonces miró a su alrededor, y a la nodriza—. ¡Nezetta! ¿Dónde están Bianca y Ottaviano?

—Perdonadme, señora. Estaban jugando fuera cuando empezó el ataque y no hemos conseguido localizarlos.

Caterina, asustada, estaba a punto de replicar cuando de pronto se oyó el potente rugido de las tropas de los Orsi en el exterior de la ciudadela. El capitán de los Sforza se acercó corriendo a Ezio y Maquiavelo.

—Traen refuerzos de las montañas —informó—. No sé cuánto tiempo seremos capaces de resistir. —Se dirigió entonces a un lugarteniente—: ¡A las almenas! ¡Encargaos de los cañones!

El lugarteniente salió corriendo para organizar a los cañoneros, que estaban dirigiéndose a sus puestos, cuando una lluvia de flechas disparadas por los arqueros de los Orsi cayó en el patio interior y las murallas. Caterina corrió a guarecer a sus hijos menores, mientras al mismo tiempo le gritaba a Ezio:

—¡Vigila los cañones! ¡Son nuestra única esperanza! ¡No permitas que esos desgraciados entren en la ciudadela!

—¡Vamos! —gritó Maquiavelo.

Ezio lo siguió hasta donde estaban dispuestos los cañones. Varios de los cañoneros habían muerto, junto con el capitán y el lugarteniente. Otros estaban heridos. Los supervivientes se esforzaban por asentar y colocar en el ángulo adecuado los pesados cañones y conseguir que apuntaran sobre

los hombres de Orsi, situados abajo en la plaza. Habían aparecido numerosos refuerzos y Ezio vio que estaban manipulando armas de asedio y catapultas por las calles. Mientras, justo debajo, un contingente de soldados de los Orsi acercaba un ariete a los muros. Si a Maquiavelo o a él no se les ocurría rápidamente alguna solución, las oportunidades de salvar la ciudadela serían mínimas; para resistir aquel nuevo ataque, sin embargo, se verían obligados a disparar los cañones contra blancos situados en el interior de la muralla de Forli, con el riesgo que ello implicaba de herir o incluso matar a ciudadanos inocentes. Dejando a Maquiavelo al cargo de la organización de los cañoneros, Ezio bajó corriendo al patio en busca de Caterina.

—Están tomando la ciudad. Para mantenerlos a raya debo disparar los cañones contra blancos situados en el interior de las murallas.

Ella lo miró con una fría expresión de calma.

—Haz lo que tengas que hacer.

Ezio levantó la vista hacia el lugar donde estaba Maquiavelo, esperando la señal. Levantó el brazo y lo bajó con decisión.

Rugieron los cañones y Ezio volvió a toda prisa a las almenas junto a Maquiavelo. Ordenando a los cañoneros que dispararan a voluntad, observó volar en pedazos un arma de asedio tras otra, y también las catapultas. Las tropas de los Orsi tenían escaso margen de maniobra en las callejuelas y en cuanto los cañones empezaron a causar estragos, los arqueros y los ballesteros de los Sforza empezaron a matar uno a uno a los invasores que habían sobrevivido dentro de los muros de la ciudad. Las tropas de los Orsi fueron finalmente expulsadas de Forli y las tropas de los Sforza que habían sobrevivido en el exterior de la ciudadela pudieron asegurar los muros de cortina exteriores. Pero la victoria se había cobrado un caro peaje. Varias casas de la ciudad estaban en llamas y los cañoneros de Caterina no habían podido evitar matar a algunos de los suyos. Y tal y como Maquiavelo rápidamente apuntó, había algo más a tener en cuenta. Habían conseguido expulsar al enemigo de la ciudad, pero no habían levantado el sitio. Forli continuaba rodeada por los batallones de los Orsi y sin suministro de agua y alimentos frescos. Además, los dos hijos mayores de Caterina seguían en peligro y en paradero desconocido.

Al cabo de un rato, Caterina, Maquiavelo y Ezio se reunían en las almenas de la muralla exterior para examinar la multitud de tropas acampadas en las cercanías. Detrás de ellos, los ciudadanos de Forli hacían lo posible para devolver el orden a la ciudad, pero el agua y la comida no iban a durar eternamente y todo el mundo lo sabía. Caterina estaba ojerosa, preocupada por la posible muerte de sus hijos desaparecidos. Bianca, la mayor, tenía nueve años, y Ottaviano era un año más pequeño.

Tenían todavía que localizar a los mismísimos hermanos Orsi, pero aquel mismo día apareció un heraldo en medio del ejército enemigo e hizo sonar la corneta. Las tropas se dividieron como el mar para abrir paso a dos hombres montados en caballos de color castaño y vestidos con cota de malla de acero, acompañados por pajes que portaban el blasón del oso y el arbusto. Se detuvieron lejos del alcance de cualquier flecha.

Uno de los jinetes se levantó sobre sus estribos y alzó la voz.

—¡Caterina! ¡Caterina Sforza! ¡Creemos que sigues enjaulada en tu querida ciudad, Caterina…, respóndeme!

Caterina se asomó por encima de las almenas, furiosa.

—¿Qué quieres?

El hombre le regaló una amplia sonrisa.

—Oh, nada. ¡Simplemente me preguntaba si echarías de menos… a unos niños!

Ezio se había colocado al lado de Caterina. El hombre que estaba hablando lo miró sorprendido.

—Bien, bien —dijo—. Ezio Auditore, si no me equivoco. Encantado de conocerte. He oído hablar mucho sobre ti.

—Y vosotros, por lo que imagino, sois los *fratelli* Orsi —replicó Ezio.

El que no había hablado todavía levantó la mano.

—Los mismos, Lodovico…

—… y Checco —añadió el otro—. ¡A tu servicio! —rio secamente.

—¡Basta! —gritó Caterina—. ¡Ya basta de esto! ¿Dónde están mis hijos? ¡Soltadlos!

Lodovico hizo una reverencia irónica sobre su silla.

—*Ma certo, signora*. Te los devolveremos encantados. A cambio de una cosa tuya. De algo, más bien dicho, que pertenecía a tu llorado esposo. Algo

en lo que estaba trabajando, en nombre de… unos amigos nuestros. —De pronto su voz adquirió un tono más duro—. ¡Me refiero a cierto Mapa!

—Y también a cierto Fruto del Edén —añadió Checco—. Oh, sí, lo sabemos todo al respecto. ¿Crees que somos tontos? ¿Crees que nuestro jefe no tiene espías?

—Sí —dijo Lodovico—. Queremos también el Fruto del Edén. ¿O prefieres que cortemos en rodajitas las gargantas de tus pequeños y los enviemos con su *pappa*?

Caterina permaneció escuchando. Su estado de humor era ahora de una calma gélida. Cuando llegó su turno, gritó:

—*Bastardi!* ¿Creéis que podéis intimidarme con vuestras vulgares amenazas? ¡Escoria! ¡No voy a daros nada! ¿Queréis a mis hijos? ¡Tomadlos! ¡Tengo formas de hacer más! —Y se levantó las faldas mostrándoles sus partes íntimas.

—Tu histrionismo no me interesa, Caterina —dijo Checco, haciendo girar su caballo—. Ni me interesa mirarte la *figa*. Cambiarás de idea, pero te concedemos solo una hora. Tus mocosos estarán a salvo hasta entonces en esa miserable aldea junto al camino. Y no lo olvides: los mataremos y volveremos para destrozar tu ciudad y llevarnos a la fuerza lo que queremos…, de modo que aprovecha nuestra generosidad y todos nos ahorraremos un montón de preocupaciones.

Y los hermanos partieron al galope. Caterina se derrumbó contra la rugosa pared de la muralla, respirando con dificultad por la boca, conmocionada por lo que acababa de decir y hacer.

Ezio estaba a su lado.

—No sacrificarás a tus hijos, Caterina. Ninguna Causa vale eso.

—¿Salvar el mundo? —Se quedó mirándolo con la boca entreabierta, sus ojos azules abiertos de par en par justo debajo de su mata de cabello pelirrojo.

—No podemos convertirnos en gente como ellos —dijo simplemente Ezio—. Hay compromisos que no pueden tomarse.

—¡Oh, Ezio! ¡Esto es lo que esperaba que dijeras! —Lo abrazó—. ¡Claro que no podemos sacrificarlos, querido mío! —Se echó hacia atrás—. Pero no puedo pedirte que te arriesgues a traerlos aquí.

—Inténtalo —dijo Ezio. Se dirigió entonces a Maquiavelo—. No tardaré mucho…, espero. Pero suceda lo que suceda, sé que protegerás el Fruto del Edén con tu propia vida. Y Caterina…

—¿Sí?

—¿Sabes dónde escondió Girolamo el Mapa?

—Lo encontraré.

—Hazlo, y protégelo.

—¿Y qué piensas hacer con los Orsi? —preguntó Maquiavelo.

—Ya los he añadido a mi lista —respondió Ezio—. Son de la misma calaña que los hombres que asesinaron a los míos y destruyeron a mi familia. Aunque ahora veo que la Causa a la que debo servir es algo más que una simple venganza.

Se estrecharon la mano mirándose a los ojos.

—*Buona fortuna, amico mio* —dijo muy serio Maquiavelo.

—*Buona fortuna anche*.

No fue complicado llegar al pueblo cuya identidad había revelado de forma tan imprudente Checco, aunque no le había hecho justicia al describirlo como «miserable». Era pequeño y pobre, como la mayoría de las aldeas habitadas por siervos de la Romagna, y mostraba indicios de haber sido inundado recientemente por el río que pasaba por él; pero, en general, era un pueblo limpio y pulcro, con casas encaladas y tejados de paja renovados. A pesar de que el camino anegado de agua que dividía la docena aproximada de casas seguía aún enfangado como consecuencia de la inundación, todo sugería orden, aunque no alegría, y diligencia, aunque no felicidad. Lo único que distinguía Santa Salvaza de un pueblo en tiempos de paz era que pululaban por él unos cuantos hombres armados de los Orsi. No era de extrañar, reflexionó Ezio, que Checco se creyera capaz de permitirse mencionar que tenía retenidos a Bianca y Ottaviano. La pregunta que quedaba pendiente era la siguiente: ¿en qué lugar del pueblo estarían escondidos los hijos de Caterina?

Ezio, armado esta vez con la daga de doble filo en el antebrazo izquierdo, protegido por la placa metálica, y con la pistola en la mano

derecha, más una espada ligera con empuñadura en forma de cruz colgada del cinturón, se había vestido con una sencilla capa de lana de campesino que le cubría hasta las rodillas. Se tapó la cabeza con la capucha para evitar ser reconocido y desmontó a una distancia prudencial del pueblo. Controlando con atención la posible presencia de vigilantes de los Orsi, se colgó a la espalda un saco de leña que había cogido prestado de un cobertizo. Encorvado bajo su peso, llegó a Santa Salvaza.

A pesar de la presencia militar que les habían impuesto, los habitantes del pueblo intentaban continuar con su trabajo como si nada sucediera. Naturalmente, nadie sentía un amor especial por los mercenarios de los Orsi y Ezio, pasando desapercibido para estos pero reconocido casi al instante por los locales como un forastero, consiguió enseguida su apoyo en la misión. Se dirigió a una casa que había al final del pueblo, más grande que las demás y algo apartada. Era allí, le explicó una mujer cargada con un cántaro de agua del río, donde tenían retenido a uno de los niños. Ezio agradeció que los soldados de los Orsi estuvieran tan dispersos, pues era evidente que habían destinado el grueso de sus fuerzas al sitio de Forli.

Sabía, sin embargo, que disponía de muy poco tiempo para rescatar a los niños.

La puerta y las ventanas de la casa estaban cerradas a cal y canto, pero mientras rodeaba el edificio para situarse en la parte de atrás, donde las dos alas formaban un patio, Ezio escuchó una voz joven y firme pronunciando un severo sermón. Se encaramó al tejado para poder ver el patio, donde Bianca Sforza, la réplica en miniatura de su madre, estaba echando un rapapolvo a dos hoscos guardias de los Orsi.

—¿Acaso sois vosotros dos, un par de ejemplares de aspecto lastimero, lo único que han conseguido encontrar para vigilarme? —decía empleando un tono regio, tiesa como un palo y no demostrando el mínimo temor, igual que habría hecho su madre en sus circunstancias—. *Stolti!* ¡No sois suficientes! Mi *mamma* estará rabiosa y no permitirá que me hagáis ningún daño. Las mujeres Sforza no somos violetas mustias, ¿sabéis? Tal vez seamos bonitas, pero la vista engaña. ¡Tal y como mi *pappa* acabó descubriendo! —Respiró hondo y los guardias se miraron perplejos entre ellos—. Espero que no os imaginéis que me dais miedo, porque de hacerlo

estaríais muy equivocados. ¡Y si le tocáis un pelo a mi hermano, mi *mamma* acabará pillándoos y os comerá para desayunar! *¿Capito?*

—Cierra el pico, tontita —gruñó el guardia de más edad—. ¡A menos que quieras que te arree un tortazo!

—¡No te atrevas a hablarme así! Es absurdo, lo mires como lo mires. Nunca os saldréis con la vuestra y yo estaré sana y salva en mi casa en menos de una hora. De hecho, empiezo a aburrirme. ¡Me sorprende que no tengáis nada mejor que hacer mientras esperáis vuestra muerte!

—Ya está bien, ya es suficiente —dijo el guardia de más edad, dispuesto a zarandearla. Pero justo en aquel momento, Ezio disparó su pistola desde el tejado, alcanzando al soldado directamente en el pecho. El hombre pegó un salto, su túnica tiñéndose de escarlata antes aun de que cayera al suelo. Durante un segundo, Ezio pensó que la pólvora de Leonardo debía de haber mejorado. En la confusión que siguió a la repentina muerte del guardia, Ezio saltó del tejado, aterrizando con la elegancia y la fuerza de una pantera, y con su daga de doble filo arremetió con rapidez contra el guardia más joven, que había desenfundado una daga de aspecto amedrentador. Ezio atravesó con precisión el antebrazo del soldado, cortando los tendones como si fueran cintas. La daga de la víctima cayó al suelo, clavándose de punta en el barro, y antes de que pudiera echar mano de otra defensa, Ezio acercó la daga de doble filo a su mandíbula y atravesó el tejido blando del paladar y la lengua hasta penetrar en la cavidad del cráneo. Sin prisa, Ezio retiró las dagas, dejando caer el cadáver al suelo.

—¿Eran solo estos dos? —preguntó a la impávida Bianca mientras recargaba rápidamente su arma.

—¡Sí! Y gracias, quienquiera que seas. Mi madre se encargará de que seas ampliamente recompensado. Pero también tienen cautivo a mi hermano Ottaviano…

—¿Sabes dónde está? —preguntó Ezio, recargando con rapidez la pistola.

—Lo tienen en la torre de vigía…, la que está al lado del puente en ruinas. ¡Tenemos que darnos prisa!

—¡Enséñame dónde es y no te despegues de mí!

La siguió hacia el exterior de la casa y por el camino hasta que encontraron la torre. Llegaron justo a tiempo, pues allí estaba Lodovico en persona, arrastrando al lloroso Ottaviano por el cuello. Ezio vio que el pequeño cojeaba; debía de haberse torcido el tobillo.

—¡Tú! —gritó Lodovico al ver a Ezio—. ¡Mejor que entregues a la chica y vuelvas con tu amante! ¡Dile que acabaremos con estos dos si no conseguimos Lo que queremos!

—Quiero a mi *mamma* —lloriqueó Ottaviano—. ¡Suéltame, matón!

—¡Cállate, *marmocchio*! —le espetó Lodovico—. ¡Ezio! Vete a buscar el Fruto del Edén y el Mapa o los niños lo pagarán.

—¡Tengo pipí! —gimoteó Ottaviano.

—¡Oh, por el amor de Dios, *chiudi il becco*!

—Suéltalo —dijo Ezio con determinación.

—¡Me gustaría ver cómo lo haces! ¡Jamás conseguirás acercarte lo suficiente, imbécil! ¡En cuanto des un paso, le rajaré la garganta en un abrir y cerrar de ojos!

Lodovico estaba sujetando con las dos manos al pequeño delante de él, pero en aquel momento soltó una mano para desenfundar su espada. Ottaviano intentó entonces soltarse, pero Lodovico lo agarró con fuerza por la muñeca. Pero Ottaviano ya no se interponía entre Lodovico y Ezio. Viendo su oportunidad, Ezio sacó la pistola y disparó.

La expresión rabiosa de Lodovico se transformó en incredulidad. La bala le había impactado en el cuello, cortándole la yugular. Con los ojos saltones, soltó a Ottaviano y cayó arrodillado, llevándose las manos a la garganta, la sangre rezumando entre sus dedos. El pequeño corrió a abrazar a su hermana.

—¡Ottaviano! *Stai bene!* —dijo ella, estrechándolo con fuerza.

Ezio se adelantó y se situó al lado de Lodovico, aunque no excesivamente cerca. El hombre no había muerto todavía y seguía con la espada en la mano. La sangre había manchado también su jubón, un hilillo convertido en torrente.

—No sé qué instrumento del Diablo te ha dado los medios para derrotarme, Ezio —dijo jadeando—. Pero siento decirte que, hagas lo que

hagas, perderás este juego. Los Orsi no somos tan estúpidos como te parece. Si hay aquí un estúpido, ese eres tú…, ¡tú y Caterina!

—El estúpido eres tú —dijo Ezio, su voz fría e irónica—. Por morir por un puñado de plata. ¿Crees de verdad que ha merecido la pena?

Lodovico hizo una mueca.

—Más de lo que te imaginas, amigo. Te han ganado la partida. ¡Y hagas lo que hagas ahora, el Maestro se llevará su premio! —Su rostro se contorsionó en agonía por el dolor que le producía la herida. La mancha de sangre se había hecho más grande—. Mejor que acabes conmigo, Ezio, si aún te queda un resquicio de piedad.

—En ese caso, muere con honor, Orsi. No significa nada. —Ezio dio un paso al frente y abrió la herida del cuello de Lodovico. Un instante después, ya no estaba allí. Ezio se inclinó sobre él y le cerró los ojos—. *Requiescat in pace* —dijo.

Pero no había tiempo que perder. Volvió junto a los niños, que habían estado observando la escena boquiabiertos.

—¿Podrás caminar? —le preguntó a Ottaviano.

—Lo intentaré, pero me duele mucho.

Ezio se arrodilló y lo examinó. No se había torcido el tobillo, sino que estaba dislocado. Se subió a Ottaviano a la espalda.

—Sé valiente, pequeño dux —le dijo—. Os devolveré a los dos a casa sanos y salvos.

—¿Puedo hacer primero un pipí? Lo necesito de verdad.

—Pero hazlo rápido.

Ezio sabía que no sería sencillo atravesar el pueblo con los niños. Era imposible camuflarlos, ya que iban elegantemente vestidos, y en cualquier caso, a aquellas alturas habrían descubierto ya que Bianca había conseguido escapar. Sustituyó en su muñequera la pistola por la daga venenosa. Cogió la mano derecha de Bianca con su mano izquierda y avanzó hacia el bosque que flanqueaba la aldea por su lado oeste. Ascendió una pequeña colina desde donde podría avistar Santa Salvaza en su totalidad y vio soldados de los Orsi corriendo en dirección a la torre de vigía, aunque no desplegándose por el bosque. Agradecido por poder disfrutar de un momento de respiro,

llegó con los niños al lugar donde había dejado atado el caballo, los subió a su lomo y montó detrás de ellos.

Empezó a cabalgar en dirección norte rumbo a Forli. La ciudad parecía tranquila. Demasiado tranquila. ¿Dónde estaban los hombres de los Orsi? ¿Habrían levantado el sitio? Le parecía imposible. Espoleó el caballo.

—Sigue por el puente del sur —dijo Bianca, delante, sujetándose con fuerza a la perilla de la silla—. Es el camino más directo a casa.

Ottaviano se acurrucó contra él.

Cuando se aproximaron a los muros de la ciudad, vio que las puertas del lado sur estaban abiertas. Las cruzaba en aquel momento una pequeña tropa de guardias de los Sforza, escoltando a Caterina detrás de ella, a Maquiavelo. Ezio se dio cuenta enseguida de que su compañero Asesino estaba herido. Espoleó más si cabe a su montura y cuando llegó junto al grupo, desmontó rápidamente y pasó a los niños a los brazos de Caterina.

—¿Qué sucede, en nombre de la Virgen bendita? —preguntó, mirando de Caterina a Maquiavelo repetidamente—. ¿Qué hacéis aquí fuera?

—Oh, Ezio —dijo Caterina—. ¡Lo siento mucho, muchísimo!

—¿Qué ha sucedido?

—Todo era una trampa. ¡Para bajar nuestras defensas! —dijo con desesperación Caterina—. ¡Lo de llevarse a los niños ha sido para distraer nuestra atención!

Ezio miró de nuevo a Maquiavelo.

—Pero ¿está segura la ciudad?

Maquiavelo suspiró.

—Sí, la ciudad está segura. A los Orsi ya no les interesa.

—¿A qué te refieres?

—En cuanto los expulsamos de aquí, nos relajamos… solo momentáneamente, para reagruparnos y atender a los heridos. Fue entonces cuando Checco contraatacó. ¡Debían de tenerlo todo planeado! Irrumpió en la ciudad. Combatí contra él en una lucha cuerpo a cuerpo muy dura, pero sus soldados me sorprendieron por la espalda y me superaron. Ezio, tengo que pedirte ahora que demuestres tu valentía: ¡Checco se ha llevado el Fruto del Edén!

Ezio se quedó pasmado un largo rato. Y entonces dijo, lentamente:

—¿Qué? No…, eso no puede ser. —Miró como un loco a su alrededor —. ¿Dónde ha ido?

—En cuanto tuvo lo que quería, se batió en retirada con sus hombres y el ejército se dividió. No pudimos ver qué grupo tenía el Fruto del Edén y la batalla nos había debilitado de tal manera que no pudimos salir en su persecución. Pero sí vimos que Checco en persona lideraba una compañía hacia las montañas del oeste…

—Entonces ¿todo está perdido? —gritó Ezio, pensando que Lodovico tenía razón, que había infravalorado a los Orsi.

—Seguimos conservando el Mapa, gracias a Dios —dijo Caterina—. No se atrevió a perder el tiempo buscándolo.

—Pero ¿para qué? ¡Si ya tiene el Fruto del Edén, ya no necesita el Mapa!

—No podemos permitir que triunfen los Templarios —dijo apesadumbrado Maquiavelo—. ¡No pueden! ¡Debemos ir!

Pero Ezio vio que su amigo estaba cada vez más pálido como consecuencia de sus heridas.

—No, tú quédate aquí. ¡Caterina! Cuida de él. ¡Ahora debo irme! ¡Quizás todavía estemos a tiempo!

CAPÍTULO 23

Aunque había pasado el día entero cabalgando y apenas había descansado para cambiar de montura, Ezio tardó mucho tiempo en llegar a los Apeninos, y cuando lo hizo, supo que la búsqueda de Checco Orsi le llevaría aún más tiempo. Pero también que si Checco había regresado a la sede de su familia en Nubilaria, podría interceptarlo en la ruta que partía de allí hacia el sur, en el largo y sinuoso camino que conducía hasta Roma. Nada garantizaba que Checco no hubiera ido directamente a la Santa Sede, pero Ezio consideró que, con una carga tan valiosa como el Fruto del Edén, su adversario buscaría ante todo la seguridad en algún lugar donde lo conociesen, y que desde allí enviaría mensajeros para averiguar si el Español había regresado al Vaticano antes de establecer contacto con él.

Ezio, por lo tanto, decidió seguir el camino hacia Nubilaria y, entrando en secreto en la ciudad, se propuso descubrir todo lo posible sobre el paradero de Checco. Pero Checco tenía espías por todas partes, y Ezio se enteró enseguida de que sabía que andaba buscándolo y pensaba partir con el Fruto del Edén en una caravana integrada por dos carruajes para poder escapar de él y frustrar sus planes.

La mañana en que Checco tenía programado partir, Ezio montó guardia cerca de la puerta sur de Nubilaria y al cabo de poco tiempo vio aparecer los dos carruajes que estaba esperando. Ezio montó en su caballo dispuesto a perseguirlos, pero en el último momento apareció por una calle secundaria un tercer carruaje, más ligero, conducido por un secuaz de los Orsi, que le bloqueó deliberadamente el paso, asustando a su caballo, que se levantó

sobre sus patas traseras y lo lanzó al suelo. Sin tiempo que perder, Ezio se vio obligado a abandonar su montura y, de un salto, se encaramó en el carruaje de los Orsi, expulsando del mismo al conductor con un golpe certero. Hizo restallar el látigo sobre los caballos y emprendió la persecución.

No tardó mucho en avistar los vehículos de su adversario, pero ellos lo vieron también y aceleraron. Descendiendo a toda máquina por la traidora carretera de montaña, el carruaje escolta de Checco, cargado de soldados de los Orsi preparándose para disparar sus ballestas contra Ezio, tomó una curva cerrada con una velocidad excesiva. Los caballos siguieron el camino y trazaron la curva, pero el carruaje, con su mecanismo de dirección desaparecido y sus ejes perdidos, siguió recto hacia el precipicio y rodó metros y metros hasta impactar en el fondo del valle. Conteniendo el aliento, Ezio dio las gracias al destino por su bondad. Animó a sus caballos a seguir adelante, temeroso de estar forzándolos demasiado y de que sus corazones estallaran, pero los suyos tiraban de menos peso que los animales del carruaje de Checco y, poco a poco, fueron acortando la distancia que le separaba de su presa.

Cuando Ezio se puso a su altura, el cochero de Orsi agitó el látigo contra él, pero Ezio lo cogió y lo tiró al suelo. Entonces, en el momento adecuado, soltó las riendas y saltó desde su carruaje hasta el techo del de Checco. Los caballos de su carruaje, presas del pánico, liberados tanto del peso como del control del conductor, se desbocaron y echaron a correr hasta perderse de vista.

—¡Sal de una maldita vez de aquí! —vociferó el cochero de Checco, alarmado—. En nombre de Dios, ¿qué te piensas que estás haciendo? ¿Estás loco?

Pero desprovisto del látigo, le resultaba muy difícil controlar sus caballos. No podía permitirse el lujo de pelear.

Checco gritaba también desde el interior del carruaje.

—¡No seas tonto, Ezio! ¡Nunca saldrás de esta! —Asomando medio cuerpo por la ventanilla, embistió a Ezio con la espada mientras el cochero intentaba frenéticamente controlar los caballos—. ¡Lárgate de mi carruaje! ¡Ahora mismo!

El cochero intentó entonces hacer virar bruscamente el carruaje para que Ezio cayera, pero él se sujetó con todas sus fuerzas. El carruaje cambió peligrosamente de dirección finalmente, cuando pasaban por delante de una cantera de mármol abandonada, se descontroló por completo, volcó hacia un lado y lanzó al cochero contra un montón de bloques de mármol de todo tipo y tamaño tallados en su día por los mineros y abandonados después por defectos en la piedra. Los caballos se encabritaron y pataleaban aterrorizados. Ezio saltó del carruaje, aterrizó en cuclillas y preparó la espada para recibir a Checco que, sin aliento pero ileso, abandonaba también el vehículo, la rabia reflejada en sus facciones.

—Entrégame el Fruto del Edén, Checco. Todo ha terminado.

—¡Imbécil! ¡Terminará cuando tú estés muerto! —Checco agitó la espada contra su oponente y de inmediato se enzarzaron en una pelea arremetiendo peligrosamente el uno contra el otro cerca del borde escarpado del camino.

—Entrégame el Fruto del Edén, Checco, y te dejaré marchar. ¡No tienes ni idea del poder que tienes con eso!

—Nunca te lo daré. ¡Y cuando lo tenga mi Maestro, estará en posesión de un poder jamás soñado, y Lodovico y yo disfrutaremos de la parte del mismo que nos corresponde!

—¡Lodovico ha muerto! ¿Y de verdad piensas que tu Maestro te permitirá seguir con vida cuando ya no le sirvas de nada? ¡Sabes ya demasiado!

—¿Que has matado a mi hermano? ¡Entonces, esto es para ti, por él! —Checco se abalanzó sobre Ezio.

Se enzarzaron en una pelea, las hojas echando chispas, y Checco alcanzó de nuevo a Ezio, aunque la protección metálica desvió el golpe de la espada. El hecho de que su bien atinado golpe no diera en el blanco bajó por un instante la guardia de Checco, pero se recuperó rápidamente y asestó una estocada en el brazo derecho de Ezio que le provocó un corte tan profundo en el bíceps que le obligó a soltar la espada.

Checco lanzó un ronco grito de triunfo y acercó la punta de su espada a la garganta Ezio.

—No supliques piedad —dijo—, porque no pienso dártela.

Y echó el brazo hacia atrás dispuesto a asestarle el golpe mortal. Pero en aquel instante, Ezio accionó el mecanismo del antebrazo izquierdo que extraía la daga de doble filo y, girando en redondo con la velocidad del rayo, la clavó en el pecho de Checco.

Checco permaneció inmóvil durante un largo momento y bajó la vista para contemplar la sangre que caía sobre el blanco suelo del camino. Soltó la espada y cayó encima de Ezio, sujetándose a él en su intento de mantenerse en pie. Sus caras se encontraron a escasos centímetros la una de la otra.

—Ya vuelves a tener tu premio —susurró, mientras la sangre salía a borbotones de su pecho.

—¿Crees de verdad que ha merecido la pena? —le preguntó Ezio—. ¡Tanta carnicería!

Checco emitió un sonido que recordaba el de una sonrisa entre dientes, o tal vez fuera tos, pues la sangre brotaba cada vez con mayor abundancia de su boca.

—Mira, Ezio, sabes lo complicado que va a ser mantener en tu poder durante mucho tiempo una cosa tan valiosa como esta. —Intentó coger aire —. Hoy muero yo, pero mañana serás tú el que muera.

Y en el mismo momento en que la expresión se esfumaba de su cara y sus ojos se quedaban en blanco, su cuerpo cayó al suelo a los pies de Ezio.

—Ya veremos, amigo mío —dijo Ezio—. Descansa en paz.

Estaba agotado. La herida del brazo no cesaba de sangrar, pero se obligó a caminar hasta el carruaje y tranquilizar a los caballos, soltándolos de sus riendas. Inspeccionó a continuación el interior del vehículo y localizó rápidamente la caja de teca. La abrió antes que nada para asegurarse de que el contenido estaba a salvo, volvió a cerrarla bien y la cogió firmemente bajo el brazo sano. Miró en dirección a la cantera, donde yacía inerte el cochero. No era necesario ir a comprobar si había muerto porque el ángulo quebrado de su cuerpo hablaba por sí solo.

Los caballos no habían ido muy lejos y Ezio fue hacia ellos, preguntándose si tendría fuerzas suficientes para montar en uno y utilizarlo para realizar al menos una parte del trayecto de regreso a Forli. Confiaba en encontrarlo todo tal y como lo había dejado, pues seguirle la pista a Checco

le había llevado más tiempo del esperado. En ningún momento, sin embargo, había pretendido que su trabajo fuera a ser fácil, pero por fin el Fruto del Edén volvía a estar bajo el control de los Asesinos. El tiempo que le había dedicado no había sido en vano.

Miró de nuevo los caballos y decidió que el animal que lideraba el carruaje sería el mejor de los cuatro. Se acercó y se agarró a la crin para encaramarse a la montura, pues el caballo no estaba ensillado, y al hacerlo se tambaleó.

Había perdido más sangre de la que creía. Tenía que vendarse la herida de alguna manera antes que nada. Amarró el caballo a un árbol y cortó una tira de la camisa de Checco para improvisar una venda. Después, arrastró el cuerpo para apartarlo del camino, lejos de miradas indiscretas. Si por casualidad pasaba alguien, y no se fijaba mucho en los detalles, pensaría que Checco y el cochero habían sido víctimas de un trágico accidente de carretera. Aunque empezaba a ser tarde y pocos viajeros transitarían a aquellas horas.

Pero el esfuerzo había agotado sus últimos recursos. «Incluso yo debo descansar», pensó, una idea muy dulce. Se sentó a la sombra del árbol y escuchó el sonido del caballo apacentándose. Dejó la caja de teca en el suelo, a su lado, y echó una última mirada a su alrededor. Era el último lugar donde le gustaría quedarse mucho tiempo; pero le pesaban los párpados y no vio al silencioso observador escondido junto a un árbol en el otero que se alzaba por encima del camino a sus espaldas.

Cuando Ezio se despertó, se había hecho de noche, pero la luz iluminaba lo suficiente como para ver una figura moviéndose en silencio cerca de donde él estaba.

Le dolía mucho el bíceps derecho, pero cuando intentó incorporarse apoyándose en el brazo izquierdo, descubrió que no podía moverlo. Alguien había acercado uno de los bloques de mármol de la cantera y lo había utilizado para inmovilizarle el brazo. Se esforzó, utilizando las piernas para intentar levantarse, pero era imposible. Miró hacia el lugar donde había dejado la caja con el Fruto del Edén.

Había desaparecido.

La figura, que iba vestida con la cappa negra y el hábito blanco de un monje dominico, se había dado cuenta de que acababa de despertarse y se volvió hacia él para colocar mejor el bloque de mármol e inmovilizarle el brazo. Ezio se fijó en que al monje le faltaba un dedo.

—¡Espera! —dijo Ezio—. ¿Quién eres? ¿Qué haces?

El monje no respondió. Ezio vio la caja cuando el monje se agachó para recogerla de nuevo.

—¡No toques eso! ¡Hagas lo que hagas, no…!

Pero el monje abrió la caja y apareció una luz tan brillante como la del sol.

Antes de volver a desvanecerse, a Ezio le pareció oír que el monje exhalaba un suspiro de satisfacción.

Cuando volvió a despertarse, era de día. Los caballos se habían ido, pero parte de sus fuerzas habían regresado acompañando a la luz del sol. Miró el bloque de mármol. Era pesado, pero se movió ligeramente cuando él movió el brazo que seguía aprisionado debajo. Miró a su alrededor. Tenía al alcance de su mano derecha una rama sólida que debía de haber caído del árbol y que aún estaba lo bastante verde como para no romperse. Apretó los dientes y consiguió cogerla y situarla debajo del bloque. El brazo derecho le dolía tremendamente y empezó a sangrar de nuevo cuando calzó un extremo de la rama debajo del bloque y empujó. Le pasó fugazmente por la cabeza una frase medio olvidada de sus días de colegio: «Dame una palanca lo bastante larga, y levantaré la tierra». Empujó con fuerza. El bloque empezó a moverse, pero le fallaron las fuerzas y volvió a caer donde estaba. Se recostó de nuevo en el suelo, descansó y lo intentó de nuevo.

Al tercer intento, gritando interiormente de dolor, y pensando que acabaría partiéndose los músculos del brazo derecho herido, volvió a empujar, como si su vida dependiera de ello, finalmente, el bloque empezó a rodar por el suelo.

Se sentó con cautela. Tenía el brazo izquierdo dolorido, pero nada roto.

¿Por qué no lo habría matado el monje mientras dormía? Tal vez el asesinato no formara parte del plan de aquel hombre de Dios. Pero una cosa era segura: el dominico y el Fruto del Edén habían desaparecido.

Arrastrándose hasta lograr ponerse en pie, se acercó a un arroyo próximo y calmó su sed antes de lavar la herida y vendarla de nuevo. Y a continuación emprendió camino rumbo al este, para cruzar de nuevo las montañas y regresar a Forli.

Por fin, después de un viaje de muchos días, avistó a lo lejos las torres de la ciudad. Pero estaba cansado, agotado por su férrea tarea, por su fracaso, por su soledad. Durante el camino de vuelta había tenido mucho tiempo para pensar en Cristina y en lo que podría haber sido de no haber tenido que cargar con aquella cruz. Pero no podía cambiar su vida; ni tampoco él podía cambiar.

Había llegado al extremo del puente que daba acceso a la puerta sur y estaba lo bastante cerca como para ver a gente en las almenas, cuando el agotamiento pudo por fin con él, y se desvaneció.

Cuando volvió a despertarse, se encontró acostado en una cama, tapado con inmaculadas sábanas de lino, en una soleada terraza bajo la sombra de las parras. Una mano fría le acarició la frente y le acercó a los labios una jarra de agua.

—¡Ezio! Gracias a Dios que has vuelto. ¿Te encuentras bien? ¿Qué te pasó? —Las preguntas fluían de la boca de Caterina con su habitual impetuosidad.

—No… no lo sé…

—Te vieron desde las almenas. Salí a buscarte personalmente. Estuviste de viaje yo qué sé cuánto tiempo y tienes una herida terrible.

Ezio se esforzó en recordar.

—Ahora me acuerdo de alguna cosa… Conseguí quitarle el Fruto del Edén a Checco… pero poco después vino otro hombre… ¡Se llevó el Fruto del Edén!

—¿Quién?

—Iba vestido con una capucha negra, como un monje, y me parece… ¡que le faltaba un dedo! —Ezio intentó incorporarse—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí acostado? Tengo que irme… ¡ahora mismo!

Hizo ademán de levantarse, pero era como si sus extremidades fuesen de plomo, y en cuanto empezó a moverse, experimentó una sensación de vértigo tan terrible que se vio obligado a acostarse de nuevo.

—¡Caray! ¿Qué me ha hecho ese monje?

Caterina se inclinó sobre él.

—Todavía no puedes ir a ningún lado, Ezio. Incluso tú precisas de un tiempo de recuperación para librar todas las batallas que tienes por delante; y veo que te espera un largo y arduo viaje. ¡Pero anímate! Nicolás ha regresado a Florencia. Se ocupará de todos los temas de la ciudad. Y tus demás compañeros Asesinos están en guardia. De modo que puedes quedarte un tiempo… —Le dio un beso en la frente y después, con indecisión primero, un beso en los labios—. Y si puedo hacer alguna cosa para… acelerar tu recuperación, solo tienes que decirlo. —Su mano empezó a descender delicadamente por debajo de las sábanas hasta encontrar su objetivo—. Caramba —dijo sonriendo—. Me parece que empiezo a tener éxito… aunque sea solo un poco.

—Eres toda una mujer, Caterina Sforza.

Ella se echó a reír.

—Tesoro, si alguna vez me decidiera a escribir la historia de mi vida, conmocionaría al mundo entero.

Ezio era fuerte con treinta años de edad, aún un hombre joven en la flor de la vida. Además, había estado sometido a uno de los entrenamientos más duros conocidos por el hombre, de modo que a nadie le extrañó que se pusiese en movimiento mucho antes de lo que lo habría hecho la mayoría. Pero el golpe de Checco había debilitado terriblemente su brazo derecho y sabía que tenía que trabajar duro para recuperar la totalidad de sus fuerzas y reemprender su misión. Se obligó a ser paciente, y bajo las directrices estrictas pero comprensivas de Caterina, pasó su temporada forzosa en Forli en un tranquilo estado de contemplación, sentado de vez en cuando a la sombra de las parras perdido en la lectura de alguno de los libros de Poliziano con más frecuencia, realizando enérgicos ejercicios de cualquier tipo.

Y entonces, una mañana, Caterina entró en su alcoba y lo encontró vestido para partir de viaje y con un paje ayudándolo a calzarse las botas de montar. Caterina se sentó en la cama, a su lado.

—¿Así que ha llegado el momento? —dijo.

—Sí. No puedo retrasarlo más.

Triste, Caterina salió de la habitación y regresó al cabo de un momento con un pergamino enrollado.

—Pues tenía que llegar este momento —dijo—, y Dios sabe bien que tu labor es más importante que nuestro placer… ¡para el que espero que tengamos ocasión muy pronto en una próxima visita tuya! —Le mostró el pergamino—. Ten, te he traído un regalo de despedida.

—¿Qué es?

—Algo que necesitarás.

Caterina lo desenrolló y Ezio vio que era un mapa de toda la península, desde Lombardía hasta Calabria, y que, además de los caminos y las ciudades, había diversas cruces marcadas con tinta roja.

Ezio la miró.

—Es el Mapa que mencionó Maquiavelo. El de tu marido…

—El de mi fallecido marido, *mio caro*. Nicolás y yo hicimos un par de descubrimientos importantes durante tu ausencia. El primero es que programamos la… eliminación de nuestro querido Girolamo bastante bien, pues acababa de completar su trabajo con el Mapa. El segundo es que tiene un valor incalculable, ya que aunque los Templarios estén en posesión del Fruto del Edén, no encontrarán la Bóveda sin el Mapa.

—¿Sabes algo sobre la Bóveda?

—Querido, a veces eres un niño ingenuo. Por supuesto que lo sé. —Habló entonces con un tono más formal—. Pero para desarmar por completo a nuestros enemigos, debes recuperar el Fruto del Edén. Este Mapa te ayudará a completar totalmente tu tarea.

En el momento en que le entregó el Mapa, sus dedos se rozaron, y la caricia se prolongó hasta que sus manos quedaron entrelazadas. Y sus miradas no querían tampoco separarse.

—En los pantanos, cerca de aquí, hay una abadía —dijo por fin Caterina —. De dominicos. Van vestidos con capuchas negras. Yo empezaría por allí.

—Le brillaban los ojos y apartó la vista—. ¡Y ahora vete! ¡Encuentra a ese monje tan problemático!

Ezio sonrió.

—Creo que voy a echarte de menos, Caterina.

Ella le devolvió la sonrisa, una sonrisa excesivamente luminosa.

—Oh, estoy segura de que sí.

CAPÍTULO 24

El monje que recibió a Ezio en la abadía de los Pantanos era el típico monje: redondo y coloradote, pero con el pelo rojo como el fuego y una mirada picara y sagaz, y hablaba además con un acento que Ezio reconoció como el de algunos de los *condottieri* que trabajaban para Mario; era irlandés.

—Que Dios te bendiga, hermano.

—*Grazie, padre*…

—Soy el hermano O'Callahan.

—Me pregunto si podríais ayudarme.

—Para eso estamos aquí, hermano. Aunque, claro está, vivimos tiempos difíciles. Y se hace complicado pensar sin nada en el estómago.

—Querréis decir sin nada en el billetero.

—No me malinterpretes. No estoy pidiéndote nada. —El monje abrió las manos—. Pero el Señor ayuda a los generosos.

Ezio sacó unos cuantos florines y se los entregó.

—Si no es suficiente…

El monje se quedó pensativo.

—Ah, bueno, la intención es lo que importa. Pero la verdad es que el Señor ayuda de verdad a los que se muestran algo más generosos.

Ezio continuó sacando monedas hasta que la expresión del hermano O'Callahan cambió.

—La Orden valora tu dadivosidad, hermano. —Se llevó las manos al estómago—. ¿Qué andas buscando?

—Un monje con capucha negra… al que le falta uno de los diez dedos de las manos.

—Hmmm… El hermano Guido tiene solo nueve dedos en los pies. ¿Estás seguro de que no se trataría de un pie?

—Bastante seguro.

—Y luego está el hermano Domenico, pero lo que le falta es el brazo izquierdo entero.

—No, lo siento, estoy bastante seguro de que era un dedo de la mano.

—Hmmm… —El monje siguió pensando—. ¡Sí, un momento! Recuerdo un monje con capucha negra que solo tenía nueve dedos… ¡Sí! ¡Claro! Fue cuando celebramos el último banquete de San Vicenzo en la abadía de la Toscana.

Ezio sonrió.

—Sí, conozco ese lugar. Lo probaré allí. *Grazie*.

—Vete en paz, hermano.

—Es lo que siempre hago.

Ezio atravesó las montañas en dirección oeste, rumbo a la Toscana, y a pesar de que fue un viaje largo y complicado, pues se acercaba el otoño y los días eran cada vez más desagradables, empezó a sentirse excitado a medida que se aproximaba a la abadía, el lugar donde, mucho tiempo atrás, uno de los implicados en la trama para asesinar a Lorenzo de Medici —el secretario de Jacopo de Pazzi, Stefano da Bagnone— encontró su fin a manos de Ezio.

Fue mala suerte que el abad que lo recibió fuera uno de los testigos de aquel asesinato.

—Disculpad —le dijo Ezio de entrada—. Me pregunto si podríais…

Pero el abad, reconociéndolo al instante, retrocedió horrorizado y gritó:

—¡Que todos los arcángeles —Uriel, Rafael, Miguel, Saraquel, Gabriel, Remiel y Raguel— nos protejan con toda su fuerza! —Bajó la mirada del cielo para posarla a continuación en Ezio—. ¡Demonio impío! ¡Retírate de aquí!

—¿Qué sucede? —preguntó consternado Ezio.

—¿Qué sucede? ¿Qué sucede? Tú eres el que asesinó al hermano Stefano. ¡En suelo sagrado! —Un nervioso grupo de hermanos se había congregado a cierta distancia y el abad se volvió entonces hacia ellos—. ¡Ha regresado! ¡El asesino de monjes y sacerdotes ha regresado! —Pronunció sus palabras con voz atronadora y salió huyendo, seguido por los demás.

El hombre era presa del pánico. Ezio no tuvo más remedio que salir en su persecución. Pero no conocía tan bien la abadía como el abad y su tropa de monjes. Al final, cansado de dar vueltas por pasadizos y claustros desconocidos, se encaramó a los tejados para poder ver mejor hacia dónde se habían dirigido los monjes, aunque lo único que consiguió con ello fue que huyeran más despavoridos si cabe y se pusieran a gritar: «¡Ha llegado! ¡Ha llegado! ¡Belcebú ha llegado!», de modo que desistió y siguió persiguiéndolos empleando métodos convencionales.

Consiguió por fin darles alcance. Jadeando, el abad se volvió hacia él y gimoteó:

—¡Retírate, demonio! ¡Déjanos en paz! ¡No hemos cometido ningún pecado mayor que los tuyos!

—No, esperad, escuchad —dijo Ezio jadeando también—. Solo quiero formularos una pregunta.

—¡Nosotros no hemos invocado a los demonios! ¡No pretendemos aún viajar al más allá!

Ezio movió repetidamente las manos con las palmas hacia abajo.

—¡Calma, por favor! ¡No pretendo haceros ningún daño!

Pero el abad no quería escucharlo. Levantó la vista hacia el cielo.

—Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? ¡No estoy preparado todavía para reunirme con tus ángeles!

Y echó otra vez a correr.

Ezio se vio obligado a hacerle un placaje. Se levantaron ambos del suelo, sacudiéndose en medio de un círculo de atónitos monjes.

—¡Dejad ya de huir, por favor! —le suplicó Ezio.

El abad se encogió de miedo.

—¡No! ¡Ten piedad! ¡No quiero morir! —farfulló.

Ezio, consciente de que estaba siendo excesivamente formal, dijo:

—Mirad, padre abad, yo solo mato a los que matan a los demás. Y vuestro hermano Stefano era un asesino. Intentó asesinar al duque Lorenzo en 1478. —Hizo una pausa, respirando con dificultad—. Tranquilo, *messer abate*, porque estoy seguro de que no tenéis nada de asesino.

La mirada del abad se tranquilizó un poco, aunque seguía mostrándose receloso.

—¿Qué quieres entonces? —preguntó.

—Muy bien, ahora, escuchadme. Estoy buscando a un monje vestido como vos, un dominico al que le falta un dedo de la mano.

El abad siguió mostrándose cauteloso.

—¿Que le falta un dedo, dices? ¿Cómo a *fra* Savonarola?

Ezio tomó mentalmente nota del nombre.

—¿Savonarola? ¿Quién es? ¿Lo conocéis?

—Lo conocí, *messer*. Fue uno de los nuestros… durante un tiempo.

—¿Y después?

El abad se encogió de hombros.

—Le sugerimos que se tomase un largo descanso en una ermita de las montañas. No… no encajaba del todo bien aquí…

—Me parece, *abate*, que es muy posible que su época como ermitaño haya terminado. ¿Sabéis dónde podría haber ido?

—Oh, pobre de mí… —El abad trató de hacer memoria—. Si ha dejado la ermita, podría haber regresado a Santa Maria del Carmine, en Florencia. Allí fue donde estudió. A lo mejor ha vuelto allí.

Ezio suspiró aliviado.

—Gracias, abad. Id con Dios.

A Ezio le resultó extraño regresar a su ciudad natal después de tanto tiempo. Había muchos recuerdos que afrontar. Pero las circunstancias dictaban que siguiera trabajando solo. No podía contactar ni siquiera con sus antiguos amigos o aliados, por temor a alertar al enemigo.

Vio enseguida que a pesar de que el clima en la ciudad seguía manteniéndose estable, la iglesia, o al menos la que él andaba buscando,

estaba sumida en el caos. Un monje acababa de salir de ella corriendo, muerto de miedo.

Abordó al monje.

—Tranquilo, hermano. ¿Va todo bien?

El monje quedó mirándolo con los ojos abiertos de par en par.

—Mantente alejado, amigo. ¡Si valoras en algo tu vida!

—¿Qué pasa aquí?

—¡Los soldados de Roma acaban de entrar en nuestra iglesia! Han dispersado a los hermanos, formulan preguntas que no tienen sentido. ¡No paran de decirnos que les demos *fruta*!

—¿Qué tipo de fruta?

—¡Manzanas!

—¿Manzanas? *Diavolo!* ¡Rodrigo ha llegado antes que yo! —dijo Ezio entre dientes y casi para sus adentros.

—¡Se han llevado a uno de mis compañeros carmelitas a la parte posterior de la iglesia! ¡Estoy seguro de que piensan matarlo!

—¿Carmelitas? ¿No sois dominicos?

Ezio se alejó del hermano y rodeó con cuidado los muros de Santa Maria, sin despegarse de ellos. Avanzó tan sigiloso como la mangosta que se enfrenta a una cobra. Cuando llegó a los muros del jardín de la iglesia, se encaramó al tejado. Y, pese a toda la experiencia que le habían dado los años, lo que vio abajo lo dejó sin respiración. Varios guardias de Borgia estaban dándole una paliza a un monje joven y alto. Tendría unos treinta y cinco años.

—¡Canta! —gritaba el líder de los guardias—. ¡Canta o te haré tanto daño que desearás no haber nacido! ¿Dónde está la Manzana?

—¡Por favor! ¡No lo sé! ¡No sé de qué me hablas!

El líder de los guardias se aproximó más a él.

—¡Confiesa! ¡Te llamas Savonarola!

—¡Sí! ¡Ya te lo dije! ¡Pero deja ya de pegarme!

—Entonces, dínoslo y tu sufrimiento cesará. ¿Dónde cojones está el *Fruto del Edén*? —El interrogador le dio un potente puntapié en la entrepierna. El monje lanzó un alarido de dolor—. No creo que eso marque

una gran diferencia para un hombre siempre en la posición del misionero como tú —se burló el guardia.

Ezio observó la escena con gran preocupación. Si aquel monje era Savonarola, los matones de Borgia acabarían matándolo antes de que él consiguiera sacarle la verdad.

—¿Porqué sigues mintiéndome? —continuó el guardia—. ¡A mi Maestro no le gustará en absoluto enterarse de que me has hecho torturarte hasta la muerte! ¿Pretendes meterme en problemas?

—Yo no tengo ninguna manzana —sollozó el monje—. No soy más que un simple fraile. ¡Déjame ir, por favor!

—¡Por mis cojones!

—¡Yo no sé nada! —exclamó lastimosamente el monje.

—Si quieres que pare —gritó el guardia, arreándole otro puntapié en el mismo lugar—, cuéntame la verdad, hermano Girolamo… ¡Savonarola!

El guardia le dio otra patada y ordenó a sus secuaces que lo agarraran por los tobillos y lo arrastraran sin piedad por el suelo adoquinado, la cabeza rebotando dolorosamente sobre las duras piedras. El monje gritaba y luchaba en vano.

—¿Has tenido suficiente, *abominato*? —El jefe de los guardias volvió a acercarse a él—. ¿Tan preparado estás para reunirte con tu Creador que mentirías una y otra vez con tal de verlo?

—No soy más que un simple monje —lloró el carmelita, cuyo hábito era peligrosamente similar en corte y color al de los dominicos—. ¡No tengo ninguna *fruta* de ningún tipo! Por favor…

El guardia le dio una patada. En el mismo lugar. Otra vez. El cuerpo del monje se retorció en una agonía que iba más allá de las lágrimas.

Ezio estaba harto. Saltó de repente, un fantasma de venganza, y por una vez, por pura rabia, utilizando simultáneamente la daga venenosa y la daga de doble filo. Después de un minuto de auténtica carnicería, los matones de Borgia, en su totalidad, yacían muertos, o inmersos en la misma agonía que habían causado, sobre los adoquines del patio.

El monje se agarró llorando a las rodillas de Ezio.

—*Grazie, grazie, salvatore*.

Ezio le acarició la cabeza.

—Calma, calma. Ya está todo solucionado, hermano. —Ezio miró los dedos del monje.

Los diez dedos estaban intactos.

—Tienes diez dedos —murmuró, defraudado pese a sí mismo.

—Sí —gritó el monje—. Tengo diez dedos. ¡Y no tengo más manzanas que las que traen del mercado al monasterio cada jueves! —Se levantó, se sacudió y juró—: ¡En el nombre de Dios! ¿Acaso el mundo entero ha perdido el sentido?

—¿Quién eres? ¿Por qué te han cogido a ti? —preguntó Ezio.

—¡Porque descubrieron que me apellido Savonarola! Pero ¿por qué debería traicionar a mi primo ante esos matones?

—¿Sabes lo que ha hecho?

—¡Yo no sé nada! Él es monje, como yo. Se decantó por la orden de los dominicos, que es más dura, cierto, pero…

—¿Ha perdido un dedo?

—Sí, pero ¿cómo podrías…? —La mirada del monje le dio a entender que empezaba a comprender qué pasaba.

—¿Quién es Girolamo Savonarola? —insistió Ezio.

—Mi primo, un devoto hombre de Dios. ¿Y quién, si me permites preguntarlo, quién eres tú? Aunque debo agradecerte humildemente que me hayas rescatado y sepas que te debo cualquier favor que puedas pedirme.

—Yo… no tengo nombre —dijo Ezio—. Pero hazme el favor de decirme el tuyo.

—*Fra Marcello* Savonarola —respondió sumisamente el monje.

Ezio tomó nota. Su cabeza discurría a toda velocidad.

—¿Dónde está tu primo Girolamo?

El fraile Marcello se puso a pensar, luchando contra su conciencia.

—Cierto es que mi primo… tiene una visión singular sobre cómo servir a Dios… Predica su propia doctrina… Ahora podrías encontrarlo en Venecia.

—¿Y qué está haciendo allí?

Marcello se enderezó.

—Creo que va por el camino equivocado. Predica el fuego del infierno. Afirma ver el futuro. —Marcello miró a Ezio con los ojos inyectados en

sangre, con unos ojos agónicos—. Si quieres conocer de verdad mi opinión, ¡creo que vomita locura!

CAPÍTULO 25

Ezio tenía la sensación de haber perdido demasiado tiempo en lo que parecía una búsqueda infructuosa. Perseguir a Savonarola era como perseguir un fuego fatuo, una quimera, tu propia cola. Pero la búsqueda tenía que proseguir, inexorablemente, pues aquel hombre de Dios con nueve dedos estaba en posesión del Fruto del Edén, la llave de acceso a mucho más de lo que podía imaginarse, y era un maniaco religioso peligroso, un auténtico descerebrado potencialmente menos controlable que el Maestro, Rodrigo Borgia, en persona.

Fue Teodora quien acudió a recibirlo cuando desembarcó de la galera en los muelles de Venecia, procedente de Rávena.

En 1492, Venecia seguía aún bajo el mandato relativamente honesto del dux Agostino Barbarigo. La ciudad hervía con la noticia de que Venecia había rechazado los locos planes de un marinero genovés, llamado Christoffa Corombo, de navegar rumbo al oeste para cruzar el Mar Océano; al parecer, el marinero había encontrado el apoyo financiero de España y estaba a punto de embarcarse. ¿Habría sido Venecia la que había cometido la locura de no subvencionar la expedición? Si Corombo lo lograba, se establecería una ruta marítima segura hacia las Indias que evitaría la tradicional ruta terrestre bloqueada ahora por los turcos otomanos. Pero la cabeza de Ezio estaba tan atiborrada de otros asuntos que no podía prestar mucha atención a aquellos asuntos relacionados con la política y el comercio.

—Recibimos tus noticias —dijo Teodora—. Pero ¿estás seguro?

—Es la única pista que he conseguido, y me parece buena. Estoy seguro de que el Fruto del Edén está de nuevo aquí, en manos de ese monje, Savonarola. Me han dicho que predica a las masas sobre el fuego del infierno que está por venir.

—He oído hablar de él.

—¿Sabes dónde podría encontrarlo, Teodora?

—No. Pero en el barrio de los artesanos he visto un Heraldo llamando a las multitudes, predicando ese montón de tonterías sobre el fuego del infierno de las que hablas. A lo mejor es un discípulo de tu monje. Ven conmigo. Serás mi invitado mientras permanezcas aquí y, en cuanto estés instalado, iremos directamente al lugar donde ese hombre predica sus sermones.

Tanto Ezio como Teodora y, de hecho, todas las personas racionales e inteligentes, sabían por qué la gente empezaba a ser presa de una especie de histeria violenta e incontrolada. Se acercaba el año del medio milenio, 1500, y muchos creían que aquel año marcaría el Segundo Advenimiento, cuando el Señor «venga en su gloria, y en la gloria de su Padre, acompañado por diez mil santos, incluso de miríadas de ángeles, y se sentará en su trono glorioso. Y ante él se reunirán todas las naciones; y él separará a unos de otros, como separa el pastor a las ovejas, los salvados, a su derecha, de las cabras, los condenados, a su izquierda».

La descripción que San Mateo había hecho del Juicio Final reverberaba en la imaginación de muchos.

—Tanto el Heraldo como su jefe están sacando provecho de la *febbre di fine secolo* —dijo Teodora—. Por lo que sé, incluso ellos mismos creen en todo eso.

—Me imagino que sí —dijo Ezio—. El peligro es que, con el Fruto del Edén en su poder, podrían provocar un desastre que nada tendría que ver con Dios, y todo que ver con el Diablo. —Hizo una pausa—. Pero de momento no han desplegado el poder que tienen en sus manos, y debemos dar gracias a Dios por ello, pues dudo que supieran cómo controlarlo. De momento, al menos, parecen contentarse con predecir el Apocalipsis y eso —rio con amargura—, siempre ha sido una venta fácil.

—Pero la cosa va a peor —dijo Teodora—. De hecho, cualquiera podría creer que el Apocalipsis está al alcance de la mano. ¿Te has enterado de la mala noticia?

—No me he enterado de nada desde que partí de Forli.

—Lorenzo de Medici ha muerto en su villa de Careggi.

Ezio se apenó.

—Es una tragedia. Lorenzo era un verdadero amigo de mi familia y sin su mano protectora me temo que nunca conseguiré recuperar el Palazzo Auditore. Pero esto no es nada en comparación con lo que su fallecimiento podría significar para la paz que consiguió mantener entre las ciudades-estado. Algo que siempre fue frágil, incluso en las mejores épocas.

—Y hay más —dijo Teodora—. Una noticia peor, si cabe, que la muerte de Lorenzo. —Hizo una pausa—. Prepárate para lo que voy a decirte, Ezio. El Español, Rodrigo Borgia, ha sido elegido Papa. ¡Gobierna el Vaticano y Roma como el Sumo Pontífice Alejandro VI!

—¿Qué? ¿Por qué diablura…?

—El Cónclave de Roma acaba de finalizar este mismo mes. Corre el rumor de que Rodrigo compró la mayoría de los votos. ¡Incluso Ascanio Sforza, que era el candidato opositor más probable, votó por él! Dicen que lo sobornó con cuatro mulas cargadas de plata.

—¿Qué beneficio obtiene con el papado? ¿Qué anda buscando?

—¿No te parece bastante la influencia que esto significa? —Teodora se quedó mirándolo—. Ahora estamos bajo el poder de un lobo, Ezio. El más voraz, tal vez, que el mundo haya conocido.

—Lo que dices es cierto, Teodora. Pero el poder que busca es incluso mayor que el que el papado podría otorgarle. Si controla el Vaticano, estará mucho más cerca de poder acceder a la Bóveda; y sigue detrás del Fruto del Edén, del «Fragmento del Edén» que necesita para hacerse con el poder de Dios en persona.

—Recemos para que consigas devolverlo a los Asesinos. Rodrigo, como Papa y Maestro de los Templarios, ya es peligroso de por sí. Si tuviera además el Fruto del Edén… —Se interrumpió—. Como bien dices, sería indestructible.

—Resulta extraño —dijo Ezio.

—¿El qué?

—Nuestro amigo Savonarola no lo sabe, pero tiene dos cazadores que van tras él.

Teodora guio a Ezio hasta la gran plaza del barrio de los artesanos de Venecia donde el Heraldo solía pronunciar sus sermones y lo dejó solo allí. Ezio, encapuchado, sin levantar mucho la cabeza, aunque alerta en todo momento, se fundió entre el gentío que empezaba a reunirse en el lugar. Al cabo de poco rato, la plaza estaba abarrotada, la muchedumbre congregada en torno a un pequeño escenario de madera al que acababa de subir un hombre de aspecto austero con fríos ojos azules, pómulos hundidos, cabello gris oscuro y manos nudosas, vestido con una sencilla túnica de lana de color gris. Empezó a hablar, interrumpiéndose únicamente cuando los vítores enloquecidos del público le obligaban a hacerlo. Ezio se dio cuenta de la facilidad con la que un solo hombre podía conducir a centenares de personas a un estado de ciega histeria.

—¡Reuníos, hijos, y escuchad mi palabra! Porque el Fin de los Días se acerca. ¿Estáis preparados para lo que está por llegar? ¿Estáis preparados para ver la Luz con la que mi hermano Savonarola nos ha bendecido? —Levantó las manos, y Ezio, que sabía exactamente a qué luz se refería el Heraldo, siguió escuchando con sobriedad—. Se acercan días oscuros —prosiguió el Heraldo—. Pero mi hermano me ha mostrado el camino hacia la salvación, hacia la luz celestial que nos aguarda. Pero solo estaremos preparados si nos adherimos a él. Dejemos que Savonarola sea nuestro guía, porque solamente él sabe lo que está por llegar. Él no nos llevará por el mal camino. —El Heraldo se inclinó hacia delante sobre el atril—. ¿Estáis preparados para el Juicio Final, hermanos y hermanas? ¿A quién seguiréis cuando llegue el momento? —Hizo una pausa para enfatizar sus palabras—. En las iglesias hay muchos que afirman ofrecer la salvación, los requirentes, los perdonadores, los descabellados esclavos de la superstición… ¡Pero no, hijos míos! ¡Todos esos están sometidos a la esclavitud del Papa Borgia, sometidos a la esclavitud del «Papa» Alejandro, el sexto y el más endeudado con ese nombre!

La multitud empezó a gritar. Ezio puso mala cara. Recordó las supuestas profecías que había visto sobre el proyecto del Fruto del Edén en el taller de

Leonardo. En un futuro lejano llegaría un tiempo en el que el infierno se desplegaría de verdad sobre la tierra… a menos que él pudiera impedirlo.

—El nuevo Papa Alejandro no es un hombre espiritual; no es un hombre del alma. Los hombres como él compran nuestras oraciones y venden sus bienes para obtener un beneficio. ¡Los sacerdotes de nuestras iglesias no son más que mercaderes eclesiásticos! ¡Solo uno entre todos nosotros es un auténtico hombre espiritual, solo uno entre nosotros ha visto el futuro y ha hablado con el Señor! ¡Él nos guiará!

Ezio se preguntó si el monje loco habría abierto también el Fruto del Edén. ¿Habría desplegado las mismas visiones? ¿Qué había dicho Leonardo sobre el Fruto del Edén? ¿Que volvería locas a las mentes más débiles?

—Savonarola nos liderará hacia la luz —estaba diciendo el Heraldo a modo de conclusión—. ¡Savonarola nos contará lo que está por venir! ¡Savonarola nos conducirá hasta las mismas puertas del cielo! No queremos ese nuevo mundo del que Savonarola ha podido ser testigo. ¡El hermano Savonarola sigue el camino hacia Dios que todos hemos estado buscando!

Volvió a levantar las manos y la multitud continuó gritando y vitoreándolo.

Ezio sabía que la única manera de encontrar al monje era a través de su acólito. Pero tenía que encontrar la manera de llegar hasta él sin levantar las sospechas de la devota muchedumbre. Se adelantó con cautela, representando el papel del hombre sumiso que busca conversación entre el rebaño del Heraldo.

No le resultó fácil. Recibió agresivos empujones de la gente que se percataba de que era un desconocido, un recién llegado, alguien a quien mirar con recelo. Pero él se dedicó a sonreír, a hacer reverencias e incluso, como último recurso, a arrojarles dinero, diciendo:

—Quiero dar limosnas para la causa de Savonarola y para los que lo apoyan y creen en él.

Y el dinero funcionó como siempre. De hecho, Ezio llegó a la conclusión de que el dinero era la mejor arma de conversión que existía. Por fin el Heraldo, que había estado observando el avance de Ezio con una combinación de diversión y satisfacción, ordenó a sus guardaespaldas que se hicieran a un lado y le indicó con señas que se acercara a él, guiándolo

hacia un lugar más tranquilo, una *piazzetta* separada de la plaza principal, donde podrían mantener una conversación en privado. Ezio comprendió que el Heraldo creía haber hecho una importante y acaudalada incorporación a su rebaño de seguidores.

—¿Dónde está Savonarola? —le preguntó Ezio.

—Está en todas partes, hermano —respondió el Heraldo—. Está en todos y cada uno de nosotros, y todos y cada uno de nosotros estamos con él.

—Escúchame, amigo —dijo con prisas Ezio—. Busco al hombre, no al mito. Dime, por favor, dónde está.

El Heraldo lo miró con recelo, y Ezio vio con claridad cierto indicio de locura en su mirada.

—Ya te he dicho dónde está. Mira, Savonarola te ama tal y como eres. Él te mostrará la Luz. ¡Él te mostrará el futuro!

—Pero tengo que hablar con él personalmente. ¡Debo ver al gran líder! ¡Y tengo enormes riquezas que aportar a su imponente cruzada!

El Heraldo lo miró astutamente al oír aquello.

—Entiendo —dijo—. Ten paciencia. La hora no ha llegado todavía. Pero te unirás a nosotros en nuestro peregrinaje, hermano.

Y Ezio tuvo paciencia. Tuvo mucha paciencia. Entonces, un día, recibió una citación del Heraldo invitándolo a reunirse con él en los muelles de Venecia al anochecer. Llegó temprano y esperó con nervios e impaciencia, hasta que por fin vio una figura borrosa avanzando entre la neblina del atardecer.

—No estaba seguro de que fueras a venir —le dijo al Heraldo a modo de saludo.

El Heraldo parecía satisfecho.

—La búsqueda de la Verdad te apasiona, hermano. Y ha soportado el paso del tiempo. Pero ahora estamos preparados y nuestro gran líder ha asumido las responsabilidades de mando para las que nació. ¡Ven!

Echó a andar por delante de él y guio a Ezio hacia un muelle donde se encontraba atracada una galera de gran tamaño. Junto a ella esperaba una multitud de fieles. El Heraldo se dirigió a ellos:

—¡Hijos míos! Por fin ha llegado la hora de partir. ¡Nuestro hermano y guía espiritual, Girolamo Savonarola, nos espera en la ciudad que por fin ha hecho suya!

—¡Sí, la ha hecho suya! ¡El bastardo hijo de puta ha humillado mi ciudad y mi hogar…, la ha llevado al borde de la locura!

La multitud y Ezio se volvieron para mirar a la persona que acababa de hablar, un hombre joven de pelo largo vestido con una capa negra, con labios carnosos y un rostro débil, deformado ahora por la rabia.

—Acabo de escapar de allí —prosiguió—. Expulsado de mi ducado por ese gilipollas de rey, Carlos de Francia, cuya injerencia me ha llevado a ser sustituido por ese Perro de Dios, Savonarola.

El ambiente entre el gentío empezó a enrarecerse y a buen seguro habrían acabado cogiendo al joven y echándolo a la laguna de no haberlo impedido el Heraldo.

—Dejad que este hombre exprese su opinión —ordenó el Heraldo y, volviéndose hacia el desconocido, le preguntó—: ¿Por qué pronuncias el nombre de Savonarola en vano, hermano?

—¿Por qué? ¿Por qué? ¡Por lo que le ha hecho a Florencia! ¡Controla la ciudad! O bien la *Signoria* lo apoya, o bien se siente impotente contra él. Incita a las masas e incluso gente que debería tener más juicio, como el maestro Botticelli, le sigue servilmente. ¡Queman libros, obras de arte, cualquier cosa que ese loco considere inmoral!

—¿Que Savonarola está ahora en Florencia? —preguntó con toda la intención Ezio—. ¿Estás seguro?

—¿Dónde estaría si no? ¡Ojalá estuviera en la luna o en la boca del infierno! ¡He escapado por los pelos con vida!

—¿Y quién eres tú exactamente, hermano? —preguntó el Heraldo, dejando traslucir su impaciencia.

El joven se enderezó.

—Soy Piero de Medici. ¡Hijo de Lorenzo *Il Magnifico* y legítimo gobernador de Florencia!

Ezio le estrechó la mano.

—Encantado de conocerte, Piero. Tu padre fue mi amigo fiel.

Piero se quedó mirándolo.

—Gracias por ello, quienquiera que seas. Por lo que a mi padre se refiere, tuvo suerte de morir antes de que toda esta locura asolara nuestra ciudad como una ola gigante. —Se volvió despreocupadamente hacia la enajenada multitud—. ¡No apoyéis a ese desdichado monje! ¡Es un loco peligroso con un ego del tamaño del Duomo! ¡Debería ser sacrificado como el perro loco que es!

La multitud, como una sola voz, rugió de rabia. El Heraldo se volvió hacia Piero y vociferó:

—¡Hereje! ¡Sembrador de ideas malignas! —Y dirigiéndose al gentío, gritó—: ¡Este es el hombre que debe ser sacrificado! ¡Silenciado! ¡Enviado a la hoguera!

Tanto Piero como Ezio, a su lado, habían desenfundado ya las espadas y se enfrentaron a la amenazadora chusma.

—¿Quién eres? —preguntó Piero.

—Auditore, Ezio —respondió.

—¡Ah! *Sono grato del tuo aiuto*. Mi padre hablaba a menudo de ti. —Su mirada bailó por encima de sus adversarios—. ¿Saldremos de esta?

—Eso espero. Pero no has sido lo que se dice muy diplomático.

—¿Y yo qué sabía?

—Acabas de destruir un esfuerzo y una preparación indecibles; pero no importa. ¡Ahora presta atención a tu espada!

La batalla fue dura pero breve. Los dos hombres permitieron que la turba los empujase hacia un almacén abandonado y fue allí donde tomaron posiciones. Por suerte, los peregrinos, aunque furiosos, estaban lejos de ser luchadores experimentados y en cuanto los más osados se retiraron cargados de cortes profundos y cuchilladas provocadas por las espadas de Ezio y Piero, el resto retrocedió y salió huyendo. Solo el Heraldo, oscuro e inexorable, se mantenía en su puesto.

—¡Impostor! —le dijo a Ezio—. Te congelarás para siempre en el hielo del Cuarto y el Noveno Círculo. Y seré yo quien te envíe allí.

Extrajo de entre sus ropajes una afilada navaja suiza y corrió hacia Ezio levantando el arma por encima de su cabeza, listo para atacar. Ezio, retrocediendo, tropezó y quedó a merced del Heraldo, pero Piero atravesó con su espada las piernas del atacante y Ezio, de nuevo en pie, desenfundó

su daga de doble filo y clavó las afiladas puntas en el abdomen de aquel hombre. La figura del Heraldo se estremeció con el impacto; lanzó un grito sofocado y cayó al suelo, retorciéndose y contorsionándose, hasta por fin quedarse inmóvil.

—Espero que esto te compense la jugada que te he hecho —dijo Piero con una sonrisa arrepentida—. ¡Vamos! Vayamos al palacio del dux para decirle a Agostino que envíe la guardia y se asegure de que esa pandilla de lunáticos se ha dividido y que vuelven todos a sus perreras.

—*Grazie* —dijo Ezio—. Pero yo iré en dirección opuesta. Tengo que ir a Florencia.

Piero lo miró con incredulidad.

—¿Qué? ¿A la boca del infierno?

—Tengo mis motivos para perseguir a Savonarola. Aunque quizás tampoco sea demasiado tarde para reparar el daño que le ha hecho a nuestra ciudad natal.

—Entonces, te deseo suerte —dijo Piero—. Sea cual fuere el fin que persigues.

CAPÍTULO 26

Fra Girolamo Savonarola tomó posesión efectiva del gobierno de Florencia en 1494, a los cuarenta y dos años de edad. Era un hombre atormentado, un genio retorcido y un creyente fanático de los peores; pero lo más aterrador de todo fue que el pueblo le permitió no solo liderarle, sino incitarle a cometer los más ridículos y destructivos actos de locura. Todo ello sustentado por el terror al fuego del infierno y por una doctrina que predicaba que el placer, los bienes mundanos y los trabajos fruto de la mano del hombre eran despreciables, y que solo a través de la abnegación más completa podía una persona hallar la luz verdadera de la fe.

No era de extrañar, pensó Ezio, reflexionando sobre esos temas mientras cabalgaba hacia su ciudad natal, que Leonardo se quedara en Milán. Ezio se había enterado además, pensando en su amigo, de que la homosexualidad, con respecto a la cual hasta la fecha las autoridades habían hecho la vista gorda o habían castigado con una multa asequible, volvía a ser en Florencia un delito punible con la muerte. Y no era de extrañar, también, que la gran escuela materialista y humanista de pensadores y poetas que se había reunido en torno del espíritu cultivado e ilustrado de Lorenzo, se hubiera disuelto y salido en busca de un terreno menos estéril que el desierto intelectual en el que rápidamente estaba convirtiéndose Florencia.

A medida que fue aproximándose a la ciudad, Ezio se percató de la presencia de grandes grupos de monjes con hábitos negros y seglares con sobrios atuendos encaminándose en la misma dirección. Se les veía solemnes, aunque honestos. Todos andaban con la cabeza gacha.

—¿Hacia dónde os dirigís? —preguntó a uno de ellos.

—A Florencia. A sentarnos a los pies del gran líder —le respondió un mercader de cara muy pálida antes de seguir andando.

Era un camino ancho y Ezio divisó otra marea de gente acercándose hacia él en dirección contraria, evidentemente procedentes de la ciudad. Caminaban también cabizbajos, con expresión grave y deprimida. Cuando pasaron a su lado, Ezio consiguió escuchar retazos de sus conversaciones y comprendió que toda aquella gente había emprendido un exilio voluntario. Empujaban carros cargados hasta arriba, o arrastraban sacos o bultos con sus pertenencias. Eran refugiados, desterrados de sus hogares por los edictos del Monje o por decisión propia, incapaces de vivir más tiempo bajo su mandato.

—Solo con que Piero hubiese tenido una décima parte del talento de su padre, tendríamos algo a lo que poder llamar hogar… —decía uno.

—Jamás deberíamos haber permitido que ese loco se afianzara en nuestra ciudad —murmuraba otro—. Mira toda la miseria que ha traído…

—Lo que no entiendo es por qué hay tantos dispuestos a aceptar su opresión —dijo una mujer.

—En este momento, cualquier lugar es mejor que Florencia —comentó otra mujer—. ¡Nos han expulsado por negarnos a entregar todo lo que teníamos a su preciosa iglesia de San Marco!

—Es brujería, es la única forma de explicarlo. Incluso el maestro Botticelli se encuentra bajo el hechizo de Savonarola… Aunque a decir verdad, se está haciendo viejo, debe de rondar ya los cincuenta, y a lo mejor está subiendo sus apuestas para alcanzar el cielo.

—¡Quemas de libros, arrestos, esos interminables sermones! Y pensar en lo que era Florencia hace apenas dos años… ¡Un modelo contra la ignorancia! Y ahora estamos de nuevo aquí, empantanados en la Época Oscura.

Y entonces, una mujer comentó algo que obligó a Ezio a aguzar el oído.

—A veces desearía que el Asesino regresara a Florencia, para que nos liberara de esta tiranía.

—¡Ni en sueños! —replicó su amigo—. ¡El Asesino es un mito! Como el coco que los padres siempre utilizan con sus hijos.

—Te equivocas. Mi padre lo vio en San Gimignano —dijo la primera mujer con un suspiro—. Pero eso fue hace muchos años.

—Sí, sí…, *se lo tu dici*.

Ezio pasó a galope a su lado, el corazón presionándole el pecho. Pero se animó en cuanto vio acercándose hacia él por el camino un rostro conocido.

—*Salute*, Ezio —dijo Maquiavelo, su cara medio seria, medio picara más envejecida, aunque más interesante gracias al paso de los años.

—*Salute*, Nicolás.

—Has elegido un buen momento para volver a casa.

—Ya me conoces. Cuando hay enfermedades, me gusta intentar curarlas.

—La verdad es que tu ayuda nos iría bien —dijo Maquiavelo, suspirando—. Sin duda alguna, Savonarola no podría haber llegado donde está si no hubiese utilizado ese artefacto poderoso, el Fruto del Edén. —Levantó la mano—. Estoy al corriente de todo lo sucedido desde la última vez que nos vimos. Hace dos años, Caterina envió un mensajero desde Forli, y recientemente ha llegado una carta de Piero desde Venecia.

—Estoy aquí por el Fruto del Edén. Hace ya demasiado tiempo que no está en nuestro poder.

—En cierto sentido, supongo que deberíamos estarle agradecidos a ese cadavérico de Girolamo —dijo Maquiavelo—. Al menos ha conseguido que no caiga en manos del nuevo Papa.

—¿Ha intentado alguna cosa?

—No para de intentarlo. Corre el rumor de que Alejandro tiene planes de excomulgar a nuestro querido dominico. Aunque esto no servirá para cambiar mucho la situación que vivimos aquí.

Dijo Ezio:

—Tendríamos que ponernos manos a la obra e intentar recuperarlo sin más demora.

—¿El Fruto del Edén? Por supuesto…, aunque me parece que será más complicado de lo que te imaginas.

—¡Ja! ¿Y cuándo no lo ha sido? —Ezio se quedó mirándolo—. ¿Por qué no me pones al día de todo?

—Ven, volvamos a la ciudad. Te contaré todo lo que sé. Aunque hay poco que contar. En dos palabras, el rey Carlos VIII de Francia consiguió finalmente doblegar a Florencia. Piero huyó. Carlos, más hambriento de territorio que nunca —sigo sin entender por qué lo llaman «el Afable»—, prosiguió su marcha sobre Nápoles, y Savonarola, el Patito Feo, vio de repente su oportunidad y llenó el vacío de poder. Es como cualquier dictador, sea de pacotilla o majestuoso. Totalmente carente de humor, convencido de su causa y lleno a rebosar de un sentimiento inquebrantable de engreimiento. El tipo de príncipe más efectivo y más desagradable que podrías desear. —Hizo una pausa—. Algún día escribiré un libro sobre el tema.

—¿Y ha sido el Fruto del Edén el medio que justifica su fin?

Maquiavelo abrió las manos.

—Solo en parte. En su mayoría, y odio decirlo, lo debe todo a su carisma. No solo ha cautivado a la ciudad en sí, sino también a sus líderes, hombres con influencia y poder. Naturalmente, hubo en la *Signoria* quien le opuso resistencia de entrada, pero ahora… —Maquiavelo adoptó una expresión de preocupación—. Ahora los tiene a todos en el bolsillo. El hombre al que todo el mundo vilipendiaba se convirtió de repente en un hombre venerado. Y los que no estaban de acuerdo, se vieron obligados a largarse. Y sigue pasando, como has podido comprobar tú mismo. Y ahora el consejo florentino oprime a los ciudadanos y garantiza el cumplimiento de la voluntad del Monje loco.

—¿Y qué pasa con la gente decente normal y corriente? ¿De verdad se comportan como si no tuvieran ni voz ni voto en todo este tema?

Maquiavelo sonrió con tristeza.

—Conoces la respuesta a esto tan bien como yo, Ezio. Raro es el hombre dispuesto a oponerse al estado de cosas. Y de hacerlo… recae sobre nosotros ayudarlo a salir adelante.

Los dos Asesinos habían llegado ya a las puertas de la ciudad. Los guardias armados, como cualquier policía al servicio de los intereses del estado sea cual sea su moralidad, examinaron sus documentos y los dejaron pasar, aunque no sin que antes Ezio se percatara de que había otro grupo de

guardias apilando los cadáveres de varios hombres vestidos con un uniforme que ostentaba el blasón de Borgia. Se lo comentó a Nicolás.

—Oh, sí —dijo Maquiavelo—. Como te he dicho, el amigo Rodrigo —nunca me acostumbraré a llamar Alejandro a ese cabrón— sigue intentándolo. Envía a sus soldados a Florencia y Florencia se los devuelve, habitualmente hechos pedacitos.

—¿De modo que sabe que el Fruto del Edén está aquí?

—¡Por supuesto que lo sabe! Y debo admitir que es una desafortunada complicación añadida.

—¿Y dónde está Savonarola?

—Dirige la ciudad desde el Convento di San Marco. Casi nunca sale de él. ¡A Dios gracias, *Fra* Angélico no ha vivido para ver el día en que Girolamo se instaló allí!

Desmontaron, guardaron los caballos en los establos, y Maquiavelo lo dispuso todo para encontrarle alojamiento a Ezio. La casa de placer de Paola había sido clausurada, junto con todas las demás, según le explicó Maquiavelo. El sexo y el juego, el baile y el boato, ocupaban puestos prioritarios en la lista de temas inaceptables de Savonarola. El asesinato justificado y la opresión, por otro lado, estaban permitidos.

Una vez que Ezio estuvo instalado, Maquiavelo lo acompañó al enorme complejo religioso de San Marcos. Ezio recorrió los edificios evaluándolos.

—El asalto directo resultaría peligroso —decidió—. Sobre todo teniendo en cuenta que está en posesión del Fruto del Edén.

—Cierto —coincidió Maquiavelo—. Pero ¿qué otra alternativa hay?

—Aparte de los líderes de la ciudad, que sin duda tienen intereses personales, ¿estás convencido de que la gente cree de verdad en eso?

—Un optimista apostaría por ello —respondió Maquiavelo.

—Lo que quiero decir es si no te parece que siguen al Monje, no por propia decisión, sino más bien a fuerza de opresión y miedo.

—Nadie, exceptuando un dominico o un político, te lo discutiría.

—Entonces propongo que lo aprovechemos a nuestro favor. Si conseguimos silenciar a sus lugartenientes y sembrar el descontento, Savonarola empezará a distraerse y tendremos la oportunidad idónea para atacar.

Maquiavelo sonrió.

—Una propuesta inteligente. Tendría que existir un adjetivo para describir a la gente como tú. Hablaré con *La Volpe* y Paola… si es que siguen aquí obligados a vivir en la clandestinidad. Podrán ayudarnos a organizar un levantamiento cuando liberes los barrios.

—Entonces todo arreglado.

Pero Ezio estaba preocupado y Maquiavelo se dio cuenta de ello. Lo guio hacia el tranquilo claustro de una pequeña iglesia cercana y le hizo sentarse.

—¿Qué sucede, amigo? —le preguntó.

—Dos cosas, pero son temas personales.

—Cuéntamelos.

—El antiguo *palazzo* de mi familia… ¿qué ha sido de él? No me atrevo ni a ir a ver.

El rostro de Maquiavelo se ensombreció.

—Sé fuerte, mi querido Ezio. Tu *palazzo* sigue en pie, pero la capacidad de protección de Lorenzo duró solo el tiempo que duró su poder, su propia vida. Piero intentó seguir el ejemplo de su padre, pero después de ser expulsado por los franceses, el Palazzo Auditore fue requisado y utilizado como cuartel de los mercenarios de la guardia suiza de Carlos. Cuando se fueron para proseguir su marcha hacia el sur, los hombres de Savonarola lo limpiaron de todo lo que podía quedar en él y lo cerraron. Sé valiente. Algún día acabarás restaurándolo.

—¿Y Annetta?

—Escapó, gracias a Dios, y ahora está con tu madre en Monteriggioni.

—Al menos eso es una buena noticia.

Después de un prolongado silencio, le preguntó Maquiavelo:

—¿Y el segundo tema? Ezio susurró:

—Cristina…

—Me pides que te cuente cosas difíciles, *amico mio*. —Maquiavelo frunció el entrecejo—. Pero debes conocer la verdad. —Hizo una pausa—. Ha muerto, amigo mío. Manfredo no marchó, como hicieron muchos de sus amigos después de las dos plagas: los franceses y Savonarola. Estaba convencido de que Piero organizaría una contraofensiva y recuperaría la

ciudad. Pero hubo una noche horrorosa, poco después de que el Monje subiera al poder, en la que todos aquellos que no entregaron voluntariamente sus pertenencias a las hogueras de las vanidades que el Monje organizó para quemar y destruir todos los objetos lujosos y mundanos, vieron sus casas saqueadas y destruidas por las llamas.

Ezio escuchó el relato, obligándose a mantener la calma, aunque sentía su corazón a punto de estallar.

—Los fanáticos de Savonarola —prosiguió Maquiavelo—, entraron a la fuerza en el Palazzo d'Arzenta. Manfredo intentó defenderse, pero eran demasiados enfrentados contra él y sus hombres… Y Cristina no quiso abandonarlo. —Maquiavelo hizo una larga pausa, reprimiendo las lágrimas —. En su frenesí, los maniacos religiosos acabaron también con su vida con un arma blanca.

Ezio se quedó con la mirada fija en la pared encalada que tenía enfrente. Todo mínimo detalle, toda mínima grieta, incluso las hormigas que paseaban por ella, se concentraron en su terrible mirada.

CAPÍTULO 27

Hasta qué punto son vanas nuestras esperanzas,
hasta qué punto inútiles los planes que con tanta perfección trazamos,
hasta qué punto reina la ignorancia en la tierra,
la muerte, la amante de todos nosotros, podrá respondérnoslo.
Los hay que pasan sus días deleitándose con canciones, bailes y torneos,
los hay que consagran su talento a las artes amables,
los hay que desprecian el mundo de todas las maneras posibles,
los hay que ocultan los impulsos que mueven su corazón.
Vanos pensamientos y deseos, desvelos de todo tipo
prevalecen sobremanera en esta agraviante tierra
y su diversa presencia supera el saber de la naturaleza;
la fortuna actúa con mentalidad inconstante,
las cosas son aquí efímeras, bajas y frágiles,
solo la muerte se mantiene eternamente firme.

Ezio dejó caer de su mano el libro de sonetos de Lorenzo. La noticia de la muerte de Cristina solo había servido para aumentar su decisión de eliminar su causa. Su ciudad llevaba demasiado tiempo sufriendo bajo el mando de Savonarola, eran excesivos los ciudadanos, de toda condición, que habían caído bajo su hechizo, y los que discrepaban se habían visto discriminados, obligados a pasar a la clandestinidad o empujados al exilio. Había llegado el momento de actuar.

—Hemos perdido en el exilio a mucha gente que podría habernos ayudado —le explicó Maquiavelo—. Pero ni siquiera los principales enemigos de Savonarola fuera de nuestra ciudad-estado, y me refiero al

duque de Milán y a nuestro viejo amigo Rodrigo, el Papa Alejandro VI, han conseguido desalojarlo.

—¿Y qué me cuentas de esas hogueras?

—La mayor locura de todas. Savonarola y sus más íntimos aliados organizan grupos de seguidores que van puerta a puerta y exigen la entrega de cualquier objeto que consideren moralmente cuestionable, incluso cosméticos y espejos, y ni que decir tiene pinturas, libros supuestamente inmorales, todo tipo de juegos incluyendo el ajedrez, instrumentos musicales…, de todo. Si el Monje y sus seguidores creen que pueden ser una distracción de la religión, los llevan a la Piazza della Signoria, encienden enormes hogueras y lo queman todo. —Maquiavelo movió la cabeza de un lado a otro—. Florencia ha perdido gran parte de sus objetos de valor y su belleza de esta manera.

—¿Y no crees que la ciudad se está hartando de este tipo de comportamiento?

El rostro de Maquiavelo se iluminó.

—Sí, y ese sentimiento es nuestro principal aliado. Tengo la impresión de que Savonarola cree de verdad que el Día del Juicio Final está a la vuelta de la esquina. El único problema es que no muestra signos de llegar, e incluso algunos de los que al principio creían firmemente en él, empiezan ahora a titubear. Por desgracia, hay demasiado poder e influencia que sigue apoyándolo sin rechistar. Si pudiéramos eliminarlos…

Y así fue como se inició un periodo frenético de persecución y eliminación de esos seguidores que, realmente, eran gente de toda condición: un artista destacado, un antiguo soldado, un mercader, varios sacerdotes, un médico, un granjero y un par de aristócratas, todos los cuales se aferraban con fanatismo a las ideas que el Monje les había imbuido. Algunos comprendieron que había sido una locura antes de morir; otros permanecieron inquebrantables en sus convicciones. Mientras llevaba a cabo aquella desagradable tarea, Ezio se vio amenazado de muerte con tremenda frecuencia. Pero enseguida empezó a filtrarse el rumor por la ciudad: conversaciones a altas horas de la noche, murmullos en tabernas

ilegales y en callejones. El Asesino ha vuelto. El Asesino ha vuelto para salvar Florencia…

A Ezio le entristecía hasta lo más profundo de su alma ver su ciudad natal, su familia, su herencia, convertidas en víctimas de los abusos del odio y la locura del fervor religioso. Fue con el corazón duro como una piedra que ejerció su mortal labor, un viento helado que limpió la corrompida ciudad de aquellos que le habían usurpado a *Firenze* su gloria. Como siempre, asesinó con compasión, consciente de que no había otra forma posible para los que tanto se habían alejado de Dios. A lo largo de aquellas horas de oscuridad, ni una sola vez se alejó de su deber para con el Credo de los Asesinos.

Poco a poco, el ambiente general de la ciudad empezó a titubear y Savonarola vio que el apoyo de sus seguidores menguaba. Mientras tanto, Maquiavelo, *La Volpe* y Paola trabajaron en equipo con Ezio para organizar un levantamiento, una sublevación guiada por un lento pero contundente proceso de iluminación espiritual del pueblo.

El último de los «objetivos» de Ezio era un engatusado sacerdote, que cuando Ezio acabó por fin localizándolo, estaba predicando ante una multitud delante de la iglesia del Santo Spirito.

—¡Gente de Florencia! ¡Venid! Reuníos a mi alrededor. ¡Escuchad bien lo que tengo que deciros! ¡Se acerca el fin! ¡Es el momento del arrepentimiento! De suplicar el perdón de Dios. Escuchadme, si sois incapaces de verlo por vosotros mismos. Los *signos* nos rodean: ¡disturbios! ¡Hambre! ¡Enfermedades! ¡Corrupción! ¡Son los presagios de la oscuridad! ¡Debemos mantenernos firmes en nuestra devoción para que no nos consuman a todos! —Examinó la multitud con su mirada encendida—. Veo duda, creéis que estoy loco. Ahhh… ¿y no decían lo mismo los romanos de Jesucristo? Sabed que en su día, también yo compartía vuestra inseguridad, vuestro miedo. Pero eso fue antes de que Savonarola se acercara a mí. ¡Él me enseñó la verdad! Mis ojos se abrieron por fin. ¡Y por eso estoy hoy ante vosotros con la esperanza de poder abrir también los vuestros! —El sacerdote hizo una pausa para coger aire—. Comprended que estamos al borde del precipicio. Por un lado, el brillante y glorioso *Reino de Dios*. Por el otro…, ¡una hondonada sin fondo de desesperación! Estáis ya

tambaleándoos precariamente en el borde. Hombres como los Medici o los miembros de otras familias que en su día llamasteis maestros, buscaban los bienes y las ganancias terrenales. Abandonaron sus creencias a favor de los placeres materiales, y querían que vosotros siguieseis su ejemplo. —Hizo una nueva pausa, esta vez para enfatizar sus palabras, y continuó—: Nuestro sabio profeta dijo en su día: «Lo único bueno que les debemos a Platón y Aristóteles es que plantearan tantas discusiones que ahora podemos utilizarlas contra los herejes. Pero aun así, ellos y muchos otros filósofos están ahora en el infierno». Si valoráis la inmortalidad de vuestra alma, daréis la espalda a este recorrido profano y abrazaréis las enseñanzas de nuestro profeta, Savonarola. Así santificaréis vuestro cuerpo y vuestro espíritu. ¡Así descubriréis la Gloria de Dios! Y os convertiréis por fin en lo que nuestro Creador pretendía: ¡en sirvientes fieles y obedientes!

Pero la multitud, que empezaba a mermar, estaba perdiendo interés y unos cuantos se habían ido ya. Ezio dio un paso al frente y se dirigió al sacerdote:

—Intuyo que tu forma de pensar es propia —dijo.

El sacerdote se echó a reír.

—No todos necesitamos persuasión o coacción para estar convencidos. Yo ya creía. ¡Todo lo que he dicho es cierto!

—Nada de todo eso es cierto —replicó Ezio—. Y lo que voy a hacer ahora no es fácil. —Accionó la daga oculta y atravesó al sacerdote—. *Requiescat in pace* —dijo.

Alejándose de la víctima, se cubrió la cabeza con la capucha.

Fue un camino largo y arduo, pero hacia el final, Savonarola acabó convirtiéndose en el aliado involuntario de los Asesinos, pues el poder económico de Florencia empezó a menguar: el Monje detestaba tanto el comercio como hacer dinero, las dos cosas que habían hecho grande en su día a la ciudad. Y el Día del Juicio Final seguía sin llegar. Lo que sí llegó fue un fraile liberal franciscano que desafió al Monje con una ordalía de fuego. El Monje se negó a someterse a ella y su autoridad sufrió otro revés. A principios de mayo de 1497, una enorme cantidad de jóvenes de la ciudad

organizó manifestaciones de protesta, que acabaron convirtiéndose en disturbios. Después de aquello, las tabernas empezaron a abrir, la gente volvió a cantar, a bailar y a jugar, se reanudó la prostitución… La gente empezó a divertirse de nuevo, en realidad. Y los bancos y los negocios abrieron otra vez a medida que, lentamente primero, los exiliados regresaban a los barrios de la ciudad liberados ya del régimen del Monje. No sucedió todo ello de la noche a la mañana, pero finalmente, casi un año después del día de las protestas, el momento de la caída de Savonarola, que se había aferrado tenazmente al poder, se hizo inminente.

—Has hecho bien, Ezio —le dijo Paola, mientras esperaban con *La Volpe* y Maquiavelo frente a las puertas del complejo de San Marco, en compañía de una gran e impaciente muchedumbre procedente de los barrios liberados.

—Gracias. Pero ¿ahora qué pasará?

—Observa —dijo Maquiavelo.

Se abrió una puerta por encima de sus cabezas y apareció en un balcón una figura enjuta vestida de negro. El Monje lanzó una mirada iracunda a la población congregada.

—¡Silencio! —ordenó—. ¡Exijo silencio!

Sobrecogidos, aun sin quererlo, los congregados bajaron la voz.

—¿Por qué estáis aquí? —preguntó Savonarola— ¿por qué me molestáis? ¡Deberíais estar limpiando vuestras casas!

Pero la multitud rugió censurando sus palabras.

—¿Limpiarlas de qué? —gritó un hombre—. ¡Si ya te lo has llevado todo!

—¡Yo os he guiado! —gritó Savonarola a modo de respuesta—. ¡Pero ahora haréis lo que os ordene! ¡Os someteréis!

Y de entre los pliegues de sus ropajes extrajo el Fruto del Edén y lo levantó. Ezio vio que en la mano que lo sujetaba le faltaba un dedo. Al instante, el Fruto del Edén empezó a brillar y la multitud retrocedió, sofocando gritos. Pero Maquiavelo, manteniendo la calma, se preparó sin dudarlo un instante, lanzó un cuchillo que se clavó en el antebrazo del Monje. Con un alarido de rabia y de dolor, Savonarola soltó el Fruto del Edén, que cayó desde el balcón hacia la muchedumbre.

—¡Nooooo! —aulló. Pero de repente fue como si se encogiera, su comportamiento tan desconcertante como patético. Aquello fue suficiente para el gentío allí congregado. Unieron fuerzas y se lanzaron contra las puertas de San Marco.

—Rápido, Ezio —dijo *La Volpe*—. Encuentra el Fruto del Edén. No puede andar muy lejos.

Ezio lo vio, rodando sin rumbo entre los pies del gentío. Se sumergió en la muchedumbre, recibiendo golpes y patadas, hasta que por fin lo tuvo a su alcance. Lo guardó rápidamente en el saco de su cinturón. Las puertas de San Marco acababan de abrirse, pues probablemente algunos de los hermanos de su interior consideraban que la discreción formaba parte del coraje y deseaban salvar su iglesia y su monasterio además del pellejo, sometiéndose a lo inevitable. También tenía que haber unos cuantos de ellos hartos del agotador despotismo del Monje. La multitud cruzó las puertas y apareció de nuevo, unos minutos después, cargando en hombros a un Savonarola que no cesaba de lanzar gritos y patalear.

—Llevadlo al Palazzo della Signoria —ordenó Maquiavelo—. ¡Que lo juzguen allí!

—¡Idiotas! ¡Blasfemos! —vociferó Savonarola—. ¡Dios es testigo de este sacrilegio! ¡Cómo os atrevéis a tratar así a su Profeta! —Los gritos de rabia de la multitud casi acallaban su voz, pero estaba tan agitado como asustado, y continuó chillando, pues el Monje sabía, aunque no lo pensara exactamente en esos términos, que aquella podía ser su última baza—. ¡Herejes! ¡Arderéis todos en el infierno por esto! ¿Me habéis oído? ¡Arderéis!

Ezio y los demás Asesinos siguieron a la muchedumbre que se llevaba al Monje, que no cesaba de vociferar su continua combinación de súplicas y amenazas:

—La espada de Dios caerá sobre la tierra velozmente y de forma repentina. ¡Liberadme, pues solo yo puedo salvaros de su ira! ¡Hijos míos, prestadme atención antes de que sea demasiado tarde! ¡Solo existe una salvación verdadera, y habéis renunciado al camino que lleva a ella a cambio de simples beneficios materiales! Si no os sometéis de nuevo a mí, Florencia entera conocerá la ira del Señor… y esta ciudad caerá como

Sodoma y Gomorra, pues Él conocerá el alcance de vuestra traición. *Aiutami, Dio!* ¡Diez mil Judas han caído sobre mí!

Ezio estaba lo bastante cerca del alboroto como para poder oír el comentario de uno de los ciudadanos que cargaban con el Monje:

—Basta ya de mentiras. ¡Desde que llegaste aquí no has hecho más que derramar miseria y odio!

—Tal vez tengas a Dios en tu cabeza, Monje —dijo otro—, pero lo tienes muy lejos del corazón.

Estaban ya llegando a la Piazza della Signoria y la multitud inició sus gritos de triunfo.

—¡Ya hemos sufrido bastante! ¡Volveremos a ser un pueblo libre!

—¡La luz volverá pronto a nuestra ciudad!

—¡Hay que castigar al traidor! ¡El hereje es él! ¡Ha tergiversado la Palabra de Dios para sus propios intereses! —gritó una mujer.

—¡Por fin se ha roto el yugo de la tiranía religiosa! —exclamó otra—. ¡Savonarola será por fin castigado!

—¡La verdad nos ilumina y el miedo se ha evaporado! —gritó una tercera—. ¡Tus palabras ya no valen para nada, Monje!

—Afirmabas ser su profeta, pero tus palabras eran oscuras y crueles. Nos llamaste marionetas del diablo… ¡Me parece que la verdadera marioneta eras tú!

Ezio y sus amigos no tuvieron necesidad de seguir intercediendo, pues la maquinaria que habían puesto en movimiento realizaría por sí sola el resto del trabajo. Los líderes de la ciudad, tan ansiosos por salvar el pellejo como por recuperar el poder, salieron corriendo de la Signoria para hacer gala de su apoyo. Enseguida se erigió una tarima sobre ella, dispusieron una montaña gigantesca de astillas y leña en torno a tres estacas, mientras Savonarola y sus dos lugartenientes más apasionados eran arrastrados hacia el interior de la Signoria para ser sometidos a un breve y feroz juicio. Nunca se había mostrado misericordioso en consecuencia, nadie tuvo misericordia de él. Los encausados reaparecieron encadenados, y fueron conducidos a las estacas y atados a ellas.

—Oh, Señor, Dios mío, apiádate de mí —se oyó suplicar a Savonarola —. ¡Aléjame del abrazo del mal! ¡Rodeado como estoy de pecado, reclamo

tu salvación!

—Tú querías que yo ardiera —se burló un hombre—. ¡Pues ahora se han cambiado las tornas!

Los verdugos acercaron antorchas a la leña que rodeaba las estacas. Ezio observaba la escena, su cabeza ocupada por los recuerdos de los seres queridos que encontraron su final tantos años atrás exactamente en aquel mismo lugar.

—*Infelix ego* —rezó Savonarola, su voz reflejando el dolor a medida que el fuego fue prendiendo—. *Omnium auxilio destitutus*… He quebrantado las leyes del cielo y la tierra. ¿Hacia dónde puedo ir? ¿A quién puedo recurrir? ¿Quién se apiadará de mí? No me atrevo a levantar la vista al Cielo pues he pecado gravemente contra él. No puedo encontrar refugio en la Tierra pues en ella he sido un escándalo…

Ezio se aproximó todo lo que pudo. «A pesar del dolor que me ha ocasionado, ningún hombre, ni siquiera este, se merece morir con tanto dolor», pensó. Extrajo de su saca su pistola cargada y la unió al mecanismo de su brazo derecho. En aquel momento, Savonarola se percató de su presencia y se quedó mirándolo con una combinación de miedo y esperanza.

—Eres tú —dijo levantando la voz por encima del rugido del fuego, aunque esencialmente ambos se comunicaron por una conexión mental—. Sabía que llegaría este día. Hermano, muestra conmigo la piedad que yo no mostré contigo. Te abandoné a merced de lobos y perros.

Ezio levantó el brazo.

—Adiós, padre —dijo, y disparó. En el caos reinante en torno a la hoguera, su movimiento y el sonido del disparo pasaron desapercibidos. La cabeza de Savonarola cayó sobre su pecho—. Vete en paz, y que tu Dios sea quien te juzgue —dijo Ezio sin levantar la voz—. *Requiescat in pace*. — Miró a los dos lugartenientes, los monjes Domenico y Silvestro, pero estaban ya muertos, sus tripas chamuscadas esparcidas por encima del sibilante fuego. La nariz de los espectadores empezó a notar el olor a carne quemada. La multitud se había tranquilizado. Al cabo de poco rato, no se oyó más que el crujir de las llamas terminando con su trabajo.

Ezio se alejó de las piras. Vio a Maquiavelo, *La Volpe* y Paola observándolo a escasa distancia. Maquiavelo se cruzó con su mirada y le hizo un gesto, animándolo. Ezio sabía lo que tenía que hacer. Se subió a la tarima, por el lado opuesto a donde estaban las hogueras, y todos los ojos se clavaron en él.

—¡Ciudadanos de Florencia! —dijo utilizando un tono de voz claro y potente—. Hace veintidós años, estuve en el mismo lugar en el que hoy me encuentro y vi morir a mis seres queridos, traicionados por los que yo tenía por sus amigos. La venganza ofuscó mi mente. Me habría consumido de no haber sido por la sabiduría de unos cuantos desconocidos que me enseñaron a ver más allá de mis instintos. Nunca me predicaron respuestas, sino que me guiaron para que las encontrara por mí mismo. —Ezio vio que su tío Mario acababa de sumarse a sus camaradas Asesinos y levantó la mano para saludarlo—. Amigos míos —prosiguió—, no necesitamos que nadie nos diga lo que tenemos que hacer. Ni Savonarola, ni los Pazzi, ni siquiera los Medici. Somos libres para seguir nuestro propio camino. —Hizo una pausa —. Hay quienes querrían privarnos de esta libertad, y muchos de vosotros (muchos de nosotros) felizmente la entregarían. Pero está en nuestras manos poder elegir, elegir aquello que consideremos la verdad, y es precisamente ejercitar este poder lo que nos hace humanos. No existe libro ni maestro que nos dé las respuestas, que nos muestre la ruta. Por lo tanto: ¡elegid vuestro propio camino! ¡No me sigáis a mí, ni a nadie!

Sonriendo para sus adentros, se dio cuenta de lo intranquilos que parecían algunos miembros de la Signoria. Era posible que el ser humano no cambiara jamás, pero no hacía ningún daño darle un empujoncito. Bajó de la tarima de un salto, se cubrió la cabeza con la capucha y salió de la plaza por la calle que seguía el muro norte de la Signoria, una calle que recordaba muy bien haber recorrido dos veces con anterioridad, y desapareció de la vista de todo el mundo.

Y allí fue donde empezó para Ezio la empresa más larga y dura de su vida que precedería a la inevitable confrontación final. Junto con Maquiavelo, organizó a sus compañeros de la Orden de los Asesinos en Florencia y en

Venecia para que recorrieran la península italiana a lo largo y a lo ancho armados con copias del Mapa de Girolamo y reuniendo minuciosamente las páginas del Gran Códice pendientes de encontrar; para que exploraran las provincias del Piamonte, Trento, Liguria, Umbría, Véneto, Friuli, Lombardía; de la Emilia-Romana, las Marcas, la Toscana, el Lazio, el Abruzzo; de Molise, Apulia, Campania y Basilicata; y la peligrosa Calabria. Pasaron quizás un tiempo excesivo en Capri, y cruzaron el Mar Tirreno para llegar a Cerdeña, la tierra de los secuestradores, y a Sicilia, llena de gente perversa y matones. Visitaron reyes y cortejaron duques, batallaron contra todos aquellos Templarios que encontraron empeñados en la misma misión; pero al final, triunfaron.

Se reunieron de nuevo en Monteriggioni. Habían precisado cinco largos años, y Alejandro VI, Rodrigo Borgia, anciano ahora pero fuerte aún, continuaba siendo el Papa de Roma. El poder de los Templarios, aunque menguado, seguía siendo una grave amenaza.

Quedaba mucho por hacer.

CAPÍTULO 28

Una mañana de principios de agosto de 1503, Ezio, un hombre cuarenta y cuatro años de edad, con las sienes pinceladas con canas pero conservando aún su barba castaño oscuro, fue convocado por su tío para reunirse con él y el resto de la Compañía de los Asesinos en su despacho del castillo de Monteriggioni. A Paola, Maquiavelo y *La Volpe* se les habían sumado Teodora, Antonio y Bartolomeo.

—Ha llegado el momento, Ezio —dijo solemnemente Mario—. Tenemos el Fruto del Edén y hemos reunido por fin todas las páginas del Códice. Terminemos lo que tú y mi hermano, tu padre, empezasteis tanto tiempo atrás… Tal vez podamos por fin comprender la profecía enterrada en el Códice y acabar de una vez por todas y para siempre con el poder inexorable de los Templarios.

—Entonces, tío, deberíamos empezar localizando la Bóveda. Las páginas del Códice que has unido deberían conducirnos hasta ella.

Mario activó la librería para descubrir la pared en la que estaban colgadas las páginas del Códice, completo ahora. A su lado, sobre un pedestal, estaba el Fruto del Edén.

—Así es como se relacionan las páginas entre ellas —dijo Mario mientras todos examinaban aquel complejo conjunto—. Por lo que parece, muestra un mapa del mundo, pero de un mundo mucho mayor que el que conocemos, con continentes al oeste y al sur de los que no tenemos constancia. Pero aun así, estoy convencido de su existencia.

—Hay otros elementos —dijo Maquiavelo—. Aquí, a la izquierda, podéis ver el perfil esbozado de lo que solo puede ser un báculo; de hecho, podría tratarse de un báculo papal. A la derecha, aparece claramente un dibujo del Fruto del Edén. En medio de las páginas, podemos ver ahora una docena de puntos que siguen un dibujo cuyo significado sigue siendo un misterio.

Y mientras hablaba, el Fruto del Edén empezó a brillar espontáneamente hasta, al final, lanzar cegadores destellos que iluminaron las páginas del Códice, como si las abrazaran. A continuación, regresó a su estado apagado y neutral.

—¿Por qué habrá hecho eso… en este preciso momento? —preguntó Ezio, deseando que Leonardo hubiera estado allí para explicárselo o, como mínimo, para realizar algún tipo de deducción.

Intentó recordar lo que había dicho su amigo sobre las singulares propiedades de aquella curiosa máquina, pero no lo consiguió. Parecía más un ser vivo que un mecanismo. Su instinto, sin embargo, le decía que tenía que confiar en ello.

—Un misterio más para desvelar —dijo *La Volpe*.

—¿Cómo es posible lo que indica este mapa? —preguntó Paola—. ¡Con continentes por descubrir!

—A lo mejor estos continentes esperan a ser redescubiertos —sugirió Ezio, sobrecogido.

—¿Cómo puede ser? —preguntó Teodora.

Maquiavelo respondió:

—Tal vez la respuesta esté en la Bóveda.

—¿Sería posible ahora ver dónde se localiza? —preguntó Antonio, siempre tan práctico.

—Veamos… —dijo Ezio, examinando el Códice—. Si unimos con líneas estos puntos… —Lo hizo—. Convergen…, ¡mirad! En un único punto. —Dio un paso atrás—. ¡No! ¡No puede ser! ¡La Bóveda! ¡Parece que la Bóveda está en Roma!

Miró a todos los reunidos, que leyeron su pensamiento.

—Eso explica por qué Rodrigo estaba tan ansioso por convertirse en Papa —dijo Mario—. Lleva once años gobernando la Santa Sede, pero

carece aún del medio para desvelar su más oscuro secreto, aunque es evidente que debe de saber dónde está ese lugar.

—¡Por supuesto! —dijo Maquiavelo—. En cierto sentido, es de admirar. ¡No solo ha conseguido localizar la Bóveda, sino que además, al convertirse en Papa, controla el Báculo!

—¿El Báculo? —dijo Teodora.

Mario tomó entonces la palabra.

—El Códice siempre menciona «dos Fragmentos del Edén», es decir, dos llaves, no puede significar otra cosa. Uno —se volvió para mirarlo— es el Fruto del Edén.

—¡Y el otro es el Báculo papal! —exclamó Ezio, al comprenderlo en aquel instante—. ¡El Báculo papal es el «Segundo Fragmento del Edén»!

—Exactamente —dijo Maquiavelo.

—¡Dios mío, tienes razón! —gritó tío Mario. Y de repente se puso serio —. Llevamos años, décadas, buscando estas respuestas.

—Y ahora las tenemos —concluyó Paola.

—Pero también podría tenerlas el Español —intervino Antonio—. No estamos seguros de que no existan copias del Códice, no lo sabemos, y aun en el caso de que su colección estuviera todavía incompleta, dispondría de información suficiente como para… —Se interrumpió—. Y si lo consigue, si adivina la manera de acceder a la Bóveda… —Bajó la voz—. Su contenido podría hacer que, en comparación, el Fruto del Edén pareciera una bagatela.

—Dos llaves —les recordó Mario—. La Bóveda necesita dos llaves para acceder a ella.

—Pero no podemos correr riesgos —dijo enseguida Ezio—. ¡Tengo que partir ahora mismo para Roma y encontrar la Bóveda! —Ezio miró una a una las caras de sus compañeros—. ¿Y qué me decís vosotros?

Bartolomeo, que hasta el momento había permanecido en silencio, tomó entonces la palabra, sin su habitual rudeza.

—Haré lo que mejor sé hacer: provocar unos problemillas en la Ciudad Eterna, algún que otro alboroto, un poco de diversión para que puedas actuar sin que nadie te moleste.

—Todos colaboraremos para despejarte el camino, amigo —dijo Maquiavelo.

—Haznos saber cuando lo tengas todo a punto, *nipote*, y todos te apoyaremos —dijo Mario—. *Tutti per uno e uno per tutti!*

—*Grazie, amici* —dijo Ezio—. Sé que estaréis allí cuando os necesite. Pero dejad que sea yo quien lleve toda la carga de esta última misión. Un pez solitario es capaz de eludir una red que captura un banco entero, y pillaré desprevenidos a los Templarios.

Aceleraron los preparativos y a mediados de mes, Ezio, custodiando el precioso Fruto del Edén, llegó por el Tíber, a bordo de un barco, a los muelles cercanos al castillo de Sant'Angelo, en Roma. Había tomado todas las precauciones posibles, pero por mano del diablo o por la sagacidad de los omnipresentes espías de Rodrigo, su llegada no pasó desapercibida y ya en las puertas del muelle tuvo que enfrentarse a una patrulla de guardias de Borgia. Tendría que abrirse camino por el Passetto di Borgo, el paso elevado de casi un kilómetro de longitud que conectaba el castillo con el Vaticano. Consciente de que el tiempo corría en su contra, ahora que Rodrigo se había enterado de su llegada, Ezio decidió que su única opción era un ataque rápido y preciso. Saltó como un lince sobre la cubierta de un carro tirado por bueyes cargado con barriles de los muelles, y encaramándose al barril más alto, se colgó de una grúa. Los guardias observaron boquiabiertos cómo el Asesino se lanzaba desde la grúa, su capa hinchándose detrás de él. Desenfundó su daga, acabó con un sargento montado de Borgia y lo hizo caer de su caballo. Había llevado a cabo la maniobra en tan poco tiempo que los demás guardias ni siquiera pudieron desenfundar sus espadas. Ezio, sin mirar atrás, subió al caballo y galopó por el Passetto a una velocidad tal que los hombres de Borgia no pudieron perseguirlo.

Al llegar a su destino, Ezio descubrió que la puerta por la que tenía que entrar era demasiado baja y estrecha para un jinete, de modo que desmontó y la cruzó a pie, eliminando a los dos hombres que la custodiaban con un único y hábil movimiento de cuchillo. A pesar de que iba sumando años, Ezio había intensificado su entrenamiento y estaba ahora en la cúspide de su fuerza: era el pináculo de su Orden, el Asesino supremo.

Después de cruzar la puerta se encontró en un estrecho patio, al otro lado del cual había una puerta más. Daba la impresión de no estar vigilada, pero cuando acercó la mano a la palanca lateral que imaginó que la abriría, escuchó un grito procedente de lo alto de las almenas.

—¡Detened al intruso!

Miró a sus espaldas y vio cerrarse la puerta por la que acababa de entrar. ¡Estaba atrapado en un enclave angosto!

Mientras los arqueros que tenía por encima se preparaban para disparar, se colgó sobre la palanca que controlaba la segunda puerta y consiguió abrirla justo en el momento en que las flechas chocaban con un ruido metálico contra el suelo.

Ya estaba dentro del Vaticano. Con la elegancia de un gato, avanzó por sus laberínticos pasadizos, fundiéndose con las sombras al menor indicio de la presencia de los alertados guardias, pues no podía permitirse una confrontación que revelase su posición. Finalmente, llegó a la inmensa caverna de la Capilla Sixtina.

La obra maestra de Baccio Pontelli, construida por el Papa Sixto IV, viejo enemigo de los Asesinos, y finalizada hacía veinte años, se vislumbraba amenazadoramente a su alrededor y por encima de él, las numerosas velas encendidas penetrando solo tímidamente la penumbra. Ezio distinguió las pinturas de Ghirlandaio, Botticelli, Perugino y Rosselli, pero la gran bóveda del techo estaba todavía pendiente de ser decorada.

Había entrado a través de una ventana con vidriera de colores que estaba en reparación y en aquel momento se mantenía en equilibrio sobre una tronera interior que dominaba el amplio espacio. Abajo, Alejandro VI, con sus galas doradas, celebraba una misa y leía en aquel momento el Evangelio según San Juan.

«*In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum. Hoc erat in principio apud Deum. Omnia per ipsum fact sunt, et sine ipso factum est nihil quid factum est*… En él estaba la vida; y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilló en la oscuridad; y la oscuridad dejó de comprenderlo todo. Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan. Vino para ser testigo, para dar testimonio de la Luz, en la que todos los hombres creerían a través de él. Él no era la Luz, pero fue enviado para

dar testimonio de la Luz. Que era la Luz verdadera, la que iluminaba a cualquier hombre que viniera al mundo. Él estaba en el mundo, y el mundo fue creado por él, y el mundo no lo conoció. Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron. Mas a cuantos le recibieron, les dio el poder de convertirse en hijos de Dios, incluso a aquellos que creen en su nombre: que nacieron, no de la sangre, ni de la voluntad carnal, ni de la voluntad del varón, sino de Dios. Y la Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria, la gloria como el unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad…».

Ezio siguió observando hasta que la misa tocó a su fin y la congregación empezó a desfilar, dejando al Papa a solas con sus cardenales y sacerdotes. ¿Sabría el Español que Ezio estaba allí? ¿Habría planificado algún tipo de confrontación? Ezio no tenía ni idea, pero veía una oportunidad de oro para liberar al mundo de la amenaza de aquel terrible Templario. Armándose de valor, se lanzó desde la tronera para aterrizar perfectamente en cuclillas cerca del Papa, enderezándose de inmediato antes de que Borgia o sus sacerdotes tuvieran tiempo de reaccionar o pedir ayuda, y clavando profundamente su hoja oculta en el hinchado cuerpo de Alejandro. El Papa cayó al suelo a los pies de Ezio sin hacer ruido y se quedó inmóvil.

Ezio se quedó junto a él, respirando hondo.

—Creía… creía que tenía superado esto. Creía que podría sobreponerme a la venganza. Pero no puedo. No soy más que un hombre. He esperado mucho tiempo, he perdido demasiado… y tú eres un cáncer de este mundo que debe ser extirpado por el bien de todos. *Requiescat in pace, sfortunato*.

Se volvió, dispuesto a irse, pero entonces sucedió algo muy peculiar. La mano del Español se cerró en torno al Báculo que había estado sujetando. De inmediato, empezó a brillar con una potente luz blanca y la concavidad del espacio de la capilla empezó a girar sin parar. Los fríos ojos de color cobalto del Español se abrieron de repente.

—No estoy preparado para descansar en paz, desgraciado —dijo el Español.

Hubo un potente destello de luz y los sacerdotes y los cardenales, junto con los miembros de la congregación que seguían en el interior de la

capilla, cayeron al suelo, gritando de dolor, mientras de sus cuerpos salían finos rayos de luz traslúcida, que ascendieron enroscándose como el humo hasta ir a parar al resplandeciente Báculo que el Papa, ahora de pie, sujetaba con mano de acero.

Ezio corrió hacia él, pero el Español gritó:

—¡No lo hagas, Asesino! —y agitó el Báculo en dirección a Ezio.

Chisporroteó de forma extraña, como un rayo, y Ezio se vio impulsado hacia el otro lado de la capilla, por encima de los cuerpos de los sacerdotes y la gente que seguía gimiendo y contorsionándose. Rodrigo Borgia golpeó enérgicamente el Báculo sobre el suelo del altar y de los desventurados cuerpos surgió más energía en forma de humo, que fluyó hacia el Báculo y hacia él.

Ezio se incorporó y se enfrentó una vez más a su gran enemigo.

—¡Eres un demonio! —chilló Rodrigo—. ¿Cómo es posible que resistas?

Bajó la vista y vio el resplandor de la bolsa que llevaba Ezio en el cinturón, que seguía conteniendo el Fruto del Edén.

—¡Ya entiendo! —dijo Rodrigo, sus ojos relucientes como brasas—. ¡Tienes el Fruto del Edén! ¡De lo más oportuno! ¡Entrégamelo ahora mismo!

—*Vai a farti fottere!*

Rodrigo se echó a reír.

—¡Qué vulgaridad! ¡Pero tú siempre luchando! Como tu padre. ¡Pues alégrate, hijo mío, porque volverás a verlo pronto!

Volvió a agitar el Báculo y su gancho se estrelló contra la cicatriz que tenía Ezio en el dorso de su mano izquierda. Ezio sintió un escalofrío recorriéndole las venas y se tambaleó, aunque no llegó a caer.

—Vas a dármelo —rugió Rodrigo, aproximándose.

Ezio pensó con celeridad. Sabía de lo que era capaz el Fruto del Edén y tenía que correr el riesgo ahora o morir en el intento.

—Como desees —replicó.

Extrajo el Fruto del Edén de su bolsa y lo sostuvo en lo alto. Resplandecía con tal intensidad que durante un momento dio la sensación de que la majestuosa capilla quedaba iluminada por la luz del sol, y cuando

volvió a vibrar tan solo el resplandor de las velas, Rodrigo vio ocho Ezios enfrentados a él.

Pero se mantuvo inalterable.

—¡Puede hacer copias de ti! —dijo—. Qué impresionante. Se hace difícil adivinar quién es el verdadero y cuáles son una quimera…, pero eso sería difícil en el mejor de los casos, y si pensabas que un truco barato iba a salvarte, ¡piensa de nuevo!

Rodrigo agitó el Báculo hacia los clones, y cada vez que le daba a uno, se desvanecía formando una bocanada de humo. Los Ezio fantasma hacían cabriolas y fintas, arremetiendo contra Rodrigo, que parecía ahora preocupado, aunque se mostraban incapaces de hacerle otro daño al Español que no fuera la simple distracción. Solo el Ezio de verdad conseguía rematar golpes reales, aunque eran poca cosa, pues tal era el poder del Báculo, que no lograba acercarse al malvado Papa lo suficiente. Pero Ezio se percató rápidamente de que la lucha estaba debilitando a Rodrigo. Cuando los siete fantasmas hubieron desaparecido, el repulsivo pontífice estaba agotado y sin aliento. La locura confiere al cuerpo una energía que pocas cosas más pueden llegar a otorgar, pero a pesar de los poderes que el Báculo le concedía, Rodrigo era, al fin y al cabo, un gordo anciano de setenta y dos años enfermo de sífilis. Ezio guardó entonces en su bolsa el Fruto del Edén.

Jadeante después de la pelea contra los fantasmas, el Papa cayó de rodillas. Ezio, jadeante también, pues los fantasmas habían utilizado su energía para hacer de las suyas, se cernió sobre él. Levantando la vista, Rodrigo se aferró a su Báculo.

—No me lo arrebatarás —dijo.

—Todo ha terminado, Rodrigo. Deja el Báculo y te garantizaré una muerte rápida y piadosa.

—Qué generoso —dijo con voz burlona Rodrigo—. Me pregunto si tú te rendirías de un modo tan pasivo de ser la situación la contraria.

Reuniendo las fuerzas que le quedaban, el Papa se levantó de repente y aporreó el suelo con la base de su Báculo. En la penumbra, los sacerdotes y los feligreses gimotearon de nuevo y emergió del Báculo una nueva oleada

de energía dirigida contra Ezio, que lo golpeó como una almádana y lo envió volando por los aires.

—¿Qué te parece esto a modo de aperitivo? —dijo el Papa, con una sonrisa malévola.

Se acercó al lugar donde Ezio yacía sin aliento y cuando este se disponía a sacar de nuevo el Fruto del Edén, se dio cuenta de que había reaccionado demasiado tarde. Rodrigo le aplastó la mano con su bota y el Fruto del Edén echó a rodar por el suelo. Borgia se agachó para recogerlo.

—¡Por fin! —dijo sonriendo—. ¡Y ahora… me ocuparé de ti!

Levantó el Fruto del Edén, que emitió un fulgor destructivo. Ezio se había quedado congelado, atrapado, incapaz de moverse. El Papa se inclinó furioso sobre él, pero entonces, viendo que su adversario estaba por completo en su poder, su expresión se apaciguó. Extrajo de entre sus ropajes una espada corta mirando a su postrado enemigo, lo apuñaló intencionadamente en el costado, con una mirada de lástima combinada con desdén.

Pero el dolor de la herida debilitó aparentemente el poder del Fruto del Edén. Ezio seguía tendido bocabajo, pero aun así, y sumido en una nebulosa de dolor, vio cómo Rodrigo, creyéndose seguro, se colocaba delante de un fresco de Botticelli, *La tentación de Cristo*. Se acercó a él y levantó el Báculo. Un arco de energía cósmica surgió entonces del Báculo y alcanzó el fresco, que se abrió y reveló la presencia de una puerta secreta, a través de la cual pasó Rodrigo después de lanzar una última mirada triunfal a su enemigo caído. Ezio contempló impotente cómo la puerta se cerraba detrás del Papa antes de perder el sentido, solo tuvo tiempo de memorizar la localización de la puerta.

Se despertó, no sabía cuánto tiempo después, pero las velas habían ardido casi por completo y los sacerdotes y los fieles se habían esfumado. Descubrió que a pesar de estar tendido sobre un charco de sangre, la herida que le había producido Rodrigo en el costado no había tocado ningún órgano vital. Se levantó tembloroso, se acercó a la pared en busca de un punto de apoyo y empezó a respirar profundamente y con un ritmo regular

hasta que notó la cabeza más despejada. Consiguió detener la hemorragia con vendas improvisadas arrancadas de su propia camisa. Preparó las armas del Códice —la daga de doble filo en el antebrazo izquierdo, la daga venenosa en el derecho— y se acercó al fresco de Botticelli.

Recordaba que la puerta estaba escondida en la figura, a mano derecha, de una mujer cargada con un fardo de leña para la hoguera del sacrificio. Se acercó un poco más para examinar la pintura minuciosamente hasta seguir el rastro del boceto, apenas visible. Entonces estudió con atención los detalles de la pintura, tanto a la derecha como a la izquierda de la mujer. A sus pies aparecía la figura de un niño con la mano derecha levantada, y fue en la punta de los dedos de aquella mano que Ezio encontró el botón que accionaba la puerta. Se abrió, la cruzó y no le sorprendió que se cerrara de inmediato a sus espaldas. En cualquier caso, no iba a pensar ahora en echarse atrás.

Se encontraba en lo que parecía el pasillo de una catacumba pero, a medida que fue avanzando con cautela, las paredes toscas y el suelo de tierra dieron paso a una piedra suavemente tallada y a un suelo de mármol que no habría desentonado en ningún palacio. Y las paredes brillaban con una luz clara y sobrenatural.

La herida lo había debilitado, pero se obligó a seguir adelante, fascinado, y más sobrecogido que asustado, aunque continuaba en guardia, pues sabía que Borgia había seguido también aquel recorrido.

El largo pasadizo desembocó por fin en una sala de considerable tamaño. Sus paredes eran lisas como el cristal y brillaban con la misma iridiscencia azul que había visto previamente, solo que aquí era más intensa. En el centro de la estancia había un pedestal y sobre él, en receptáculos claramente diseñados a ese efecto, el Fruto del Edén y el Báculo.

La pared posterior de la habitación estaba salpicada por cientos de orificios dispuestos de forma regular, y allí estaba el Español, metiendo y sacando, ignorante por completo de la llegada de Ezio.

—¡Ábrete, maldita sea, ábrete! —gritaba frustrado y rabioso.

Ezio se adelantó.

—Se ha terminado, Rodrigo —dijo—. Déjalo correr. Ya no tiene sentido.

Rodrigo se volvió de repente hacia él.

—Se acabaron los trucos —dijo Ezio, quitándose las dagas y dejándolas caer al suelo—. Se acabaron los artefactos antiguos. Se acabaron las armas. Ahora… veamos de qué estás hecho, *vecchio*.

Una sonrisa bañó lentamente la cara quebrada y corrupta de Rodrigo.

—De acuerdo… si quieres jugar así.

Se despojó de sus gruesos ropajes para quedarse únicamente con la túnica y las medias. Un cuerpo obeso, aunque compacto y potente, recorrido por pequeños rayos de luz, consecuencia del poder del Báculo. Y acto seguido, dio un paso al frente y descargó el primer golpe, un malévolo gancho directo al mentón de Ezio, que lo dejó tambaleándose.

—¿Por qué no podría tu padre haberlo dejado correr? —preguntó lamentándose Rodrigo en el momento en que levantaba el pie para atizarle un duro puntapié a Ezio en el estómago—. Tenía que seguir persiguiéndolo, aunque… Y tú eres como él. Los Asesinos sois como mosquitos que hay que aplastar de un manotazo. Ojalá Dios hubiera permitido que ese idiota de Alberti te colgara a ti junto con toda tu familia hace ahora veintisiete años.

—El diablo no vive en nosotros, sino en vosotros, los Templarios —replicó Ezio, escupiendo un diente—. ¡Creéis que podéis jugar con la gente, con la gente decente, con la gente normal y corriente, hacer con ella lo que os venga en gana!

—Mi querido amigo —dijo Rodrigo, apuntando un revés por debajo de las costillas de Ezio—, para eso sirve la gente. Escoria a la que gobernar y utilizar. Siempre fue así, y siempre será así.

—¡Tablas! —dijo jadeando Ezio—. Este combate es inmaterial. Nos espera otro mucho más vital. Pero dime primero, ¿qué quieres conseguir de la Bóveda que hay detrás de esa pared? ¿Acaso no tienes ya todo el poder que podrías necesitar?

Rodrigo lo miró sorprendido.

—¿No sabes qué hay ahí detrás? ¿No lo ha averiguado la gran y poderosa Orden de los Asesinos?

El tono tórpido de su voz detuvo en seco a Ezio.

—Pero ¿de qué hablas?

A Rodrigo le brillaban los ojos.

—¡De Dios! ¡Es Dios quien habita la Bóveda!

Ezio se quedó tan atónito que no consiguió responder de inmediato. Sabía que se enfrentaba a un loco peligroso.

—Escúchame, ¿esperas de verdad que me crea que Dios vive debajo del Vaticano?

—¿No te parece un lugar algo más lógico que un reino en una nube? ¿Rodeado de ángeles cantarines y querubines? Es una imagen encantadora, pero la verdad resulta mucho más interesante.

—¿Y qué hace Dios allá abajo?

—Esperar a ser liberado.

Ezio respiró hondo.

—Supongamos que te creo. ¿Qué piensas que haría si tú consiguieses abrir esa puerta?

Rodrigo sonrió.

—Eso no me importa. Lo que busco no es su aprobación… ¡sino su poder!

—¿Y crees que Él te lo daría?

—Sea lo que sea lo que se encuentre detrás de esa pared, no podrá resistirse a la fuerza combinada del Fruto del Edén y el Báculo. —Rodrigo hizo una pausa—. Los crearon para dioses feroces… cualquiera que sea la religión a la que pertenezcan.

—Pero Dios nuestro Señor es omnisciente. Todopoderoso. ¿Crees de verdad que un par de reliquias antiguas pueden hacerle daño?

Rodrigo sonrió con superioridad.

—No sabes nada de nada, chico. Tienes una imagen del Creador sacada de un libro viejo…, de un libro, de todas formas, escrito por hombres.

—¡Eres el Papa! ¿Cómo puedes despreciar de esta manera el texto más importante del cristianismo?

Rodrigo soltó una carcajada.

—¿De verdad eres tan ingenuo? Me convertí en Papa porque este puesto me daba acceso. ¡Me daba poder! ¿Piensas que me creo una sola condenada palabra de lo que dice ese Libro ridículo? Está lleno de mentiras y supersticiones. ¡Como cualquier otro tratado religioso que se haya publicado desde que el hombre aprendió a escribir!

—Hay quien te mataría por decir eso.

—Tal vez. Pero eso no me quita el sueño. —Hizo una pausa—. ¡Ezio, los Templarios comprendemos la humanidad, y por eso la despreciamos de ese modo!

Ezio se había quedado sin habla, pero continuó escuchando el pretencioso discurso del Papa.

—Cuando mi trabajo aquí haya terminado —prosiguió Rodrigo—, creo que lo primero que haré será desmantelar la Iglesia, para que hombres y mujeres se vean finalmente obligados a asumir la responsabilidad de sus actos, y sean por fin juzgados como es debido. —Adoptó una expresión beatífica—. Será una belleza, el nuevo mundo Templario… gobernado por la Razón y el Orden…

—¿Cómo puedes hablar de razón y orden —le interrumpió Ezio—, cuando toda tu vida ha estado regida por la violencia y la inmoralidad?

—Oh, sé que soy un ser imperfecto, Ezio —respondió el Papa, con una sonrisa afectada—. Y no pretendo lo contrario. Pero ¿sabes? La moralidad no tiene premio. Te quedas con lo que consigues, y te aferras a ello… por todos los medios. Al fin y al cabo —extendió las manos—, ¡solo se vive una vez!

—Si todo el mundo viviera según tu Código —dijo Ezio, atónito—, el mundo entero se vería consumido por la locura.

—¡Exactamente! ¡Como si no lo estuviera ya! —Rodrigo lo apuntó con un dedo—. ¿Te dormías, quizás, cuando acudías a tus clases de historia? Hace poco más de un centenar de años, nuestros antepasados vivían en el lodo y el estiércol, consumidos por la ignorancia y el fervor religioso…, sobresaltándose con las sombras, temerosos de todo.

—Pero hace tiempo que salimos de eso y nos volvimos más sabios y más fuertes.

Rodrigo rio de nuevo.

—¡Tienes sueños placenteros! Pero mira a tu alrededor. Tú mismo has vivido la realidad. El derramamiento de sangre. La violencia. El espacio que separa los ricos de los pobres… y que no hace más que ensancharse. —Miró a Ezio a los ojos—. Nunca estarán en paridad. He hecho las paces con esto. Y tú deberías hacerlas también.

—¡Jamás! Los Asesinos siempre lucharán por mejorar la humanidad. Tal vez sea inalcanzable, una Utopía, un cielo en la tierra, pero cada día de lucha es un paso más para salir del cenagal.

Rodrigo suspiró.

—*Santa simplicitas!* Me perdonarás, pero ya me he cansado de esperar que la humanidad despierte. Soy viejo, he visto muchas cosas, y me quedan pocos años por vivir. —Una idea le vino a la cabeza y cacareó con malicia —. Aunque ¿quién sabe? A lo mejor la Bóveda consigue cambiar eso, ¿no?

Pero de pronto el Fruto del Edén empezó a brillar, con más intensidad cada vez, hasta que su luz llenó por completo la estancia, cegándolos. El Papa cayó arrodillado. Protegiéndose los ojos, Ezio vio que la imagen del Mapa del Códice empezaba a proyectarse sobre la pared salpicada de orificios. Dio un paso al frente y cogió el Báculo papal.

—¡No! —exclamó Rodrigo, sus manos en garra dando inútiles bandazos en el aire—. ¡No puedes! ¡No puedes! Es mi destino. ¡Mío! ¡Yo soy el Profeta!

En un aterrador momento de clara conciencia, Ezio se dio cuenta de que, mucho tiempo atrás, en Venecia, sus compañeros Asesinos habían visto lo que él mismo había querido rechazar. El Profeta estaba allí presente, en aquella estancia, a punto de cumplir su destino. Miró a Rodrigo, casi con lástima.

—Nunca fuiste el Profeta —dijo—. Pobre alma ilusa.

El Papa cayó hacia atrás, viejo, gordo y patético. Y a continuación, habló con resignación.

—El precio del fracaso es la muerte. Concédeme al menos esa dignidad.

Ezio lo miró y movió la cabeza de un lado a otro.

—No, viejo loco. Matarte no me devolverá a mi padre. Ni a Federico. Ni a Petruccio. Ni a ninguno de los que han muerto, bien enfrentándose a ti, bien impotentes a tu servicio. Y en cuanto a mí, se han acabado las muertes. —Miró al Papa a los ojos, y le parecieron turbios ahora, y amedrentados, y ancianos; nada que ver con el brillo taladrante de su enemigo—. Nada es verdad —dijo Ezio—. Todo está permitido. Ha llegado el momento de que encuentres tu propia paz.

Se apartó de Rodrigo y acercó el Báculo a la pared, presionando con el extremo una secuencia de orificios dispersos, tal y como le mostraba la proyección del Mapa.

Y al hacerlo, apareció el perfil de una puerta de gran tamaño.

Que, en el momento en que Ezio tocó el último orificio, se abrió.

Se abrió entonces un pasillo ancho, con paredes de cristal llenas de esculturas antiguas de piedra, mármol y bronce, y muchas cámaras con sarcófagos, marcados todos ellos con letras rúnicas, que Ezio consiguió leer: eran los nombres de los antiguos dioses de Roma. Los sarcófagos estaban firmemente sellados.

Mientras avanzaba por el pasillo, Ezio se quedó sorprendido por lo desconocido de la arquitectura y la decoración, que parecía ser una extraña mezcla de un estilo muy antiguo, el estilo de su propia época, y estructuras y formas que no reconocía, pero que su instinto le sugería que debían de pertenecer a un futuro lejano. En las paredes había relieves en los que se representaban sucesos antiguos, que parecían mostrar no solo la evolución del Hombre, sino también la Fuerza que la impulsaba.

Gran parte de las siluetas le parecían humanas, aunque con formas y vestimentas que no lograba reconocer. Y había otras formas, que no sabía si estaban esculpidas, pintadas o formaban parte del espacio cósmico por el que estaba pasando: un bosque que acababa en el mar, monos, manzanas, báculos, hombres y mujeres, un sudario, una espada, pirámides y colosos, zigurats y juggernauts, barcos que navegaban por debajo del agua, extrañas pantallas brillantes que parecían transmitir todo tipo de conocimientos, todo tipo de comunicación…

Ezio reconoció además no solo el Fruto del Edén y el Báculo, sino también una espada de gran tamaño, y el Sudario de Cristo, transportado todo ello por figuras de forma humana, pero que no parecían serlo. Distinguió una descripción de las Primeras Civilizaciones.

Y por fin, en las profundidades de la Bóveda, encontró un enorme sarcófago de granito. Cuando Ezio se acercó a él, empezó a brillar con una luz acogedora. Acarició su gigantesca tapa y se levantó con un siseo audible, pero la tapa era ligera, como si estuviera pegada a sus dedos, y se deslizó hacia atrás. Surgió del interior de la tumba de piedra una

maravillosa luz amarilla, cálida y estimulante como la del sol. Ezio se protegió los ojos con la mano.

Entonces, se levantó del interior del sarcófago una figura cuyas facciones Ezio no logró distinguir, aunque sabía que estaba frente a una mujer. Miró a Ezio con ojos cambiantes y ardientes y emitió una voz, una voz similar al principio al gorjeo de los pájaros, que acabó hablándole en su propio idioma.

Ezio vio que llevaba un casco en la cabeza. Una lechuza posada en su hombro. Ezio inclinó la cabeza.

—Te saludo, Profeta —dijo la diosa—. Llevo diez mil millares de estaciones esperándote.

Ezio no se atrevía a levantar la vista.

—Me alegro de que hayas venido —prosiguió la Visión—. Y llevas contigo el Fruto del Edén. Déjame verlo.

Con humildad, Ezio se lo ofreció.

—Ah. —Acarició con la mano el espacio por encima del Fruto, pero sin tocarlo. El Fruto del Edén empezó a resplandecer y a latir. La Visión miró fijamente a Ezio—. Debemos hablar. —Ladeó la cabeza, como si estuviese reflexionando sobre alguna cosa, y a Ezio le pareció vislumbrar un indicio de sonrisa en el iridiscente rostro.

—¿Quién eres? —se atrevió a preguntar.

Ella suspiró.

—Tengo muchos nombres… Cuando morí, era Minerva. Antes fui Merva y Mera… y así sucesivamente, con el paso del tiempo… ¡Mira! —Señaló el conjunto de sarcófagos por donde había pasado antes Ezio. Y a medida que iba señalándolos, fueron iluminándose con el pálido resplandor de la luz de la luna—. Y mi familia… Juno, que antes era conocida como Uni… Júpiter, que se llamaba antes Tinia…

Ezio estaba petrificado.

—Sois los antiguos dioses…

Se oyó un sonido similar al de cristal rompiéndose, o el sonido que haría una estrella fugaz… Era su risa.

—No…, no somos dioses. Simplemente, vinimos… antes. Cuando llegamos al mundo, los tuyos lucharon por comprender nuestra existencia.

Estábamos más… adelantados en el tiempo. Vuestras mentes no estaban todavía preparadas para nosotros… —Hizo una pausa—. Y tal vez no lo están todavía… A lo mejor nunca lo estarán. Pero eso no importa. —Su tono de voz se tornó algo más duro—. Pero aunque es posible que no nos comprendas, debes entender nuestra advertencia…

Se quedó en silencio. Y en medio de aquel silencio, dijo Ezio:

—Nada de lo que dices tiene sentido para mí.

—Hijo mío, estas palabras no iban dirigidas a ti… Iban dirigidas a… —Y miró hacia la oscuridad, más allá de la Bóveda, una oscuridad sin límite ni de paredes ni de tiempo.

—¿Qué es? —preguntó Ezio, apocado y asustado—. ¿De qué estás hablando? ¡Aquí no hay nadie más!

Minerva se inclinó hacia él, se acercó a él, y sintió Ezio una madre abrazando con cariño todo su cansancio, todo su dolor.

—No deseo hablar contigo, sino a través de ti. Tú eres el Profeta. —Levantó los brazos por encima de ella y el techo de la Bóveda se convirtió en el Firmamento. El rostro resplandeciente e inmaterial de Minerva mostraba una expresión de infinita tristeza—. Tú has representado tu papel… Lo has sujetado como si fueses un ancla… Pero ahora, permanece en silencio… para que podamos entrar en comunión. —Estaba triste—. ¡Escucha!

Ezio veía el cielo y las estrellas, y escuchaba su música. Veía la Tierra girando, como si estuviera mirando desde el Espacio. Veía los continentes e incluso, sobre ellos, un par de ciudades.

—Cuando éramos aún carne, y nuestro hogar seguía entero, los tuyos nos traicionaron. A nosotros, que os creamos. ¡A nosotros, que os dimos la vida!

Hizo una pausa, y si una diosa puede verter lágrimas, las vertió. Apareció ante ellos la visión de una guerra, de humanos feroces combatiendo contra sus antiguos señores con armas fabricadas a mano.

—Nosotros éramos fuertes. Pero vosotros erais muchos. Y todos teníamos ansias de guerra.

Apareció entonces una nueva imagen de la Tierra, más próxima ahora, pero vista todavía desde el Espacio. Entonces fue alejándose, haciéndose

cada vez más pequeña, y Ezio vio que no era más que uno de diversos planetas cuyas órbitas giraban en torno a una gran estrella: el Sol.

—Tan ocupados estábamos con los asuntos terrenales, que nos olvidamos de los cielos. Y cuando volvimos a prestarles atención…

Mientras Minerva hablaba, Ezio vio que el Sol estallaba hasta convertirse en una inmensa corona que proyectaba una luz insoportable, una luz que absorbía la Tierra.

—Os dimos el Edén. Pero entre todos creamos la guerra y la muerte y convertimos el Edén en un infierno. El mundo ardió hasta quedar reducido a cenizas. Debería haber terminado en aquel momento. Pero os creamos a nuestra imagen y semejanza. ¡Os creamos para sobrevivir!

Ezio vio cómo a partir de la devastación total que el Sol parecía haber provocado en la Tierra, surgía de entre los escombros un único brazo cubierto de cenizas que se elevaba hacia arriba. Grandiosas visiones de una llanura azotada por el viento corrían a toda velocidad por el cielo, que no era otro que el techo de la Bóveda. Por él avanzaba gente… rota, efímera, pero valiente.

—Y la reconstruimos —continuó Minerva—. ¡Fue necesaria fuerza, sacrificio y compasión, pero la reconstruimos! Y poco a poco la Tierra fue recuperándose, lentamente la vida retornó al mundo, los brotes verdes surgieron una vez más del generoso suelo… Y nos propusimos garantizar que jamás volviera a repetirse una tragedia de aquel calibre.

Ezio volvió a mirar el cielo. Un horizonte. En él, templos y formas, escritura grabada en piedra, bibliotecas repletas de pergaminos, barcos, ciudades, música y baile…, perfiles y formas de épocas y civilizaciones antiguas que desconocía, pero que reconocía como la obra de otros seres humanos como él…

—Pero ahora estamos muriendo —dijo Minerva—. Y el Tiempo correrá en nuestra contra… La verdad se convertirá en mito y leyenda. Lo que construimos será incomprendido. Pero Ezio, permite que mis palabras conserven el mensaje y dejen constancia de lo que perdimos.

Del edificio de la Bóveda surgió una imagen, y otras más.

Ezio observó la escena como si estuviera soñando.

—Pero deja también que mis palabras aporten esperanza. Debes encontrar los demás templos. Templos como este. Construidos por quienes supieron rechazar la guerra. Ellos trabajaron para protegernos, para salvarnos del Fuego. Si consigues encontrarlos, si puedes salvar su obra, podrías también salvar este mundo.

Ezio volvió a ver la Tierra. El horizonte del techo de la Bóveda mostraba una ciudad parecida a un San Gimignano gigantesco, una ciudad del futuro, una ciudad con torres construidas las unas pegadas a las otras que dejaban en la penumbra las calles que corrían por debajo de ellas, una ciudad en una isla lejana. Y entonces, todo se fundió una vez más con una visión del Sol.

—Pero debes ser rápido —dijo Minerva—. Porque el tiempo es cada vez más escaso. Protégete contra la Cruz Templaría… pues muchas se interpondrán en tu camino.

Ezio levantó la vista. Vio el Sol, ardiendo con rabia, como si estuviese esperando. Y entonces fue como si explotara, aunque en el interior de la explosión creyó entrever la Cruz Templaría.

La visión empezaba a desvanecerse. Minerva y Ezio se quedaron solos, y la voz de la diosa empezó también a desaparecer en el interior de un túnel de longitud infinita.

—Hecho está… Mi gente debe ahora abandonar este mundo… Todos nosotros… Pero el Mensaje está entregado… De ti depende ahora. Nosotros no podemos hacer más.

Y se hizo de repente la oscuridad, el silencio, y la Bóveda volvió a convertirse en una negra cámara subterránea, vacía por completo.

Ezio deshizo sus pasos. Entró de nuevo en la antecámara y vio a Rodrigo tendido en un banco, un hilillo de bilis verdosa asomando por la comisura de su boca.

—Me muero —dijo Rodrigo—. He tomado el veneno que reservaba para el momento de mi derrota, pues no existe mundo en el que ahora pueda vivir. Pero dime…, dímelo antes de que abandone para siempre este lugar

de cólera y lágrimas…, dime, en la Bóveda… ¿qué has visto? ¿A quién has encontrado?

Ezio se quedó mirándolo.

—Nada. A Nadie —respondió.

Recorrió la Capilla Sixtina y salió a la luz del sol para reunirse con los amigos que estaban allí esperándolo. Había un mundo nuevo que construir.

RELACIÓN DE PERSONAJES

Giovanni Auditore: padre.

María Auditore: madre.

Ezio Auditore: segundo hijo de Giovanni.

Federico Auditore: primogénito de Giovanni.

Petruccio Auditore: hijo menor de Giovanni.

Claudia Auditore: hija de Giovanni.

Mario Auditore: hermano de Giovanni.

Annetta: ama de llaves de la familia Auditore.

Paola: hermana de Annetta.

Orazio: criado de Mario Auditore.

Duccio Dovizi: antiguo novio de Claudia.

Giulio: secretario de Giovanni Auditore.

Doctor Ceresa: médico de la familia Auditore.

Gambalto: sargento al mando de la guardia de Mano Auditore.

Cristina Calfucci: novia del joven Ezio.

Antonio Calfucci: padre de Cristina.

Manfredo d'Arzenta: hijo de familia rica, casado posteriormente con Cristina.

Gianetta: amiga de Cristina.

Sandeo: empleado del padre de Cristina.

Jacopo de Pazzi: miembro de la familia Pazzi, banqueros florentinos del siglo XV.

Francesco de Pazzi: sobrino de Jacopo.

Vieri de Pazzi: hijo de Francesco.

Stefano da Bagnone: sacerdote, secretario de Jacopo.

Padre Giocondo: sacerdote de San Gimignano.

Terzago, Tebaldo, Capitán Roberto, Zohane y Bernardo: soldados y guardias al servicio de la familia Pazzi.

Galeazzo Maria Sforza (Galeazzo): duque de Milán, 1444-1476.

Caterina Sforza: hija de Galeazzo, 1463-1509.

Girolamo Riario, duque de Forli: esposo de Caterina, 1443-1488.

Bianca Riario: hija de Caterina, 1478-1522.

Ottaviano Riario: hijo de Caterina, 1479-1523.

Cesare Riario: hijo de Caterina, 1480-1540.

Giovanni Riario: hijo de Caterina, 1484-1496.

Galeazzo Riario: hijo de Caterina, 1485-1557.

Nezetta: nodriza del bebé de Caterina.

Lodovico Sforza: duque de Milán, hermano de Galeazzo, 1452-1508.

Ascanio Sforza: cardenal, hermano de Galeazzo y Lodovico, 1455-1505.

Lorenzo de Medici, «Lorenzo el Magnífico»: hombre de estado italiano, 1449-1492.

Clarice Orsini: esposa de Lorenzo de Medici, 1453-1487.

Lucrezia de Medici: hija de Lorenzo de Medici, 1470-1553.

Piero de Medici: hijo de Lorenzo de Medici, 1471-1503.

Maddalena de Medici: hija de Lorenzo de Medici, 1473-1528.

Giuliano de Medici: hermano de Lorenzo, 1453-1478.

Fioretta Gorini: amante de Giuliano de Medici.

Boetio: criado de Lorenzo de Medici.

Giovanni Lampugnani: conspirador en el asesinato de Galeazzo, fallecido en 1476.

Carlo Visconti: conspirador en el asesinato de Galeazzo, fallecido en 1477.

Gerolamo Olgiati: conspirador en el asesinato de Galeazzo, 1453-1477.

Bernardo Baroncelli: conspirador en el asesinato de Giuliano de Medici.

Uberto Alberti: *gonfaloniere* de Florencia (jefe del Consejo de Magistrados).

Rodrigo Borgia: español, cardenal, posteriormente Papa Alejandro VI, 1451-1503.

Antonio Maffei: sacerdote, conspirador en el asesinato de Giuliano de Medici.

Raffaele Riario: simpatizante de Pazzi, sobrino del Papa, 1451-1521.

Francesco Salviati Riario: arzobispo de Pisa, implicado en la conspiración Pazzi.

Lodovico y Checco Orsi: hermanos Orsi, mercenarios.

Nicolás Maquiavelo: filósofo y escritor, 1469-1527.

Leonardo da Vinci: artista, científico, escultor, etc., 1452-1519.

Agniolo e Innocento: ayudantes de Leonardo da Vinci.

Girolamo Savonarola: sacerdote dominico y líder político, 1452-1498.

Poliziano (Angelo Ambrogini): erudito y poeta, tutor de los hijos de la familia Medici, 1454-1494.

Botticelli (Alessandro Moriano Filipepi): artista, 1445-1510.

***Fra* Domenico da Pescia y *Fra* Silvestre**: monjes, seguidores de Savonarola.

Hermano Girolamo: monje de la abadía de Monteciano, primo de Savonarola.

Giovanni Mocenigo: dux de Venecia, 1409-1485.

Carlo Grimaldi: miembro del séquito de Mocenigo.

Conde de Pexaro: patrón de Leonardo en Venecia.

Nero: ayudante del conde de Pexaro.

Emilio Barbarigo: mercader veneciano, aliado de Rodrigo Borgia.

Silvio Barbarigo («Il Rosso»): inquisidor del estado, primo de Emilio Barbarigo.

Marco Barbarigo: primo de Silvio y Emilio.

Agostino Barbarigo: hermano menor de Marco.

Dante Moro: guardaespaldas de Marco.

Bartolomeo d'Alviano: mercenario.

Gilberto el Zorro, *La Volpe*: miembro de los Asesinos.

Corradin: ayudante del Zorro.

Antonio de Magianis: jefe del gremio de los ladrones de Venecia.

Ugo: miembro del gremio de los ladrones.

Rosa: miembro del gremio de los ladrones.

Paganino: miembro del gremio de los ladrones.

Michiel: miembro del gremio de los ladrones.

Bianca: miembro del gremio de los ladrones.

Hermana Teodora: propietaria de burdel.

GLOSARIO DE TÉRMINOS EN ITALIANO Y LATÍN

abominato: desdichado.
accademico: académico.
accompagnatrice: acompañantes, carabinas.
addio: adiós.
ahimè: ay de mí.
aiutami, Dio!: ¡ayúdame, Dios!
aiuto!: ¡ayuda!
al ladro!: ¡al ladrón!
Altezza: Alteza.
amici intimi: amigos íntimos.
amico mio: amigo mío.
amministratore: administrador.
amore mio: amor mío.
anche: también.
anch'io: yo también.
aprite la porta!: ¡abrid la puerta!
arcivescovo: arzobispo.
aristocrazia: aristocracia.
artiglierie: artillería.

assassino: asesino.

bacino: dársena.
bambino: niña
bello: guapo.
ben fatto: bien hecho.
benvenuti: bienvenidos.
birbante!: ¡bribón!
biscotti: galletas, pastelitos.
bistecca: bistec.
bordello: burdel.
buona fortuna: buena suerte.
buona sera: buenas noches.
buon'giorno: buenos días.
buon viaggio: buen viaje.

caffè: café.
calma: cálmate, tranquilízate.
campo: plaza amplia.
cane rognoso!: ¡perro sarnoso!
capitano: capitán.
capito?: ¿me entiendes?
cappa: capa.
carcassa: cadáver.
carnevale: carnaval.
caro, cara, carissima: querido, querida, queridísima.
casa, dolce casa: hogar, dulce hogar.
castello: castillo.

cazzo!: gilipollas, mierda.
che vista penosa!: ¡qué imagen más penosa!
chiudi il becco: cierra el pico.
ciao: hola.
ciccione: gordo.
cimice: chinche.
codardo: cobarde.
coglioni: cojones.
commandante: comandante.
commendatore: comandante, jefe.
compagno: compañero, camarada.
condottieri: soldados a sueldo, mercenarios.
coniglio!: ¡cobarde!, ¡gallina!
corno ducale: sombrero tradicional lucido por los dux venecianos.
così: así.
creapa, traditore!: ¡muere, traidor!
crepi il lupo: que muera el lobo.
curia: tribunal de justicia romano.

diavolo: diablo.
distinti saluti: atentamente (en una carta).
dottore: doctor, médico.
ducati: ducados.
duce: dux, duque, líder.
duchessa: duquesa.
duomo: cúpula (en referencia a la de la catedral de Florencia).

evviva!: ¡hurra!

fidanzato: prometido.

figa: vagina (vulgar).

figlio d'un cane!: ¡hijo de puta!

finanziatore: financiero, fiador.

fiorini: florines.

fottiti!: ¡que te jodan!

fra: hermano (religioso).

fratelli: hermanos.

fratellino: hermanito.

funzionario da accoglienza: recepción, fiesta de bienvenida.

gonfaloniere: portaestandarte.

grappa: bebida alcohólica italiana.

grassone bastardo: gordo bastardo.

grazie a Dio: gracias a Dios.

grazie, amici: gracias, amigos.

grullo: tonto.

hospitarius: monje encargado del alojamiento de los huéspedes de un monasterio.

il Magnifico: el Magnífico.

il Spagnolo: el Español.

in bocca al lupo!: ¡buena suerte!

infame: terrible, horroroso.

infelix ego, omnium auxilio destitutus: infeliz soy, privado de todo consuelo.

in perfetto ordine: limpio y ordenado.

inquisitore: inquisidor.

intensi: entendido.

libertà: libertad.

Libertà! Libertà! Popolo e libertà!: ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Pueblo y libertad!

luridi branco di cani bastardi: ¡asquerosa manada de hijos de puta!

luridi codardi: cobardes asquerosos.

lurido porco: cerdo asqueroso.

ma certo!: ¡naturalmente!

ma che?: ¿y esto qué es?

ma che cazzo?: ¿qué cojones era esto?

maledetto: maldito.

marmocchio: mocoso.

medico: doctor, médico.

merda!: ¡mierda!

messer: señor.

mia colomba: paloma mía.

mi dispiace veramente: lo siento de verdad.

miserabili pezzi di merda: miserable pedazo de mierda.

molto onorato: es un honor.

nipote: sobrino.

no preoccuparvi: no os preocupéis.

novizia: monja novicia.

ora di pranzo: hora de comer.

oste: posadero.

palazzo: palacio.
passeggiata: paseo vespertino.
perdonate, messere: disculpad, señor.
piccina: pequenita.
piccola: pequeña.
popolo: pueblo.
porco: cerdo.
porco demonio!: ¡sucio demonio!
principessa: princesa.
promesso: prometido.
puttana: puta.

rallegramenti: ¡felicidades!
Requiescat in pace: Descanse en paz.
ribollita: sopa toscana.

salute!: ¡salud!
santa simplicitas!: ¡santa sencillez!
sangue di Giuda!: ¡sangre de Judas!
scusi: disculpad.
se lo tu dici: si tú lo dices.
ser: señor.
sfortunato: desgraciado.
sì: sí.
signore: señor, caballero.
Signoria: autoridad gubernamental.
signorina: señorita.

signorine: plural de signorina.
soldo: céntimo.
sono grato del tuo aiuto: agradezco tu ayuda.
sorellina: hermanita.
spero di sì: eso espero.
stai bene: estás bien.
stolti!: ¡locos!
stronzo: imbécil, gilipollas.
Su Altezza: Su Alteza.
subito: de repente.

tagliagole: degollador.
tartaruga: tortuga, simplón.
terra ferma: tierra firme.
ti arresto!: ¡quedas arrestado!
traditore: traidor.
tutti per uno e uno per tutti: ¡todos para uno y uno para todos!

ubriacone: borracho.
uomo coraggioso: hombre valiente.

va bene: de acuerdo.
vecchio: viejo.

zio: tío.

AGRADECIMIENTOS

Yves Guillemot.
Serge Hascoet.
Alexis Nolent.
Richard Dansky.
Olivier Henriot.
Sébastien Puel.
Patricc Desilets.
Corey May.
Jade Raymond.
Joshua Meyer.
Marc Muraccini.
Departamento Legal de Ubisoft.
Chris Marcus.
Darren Bowen.
Amy Jenkins.
Caroline Lamache.

ANTON GILL (Ilford, Reino Unido, 1948). Escritor y experto en el mundo del teatro inglés, en el curso de los últimos 27 años ha publicado 35 libros.

Hijo de padre alemán y madre inglesa, creció en Londres. Fue educado en Chigwell School y Clare College, Cambridge, ha trabajado en el teatro (sobre todo en el Royal Court Theatre de Londres), para el Consejo de las Artes y en la BBC y TV antes de pasar a la escritura a tiempo completo.

Ha escrito sobre una variedad de temas, principalmente históricos, entre ellos tres biografías. Su trabajo incluye ficción y no-ficción, donde su especialidad es la historia europea contemporánea, incluyendo: *The Journey Back from Hell*, *An Honourable Defeat* y *Berlin to Bucharest*.

En la ficción, ha escrito una serie de misterios ambientados en el antiguo Egipto protagonizados por el escriba, Huy, que se han publicado en todo el mundo. Más recientemente, publicó *El Pergamino Sagrado*, una historia de misterio. Es también el autor de dos biografías sobre William Dampier y Peggy Guggenheim.

También publica bajo tres seudónimos: Ray Evans, Antony Cutler y Oliver Bowden, bajo este escribió la serie de novelas *Assassin's Creed*, basados en los videojuegos homónimos.

Está casado con la actriz Marji Campi y divide su tiempo entre sus casas en Londres y París.

ÍNDICE

Mapa
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Relación de personajes
Glosario de términos en italiano y latín
Agradecimientos
Sobre el autor